



UNA AVENTURA DE  
**PERRY MASON**

**el  
caso  
de  
la  
inquieta  
pelirroja**

**ERLE STANLEY GARDNER**

sc



Evelyn Bagby es una joven con ambiciones, mala suerte y un bonito pelo rojo. Pero cuando es atrapada con diamantes robados, su caso parece un caso cerrado, pero... Perry Mason intuye que todo ha sido una estratagema bien creada y urdida. Pasado un tiempo, cuando ocurre un crimen, Mason cree que su clienta, a pesar de ser anteriormente absuelta, ahora será acusada de asesinato.

Las cosas se mueven rápidamente en la sala de los tribunales. Perry Mason muestra realmente su habilidad resolviendo sus casos y, en este caso, mostrando sus tácticas a un joven abogado de provincias.

Perry Mason, como siempre, tiene que defender a sus clientes, ya sea porque siguen al pie de la letra sus instrucciones de mantener la boca cerrada o porque el cliente habla mucho y cuenta a la policía y a los reporteros todo lo que sabe, como en este caso.

Mason andará por el filo de la navaja, navegará una y otra vez a favor o en contra del viento ante las evidencias, olvidos, errores de él o sus clientes, incluso la posible fabricación o desaparición de huellas o pruebas. Un continuo juego del ratón y el gato entre abogados y policías, una serie de trucos de magia donde las cosas pueden o no pueden existir y las pruebas pueden ser creadas o descubiertas antes de que ocurrieran los hechos.



Erle Stanley Gardner

# **El caso de la Inquieta pelirroja**

**Perry Mason - 45**

ePub r1.1

Titivillus 29.12.2014

Título original: *The Case of the Restless Redhead*

Erle Stanley Gardner, 1954

Traducción: Francisco Elias

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## Prólogo

De todos los profesionales, el doctor en medicina es el que se ve forzado a hacer su trabajo en las circunstancias más adversas.

El abogado puede disponer de varios días para examinar un problema importante sobre el cual tenga que dar su informe. El ingeniero puede calcular tensiones, rasantes y cargas por medio de la regleta de cálculo y de las tablas de referencias. Pero el doctor es llamado a horas intempestivas de la noche, despertado de un sueño profundo y enfrentado súbitamente con un caso apremiante que requiere una acción inmediata y la aplicación de un remedio apropiado que sólo puedo conocer el altamente especializado. El doctor tiene que llevar su sabiduría en la punta de los dedos.

Asimismo está siempre obsesionado por el pensamiento de que algún paciente pueda revolverse contra él, exagerando cualquier resultado imprevisto, cualquiera complicación que no se hubiese podido prever, en forma de un proceso.

No es nada consolador el pensamiento de que un doctor puede verse desposeído, de la noche a la mañana, de todos los bienes adquiridos durante años y años de incansable labor, por un astuto paciente capaz de conmover a un jurado sensiblero.

Varios doctores me han referido que al encontrarse por casualidad en el lugar en el que había ocurrido un accidente de automóvil, hubiesen querido detenerse y decir: «Soy un doctor. ¿Puedo serles de alguna utilidad?». Hubiesen podido aplicar un tratamiento de urgencia en la medida de su habilidad. Y todos me dicen que no se atrevieron a hacerlo.

Muchos de los accidentados habrían agradecido su intervención, pero probablemente uno de entre diez de los mismos habría hallado en ella una oportunidad como llovida del cielo. Diría: «No fue un doctor elegido por mí. Yo no le llamé. Se entrometió graciosamente

y comenzó a darme un tratamiento sin mi aprobación».

Tal vez, sólo uno de entre los testigos de diez accidentados adoptaría esta actitud, pero la experiencia demuestra que ocho o nueve veces, en los diez casos, el accidentado arrojaría al cesto de los papeles la cuenta que el doctor podría mandarle por servicios profesionales. Tal vez se sentiría agradecido, pero no obstante diría: «Yo no llamé a este doctor. Resultó que se encontraba por casualidad en el lugar del accidente. No sé por qué he de pagarle».

Por consiguiente, con arreglo a la más elemental matemática, un doctor que tratase a diez pacientes y no recibiese más de diez dólares en concepto de honorarios, podría verse envuelto en un proceso por tratamiento equivocado en el que la persona «agraviada» podría pedir, a título de «indemnización», una suma entre mil y doscientos mil dólares.

No se necesita ser un gran matemático para calcular estos promedios. Redúzcaselos en lo posible y se comprenderá fácilmente por qué tantos doctores no se atreven a ofrecer atención médica a los accidentados.

Conozco a doctores que por un punto de honor profesional atienden a las personas víctimas de accidentes automovilísticos, pero cuando le pregunté a uno de ellos qué tanto por ciento de accidentados le pagaron, me miró, sorprendido, y me dijo: «Jamás les mando la cuenta. Gastaría inútilmente un sello».

No hay duda de que esto es injusto. Se impone la necesidad de crear un baluarte más fuerte entre los miembros responsables y conscientes de la profesión médica y el azar de los riesgos jurídicos.

Hay, desde luego, charlatanes e incompetentes que cometen errores, con inexcusable mala fe, pues son el resultado de la ignorancia, de la negligencia y de la incompetencia. Esa gente debe ser excluida de la profesión médica. Hay asociaciones de médicos que se entregan a estas tareas de limpieza con rapidez y eficacia. Otro medio de quitárselos de en medio es obligarles a pagar sus equivocaciones.

Pero el doctor honrado, competente y consciente debería tener la garantía de que mientras ejerza su profesión competentemente no sea atormentado por litigios, ni se vea sujeto a una notoriedad desagradable y forzado a malgastar su tiempo en las salas de audiencia tratando de evitar una sentencia injusta.

De un modo evidente, este es un campo de actividad que reclama la cooperación de las mejores mentes jurídicas y médicas de la nación. Es un campo en el que, con suma urgencia, se impone la necesidad de alguna reforma legislativa y en el que hay que dilucidar los derechos y las responsabilidades de una y otra parte.

Es, en suma, una importante área de medicina legal infortunadamente desatendida.

Una de las autoridades más destacadas entre los especialistas en este terreno jurídico, es mi amigo el doctor Luis J. Regan. El doctor Regan es a la par médico y abogado. Posee una mente incisiva, perspicaz y analítica, y un conocimiento amplio y profundo de las dos disciplinas. Ex presidente de la Academia Americana de Ciencias Forenses, es una de las figuras más notables en medicina legal y autor de un libro titulado *El doctor, el paciente y la ley*. Es también autor de *La práctica legal de la medicina*. Ambas obras han sido publicadas por C. V. Mosby. Aparte estas dos obras de consulta, el doctor Regan es autor de más de 150 artículos publicados por periódicos norteamericanos. Fue presidente de la Asociación Médica del condado de Los Angeles y de la Academia de Medicina de Hollywood.

Quieta y diligentemente, sin ostentación de clase alguna, trabaja en pro del esclarecimiento de la ley para que los pacientes puedan ser protegidos contra el doctor incompetente, descuidado e inhábil, y paralelamente para que el doctor capaz, concienzudo y honrado sea a su vez protegido contra los procesos especulativos entablados por pacientes embaucadores deseosos de que otros paguen «los platos rotos» y con el importe pagar el primer plazo de un nuevo coche.

Esta rama de la medicina legal reclama un conocimiento altamente especializado, no sólo en Medicina sino en Jurisprudencia. Reclama, asimismo, una considerable suma de paciencia, de comprensión, de visión y sentido común.

Por todo lo cual este libro lo dedico a mi amigo: *Louis J. Regan, Doctor en Medicina y Bachiller en Leyes*.

ERLE STANLEY GARDNER

## Capítulo 1

En vista de que el tráfico era menos intenso de lo que había imaginado, Perry Mason, el abogado, aparcó su coche frente al enorme y grisáceo Palacio de Justicia de Riverside, treinta minutos antes de la cita que concertara para el mediodía con el juez Dillard.

Existía una posibilidad de que el caso que, según le había explicado el juez Dillard por teléfono, iba a durar toda la mañana y tal vez una parte de la tarde, terminara más pronto de lo previsto, y que por lo tanto, el juez quedara libre antes. Así, pues, Mason se encaminó por el largo pasillo hasta las puertas de caoba en cuya parte superior había una placa con el nombre del juez Dillard, y penetró en la sala.

El proceso se hallaba en pleno desarrollo. Un joven abogado, evidentemente novel y ambicioso, se hallaba de pie junto a la mesa de la defensa, y por las trazas no estaba muy seguro del éxito de sus intervenciones.

Un hombre retrepado en el sillón de los testigos, esperaba a que le dirigiese nuevas preguntas.

El jurado parecía levemente aburrido.

Mason se arrellanó en una silla en la última fila de la sala.

—Entonces, señor Boles —dijo el joven abogado—, estaba oscuro, ¿no es eso?

El testigo dirigió una amable sonrisa al abogado, y preguntó a su vez:

—¿Qué es lo que estaba oscuro?

—Pues... la noche.

—La noche era oscura, pero la calle estaba perfectamente iluminada.

—¿Qué quiere usted decir por «estaba perfectamente iluminada»?

—Había una luz en una esquina.

—¿Y esa luz le procuró a usted suficiente iluminación?

—Iluminaba la calle suficientemente.

—¿Para que usted pudiera ver?

—Para que yo pudiera ver.

—¿Para que pudiera ver qué?

—Vi a la demandada, Evelyn Bagby, apoderándose de una maleta de la parte de atrás de un automóvil. La puso en el suelo, se agachó, la abrió y extrajo de ella algo...

—Sí, sí —le interrumpió el abogado—. Eso nos lo ha dicho ya anteriormente.

—Bueno, usted me preguntó qué era lo que había visto. Pensé que quería usted que se lo dijera por segunda vez.

—No, no me interesa saber lo que usted *creyó* que hizo la demandada. Lo que quiero es que me diga lo que *vio* usted hacer.

—Vi que abría el compartimiento posterior del coche; vi que sacaba de él una maleta; vi que la colocó en el suelo; vi que la abría...

—¿Estaba vuelta de espaldas a usted?

—Sí.

—Entonces no pudo ver usted cómo *abría* la maleta.

—Vi cómo se inclinaba sobre la maleta; vi cómo sus manos se posaban sobre la tapa; vi cómo esta tapa se alzaba. No sé de qué otra forma puedo describir lo que vieron mis ojos.

—Entonces, ¿no pudo ver el objeto que sacaba de la maleta?

—No; eso no lo pude ver.

El joven abogado apartó los ojos del testigo y los dirigió a la mesa de la defensa, inclinándose sobre una carpeta, compulsando unas notas y, aparentemente, pensando en alguna pregunta que pudiera hacer al testigo sin correr el riesgo de empeorar el caso más de lo que lo estaba.

Los miembros del jurado se miraban entre sí, cuando no consultaban el reloj o dejaban vagar sus miradas por la sala.

El juez Dillard avistó a Mason; miró hacia el reloj e hizo un ademán con la cabeza. Mason respondió con otro ligero ademán y un expresivo gesto que indicaba que su tiempo estaba por completo a disposición de la sala.

—En aquel momento no sabía usted a quién pertenecía el

automóvil, ¿no es cierto? —preguntó el abogado al testigo recalcitrante.

—No, señor. No lo sabía.

—¿Cuándo supo usted quién era el dueño del automóvil?

—Después de que la demandada se hubo, marchado, comencé a preguntarme...

—No nos interesa saber lo que usted se preguntó ni lo que pensó —se apresuró el abogado a interrumpirle—. Limítese a decirnos cuándo averiguó usted a quién pertenecía el automóvil.

—Cuando la policía me lo dijo.

—¿Fue usted en busca de la policía o fue ésta la que le buscó a usted?

—Fui yo en su busca. Me enteré del robo por la radio. Tan pronto como oí...

—No nos interesa saber lo que usted oyó. Limítese a contestar a mi pregunta.

—Está bien.

El abogado se sentó a la mesa de la defensa y se volvió hacia su cliente, una joven de veintitantos años, pelirroja, con un vestido que había conocido tiempos mejores. Advertíase que había sido cortado según un patrón elegante, pero la tela, muy barata, no había podido conservar la forma primitiva, y aparecía tan deplorable como la expresión que se reflejaba en él semblante de la muchacha.

Hubo una susurrada y breve conferencia.

El abogado, nuevamente, compulsó sus notas.

—¿Nuevas repreguntas? —preguntó bondadosamente el juez Dillard.

El joven abogado lanzó una rápida ojeada al reloj y nuevamente se puso en pie.

—¿Cómo *supo* usted que era la demandada? —preguntó al testigo.

—La vi.

—¿Qué es lo que vio?

—Vi cómo estaba vestida. Le vi la cara.

—¿Observó usted bien su cara?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué quiere usted decir exactamente con... «¡Ya lo creo!»?

—Que la vi lo bastante bien para reconocerla.

—¿A qué distancia estaba usted de ella?

—Ya lo he dicho una y otra vez que cuando sacó la maleta del automóvil, yo estaba a unos veinte o treinta metros de ella.

—¿Nunca estuvo usted a menos distancia de ella?

—No, mientras estaba abriendo la maleta. Después de eso se volvió y caminó hacia mí.

—¿Qué vestido llevaba?

—El mismo que tiene ahora, y además, un abrigo a cuadros con un cuello de piel.

—¿Qué clase de abrigo?

—Un abrigo semejante al que ha sido presentado como prueba. Si mi memoria no me engaña, era el mismo que está colgado ahí.

El testigo señaló con el índice un abrigo largo, enterizo, colgado de un gancho de alambre fijado en el borde de la pizarra. Una etiqueta sobre él indicaba que había sido presentado y aceptado como prueba. La pizarra contenía un diagrama rudimentario, trazado con tiza, qué aparentemente había sido utilizado para ilustrar el testimonio de algún testigo.

—¿Qué es lo que hacía la demandada cuando la vio usted por primera vez?

—Estaba abriendo el compartimiento posterior del automóvil.

—¿Tenía una llave?

—No lo sé.

—¿No vio usted si manoseó mucho la cerradura del compartimiento?

—Cuando me di cuenta por primera vez de lo que hacía, ya había elevado la tapa del compartimiento.

—¿Y entonces, qué?

—Pues entonces sacó de él la maleta, la puso en el suelo y se agachó sobre ella.

—Explíquenos con claridad qué entiende usted por agacharse sobre la maleta. Descríbame esa acción con más exactitud. Lo mejor será que la simule usted mismo.

El testigo se levantó pesadamente del sillón en que estaba sentado, se agachó sin doblar las corvas, y extendió sus brazos.

—De este modo —exclamó.

—Estaba de espaldas a usted, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y qué observó usted?

El testigo volvió a sentarse en el sillón, se arrellanó en él cómodamente. Sonrió maliciosamente.

—Si quiere que le diga la verdad, observé sus piernas.

Se elevó sobre la sala un murmullo de hilaridad. Hasta el juez Dillard sonrió ligeramente.

—¿Las juzgó bonitas? —preguntó el abogado para aliviar la tensión.

—Muy bonitas.

—¿Y entonces, qué?

—Vi cómo sacaba algo de la maleta; luego volvió, a cerrarla, se enderezó y volvió a colocar la maleta en el compartimiento posterior del coche.

El abogado miró al jurado, luego al reloj, se mordió el labio inferior y dio todas las muestras de un completo descorazonamiento.

El juez Dillard vino en su ayuda.

—Tengo la impresión —dijo— de que el caso pasará hoy mismo a manos del jurado. Por otra parte, la sala advierte que el señor Mason, un abogado de Los Angeles, nos espera con unos documentos que han de serle firmados. Son ahora las doce menos cuarto, pero si no hay objeción, suspenderemos la vista y la reanudaremos a las dos de esta misma tarde.

El fiscal del distrito, algo molesto, se levantó para decir, con una leve nota de protesta:

—¿No sería mejor, su señoría, terminar el contrainterrogatorio del testigo antes del aplazamiento?

El juez Dillard miró al joven abogado.

—Con la venia de la sala —exclamó el abogado—, siento la necesidad de hacer dos o tres preguntas más al testigo, pero antes de formularlas me agradecería celebrar unas consultas con mi cliente. La sala recordará que este es un caso transferido y confieso que...

—Está bien —cortó el juez Dillard—. La audiencia se suspende hasta las dos de esta tarde. Durante este tiempo el jurado recordará la advertencia ya formulada por este tribunal y no discutirá el caso entre sí ni permitirá que nadie lo discuta en su presencia, como tampoco informará ni expresará una opinión cualquiera hasta que el caso le sea finalmente sometido. Se suspende la audiencia.

El juez Dillard se levantó y se fue a su despacho.

Todos los espectadores, poco más de una docena, salieron de la sala. El fiscal del distrito recogió sus papeles y los metió en su portafolios. El joven abogado se detuvo unos segundos para cambiar unas palabras con su cliente, y a continuación se presentó un ayudante del *sheriff* para llevarse a la abatida joven al calabozo.

Una joven morena con llameantes ojos negros, alta y esbelta, que había ocupado un asiento junto al pasillo, enlazó con sus manos, el brazo del joven abogado:

—¡Oh, Frank! —exclamó con voz queda y vibrante—, ¡estuviste magnífico!

Mason, al pasar por delante de la joven pareja, camino del despacho del juez, vio que el joven abogado enrojecía.

Cuando Mason abrió la puerta que comunicaba con el despacho del juez Dillard, éste estaba encendiendo un cigarro puro.

—¡Hola, Mason! —dijo el juez—. Siento haberle hecho esperar.

—No me ha hecho esperar —dijo Mason—. Es que llegué antes de la hora prevista. ¿Qué caso es éste?

El juez movió la cabeza con un gesto de indiferencia:

—Uno muy poco interesante.

—¿Por qué?

—Es uno de esos casos tediosos, aparentemente resueltos de antemano. Me parece que la demandada es culpable, aunque usted... en fin, para el que está en el tribunal no ofrece incentivo alguno.

—¿Un caso transferido?

—Exactamente. Nombré a Frank Neely. Su padre es un hombre de negocios de la localidad, y Frank es un excelente muchacho. Hace años que le conozco, y a su padre, prácticamente, toda mi vida. Frank es un buen abogado, pero hay muchas cosas que sólo se aprenden a fuerza de experiencia, y una de ellas, por ejemplo, es el contrainterrogatorio.

—¿Tiene usted dudas acerca de la identificación hecha por el testigo que estaba en el estrado? —preguntó Mason.

El juez Dillard se detuvo para ponderar su respuesta.

—Yo *siempre* tengo dudas cuando la identificación es tan perentoria y precisa. En el presente caso hay algo irritante en la actitud patrocinadora de este testigo. Como usted no ignora —

prosiguió el juez Dillard—, en estos casos transferidos se acostumbra a nombrar a abogados jóvenes para que puedan ejercitarse y adquirir práctica. Bien, bien, usted tiene ciertos papeles sobre el caso Dalton que desea sean firmados, ¿no es eso?

—Así es.

Mason abrió su cartera y sacó de ella unos papeles. El juez Dillard se sentó a su mesa y después de ojear rápidamente los documentos, puso al pie de ellos su firma.

—Le invito a almorzar conmigo —dijo Mason.

—Lo siento. Tengo ya un compromiso —dijo el juez Dillard—. Lo contraí algunos días antes de que usted me llamara. Me hubiera gustado de veras almorzar con usted. ¿Cómo marchan las cosas en la gran ciudad angelical?

—Así, así...

—Veo que prosigue usted su carrera meteórica, sacando conejillos del sombrero de copa, y eso en el último minuto. ¿Cómo lo hace?

Mason sonrió, socarrón:

—Ni yo mismo lo sé. Meto la mano en el sombrero, y ahí dentro está. El conejillo brinca literalmente en mi mano.

El juez Dillard se echó a reír.

—Los abogados de por aquí creen que esos conejillos los lleva usted escondidos en las mangas.

—En serio —dijo Mason—. Me esfuerzo en creer en mis casos y en la razón de mis clientes. Eso me ayuda mucho.

El juez Dillard consultó su reloj y tendió la mano a Mason.

—Créame que siento no estar libre. No viene usted por aquí mucho.

—No muy a menudo —reconoció Mason—. Me tiene muy ocupado mi alguacilazgo.

—Sigo sus casos en los periódicos —le dijo el juez Dillard—, y no sabe usted los magníficos ratos que paso leyéndolos.

Mason le dio las gracias y salió a la sala, viendo en ella al joven abogado, sentado a la mesa de la defensa, muy abatido y cariacontecido, consultando sus notas.

Alzó hasta él sus ojos, movió la cabeza con un gesto de desaliento y a continuación, cediendo a un movimiento impulsivo que no pudo reprimir, se puso de pie y fue a su encuentro.

—¡Señor Mason!

El abogado se detuvo.

—Usted dirá —exclamó.

—Me llamo Neely, Frank Neely. Sólo deseaba estrecharle la mano. No tenía idea de que estuviera usted en la sala hasta que el juez Dillard mencionó su nombre, y entonces lo reconocí por las fotografías de los periódicos. Sólo deseaba decirle que siempre... bueno... que siempre lo he admirado, y muchas veces he pensado en usted. En fin, no quería más que saludarle y estrecharle la mano. Eso es todo.

—Gracias —dijo Mason—. ¿Qué tal va ese caso?

—No del todo bien.

—¿Dónde está el escollo?

—Ojalá lo supiera —le dijo Neely—. Estoy por completo desorientado. No veo ninguna salida.

—Tal vez sea porque no la haya —dijo Mason, echándose a reír.

Neely pareció un momento indeciso, y a continuación profirió bruscamente:

—Señor Mason, ¿qué repreguntas se pueden dirigir a un hombre que ha hecho una identificación positiva, cuando se tiene la sensación de que está equivocada o que tal vez el hombre miente deliberadamente?

Mason se echó a reír nuevamente.

—Es como si se le preguntara a un montañero cómo puede arreglárselas uno para escalar una montaña. Todo depende de la montaña. Por lo general, suele comenzar uno subiéndola y no para hasta llegar a la cumbre. Pero a veces hay que trepar por sitios imposibles, cruzar grietas y precipicios o contornarlos y buscar otros pasos más ventajosos. ¿Qué le pasa? ¿Cree usted que ese testigo miente?

—No creo que la demandada sea culpable.

—Bien, eso, para empezar, es una buena cosa —le dijo Mason para tranquilizarle.

—Yo..., yo ya sé que no tengo ningún derecho a hacerle perder el tiempo y... Si supiera usted, señor Mason, cómo me siento... desamparado, perdido, sin saber adónde dirigir mis pasos...

—Explíqueme el caso —le preguntó Mason.

—Esta muchacha, Evelyn Bagby, es una camarera que iba de

paso para Los Angeles, donde pensaba buscar trabajo. Conducía un coche de un modelo antiquísimo, que se inutilizó en el camino. Tenía necesidad de una pieza de recambio, y por ser el coche una antigualla hubo que pedirla a Los Angeles, a uno de los muchos chatarreros especializados en coches viejos. Evelyn se quedó en Corona, en un hotel, en la espera de la pieza pedida. Esta Irene Keith, cuyas joyas fueron robadas, es una joven muy acaudalada que iba a ser madrina de una boda que había de celebrarse en Las Vegas. Los componentes de esta boda se habían citado en Corona, en un *Cocktail Bar*, y desde allí se proponían ir juntos al lugar de la ceremonia. Probablemente está usted al corriente, por los periódicos, de esta boda. Helene Chaney, la actriz, era la novia. Irene Keith llevaba en el coche varias maletas y en ellas un gran número de joyas. Algunas de ellas eran regalos de boda, otras de su propiedad y también las había pertenecientes a Helene. Esta viajaba con Irene Keith. Aparcaron el coche y entraron en el *Cocktail Bar* para esperar a los demás. Cuando salieron del bar, Irene Keith advirtió que la tapa del compartimiento de equipajes de su coche estaba levantada. Examinó las maletas. Todas las joyas habían desaparecido; joyas por valor de cuarenta mil dólares. Avisaron a la policía que en seguida conjeturó que alguien que paraba en el hotel, al otro lado de la calle, frente al bar, habría podido ver el coche allí parado, e inmediatamente se puso a investigar en este sentido. Entonces este hombre, Harry Boles, se enteró por la radio del robo. Se presentó y ofreció a la policía una descripción de lo que había presenciado. Practicaron las correspondientes pesquisas y averiguaron que mi cliente, Evelyn Bagby, paraba en el hotel. Su persona concordaba con la descripción hecha por Boles. La policía la detuvo, registró su maleta y encontró en ella una de las joyas desaparecidas.

—¿Una sólo de las joyas desaparecidas? —preguntó Mason, interesado.

Neely asintió.

—Una pulsera de diamantes.

—¿Qué ha sido del resto de las joyas?

—Creen que lo ha escondido.

—¿Por qué había de esconder una parte y no la totalidad?

—Es una pregunta que no se han tomado la molestia de

formularse. Soy yo quien tiene que explicar este contrasentido.

—¿Existe alguna duda de que esa pulsera forme o no parte de las joyas robadas? —preguntó Mason.

—No; estaba en la maleta.

—El asunto parece bastante escabroso, ¿no le parece?

—Sí, pero ella..., señor Mason, estoy casi seguro de que no es culpable.

—¿Por qué?

—No sé. Tal vez sea sólo una corazonada.

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—Descubrirá con el tiempo que las corazonadas, muchas veces, anuncian la verdad.

—¡No sabe usted las ganas que tenía de ganar este caso!

—Naturalmente —dijo Mason.

—No tiene dinero, y el tribunal me nombró de oficio para defenderla. Desde luego para la sala no es más que un caso más, corriente y moliente. Usted sabe ya de estas cosas... Tienen la impresión de que un abogado joven debe adquirir experiencia antes de que llegue a ser algo en la profesión, y se cuidan de que uno adquiera esa experiencia nombrándole de oficio en casos como éste en que la persona demandada no tiene un céntimo. He trabajado día y noche en este caso. He pasado noches en vela consultando toda clase de precedentes. Creo que he revisado todas las leyes dictadas y por dictar. He preparado un informe minucioso para el jurado, pero tengo la impresión de que no servirá para nada. Tengo la idea de que el jurado tiene ya formado su criterio.

—¿Cuándo cree usted que formó ese criterio? —le preguntó Mason.

—En cuanto Harry Boles se sentó en el sillón de los testigos e identificó a la demandada. Tuve la sensación que desde este momento todo había cambiado.

—¿Tiene la demandada antecedentes penales?

—Aparentemente no.

—Mire usted, Neely —dijo Mason—. Vine aquí para que el juez Dillard me firmara unos documentos. Venga a almorzar conmigo y charlaremos del asunto.

—Es que yo... desde luego acepto, pero ¿sabe usted...? Bueno... tenía un compromiso, pero espere un segundo, señor Mason, voy a

deshacerlo.

—¿Con la joven que estaba en la audiencia? —le preguntó Mason.

Neely asintió, encendido el rostro.

—Que venga con nosotros —dijo Mason.

—¡Oh! ¿Puede ser...? Le encantará, por supuesto. Ella... bueno, espero que sea mi mujer muy pronto, esto es, cuando tenga asegurado mi porvenir como abogado, y este caso, si lo gano, puede ayudarme mucho en mi carrera. Mi padre tiene muchos amigos y hace una infinidad de tiempo que residimos en esta localidad.

—Está bien —dijo Mason—, iremos a buscarla, pero no hablaremos del caso mientras comamos.

El rostro de Neely se alargó.

—Yo pensé que usted... y yo...

Mason movió la cabeza y sonrió:

—Este va a ser *su* caso —dijo—. Si lo gana será *su* triunfo exclusivo. Almorzaremos y le dirá usted que tiene que estar aquí a la una y media en punto. Esto nos dará media hora, que podremos emplear en la Biblioteca Jurídica. Usted representará el papel de Boles y yo, el suyo. Yo haré las repreguntas. Tal vez de este modo recoja usted alguna que otra idea para usarla en el contrainterrogatorio de esta tarde.

Neely trató de buscar palabras adecuadas para expresar su agradecimiento, pero no lo logró, limitándose a estrechar, con callada emoción, la mano de Mason. Finalmente dijo:

—Usted es mi salvavidas, señor Mason. Yo creo saber de leyes. Durante mis estudios no tuve más que buenas notas, pero cuando se ve uno en un tribunal luchando a brazo partido con un testigo que le sonríe socarronamente y no se mueve una pulgada de su posición, entonces parece que todo es una pesadilla... de esas en las que uno se pelea con alguien, y aunque pegamos con todas nuestras fuerzas, nuestros golpes llegan sin poder alguno, como si nuestros brazos fueran de trapo.

—Conozco esa sensación —dijo Mason—. Pero no se preocupe. Después del almuerzo trataremos de explorar unas cuantas posibilidades.

## Capítulo 2

A la una y treinta y cinco, Mason cerró la puerta de la Biblioteca Jurídica, hizo que Frank se sentara en una silla y se situó ante él, diciendo:

—Ahora será usted Harry Boles, y yo seré usted. Le someteré a un contrainterrogatorio. En cuanto le sea posible conteste a mis preguntas como Boles ha contestado a las suyas.

Neely asintió. Respiraba ahora confianza y determinación.

—Y cuando vuelva usted a la sala —continuó Mason— trate de recordar ciertas cosas. Una de ellas es que debe retener constantemente la atención y el interés del jurado. No lo logrará compulsando notas y enredando en los papeles de su mesa. Cuando después de haberle dirigido una pregunta al testigo se pone usted a revolver sus papeles, muestra usted hasta la saciedad que anda despistado y que el testigo es el autor de ese despiste. Lo que debe hacer es seguir disparando pregunta tras pregunta al testigo, a modo de fuego graneado, sin dejarle un momento de respiro. No haga usted pausa alguna. ¿Comprende?

Neely asintió, lúgubre.

—No se pueden pensar las preguntas con tanta rapidez —dijo—. Por lo menos, yo no puedo. Dijo que vio cómo sacaba del coche la maleta, cómo la abría y sacaba de ella un objeto. Tuve que preguntarle una y otra vez si estaba seguro de que la había visto, y sus respuestas afirmativas, dichas con un aplomo insoportable, han sido demoledoras para mi cliente. Pero no se me ocurrió pensar en otras preguntas... si es que puede haberlas.

Mason se echó a reír.

—Eso vamos a verlo —dijo—. Además, bajo ninguna circunstancia debe usted sujetarse en sus preguntas al orden de las réplicas del testigo.

—Pero no tengo más remedio que hacerlo —dijo Neely—. Declaró que la había visto. La identificó, y tuve que seguir preguntándole...

—Muy bien —le interrumpió Mason—, pero no le interrogue en el mismo orden en que dio el testimonio. Arremeta contra él desde otro ángulo.

—Tengo que confesarle que no le entiendo.

—Tal vez pueda demostrarle prácticamente lo que quiero decir —exclamó Mason—. Está bien, usted es Boles. Deme las réplicas que Boles le dio. Si no sabe qué respuestas dar, formule aquellas que le parezcan más perjudiciales para la demandada. ¿Puede usted hacerlo?

—Eso —dijo Neely— me será muy fácil. Durante toda la mañana no he hecho más que recibir golpes. Estoy entrenado.

—Muy bien —dijo Mason—. Vamos allá. ¿Listo?

Neely asintió.

—Ahora —dijo Mason, apuntando con el índice al joven abogado—, ha declarado que vio a la demandada en el momento de coger la maleta de la parte trasera del coche, de ponerla en el suelo y de agacharse sobre ella para abrirla, ¿no es eso?

—Es cierto —dijo Neely, y agregó, vindicativo—: Era la demandada. La vi muy bien.

—Usted ha indicado la forma en que se agachó —dijo Mason—, cuando le pedí que simulara la acción ante el jurado. Se inclinó de cintura para arriba, sin doblar las rodillas.

—Ciertamente. Se agachó de esa forma.

—¿Tenía usted una razón cualquiera en *esa* particular ocasión para observarla?

—¿Qué quiere usted decir?

—No era más que una mujer que sacaba una maleta de un coche estacionado frente al hotel. No hay nada de anormal en ese acto. Ocurre todos los días y todas las noches del año.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Así, pues, *no* hubo razón alguna para que usted observase particularmente a esa mujer en esa ocasión?

Neely sonrió, triunfalmente.

—¡Oh!, sí. Hubo una razón. Olvida usted que declaré que fueron sus piernas las que atrajeron mi atención, cuando se agachó sobre la

maleta.

—¿Vio usted sus piernas?

—Sí.

—¿Llamaron su atención?

—Desde luego.

—Hermosas piernas, ¿verdad?

—Muy hermosas.

—Cuando ella se agachó, ¿usted vio sus piernas?

—Eso es. Al agacharse, su falda se subió por detrás, y ¡claro!, yo... era natural que me fijara en sus piernas.

—Vio de ellas lo suficiente para reclamar su atención.

—Sí. Casi hasta las rodillas.

—¿Y dice usted que tomó algo de la maleta?

—Exactamente.

—¿Qué hizo con lo que sacó de la maleta?

—Se lo metió en los bolsillos.

—¿Tenía su vestido bolsillos —preguntó Mason—, o bien ese objeto que sacó de la maleta lo guardó en uno de los bolsillos laterales de su abrigo?

—En los bolsillos laterales del abrigo que está ahí colgado, junto a la pizarra, como prueba C de la sala.

—Perfecto —dijo Mason—. Se desprende de sus palabras que en aquella ocasión llevaba puesto el abrigo y que aquello que sacó de la maleta, fuera lo que fuera, se lo metió en los bolsillos del abrigo, ¿no es verdad?

—Lo es, en los bolsillos laterales del abrigo. A continuación cerró la maleta y la volvió a colocar en el compartimiento posterior del coche.

—Veamos, entonces —dijo Mason—. Ese abrigo es más bien largo. Solicitaré de la sala que la demandada se levante y se ponga el abrigo. Luego le pediré que vuelva la espalda al jurado y se agache en la forma que señaló el testigo Boles y veremos de sus piernas lo mismo que vio el testigo.

Neely contempló a Mason y sus ojos se agrandaron, atónitos:

—¡Santo Dios! —dijo—. Jamás pensé en eso.

—Tampoco lo pensó Boles —dijo Mason—. Ahora voy a hacerle dos preguntas más en su calidad de Boles. Ha declarado que vio a la demandada en esa ocasión. ¿Cuándo la vio la vez siguiente?

—La vi en la Delegación de Policía de Corona, alineada en medio de otras mujeres.

—No es esa mi pregunta —dijo Mason, con un dedo rígido, acusador, a pocos centímetros de la cara del joven—. Le he preguntado cuándo volvió a verla usted después del episodio que refirió cuando *creyó* haberla visto en la parte de atrás de ese automóvil.

—¡Cómo! Yo... la próxima vez que la vi fue en la Delegación, alineada con otras mujeres para proceder a su identificación.

—¿Está usted seguro? —preguntó Mason.

Neely hizo un ademán afirmativo, pero se advertía en su gesto una convicción muy endeble.

Mason se echó a reír.

—Neely, no me parece usted muy seguro.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad —exclamó Neely—, no le hice a Boles la pregunta exactamente como usted me la ha hecho.

—¿Por qué?

—Porque no creí que me favoreciera. Vea... el testigo declaró que la había visto junto al automóvil, y que después la reconoció en la Delegación de Policía, en fila con otras mujeres.

—Pero, ¿dijo específicamente que era ésta la vez inmediata que vio a la demandada?

—No, no lo dijo —admitió Neely—. Lo dio a entender, pero no lo expresó con esas mismas palabras.

—Acósele —dijo Mason—. Averigüe si la policía detuvo a la muchacha en el momento de ofrecerles su relato, y si entonces le pidieron que la echara subrepticamente un vistazo para comprobar si era la misma; y si después de declarar que sí, la pusieron en fila con las otras mujeres.

—Es que eso equivaldría... sería lo mismo que perjurio, porque innegablemente dio la impresión de que no volvió a verla hasta que la hicieron formar con las otras detenidas.

—No haga caso de la impresión —dijo Mason—. Hostíguele sin descanso, macháquelo sin compasión. No le dé tiempo para pensar entre pregunta y pregunta y pregunta. En cuanto conteste a una, dispárele la siguiente, y así sucesivamente.

—No puedo pensar con tanta rapidez —dijo Neely—. Esto ha sido lo que me pasó esta mañana. Trataba de pensar en lo que iba a

preguntarle y mi mente estaba en blanco.

—Eso tiene fácil remedio —le dijo Mason—. Diríjale preguntas aun cuando no vengan a cuento. Pregúntele qué tiempo hacía; qué clase de neumáticos llevaba el coche; si las cubiertas eran blancas u oscuras; cuál era la exacta posición del coche; a qué distancia estaba de la esquina; a cuántas pulgadas del bordillo. Pregúntele qué es lo que hacía él allí a aquella hora; si caminaba o si se había detenido; si se había detenido para mirar a la muchacha, averigüe cuándo se detuvo y por qué; cuánto tiempo estuvo allí parado y por qué había ido a ese lugar precisamente; dónde había estado antes; cuánto tiempo y qué propósito le llevaba, y por qué se había detenido allí y no en otro lugar, y adonde fue después. Acribíllelo a preguntas, y mientras lo hace, no deje de mirarle fijamente como un halcón mira a su presa, usando todos sus poderes de concentración para recordar cuanto le ha dicho y correlacionar cada réplica, buscando el punto vulnerable.

—¡Caramba, señor Mason! ¿Todas esas cosas hay que pensarlas simultáneamente?

—Si quiere llegar a ser un buen abogado —dijo Mason—, no sólo tiene que pensar todas esas cosas a la vez sino también no dejar un momento de observar con el rabillo del ojo al jurado. Tiene que darse cuenta de sus reacciones. Si advierte que se aburre, tiene que hacer algo espectacular que les saque de su marasmo y despierte su interés. Tiene que darse cuenta lo mismo de sus errores que de sus aciertos. Tampoco debe perder de vista al Tribunal. Tiene que formular sus preguntas de un modo legalmente admisible y no emitirlas empleando una fraseología que permita a la parte adversa ponerles objeciones que la Sala sustente. Si no lo hace así, el jurado puede pensar que no sabe lo que hace.

—Pero, ¡santo cielo!, ¿puede usted pensar todo eso a un tiempo?

—Esa facultad la adquirirá usted también —le dijo Mason, sonriendo—. Llegará a ejercerla de un modo maquinal, automático. Le será posible mantenerse firme, soltar un caudal de preguntas y pensar en todas esas cosas y en media docena más. Ahora tengo que volver a mi oficina. Vaya a la sala y arremeta contra el testigo sin darle cuartel.

—¿Cree usted que miente, señor Mason?

Mason se encogió de hombros.

—Es posible que mienta. Es posible que diga la verdad. Es también posible que crea que lo que dice es la pura verdad. Pero no obstante, voy a decirle una cosa... No vio las piernas de esa mujer cuando se agachó sobre la maleta; de ninguna manera pudo vérselas si llevaba ese abrigo. Es un abrigo enterizo, que llega hasta los tobillos. Póngaselo encima, pídale que se agache y no verá usted un centímetro de pierna.

—Jamás pensé en eso —dijo Neely— y hubiera debido... En fin, ahora que me lo ha dicho usted me parece de una claridad diáfana.

Mason consultó su reloj, y tendió la mano cordialmente a Neely.

—Entre ahí —le dijo— y ¡manos a la obra! Y recuerde... es obra exclusiva *suya*. No revele a nadie esta pequeña sesión que ha tenido conmigo.

## Capítulo 3

En su oficina, Mason ojeó la sección del periódico de la mañana dedicada a las noticias fuera de la ciudad.

—¿Buscas algo especial? —le preguntó Della Street, su secretaria.

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Probablemente no estará lo que yo busco. Es un caso que ha sucedido en Riverside, que me ha interesado bastante. Yo... ¡Oh! ¡Aquí está!

—¿Qué? —preguntó Della Street.

Mason plegó el diario y lo alargó a Della Street.

—Bien —dijo ella, leyendo:

*Un joven llamado Neely parece haber obtenido un éxito brillante en el proceso incoado por la madrina de boda de Helene Chaney. El joven abogado, con la maestría de un veterano, desbarató el testimonio del testigo que había hecho la identificación de la demandada y le cubrió de confusión y ridículo. La demandada, Evelyn Bagby, declaró que alguien debía haber escondido en su cuarto una de las joyas robadas. La Sala instruyó al jurado que la mera posesión de un objeto robado no bastaba para justificar una convicción; que debía concurrir otra circunstancia, y que si creían en la explicación dada por la demandada, no había lugar para procesarles.*

Mason asintió con un ademán.

—¿Por qué te estás relamiendo de gusto como un gato ante un canario? —le preguntó Della Street.

—¡Bah! —le respondió Mason—. Es que tuve ocasión de presenciar ese caso unos minutos antes de que suspendieran la

sesión, y sentía curiosidad por saber cómo se había resuelto.

Della Street le miró con fijeza.

—¿Ese era todo tu interés en el asunto?

—Pensé que el abogado novel que representaba a la demandada llevaba el caso con bastante habilidad.

—¿Eso es todo?

—Naturalmente —dijo Mason.

No apartó de él los ojos. Presentía que allí había «gato encerrado». Cogió su nota de gastos y dijo:

—Veo que no almorzaste solo. ¿Quiénes eran tus invitados?

—Unos muchachos de la localidad —dijo Mason.

—El departamento de impuestos sobre la renta deseará tal vez una información más amplia —le recordó.

Mason se echó a reír.

—Eso es personal. Abónalo a mi cuenta particular. Él es un chico llamado Frank Neely y ella, Estelle Nugent, es la novia del chico.

Della Street recogió la nota de gastos.

—Eso es lo que había pensado —dijo, y abandonó el despachó.

Unos momentos después volvió, muy risueña.

—Bueno, señor «Buen Samaritano», veo que en vez de dedicarte a ganar dinero, lo derrochas en obras de beneficencia.

—¿Y eso?

—En el vestíbulo —dijo— se encuentra una joven pelirroja con ojos de ensueño y un cuerpo que no realza ciertamente la ropa que cuelga de él, y que dice llamarse Evelyn Bagby. Declara que *debe* dar las gracias al señor Mason personalmente. Es pelirroja y resuelta.

Mason frunció el ceño.

—Habíamos acordado que ella no sabría que yo tenía algo que ver en el caso.

—Pues lo sabe.

—Hazla entrar, Della —dijo Mason—. Recibiremos sus efusiones y luego, amablemente, la despediremos. A menos que me equivoque, ella tiene una necesidad urgente de encontrar trabajo, y yo una necesidad no menos urgente de dejar el mío e irme a dar una vuelta.

—No sin antes atender a ese montón de correspondencia atrasada que tienes ahí —le recordó burlonamente Della Street.

—Sí, sí... ya lo sé. Eso será luego. Ahora haz entrar a esa joven, Della.

Evelyn Bagby entró en el despacho precedida por Della Street. Junto a ésta parecía más alta que cuando le vio el día anterior en la audiencia, sentada junto a su abogado. Sus radiantes ojos azules no se apartaron un momento del rostro de Mason. Su apretón de manos fue sencillo, fuerte y directo.

—Gracias.

—¿De qué? —le preguntó Mason, sonriente, clavando sus ojos en los muy azules de la joven.

—Como si usted no lo supiera.

—¿Y usted?

—Perfectamente.

—¿Cómo?

—El señor Neely me lo dijo.

Mason frunció el ceño.

—No debía haberlo hecho.

—Me dijo que sería franco conmigo... Bueno... aparte el natural agradecimiento, sentí una gran curiosidad.

—¿A propósito de qué?

—Del cambio que se operó en él, por la tarde, en la forma de dirigirse al testigo. ¡Fue una táctica tan diferente de la que empleó por la mañana! Por la mañana estuvo vacilante, como si flotara a la deriva, y dos horas después, lleno de bríos y de confianza, arremetió contra el testigo como hubiera podido hacerlo un veterano. Después de cuatro preguntas, Boles no daba ya pie con bola, y acabó confesando que se había equivocado. Le pregunté luego a Neely la razón de ese cambio y me dijo lo que había ocurrido.

—Síntese —le invitó Mason.

Movió ella la cabeza con un gesto de denegación.

—Está usted demasiado ocupado. No estaba segura de que me recibiera. Me habían informado de que sus clientes tienen que concertar una cita antes de poner un pie en este despacho. Pero yo deseaba que usted supiera que *había* comprendido y que le *estoy* agradecidísima.

—No tiene importancia —le dijo Mason—. Neely me dijo que estaba buscando un empleo.

Asintió.

—¿Cree que podrá encontrarlo?

—Seguramente. Voy a preocuparme en seguida de eso.

—¿Tiene una idea del motivo que tuvo Boles para identificarla?

Hizo un gesto negativo.

—No pudimos saberlo. Cuando Frank Neely terminó con él, quedó por completo abatido, deshecho. Nada quedó del hombre lleno de aplomo y seguro de sí mismo de la mañana. Esta clase de hombres procede siempre así. Farolean y presumen cuando pueden hacerlo, pero cuando las cosas se ponen mal, se acobardan y huyen como conejos. Cuando tiene una que ganarse la vida y codearse con toda clase de gente, lo primero que se aprende es a catalogarla. Lo que siento es que tengan mis huellas dactilares y que cuando la policía quiera averiguar si tengo antecedentes, pueda leer en los archivos: «Detenida, pero absuelta». Como si la última palabra significase una delicadeza del jurado.

—¿Le dijo su abogado algo sobre la posibilidad de obtener una indemnización que le compensara de las molestias sufridas, de la publicidad negativa y de todo eso?

—No. Daban la impresión de que poniéndome en libertad me hacían un favor infinito. A la directora de la cárcel, particularmente, le desagradaba mucho dejarme en libertad y devolverme los pocos dólares que llevaba cuando me detuvieron.

Mason dijo a Della Street:

—Della, comunícame con Frank Neely. Es el abogado de Riverside. Siéntese, señorita Bagby. Eso nos tomará unos pocos minutos.

Evelyn Bagby le lanzó una mirada expresiva, mientras Della Street hacía la llamada. Se hundió en el acogedor sillón de cuero reservado a los clientes.

—Si cree usted que tengo algún derecho a pedir algo, hay una cosa que deseo por encima de todo.

—¿Y es?

—Se reirá cuando se lo diga —exclamó—, y hasta es posible que me eche de su despacho.

—Diga. ¿Qué es?

—No me interesa el dinero... Bueno, sí me interesa, pero hay algo que para mí es mucho más importante que el dinero.

—¿Y es?

—No se ría. Desearía que me hiciesen una prueba cinematográfica.

Mason la examinó con ojos inquisidores. Movi6 pausadamente la cabeza.

—Tal vez sirviera usted —dijo—, pero no crea que...

—Ya sé lo que va a decirme —exclamó—: que no debo creer en esas pruebas y que aún en el caso de que fuesen satisfactorias, serían por completo inútiles. En Hollywood sobra gente. Se necesita tener suerte, cerebro, belleza, distinción, relaciones influyentes, y aun así la probabilidad es una contra un millón.

Mason sonrió.

—Sí. Hay algo de eso.

—Lo sé. Lo he oído decir mil veces. Lo he leído otras tantas. He tardado siete años en llegar hasta aquí.

Mason enarcó las cejas.

Della Street se interpuso.

—Las líneas de Riverside están todas ocupadas. Tendremos que esperar dos o tres minutos, jefe.

Mason, sin apartar la mirada de su visitante, dijo:

—Dile a Gertie que siga llamando, Della. ¿Por qué tardó siete años en llegar hasta aquí, señorita Bagby?

Se echó a reír y dijo:

—Hace siete años tenía yo dieciocho, y según decía la gente, era sensacional. Casi todas las pelirrojas son pecosas. Yo no tenía una sola peca. Y además de mi cara, que no era fea, tenía una gran figura.

—Aún la tiene.

—No como antes, señor Mason. Siete años de duro trabajo, sirviendo a las mesas, viviendo en toda clase de ambientes, y sufriendo todas las asperezas y decepciones de la vida, dejan huella en cualquier persona. Había renunciado ya a mi secreta ambición, pero lo que me dijo usted hace un instante volvió súbitamente a despertarla.

—¿Qué es lo que le dije?

—Que tal vez tuviera derecho a una compensación.

—Habla de una compensación pecuniaria. Hay una posibilidad, aunque remota, de que *podamos* hallar la forma de que la indemnicen.

—Hay que tener en cuenta —dijo la señorita Bagby— que las personas que intervienen en este caso son figuras en Hollywood. Helene Chaney debe tener alguna influencia en el cine.

—Siempre que quiera usarla —dijo Mason.

—En fin, ya le he dicho lo que pensaba, señor Mason. ¿Sabe usted? A los dieciocho años, era muy ambiciosa y muy resuelta. Tenía algún dinero que me dejó mi padre al morir. Mi madre murió cuando tenía yo diez años, y mi padre cuando tenía diecisiete. Me disponía a trasladarme a Hollywood para tratar de convertir mis sueños en realidad, cuando topé con un hombre llamado Gladden. Todavía guardo, como recuerdo, una de sus tarjetas. Staunton Vester Gladden.

—¿Quién era?

—Fue como un sol radiante que iluminara de repente mi joven vida. Estaba en relación con toda la gente notable de Hollywood. Era un profesor de arte dramático. Respiraba la atmósfera del teatro. Era el hombre cuyo genio había formado a media docena de actores y actrices eminentes. A todas las principales «estrellas» de Hollywood las llamaba por su nombre de pila. Era...

—Nunca he oído hablar de él —le interrumpió Mason.

—Ni usted ni nadie. —Se echó a reír amargamente—. Era un hombre tan enloquecido como yo por las tablas y el cine, con la diferencia de que era un perfecto canalla y un estafador. Desde luego, eso no lo sabía yo entonces. Tenía dieciocho años, mucho candor y la cabeza llena de locas esperanzas nutridas por la lectura de las revistas de cine, las películas y lo que me decían los muchachos del pueblo. Fui una presa fácil para aquel tunante.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Mason, interesado.

—¡Bah! —dijo la señorita Bagby—. Gladden logro sus fines. En fin, no quiero hacerle perder más tiempo.

Mason señaló con la mano el teléfono.

—Estamos esperando una llamada, señorita Bagby, y, además, confieso que me interesa su relato. Al fin y al cabo, un abogado no debe desaprovechar ocasión alguna que le permita aumentar su conocimiento de la naturaleza humana... y si he de intentar que la sometan a una prueba cinematográfica, deseo conocer sus antecedentes.

—Pues bien —le dijo la joven, sonriendo—, voy a dárselos.

Gladden se burló al principio de mis ambiciones. Me dijo que no tendría en Hollywood la más mínima probabilidad de éxito, con mis maneras pueblerinas y mis sueños quiméricos, y que tenía que convertirme antes en una joven pulida y refinada. Y, naturalmente, que sólo había una persona en el mundo que pudiera llevar a cabo esa obra de pulimentación: se llamaba Staunton Vester Gladden. Me hizo seguir un curso de tres meses. Cuando terminé, mis pérdidas eran mayores que mis ganancias. Había ganado un poco en modales y otro tanto de sabiduría. Pero a cambio de ello se llevó todo lo que poseía en el mundo y me dejó sin un solo centavo y desilusionada, por lo que tuve que emplearme como camarera.

—¿Dio cuenta a la policía?

—Naturalmente —dijo— fui a la policía. Claro está, no les conté *toda* la historia. Les dije que había abusado de mi confianza y que, después de apoderarse de mi dinero, había desaparecido. Verdaderamente, se mostró muy hábil. Primero me dijo que el dinero no le importaba. Después me prometió ser mi agente permanente. Sería mi administrador, mi agente, mi instructor dramático y todo lo demás. Comenzó con mucha suavidad y no menos habilidad. Al principio se rió de mí. Luego, gradualmente, dio muestras de asombro ante mi «gran talento natural» del que parecía haber dudado. Y, finalmente, estalló de entusiasmo ante mis tremendas posibilidades artísticas. Me trastornó por completo la cabeza. Me convenció de que, bajo su tutela —ponga eso entre comillas, señor Mason—, había desarrollado mis facultades dramáticas, y de que sabía lo que era emoción y cómo expresarla. En fin, que estaba preparada para triunfar en Hollywood. Entonces tuvo una idea brillante. Se le ofrecía la oportunidad de realizar una gran operación con un gran estudio de Hollywood. Era suficiente una pequeña suma. Esto me permitiría convertirme en accionista. Sería como una especie de trampolín que me catapultaría hasta las alturas de la fama. Le di mi dinero para invertirlo en esa milagrosa operación, y ya se habrá figurado, señor Mason, lo que pasó.

—¿Y entonces? —preguntó Mason.

—Entonces se convirtió en humo. No volví a verle ya más —dijo—. Naturalmente, la policía investigó. Supieron que en Hollywood nadie conocía al llamado Staunton Vester Gladden. Aquellas figuras fílmicas a las que llamaba por su nombre de pila ni siquiera sabían

que existiera. La policía me dijo que esa forma de estafar era, en cierto modo, corriente.

—Así, pues, perdió todas sus ambiciones de triunfar en Hollywood, ¿no es eso?

—Pensé que las había perdido. Serví a las mesas. Conocí el lado adverso sombrío de la vida, y todo esto, naturalmente, hizo mella en mi espíritu. Cuando me miraba al espejo me parecía imposible que fuera aquella muchacha fresca e ingenua que soñaba con ser una «estrella» de Hollywood, y tenía la cabeza llena de quimeras. No podía reprimir mi constante inquietud. No estaba mucho tiempo en el mismo sitio. Viajé sin cesar por todo el país. Y un día me pregunté: «¿Por qué, a pesar de todo, no ir a Hollywood?». Y empecé el caminó, en dos etapas.

—¿Dos etapas? —preguntó Mason.

—Primero —dijo— me trasladé a Needles. Trabajé allí, hice unos ahorros y entonces caí enferma. Cuando terminé de pagar al médico y la cuenta del hospital, sólo tenía un coche prehistórico con el que se podía rodar por la carretera con paciencia y perseverancia, unos cuantos vestidos y pare usted de contar. Por aquel entonces habría debido de saber la verdad. Y la verdad era que Hollywood era para mí el símbolo de la mala suerte. No obstante, me puse en camino hacia la ciudad de mis quimeras. No pude pasar de Corona. Allí tuve que detenerme. Mi cacharro se descompuso y tuve que esperar a que me mandasen de Los Angeles una pieza de recambio. Paré, pues, en ese hotel. En fin, ya conoce usted el resto de la historia.

Mason la observó, pensativo.

—¿Hallaron en su maleta una pieza de las joyas robadas?

—Sí —dijo—. Estaba sin un centavo y, desesperada. No tenía más dinero que el justo para pagar la reparación del coche, el hotel y el resto del viaje hasta Hollywood. Una vez en Hollywood me pondría a buscar trabajo. Sabía que no era fácil. Según me habían dicho, la ciudad estaba atestada de muchachas descorazonadas que habían ido con la idea de ser «estrellas» y se estrellaron, acabando por trabajar de camareras o fregaplatos. Pues bien, al segundo día de estar en el hotel, fui al cuarto de baño a tomar una ducha. Entonces vi entreabierto el cajón de una mesilla, y en el fondo de él algo que relucía de un modo extraordinario. Era la pulsera de

diamantes.

Vaciló un tanto, recordando el episodio.

—Siga —le dijo Mason.

—En fin, estaba sin un centavo, desesperada, y de pronto, la vista de aquella pulsera volvió a despertar mis ambiciones.

—¡Ah, vamos! ¿Quiso sin duda apropiarse de ella? —le preguntó Mason.

—¡Ni en sueños! Pensé en la recompensa que podrían darme por su devolución. Alguna mujer rica había ocupado aquel cuarto antes que yo, y al ir a tomar una ducha se había quitado la pulsera. Luego se fue de allí y la dejó olvidada en el cajón. Suponía igualmente que no recordaba dónde la había dejado; de lo contrario habría telefonado al hotel y allí hubiese recuperado la joya.

Mason asintió.

—Mi idea, primero, fue vestirme e ir al despacho del hotel y explicarles lo que había hallado, para que ellos notificaran la pérdida a la persona que había ocupado mi cuarto. Luego pensé que era una tontería. La pulsera pertenecía probablemente a una mujer rica, que sabría expresar su agradecimiento. Daría una recompensa de cincuenta o cien dólares. El gerente del hotel se la embolsaría bonitamente y yo no vería ni un centavo.

—Entonces, usted resolvió averiguar quién había ocupado el cuarto el día anterior y seguidamente ir a devolver la joya para cobrar la recompensa.

—Exactamente. Pensé que si lo preguntaba en el hotel no me lo dirían, y despertaría los celos del gerente. Así, pues, decidí llevarme la pulsera a Los Angeles, y una vez allí buscar a alguno con una posición oficial, un abogado o un detective o cosa así, para que hiciese en mi nombre las indagaciones necesarias. Entonces me habría presentado directamente a la mujer, le habría devuelto la pulsera, y asunto concluido. El resto lo sabe usted ya. Yo...

El teléfono sonó y Della Street dijo a Mason:

—Aquí tienes a tu joven abogado.

Mason tomó el auricular.

—Buenos días, colega —dijo— y mi más cordial enhorabuena. Soy yo, Perry Mason.

Frank Neely se deshizo en expresiones de agradecimiento.

—¿Sabe usted? —dijo—. Tenía usted sobrada razón. Ese tipo,

Boles, era un farsante. Su testimonio carecía por completo de base. El jurado se dio perfectamente cuenta de ello. Gracias por el magnífico plan de ataque que usted me trazó.

—Me parece que es usted demasiado modesto y se resta mucho del mérito que le corresponde en este caso —le dijo Mason—. ¿Y la demandada?

—No bien hubo recobrado la libertad salió de la ciudad.

—Está ahora en mi oficina —dijo Mason.

Hubo un momento de embarazoso silencio, y a continuación dijo Neely.

—En fin, ya lo sabe usted. No pude resistir a la tentación de hablarle de usted y de lo que había hecho en su favor.

—¿No reveló eso a nadie más?

—No, a ninguna alma viviente.

—No lo haga —le aconsejó Mason—, porque no fue tanto lo que yo hice, y al fin y al cabo, fue usted el autor del veredicto favorable.

Neely exclamó, vehemente:

—Quisiera poder expresarle lo que esto ha significado para mí, señor Mason. Jamás podrá imaginárselo. En ese simple caso me jugaba toda la carrera. Aquel testigo contra el que se estrellaban mis preguntas era como un muro que se interpusiese en mi camino, sólido, infranqueable. Pero usted vino, y después de que me hubo hablado, tuve de repente la impresión de que se me había caído una venda de los ojos. Y entonces... bueno... dejé de pensar en mí mismo y arremetí contra el muro, que resultó ser un tabique de cartón, y que bajo mis ataques se vino abajo estrepitosamente. El jurado, predispuesto al principio en favor del testigo, se dio cuenta de que era un embustero de marca mayor. Esto me devolvió la fe en mí mismo, que había perdido.

—Dígame —le preguntó Mason—, ¿qué se propone hacer con Evelyn Bagby? Me dice que querría que la rehabilitaran.

—Haga por ella lo que pueda —dijo Neely—. Yo he hecho todo lo que ha estado a mi alcance.

—¿Ha hablado usted con alguna de las partes interesadas en el asunto?

—No. No he hablado con nadie.

—Veré lo que puedo hacer en ese sentido —dijo Mason—. En este caso particular actuaremos mancomunadamente.

—Salúdela de mi parte —dijo Neely—. Me temo que no se pueda hacer ya mucho más en su favor.

—Le tendré al corriente de todo —le prometió Mason.

Colgó el receptor. Le sonrió a Evelyn Bagby y le dijo:

—Neely me encarga que la salude de su parte.

—Es un chico espléndido —dijo—. Le estaré agradecida eternamente por lo que hizo por mí, aunque... en fin, ¡ya sé quién le inspiró!

Mason frunció el ceño, reflexivamente.

—¿Quién firmó la demanda que originó su detención?

—Irene Keith. Era la madrina de boda. Es decir, la que debía ser la madrina. Se trataba de una de esas cosas del cine. Helene Chaney, la actriz, y Mervyn Aldrich, el constructor de yates. Precisamente el día anterior había estado leyendo algo acerca de esa boda en una revista de Hollywood. ¡Quién iba a decirme que yo misma representaría un papel en esa farsa! Yo...

El teléfono comenzó a emitir una serie de llamadas cortas y rápidas.

Della Street cogió el aparato y dijo:

—¿Qué hay, Gertie? ¡Oh!, dile que espere un segundo.

Se volvió hacia Perry Mason.

—Frank Neely, de Riverside. Desea comunicar nuevamente contigo; tiene algo importante que decirte.

Mason asintió, tomó el receptor y dijo:

—Mason al aparato. ¿Qué hay, Neely?

Neely parecía sobreexcitado.

—Irene Keith me ha llamado por la otra línea. Me ha dicho que puesto que Evelyn Bagby había sido absuelta, estaba dispuesta a facilitarle algún dinero para que se marchara de la ciudad. Mencionó una cantidad de setenta y cinco o cien dólares. ¿Qué le digo?

Mason sonrió, socarrón.

—Dígale que Perry Mason es su consocio en este caso y que debe venir a verme. Veremos lo que le sacamos a cuenta de nuestros honorarios, aunque no se haga demasiadas ilusiones. No discuta cantidad alguna con Irene Keith. Dígale solamente que venga a verme; que está usted asociado conmigo en este asunto.

—Perfectamente. Seguiré su consejo —dijo Neely—. Otra vez me

doy cuenta de mi inexperiencia, señor Mason. Con todas estas personalidades de Hollywood que figuran en este caso, y después de firmar una de ellas una querrela acusando a la señorita Bagby de un delito... en fin, que hay mucha tela que cortar.

—Déjeme que la corte yo, Neely —dijo Mason—. No le diga una palabra, sino únicamente que tiene que venir a verme. No discuta cifras, no discuta hechos. Dígale solamente que estoy asociado con usted y que debe comunicarse conmigo.

—Perfectamente —dijo Neely—. Se lo diré.

Mason colgó el receptor, y volviéndose hacia Evelyn Bagby, le dijo:

—Bueno. No hay duda de que alguien ha puesto sobre aviso a Irene Keith. El caso es que ha ido a ver a Neely y le ha hablado de una pequeña indemnización para que pueda usted salir de la ciudad... Ha mencionado una cifra de setenta y cinco o cien dólares.

Evelyn Bagby abrió unos ojos ansiosos.

—Cada uno de estos cien dólares me los represento yo ahora como platos soperos, señor Mason, pero, en fin, puedo arreglarme sin ellos. Siempre he podido hacerlo. Sé que encontraré trabajo en algún sitio.

—¿Qué dinero contante y sonante tiene usted ahora en su poder? —le preguntó Mason.

Evelyn sonrió.

—No vale la pena mencionarlo.

—¿Cuánto?

—Más o menos, cinco dólares.

—¿Tiene usted coche?

—Si le llama coche a lo que tengo, sí, tengo coche.

—¿Cómo es que no se apoderaron de él para pagar los gastos del juicio?

—Lo compré a plazos y aunque sólo me falta pagar el último, no hay valiente que se atreva a pagar diez dolares por una pieza de museo.

Mason caviló unos instantes.

—¿Quiere usted un empleo?

La muchacha asintió con rápido ademán.

—¿De qué? —preguntó Mason.

—De lo que sea.

—¿Ha trabajado usted en un restaurante?

—¡No he hecho más que trabajar en restaurantes!

—¿Se considera usted una buena camarera?

—Desde jefa de camareras a pinche de cocina, he recorrido toda la escala social *restauradora*.

Mason se dirigió a Della Street.

—Della, hazme el favor de ponerme con Joe Padena.

—¿Se habrá levantado ya?

—Si no se ha levantado, está a punto de hacerlo —le dijo Mason

—. Comuníqueme con él. Veremos si tiene allí un hueco.

Unos momentos después, Della hizo una señal a Perry Mason y éste tomó el receptor.

—¡Hola! —dijo.

—¡Hola! Aquí Joe Padena. ¿Quién es usted?

—Perry Mason —le dijo el abogado—. Quiero que me hagas un favor.

—¿Quiere usted que le haga un favor Joe Padena? Pues Joe Padena le hará ese favor y cien veces más. Joe Padena no olvida a sus amigos. ¿Qué desea?

—¿Tienes un hueco para una buena camarera? —le preguntó Mason.

—¡Cómo no! Si es una amiga suya, claro que sí. Para una buena camarera, amiga de usted, lo tengo y puede ocuparlo ahora mismo.

—Te envío ahora a la chica —le dijo Mason—. Se llama Evelyn Bagby.

—¿Es una chica o una camarera?

—Ambas cosas a la vez.

—Magnífico. Es posible que Joe Padena no le haga ningún favor y que sea usted el que se lo hace a Joe Padena, si esa que me manda es una buena chica. Ya sabe usted dónde estamos, en lo alto de un monte. La chica tiene que vivir con nosotros, como si fuera de la familia. Muchos dueños de restaurantes molestan a las chicas. Joe Padena, no.

Mason sonrió.

—Se lo explicaré antes de mandártela.

—¿Cuándo será eso?

Mason se volvió hacia Evelyn Bagby.

—¿Cuándo podrá ir a trabajar?

—Ahora mismo.

—Estará ahí dentro de una hora —le dijo Mason.

—Perfectamente. Ahora, señor Mason, hágame un favor.

—¿Qué? —le preguntó Mason.

—La muchacha esa, ¿es bonita?

—Mucho.

—Ya me lo pensé. Dígale que no pregunte por Joe Padena, sino por la señora de Padena. ¿Comprende?

—Comprendo —dijo Mason—. Ahora mismo saldrá para ahí.

—Okay. Adiós.

Padena colgó.

Mason se dirigió a Evelyn Bagby.

—Es un lugar bastante atractivo e interesante. Joe Padena es un cliente mío. El y su mujer regentan un lugar llamado la *Taberna Crowncrest*. Está en lo alto de uno de los montes sobre los que se recuesta Hollywood. Está en la misma cumbre. Por un lado se ve el valle de San Fernando y por otro, Hollywood. Mucha gente de la colonia fílmica frecuenta ese lugar. Es más bien pequeño, pero tiene mucho ambiente. Es, desde luego, de primera clase y las «estrellas» más famosas van allí de vez en cuando. Tendrá que residir en la misma casa porque cuando terminan el servicio es ya más de medianoche.

—Por mí no hay inconveniente —dijo la señorita Bagby—. Al parecer, es una oportunidad excelente.

—Cuando llegue allí —le dijo Mason— pregunte por la señora Padena. No se ocupe de Joe. Allí la que manda es la señora Padena... Ella es la que lleva la caja.

—Y también los pantalones, por lo que veo —exclamó Evelyn riendo.

—Exactamente —dijo Mason—. Allá estará segura, Joe no la molestará. Supongo que algunos dueños acostumbran a mosconear...

—Todos —dijo Evelyn Bagby—. Pero una se acostumbra a todo. Ese mosconeo es parte integrante del empleo. ¿Cuánto pagan?

—No lo sé —le dijo Mason—. Es un lugar, desde luego, de postín. Saben que es usted amiga mía. Me imagino que la paga será satisfactoria. Deseo mantener estrecho contacto con usted.

Inmediatamente después que los haya visto, me telefona y me dice si va a trabajar allí o no. Hasta que obtengamos un arreglo en este caso, deseo saber dónde puedo encontrarla en cualquier momento. Necesito conocer, día y noche, el lugar en que se halla. Es posible que tuviera que tomar rápidamente una decisión cualquiera y...

—Si puede obtener algún dinero, cójalo —le dijo, impulsiva, Evelyn Bagby—, pero si le fuera posible conseguir que me hicieran una prueba fílmica, con sólo esto me contentaría. Yo sé que no es nada fácil y que aun en el caso de que accediesen, el resultado sería nulo. Me pondrían delante de una cámara, me harían leer unas cuantas líneas, enseñaría mis piernas y expresaría furor, sorpresa, amor y odio, y después, ¡si te he visto no me acuerdo! Sería una farsa, y con ella se desquitarían de su obligación para conmigo. Pero, no obstante...

—Si consigo que la sometan a una prueba fílmica —le interrumpió Mason—, será una prueba *auténtica*. De eso puede estar usted segura.

Evelyn sonrió, agradecida.

—Tendría que habérmelo supuesto —exclamó—. Usted no hace las cosas a medias. ¿Qué camino tomo para llegar a esa *Taberna Crowncrest*?

—Della Street le dibujará un plano. Puede irse allá por la avenida Mullholand, que es por donde va el tráfico, pero hay un atajo, una carretera estrecha y empinada, que evita ese enorme rodeo. Si va a trabajar allí, tendrá que conocer ese atajo porque por él se ahorra mucho tiempo.

—Señor Mason, hay algo que deseo que usted sepa.

—¿Qué?

—No hubiera querido decírselo, porque son tantas las cosas que me suceden y tan complicadas y enojosas que, francamente, no quisiera...

—¡Al grano!

—Pues bien, el día en que llegué a Corona y se me descompuso el coche, para matar el tiempo me puse a leer una de esas revistas de cine, y en ella había un artículo sobre Helene Chaney, en ese estilo lacrimógeno, cursi y trasnochado que suelen emplear algunos cronistas de cine. Describía en él las ansias de la artista para hallar la felicidad e insinuaba que estaba hora enamorada y que esperaba

que fuese éste su amor supremo, definitivo. Había fotografías de sus dos primeros maridos y en la de su segundo, Steve Merrill, advertí algo que me era profundamente familiar.

—¿En qué sentido?

—Se parecía a Staunton Vester Gladden.

Mason entornó los ojos.

—¿Qué hizo usted?

—Llamé a la oficina de la revista y allí me proporcionaron la dirección de una Agencia artística en donde, seguramente, podría localizar al señor Merrill. Finalmente me dieron la dirección de éste y le llamé por teléfono.

—Siga —dijo Mason con un tono de voz inexpresivo.

—Hablé con él. Le dije quién era y dónde me encontraba. Le añadí que mi coche había sufrido una avería, que no tenía dinero y que esperaba que me pagase inmediatamente algo a cuenta de lo que me debía. También le dije que le daba un plazo de seis meses para que me pagara; de lo contrario, daría parte a la policía.

—¿Qué ocurrió?

—Me contestó diciéndome que debía de estar mal de la cabeza; que no estaba acostumbrado a ceder al chantaje, y que jamás había oído hablar de Staunton Gladden ni de Evelyn Bagby en su vida. Y dicho esto, colgó de golpe el receptor. Me he estado preguntando, señor Mason, si esa llamada habrá podido tener relación con lo que me ha ocurrido, porque si es realmente Staunton Gladden...

—¿Tiene usted alguna duda? —le preguntó Mason.

—Sí, ahora la tengo. En aquel momento pensé que me había equivocado. Salí de la cabina telefónica con mis mejillas al rojo vivo. Después de todo, no puede uno fiarse mucho de la semejanza en una fotografía.

—¿Y ahora?

—He estado cavilando durante estas últimas horas. ¿Supone usted que muchos de mis contratiempos puedan deberse a que verdaderamente Merrill sea Staunton Gladden? Al fin y al cabo, todo concuerda. El hombre tenía por las tablas y el cine el mismo fanatismo que yo, con la diferencia de que él carecía por completo de sentido moral. Es lógico pensar que si me hizo víctima de aquella estafa fue con el propósito de trasladarse a Hollywood y realizar allí sus planes. También es natural que una vez allí cambiara de

nombre.

—Son conjeturas con algún fundamento —dijo Mason—. ¿Hasta qué punto está usted segura?

Evelyn se echó a reír.

—No tengo una seguridad completa. Por lo que respecta a la fotografía, claro está. Si pudiera verlo personalmente, otro gallo me cantaría.

—Es, de cualquier modo, una conjetura que tendremos en cuenta y que comprobaremos a su debido tiempo —dijo Mason.

—¿Lo cree factible?

—Sí. Muy factible.

—He hecho bien en decírselo. De momento, no me atrevía.

—Aclararemos ese punto —dijo Mason—. Mientras tanto, hay otros asuntos más importantes que debemos tomar en consideración. Va a necesitar algún dinero para sostenerse hasta que llegue la primera paga.

Mason se dirigió a Della Street.

—Haz a la señorita Bagby un cheque de cien dólares, Della. Que te lo endose y entonces le darás el dinero en efectivo.

Los ojos azules de Evelyn Bagby se abrieron, atónitos.

—¿Y eso, por qué?

—Eso a cuenta de la indemnización que voy a conseguirle —le dijo Mason—, aparte de que para comenzar a trabajar necesita algún dinero suelto...

—No me gusta contraer deudas —le dijo Evelyn Bagby—. Siempre he observado la regla de arreglarme con lo que tengo. He tratado de...

—Esto no es un préstamo —le dijo Mason—, sino un anticipo a cuenta de la indemnización por daños y perjuicios que Frank Neely y yo conseguiremos para usted. No puede ir por esos mundos...

Y como vacilara, la joven se miró la ropa y se echó a reír.

—Lo comprendo —dijo—. Tengo que comprarme ropa. Este es un vestido que me compré en Needles, señor Mason. Era un modelo muy barato y muy elegante, pero cuando fue a la tintorería por primera vez, sólo quedó de él la baratura. La elegancia se la llevó el viento. Me imagino que muchos le habrán dicho ya que es usted una magnífica persona, un caballero sin par, y, señor Mason, no voy a hacerle perder más tiempo expresándole lo que siento.

Se irguió frente a él, clavados en los suyos sus ojos azules, serenos, de firme mirar. Luego, alargó la mano y estrechó la del abogado con fuertes y vigorosos dedos.

—¡Es usted un hombre cabal!

Della Street le entregó un plano y los cien dólares.

—Firme aquí, en el respaldo de este cheque, señorita Bagby.

Evelyn Bagby firmó, cogió el dinero y el plano y dijo abruptamente:

—Le llamaré, señor Mason —y dejó la oficina sin mirar hacia atrás.

Della Street cogió un papel secante y lo posó sobre el cheque.

—¿Tinta? —preguntó Mason al ver la expresión que se dibujaba en el rostro de Della Street.

Della meneó la cabeza.

—Una lágrima —dijo—. Emborronó la firma... De cualquier forma, apostaría cualquier cosa a que esa chica no suele llorar mucho.

—¡Pobre chica! —dijo Mason—. Realmente, no ha tenido suerte. A ver si podemos conseguir que por una vez siquiera la traten con decencia.

—Y ahora, Santa Claus —imploró cómicamente Della Street—, veamos si puedes detener tu trineo el tiempo suficiente para *examinar* esta pila de correspondencia importante.

El teléfono sonó. Della Street descolgó.

—¿Qué hay, Gertie? El señor Mason está muy... ¿Quién? Un momento.

Se volvió hacia Perry Mason, y cubrió con su mano la boquilla.

—Me parece que no te negarás a hablar personalmente con Irene Keith.

Una amplia sonrisa ensanchó la boca de Mason.

—Ponla en mi línea —dijo. Y cogió su teléfono particular.

—¡Hola, señorita Keith! —dijo.

La voz de Irene Keith era firme, tranquila, queda.

—Buenos días, señor Mason. Me han informado de que representa usted a la señorita Evelyn Bagby.

—Estoy asociado con Frank Neely, de Riverside —exclamó Mason—. ¿Tiene usted un abogado que cuide de sus intereses, señorita Keith?

—Yo soy quien cuido personalmente de ellos, señor Mason.

—La señorita Bagby está virtualmente sin fondos. Su nombre y su reputación han sufrido grave menoscabo. Está aquí en la ciudad buscando trabajo. Me han dicho que usted se propone ayudarla.

—Por un sentimiento de caridad.

—Sería mejor que lo hiciera por un sentimiento de estricta justicia.

—¿Es una amenaza?

—No. Aún no.

—¿Intenta querellarse contra mí?

—Quiero serle franco. No estoy muy familiarizado con los hechos, pero me propongo investigarlos. Si tiene a un letrado que se ocupe de sus intereses, sería conveniente que le sugiriera la necesidad de tomar en consideración este asunto.

—Prefiero llevarlo a mi manera. ¿Estará usted hoy en su oficina?

—Sí.

—Si voy, ¿me recibirá usted?

—Estoy sumamente ocupado. Me he esforzado en convencerle de que este es un asunto para debatirlo entre abogados y...

—No necesito abogado. Prefiero pagar a la muchacha antes que pagar a un abogado unos honorarios por decirme que tengo que hacer un arreglo con esa señorita. No soy partidaria de las conversaciones telefónicas. Pagaré lo que sea, siempre que sea una cifra reducida. ¿Qué le parece? ¿Quiere que hablemos de eso?

—Venga a verme —le dijo Mason—. Le recibiré, pero tenga presente que hubiera preferido hablar con su abogado.

—Llamaré a un abogado cuando lo necesite —dijo—. Tengo el convencimiento de que llegaremos a un acuerdo, usted y yo, sin necesidad de una tercera persona.

—¿Por qué? —preguntó Mason, sorprendido.

—Porque aunque mi abogado es muy bueno, no tiene gancho... Usted me entiende, ¿no? —Se echó a reír—. Estaré en su oficina esta tarde a las dos, y media. Así tendré tiempo para ir al salón de belleza. Le he prevenido, señor Mason.

Perry Mason se echó a reír.

—Está bien. La veré a las dos y media.

Mason colgó el receptor.

Della Street empujó hasta sus manos la pila de cartas para

contestar.

—Después de que me hayas dictado las contestaciones a las cuatro primeras cartas, que son muy importantes —le dijo—, te dejaré leer la columna de chismorreos sobre la gente de Hollywood que ha aparecido hoy en el diario de la mañana.

Mason enarcó las cejas.

—¿Algo sobre este caso?

—No precisamente sobre este caso, pero la cronista alude al veredicto dictado en él para comentar el romance de Helene Chaney.

—¿Sí? —preguntó Mason, interesado—. ¡Cuenta!

—Helene Chaney —comenzó a decir Della Street— tenía que casarse con Mervyn Aldrich. Este iba a ser su tercer matrimonio. Había contraído el segundo con Steve Merrill, un actor de segunda fila, cuando ella aún no había escalado las alturas de la fama. Era entonces sólo una «starlet». El casamiento con Merrill duró apenas un año. Ella descubrió que era un «canallita» y lo puso de patitas en la calle. Él quiso volverse a casar y ella le facilitó un divorcio rápido en Méjico para que pudiera hacerlo. Entonces Merrill presentó una demanda contra ella alegando que el casamiento con él había sido ilegal porque el primer marido de Helene Chaney vivía y había obtenido su divorcio en Méjico... En aquellos tiempos estaban muy en boga estos divorcios mejicanos. Merrill alegó que habían sido socios más bien que marido y mujer, que con sus ganancias había financiado la carrera de Helene Chaney y que por lo tanto era acreedor a la mitad de sus bienes. El decreto final de divorcio de Helene Chaney había de llegar a sus manos el mismo día de su llegada a Las Vegas. Su abogado obtendría este decreto final a las 10 de la mañana, le telefonaría entonces, y a las 11 se casaría con Aldrich. Ahora bien, el asunto se ha convertido en un embrollo jurídico, pues Merrill la ha demandado para anular su matrimonio con ella alegando que su primer marido seguía siendo legalmente su esposo. Tal vez consiga algo. Merrill basa su demanda en una masa de procedimientos legales. Incidentalmente, la demanda de Merrill fue presentada al tribunal dos días después de la fecha que se había señalado para la boda de Helene Chaney y Mervyn Aldrich en Las Vegas. Esta boda no se celebró, como es sabido, a causa del robo de las joyas. Y antes de qué se fijara otra fecha para celebrar la

ceremonia, Merrill presentó su demanda. Por eso sería fenomenal que ese Steve Merrill resultara ser efectivamente el villano que engañó a la joven e ingenua pueblerina enamorada del arte de Talía. En ese caso, tu Evelyn Bagby...

—Un momento —le interrumpió Mason—. ¿Qué quieres decir con eso de *mi* Evelyn Bagby?

—¡Quiero decir lo que digo! ¡Tu Evelyn Bagby! —insistió, burlona, Della Street—. ¿No viste la mirada significativa de sus ojos azules? Las muchachas baqueteadas como ella no derraman lágrimas sobre los cheques, a no ser que estén verdaderamente emocionadas... Por favor, señor Perry Mason, dignaos posar vuestros ojos sobre este montón de epístolas y prestarles vuestra atención pronta, inmediata y personal.

## Capítulo 4

Eran las dos y media, y aunque la pila de cartas había descendido un tanto, todavía quedaba una tercera parte por contestar. Entonces comenzó a sonar el teléfono y Della Street, después de hablar con Gertie, la recepcionista, se volvió hacia Perry Mason.

—Irene Keith está esperando en el antedespacho —dijo—. ¿No podrías hacerle esperar un rato y contestar un par de cartas más? La del juez Carver es bastante importante.

Mason movió la cabeza con un ademán negativo.

—No. El juez Carver puede esperar. Cité a Irene Keith a las dos treinta, y ahí está, puntual. Hazla entrar, Della. Escribiremos al juez Carver más tarde. A propósito, ¿has sabido algo de Evelyn Bagby?

—No. Telefoneó a mediodía y dejó a Gertie un mensaje. Joe Padena le dio el empleo. Estaba falto de personal y la chica le vino de perilla.

—Está bien —dijo Mason—. Veamos ahora qué tipo tiene Irene Keith. Me advirtió que vendría de punta en blanco, con todas las armas de la seducción bien afiladas. Vamos a ver si dan resultado.

—Lo darán —dijo Della Street—. Hasta ahora, siempre lo han dado. Este día vació ibas a dedicarlo a despachar la correspondencia y...

—Este es un caso excepcional —dijo Mason.

Della Street suspiró, apartó a un lado la correspondencia y se trasladó al antedespacho, donde esperaba Irene Keith.

Cuando volvió estaba visiblemente impresionada. Había algo de admiración en la forma de anunciar a la visitante.

—La señorita Keith, señor Mason.

Irene Keith penetró en el despacho. Su personalidad lo llenó por completo, iluminó la sombría dignidad de los libros forrados de

cuero y relegó a una discreta penumbra todo lo demás.

—¡Hola! —exclamó—. He estado en el salón de belleza y traigo mis armas bruñidas y aceradas. —Avanzó hasta el abogado con una mano extendida—. He oído hablar mucho de usted, Mason. Es usted tal como lo representan las fotografías. Esto que le digo le parecerá absurdo. Lo que quiero decir es que sus fotografías son como usted es. ¿Y por qué no lo iban a ser?

Mason sonrió e indicó una silla.

—Después de todo —dijo—, con ese propósito nos retratamos.

—No, no es así. Le sorprendería saber el gran número de personas que desean que sus retratos no se parezcan a ellos. Quieren ser embellecidos, idealizados... Pero, ¡vayamos al grano! Usted está muy ocupado. ¿Desea que haga algo por esa joven?

Mason inclinó la cabeza con pausado ademán.

La joven consultó su reloj pulsera.

—Mervyn Aldrich vendrá aquí a buscarme. ¿Verdad que no le importa?

—¿Aldrich? —Mason enarcó las cejas.

—Era el novio —dijo, echándose a reír—. Estaba listo para ultimar la boda, pero le salvó el gong. En este caso, el gong fue el robo de las joyas.

Mason lanzó a su secretaria una rápida mirada. Della Street pulsó un interruptor que puso en movimiento un aparato de registro de sonido, con el objeto de que cada palabra de la conversación quedara registrada.

—Adelante —dijo Mason.

—Mervyn es un buen muchacho —prosiguió Irene Keith—. Seguramente habrá oído hablar de él. Construye barcos de recreo en Newport Beach.

—¿El crucero Aldrich? —preguntó Mason.

—Exactamente. Yates de exquisita línea Aldrich. Conoce los gustos de la gente y los satisface plenamente. Mucha vista y poco dinero. Cómo lo hace, es un misterio. Desde luego, el volumen ayuda, pero el caso es que gana un dineral.

—¿Y tenía que haberse casado?

—Sí. Era el novio. Yo era la madrina de boda y Helene Chaney la novia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Teníamos que encontrarnos en Corona. Mervyn Aldrich vino en su coche desde Balboa, por el cañón de Santa Ana. Helene y yo fuimos en mi coche, desde Hollywood. El lugar en el que debíamos de reunirnos era Corona, y desde allí iríamos juntos hasta Las Vegas. La boda constituiría todo un acontecimiento.

—Prosiga —dijo Mason.

—Después de todo, señor Mason, no creo que todos estos detalles tengan ninguna importancia. Figuran, en su mayor parte, en la sección cinematográfica de los diarios de la mañana. Después de todo, las joyas fueron robadas y la muchacha demandada absuelta, y...

—No obstante, me gustaría conocer los hechos.

—¡Okay! —dijo—, pero que conste que quería evitarle esta tabarra —y se echó a reír nerviosamente.

—No importa. Siga.

—Pues bien —dijo, consultando de nuevo su reloj—, aparentemente estaba conduciendo a gran velocidad. Este coche mío es una cosa seria y cuando se le cosquillea un poco, el acelerador se traga los kilómetros con una facilidad pasmosa. No es un coche, señor Mason, que incite particularmente a respetar los reglamentos de la carretera. Y, naturalmente, salimos temprano para disponer de tiempo en caso de que sufriéramos un pinchazo.

Mason asintió.

—Supongo que sabrá usted quién es Helene. Su ascensión fue cosa de milagro. De actriz de tercera fila pasó a «estrella» de primera magnitud. Steve Merrill es un mal bicho. Era un comicastro de tres al cuarto. Está sin un céntimo. Intenta quedarse con una buena parte de los bienes de Helene. En un tribunal ordinario no ganaría ni remotamente el caso. Pero si puede enredar el asunto y poner en peligro el matrimonio de Helene con Mervyn Aldrich, tiene una posibilidad de sacar algún provecho del embrollo. Tal vez no lo crea usted, pero Helene desea realmente un hogar y una vida tranquila y segura, y si a los ojos del público es una golfanta, esto es debido a los papeles ingratos que desempeña en las películas. Su papel más frecuente es el de una chica con el jersey muy apretado y la moral muy suelta, y esto al público le encanta. Le he dicho mil veces que no debería aceptar papeles de ese género..., pero como a ella le gusta y sus películas arrebatan al respetable, pues..., pero,

perdone, me he apartado del asunto.

—Estábamos en la cita que se dieron ustedes en Corona —se apresuró Mason a decir.

—Exacto. Llegamos allá más pronto de lo acordado. No queríamos que Mervyn se viera obligado a esperar. El no espera a nadie.

—¿Estaban seguros de que Mervyn Aldrich llegaría puntualmente a la cita?

—Como un clavo —dijo—. Mervyn Aldrich es el hombre más puntual del mundo. Nos había hecho sincronizar nuestros relojes, por teléfono, para llegar a una hora exacta y salir de allí con no menos exactitud.

—¿Y llegaron antes de la hora acordada?

—Veinte minutos antes, o, para ser exacta, veintiún minutos antes de la hora convenida. En fin, aparcamos el coche y decidimos echar un trago en el bar. Helene pensó que, en atención a las circunstancias, era lo más indicado y no creyó necesario retenerme.

—Así, pues, entraron en el bar y tomaron unos cócteles.

—Eso es.

—Salieron del bar, y ¿qué ocurrió?

—Noté que la tapa del compartimiento del equipaje estaba subida y quedé consternada, pues en las maletas que guardábamos allí, llevábamos un sinnúmero de regalos de boda, mis joyas y las de Helene. Llevada del primer impulso, resolví dar inmediatamente parte del hecho a la policía. Esta fue mi gran equivocación. El jefe de policía se presentó inmediatamente. Presumo que vio en este suceso una gran oportunidad para darse bombo y platillo, y nos llevó a todos a la comisaría de policía. Me obligó a describir minuciosamente los objetos robados. Mervyn se presentó entonces, y se puso furioso. Una furia fría, reprimida, como no puede usted imaginarse.

—No me explico por qué.

—Es que, ¿sabe usted?, es muy peculiar. No le gustaron ni la policía, ni la publicidad, ni la demora sufrida. Cuando Mervyn planea algo, quiere que todo funcione como un reloj.

—Así, pues, aplazó la boda.

—Irremisiblemente. La policía nos tuvo allí hasta después de medianoche. Helene estaba exasperada. Mervyn, furioso, y la

policía del pueblo y los periodistas encantados y felices como si estuvieran en una verbena.

—¿No pudieron escabullirse?

—Hicimos lo imposible, pero todo fue inútil. La policía tuvo que interrogar a un sinnúmero de testigos y finalmente detuvo a Evelyn Bagby, e insistió para que yo firmara una querrela criminal contra ella. Les dije a los demás que se adelantaran, que yo me quedaría y me las arreglaría sola con la policía y los tecnicismos de la ley, pero Helene no quiso irse sin mí, y el ambiente general cesó de ser romántico. Mervyn Aldrich no es de los que esperan a nadie. Afirma que el hombre ordinario malgasta el diez por ciento de su tiempo productivo esperando a la gente, directa o indirectamente. No esperaría ni cinco minutos por persona alguna en el mundo.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó Mason.

—Me parece que el resto lo conoce usted ya tan bien, como yo.

—La boda fue diferida. Recuerdo haberlo leído en alguna parte. Hubo un aplazamiento y casi inmediatamente el segundo marido de Helene Chaney presentó su demanda. ¿Qué ha sido de esta demanda?

Irene Keith apretó los labios.

—Más que una demanda es un chantaje —dijo—. ¡Steve Merrill! ¡Qué infecto comicastro! ¡Qué inmundia sabandija! No tengo palabras...

Sonó el teléfono.

Mason hizo una seña a Della Street, quien cogió el receptor, cambió breves palabras con la recepcionista y se dirigió a Perry Mason.

—Mervyn Aldrich manifiesta que tenía que encontrarse aquí con la señorita Keith.

Mason lanzó una rápida mirada a Irene Keith.

—¿Quiere usted que entre ahora?

Irene se apresuró a decir:

—Me parece lo más apropiado, señor Mason, aunque..., bueno, deseo que todo quede esclarecido y me figuro que Mervyn querrá estar al tanto de todo lo que pasa. Podría acaso..., en fin, tal vez le desagradaría que hiciese un arreglo cualquiera sin consultar con él.

Mason hizo un signo a Della Street, quien salió del despacho para ir en busca de Mervyn Aldrich.

En cuanto salió la secretaria, Irene Keith pareció desinteresarse por completo de Mason y fijó su mirada en la puerta por donde aquélla había salido.

La puerta se abrió.

Irene Keith saltó literalmente de su silla y avanzó hacia el visitante.

—Hola, Mervyn. —Le tendió las dos manos—. Ven, que voy a presentarte al señor Mason.

Mervyn Aldrich, casi tan alto como Mason, de cintura breve y anchas espaldas, muy erguido, con un rostro atezado por una vida sana al aire libre, tomó las manos de Irene Keith entre las suyas, le sonrió y dijo:

—¡Hola, guapa! ¿Cómo está la madrina de boda?

Seguidamente fue al encuentro de Perry Mason y le estrechó vigorosamente la mano.

Hechos estos preliminares, Aldrich se sentó, consultó su reloj de pulsera y abrió inmediatamente el debate con la eficacia y concisión de un presidente de un consejo de accionistas que abriera la sección.

—Vamos a ver, Irene —dijo—, tu mensaje por teléfono se refería a una avenencia que intentabas hacer con la joven que robó las joyas, ¿no es eso?

—No las robó, Mervyn.

—¿Cómo sabes que no fue ella?

—Ha sido absuelta —dijo Mason.

La sonrisa de Aldrich era más elocuente que sus palabras.

—Mervyn —le exhortó Irene—, sé muy bien que no fue ella. Lo siento mucho. En todo este asunto hay algo muy enigmático que no acierto a penetrar.

Aldrich se volvió hacia Mason.

—¿Puedo preguntarle cuál es *su* papel en este asunto?

—Contrataron mis servicios.

Irene Keith dijo, a guisa de explicación:

—Comprenda, señor Mason. Mervyn está muy dolorido a causa de este asunto. Por él tuvo que suspenderse a ceremonia de su casamiento.

—Irene y Helene dejaron todas esas joyas en el compartimento posterior del coche y...

—Yo cerré con llave ese compartimiento, Mervyn, estoy segura de ello —dijo Irene.

Acogió esta afirmación con un leve movimiento de cabeza y siguió hablando con Mason.

—Las mujeres creyeron que debían dar parte del robo a la policía de Corona. Esta nos hizo perder hora y media con preguntas y más preguntas ociosas. Luego, se presentó ese hombre... ¿Cómo diablos se llamaba, Irene?

—Boles, Harry Boles.

—Exacto. Había visto a aquella muchacha enredando en el compartimiento de los equipajes. Por lo menos, eso dijo. Ayer, en la vista celebrada, su testimonio fue desbaratado por completo por la defensa. El jurado absolvió a la demandada. No hay duda de que tuvo mucha suerte. ¿Dónde está ahora?

—Trabajando —dijo Mason.

—¿En qué lugar?

—Aquí, en la ciudad.

Irene Keith exclamó, impulsiva:

—Mervyn, quiero que te fíes de mí. Tengo la corazonada de que todo esto ha sido una confabulación, algo tramado de antemano... no sé con qué propósito.

Mervyn hizo un gesto de denegación.

—Mervyn, confía en mi instinto de mujer.

Sus ojos, clavados en los de Mason con una dureza de acero, se desviaron y se posaron, tiernos, en el rostro de Irene.

—Tú eres todo corazón —le dijo—. Siempre buscas lo mejor que hay en cada individuo. No conoces en toda su profundidad los abismos de la naturaleza humana.

—Por favor, Mervyn. Este caso particular lo llevo muy a pecho.

Aldrich le sonrió tiernamente unos instantes, y acto seguido se volvió a Mason. Su actuación era fríamente despectiva.

—¿Cuál es su proposición, señor Mason?

—Irene Keith —respondió Mason— firmó una querrela criminal acusando a Evelyn Bagby de un delito. La muchacha fue detenida, encerrada en un calabozo y más tarde procesada y absuelta. Todo esto, nos crea una situación muy poco satisfactoria.

—Poco satisfactoria, ¿desde qué punto de vista?

—Desde el de cada una de las partes interesadas.

—Irene obró contra esa muchacha sin malicia ni ánimo de perjudicarla. Jamás la había visto. El delegado del fiscal del distrito dijo a Irene que firmara y ella firmó. Cualquier acción que se emprendiese contra ella carecería de base legal. Es algo que todos los abogados saben.

—Justamente —dijo Mason— me esforcé porque la señorita Keith me diese el nombre de su abogado para poder hablar con él. Puesto que ha preferido discutir el caso conmigo personalmente, me limito a debatirlo de este modo.

—Todo eso es muy bonito —dijo Aldrich—, pero no crea que le sacaré usted a Irene un solo centavo a título de indemnización por daños y perjuicios. Ni siquiera conocía a la chica en cuestión. Firmó la demanda porque así se lo aconsejaron las mismas autoridades.

—¿Acaso —le preguntó Mason— trata usted de enseñarme leyes?

—Sí.

—Eso he pensado.

Mason se puso de pie.

—Espere un momento —exclamó Aldrich—. Tal vez le haya juzgado mal.

—Por supuesto, pero no importa. Nada puede alterar ya la situación —le dijo, tajante, Mason.

—Mire —exclamó suplicante Irene dirigiéndose a Mason—, yo creo que da usted a este asunto más importancia de la que realmente tiene.

—No lo creo yo así —respondió Mason.

Mason cruzó el despacho y abrió de par en par la puerta de salida.

Irene Keith, después de lanzar una rápida mirada a Aldrich, se volvió, vehemente, a Mason. Mervyn Aldrich le ahincó firmemente el brazo.

—Ven, Irene —exclamó—. Vámonos de aquí.

Mason, impasible, los acompañó con la mirada hasta que la puerta se cerró tras ellos. Della Street pulsó el interruptor del aparato de registro, para desconectarlo.

—¿Y bien? —interpeló.

Mason se quedó mirando, el ceño fruncido, hacia la puerta por donde había salido la pareja.

—Jefe —le dijo Della Street— si tan deseosa estaba de llegar a un acuerdo, ¿por qué citó aquí a Mervyn Aldrich?

Mason se volvió hacia Della Street y la miró, pensativamente. De pronto, le dijo:

—Gracias, Della.

Sus ojos se abrieron, desmesurados, con una expresión de infinito asombro.

—¿Por qué?

—Por señalarme una de las claves del problema. Una que había pasado yo por alto.

—No atino a comprender —dijo ella.

—Mervyn Aldrich —le dijo Mason— es el hombre más puntual del mundo. Jamás ha esperado a nadie cinco minutos. Acude a las citas como un clavo.

—Y bien. Sigo sin comprender.

—La cita de Irene Keith —dijo Mason— fue fijada a las dos y media. Pidió a Mervyn Aldrich que se encontrara en este despacho con ella. El hombre se presentó exactamente quince minutos después. Por lo tanto, debió de indicarle que acudiera a las dos y cuarenta y cinco minutos. Recuerda que Irene Keith me dijo que iba a un salón de belleza para afilar y bruñir sus armas. Me advirtió que emplearía contra mí todas sus artes de seducción. —Della hizo un ademán de asentimiento—. Por lo tanto —continuó Mason— formó el propósito de emplear estos quince minutos en envolverme en las redes de su seducción, en trabar conocimiento conmigo y en representar el papel de una mujer comprensiva y generosa, muy ansiosa de reparar el daño que hubiera podido hacer a Evelyn Bagby. Entonces Mervyn Aldrich, por un plan deliberado o porque ese es su temperamento, un hombre frío, desagradable, imperioso, sarcástico y complejamente imposible, entraría en escena y desbarataría toda posibilidad de llegar a una componenda amistosa.

—Entonces, ¿crees tú que todo fue planeado de antemano?

—Decididamente, sí —dijo Mason—. Era una representación demasiado perfecta para ser espontánea.

—Bien —dijo Della Street—. Puedo decirte algo más, esto desde un punto de vista estrictamente femenino.

—Veamos ese punto de vista.

—Irene Keith está *chiflada* por Mervyn Aldrich. Te concedo que

el robo de las joyas le vino a Steve Merrill de perilla porque le permitió presentar su demanda antes de que Helene se casara, pero apuesto cualquier cosa a que cuando la boda fue aplazada, Irene Keith no se deshidrató vertiendo lágrimas.

Mason entornó los ojos.

—Esto abre grandes perspectivas a nuestra especulación, Della. Creo que en atención a las circunstancias, tendremos que entregarnos a un pequeño trabajo de investigación y ver si podemos descubrir algunos hechos que puedan sernos valiosos.

—En otras palabras —dijo Della, sonriendo—, tendremos que recurrir a Paul Drake.

—Exactamente. Cruza el pasillo y averigua si nuestro hombre está en su despacho. Si está, que deje lo que está haciendo y me lo traes aquí, vivo o muerto. Todo parece indicar que la trama se está espesando.

—Que es —observó la secretaria, por encima de su hombro, mientras se dirigía a la puerta de salida que daba al pasillo— lo que ansía cierta persona que yo conozco.

## Capítulo 5

Paul Drake, gerente de la Agencia de detectives Drake, que tenía su despacho en la misma planta del edificio ocupado por Perry Mason, se dejó caer en el sillón forrado de cuero reservado a los visitantes y adoptó su postura clásica: ladeado el cuerpo, abarcando con un brazo sus rodillas y apoyando la espalda en el otro brazo.

—¡Hola, Perry! —dijo—. Desembucha.

Mason abrió la boca para hablar, pero se detuvo, hizo una pausa, caviloso, escogió un cigarrillo, lo encendió, observó el humo durante unos segundos y finalmente dijo:

—¿Conoces a Helene Chaney, Paul?

—¿La actriz?

—Sí.

—Personalmente, no.

—¿Qué sabes de ella?

—No gran cosa. De vez en cuando hablan de ella los periódicos, pero son mentecateces lanzadas por el departamento de publicidad. Puro camelo. En la pantalla es seductora, voluptuosa y empalagosa. Tiene ojos de crepúsculo interior y lleva los vestidos muy justos, pero no severos. Hay que decir que los llena a maravilla. Todo eso, sin embargo, no impide que el departamento de publicidad trabaje sin descanso tomando fotografías de ella en su casa, en el jardín de su casa, en la cocina de su casa, con un delantalito o una bata casera o blusas púdicas cerradas hasta la barbilla. Si hay algo que le enloquece es la cocina. Una de las grandes tragedias de su vida es que su carrera cinematográfica le impide tener un hogar y ser una mujer de su casa. Cuando dispone de unos pocos minutos, los emplea en hacer calceta, o bordar o hacer ganchillo. Es una...

—No sigas —le atajó Mason—. Conozco el paño.

—¿De veras? —replicó Drake con una sonrisa socarrona—.

Reconoce, sin embargo, que la imaginación de esos publicistas es de una altura que da vértigo. Tengo entendido que nuevamente va a contraer matrimonio.

Mason asintió:

—Todo estaba preparado —dijo— para celebrar una boda de rumbo en Las Vegas, pero alguien hizo desaparecer los regalos de boda. Este contratiempo puso fin al *safari* matrimonial de Las Vegas. Entonces su segundo marido, un tipo llamado Merrill, entró en escena con una acción judicial, y el balduque y el papel de oficio entraron en funciones y acabaron hasta con las ganas de casarse. ¿Qué sabes tú de ese Merrill, Paul?

—Poca cosa. Era un actor, si se le podía llamar así... y creo que sigue siéndolo. Helene, por si lo ignoras, no ascendió al firmamento fílmico sino hasta que hizo aquella película en la que desempeñaba el papel de una periodista coreana.

Mason asintió.

—Bueno. ¿Y a qué viene todo esto? —preguntó Drake.

—Evelyn Bagby —respondió Mason— fue detenida por el robo de las joyas del coche de Irene Keith. Fue absuelta ayer por la tarde.

—Es cierto —dijo Drake—. La vista se celebró en uno de esos pueblos de vaquitas que hay por ahí, ¿no es eso? Lo leí en los periódicos.

—En vez de vaquitas, pon naranjos —dijo Mason, sonriendo—. La vista se celebró en Riverside.

Drake asintió.

—Lo que pretendo —prosiguió Mason— es conseguirle a Evelyn Bagby una buena indemnización por daños y perjuicios.

—¿Hay alguna acción por medio?

—Todavía no. Ella no puede probar que obrara de mala fe. De seguro no la hubo. Irene Keith firmó la querella, pero lo hizo por consejo del delegado del fiscal del distrito.

Drake asintió con un ademán de cabeza.

—Pero —prosiguió Mason—, si conociera más a fondo los hechos, *es posible* que descubriera un complot o confabulación. Entonces Evelyn Bagby se hallaría en una posición bien distinta. Si la muchacha fuera culpable, nada podría hacerse. Pero si es inocente, y la evidencia así lo indica, entonces alguien deliberadamente trató de hacerle caer en una celada. La persona

que llevó la pulsera a su habitación del hotel lo hizo ciertamente con ese propósito, y Harry Boles, el hombre que la identificó como a la persona que abrió la maleta procedente del coche de Irene Keith, pudo haber sido tanto la víctima de una honrada equivocación como un cómplice de la confabulación.

Drake volvió a asentir con un movimiento de cabeza.

—Averígualo —dijo Mason.

—¿Pronto?

—Más que pronto.

Drake se enderezó y se levantó del sillón.

—Tú siempre tan bueno conmigo —dijo, quejumbroso, al poner la mano en el pomo de la puerta.

—Otra cosa —le interpeló Mason antes de que Drake abandonase el despacho—. Averíguame todo lo que puedas acerca de Steve Merrill. Y procura decirme si alguna vez tuvo otro nombre.

Drake se apartó de la puerta y avanzó unos pasos hacia Mason.

—¿Qué nombre? —inquirió.

—Staunton Vester Gladden.

Drake sacó del bolsillo un cuaderno de notas y apuntó el nombre.

—Supongo que querrás esta información para dentro de media hora.

Mason sonrió.

—No me corre tanta prisa. Te doy de plazo hasta mañana por la noche, Paul.

## Capítulo 6

A las cuatro y cuarenta y cinco, aquella tarde, el teléfono particular de Mason, cuyo número no figuraba en la guía, sonó, vibrante. Mason le hizo una seña a Della Street para que contestara a la llamada.

—¡Hola! *Okay!* —respondió Della—. Ahora te lo paso, Paul.

Se volvió hacia Mason.

—Paul Drake dice que uno de sus hombres tiene una información de Corona.

Mason cogió el teléfono:

—¡Hola, Paul!

—Hola, Perry —dijo Drake—. Uno de mis hombres ha descubierto un filón en Corona. El hotel D3, frente al *Cocktail Bar*, alquiló un pabellón a las once y media de la mañana, el día en que robaron las joyas a una mujer joven que llevaba gafas oscuras y que al parecer dio unas señas y un nombre falsos. Una doncella dijo que vio a esta mujer saliendo del pabellón ocupado por Evelyn Bagby en dicho hotel. A la doncella no le habría llamado la atención aquella mujer si no hubiera sido por lo nerviosa y desconcertada que se puso al verla. Explicó que se había equivocado y había entrado en un pabellón que no era el suyo. Llevaba una maleta que había sacado de su coche.

—¿A qué hora fue eso? —le preguntó Mason, muy interesado.

—Debió haber sido cuando alquiló el pabellón, a eso de las once y media. Entre esa hora y las once y cuarenta y cinco. La encargada no lo recuerda con exactitud. Recuerda sólo que el pabellón había sido desocupado aquella misma mañana a las diez y que acababan de arreglarlo y acondicionarlo para la nueva inquilina. Las doncellas comienzan su trabajo a las diez y habitualmente lo terminan a las dos de la tarde. Así, pues, cuando esta persona se

presentó a las once y treinta de la mañana, la encargada tuyo que buscar un pabellón que estuviese ya arreglado, para poderlo alquilar. Por eso recuerda la hora con bastante exactitud.

—¿Qué descripción han hecho de la mujer? —le preguntó Mason.

—Voy a dártela —dijo Drake—. Bastante alta. Aproximadamente un metro setenta. Llevaba gafas oscuras, muy buena ropa, y conducía un coche de lujo. La encargada no pudo discernir la marca. La chica de la recepción anotó en el registro de entrada un Cadillac, pero la encargada cree que era un Lincoln. No está segura.

—¿Y el número de la licencia?

—Lo he confrontado —dijo Drake—. Falso.

—¿Y la dirección?

—Ficticia.

—¿Más detalles del aspecto de la mujer?

—Elegantemente vestida, ropa de buena calidad, una voz muy bien timbrada; no se quitó un momento las gafas oscuras. La encargada cree que tendría unos veintinueve o treinta años. Recuerda algo acerca de ella. La mujer llevaba zapatos de piel de cocodrilo auténtica. La encargada se fijó en ellos. Eran zapatos que debían costar lo suyo. Tenía muy bonitos pies y unos tobillos perfectos. Se fijó en sus zapatos cuando la examinó de pies a cabeza con esa mirada de «inventario» que es atributo exclusivo de las mujeres. Tú sabes que no les gusta alquilar pabellones a esa hora de la mañana a una mujer sola y, además, atractiva, porque puede ocasionar trastornos al hotel.

—No obstante, le alquilaron el pabellón.

—Exacto. La mujer les dijo que había estado conduciendo toda la noche, que se dirigía a Hollywood, que quería descansar dos o tres horas y que no le importaba pagar el alquiler de un día entero, aunque sólo permanecería allí unas pocas horas. Dijo que quería descansar sus ojos y distender sus nervios.

—¿Y cuánto tiempo permaneció allí?

—Esto es lo que a mí me ha escamado —dijo Drake—. Evidentemente salió del hotel a la una.

—¿Cómo fue eso?

—A las doce treinta, una de las doncellas advirtió que este pabellón estaba desocupado, y que la llave estaba en la puerta, por

la parte de afuera. Alguien había tomado una ducha y había dejado las toallas por el suelo. Pero la cama no estaba deshecha y no había equipaje alguno en el cuarto.

—¿Y fue esta mujer la que penetró en el pabellón de Evelyn Bagby?

—Aparentemente fue ella. La doncella la vio salir del pabellón. Cree que era la misma mujer que alquiló el pabellón a una hora tan anormal.

—Es evidente, Paul —dijo Mason—, que a esa hora no se había cometido todavía el robo.

—Lo sé. Estaba seguro de que esta información te interesaría.

—Mucho. ¿Dónde estaba Evelyn?

—Al parecer, había salido para desayunar. Mientras estuvo allí, se levantaba tarde. Dijo a la doncella que durante muchos años su vida había sido víctima de las exigencias del reloj-despertador y que cuando tenía la ocasión, como ahora, de eliminarlo, se sentía la mujer más feliz del mundo.

—Consigue algunas fotografías de Irene —dijo Mason—, y comprueba si la doncella la reconoce como a la inquilina misteriosa. Si la identifica, hemos puesto una pica en Flandes.

—Recuerda que esa mujer llevaba gafas negras, Perry.

—Bueno, tú pon manos a la obra.

—Como las balas —prometió Drake—. ¿Estarás aún un buen rato en tu despacho?

—Te avisaré cuando me vaya —le dijo Mason—. De todos modos, pasaré por tu despacho. Y no dejes de darle duro al asunto.

—¿Qué novedades? —le preguntó Della Street cuando Mason colgó el receptor.

Mason le refirió lo que le había dicho Drake.

—A ver si me consigues a Evelyn Bagby por teléfono, Della.

—¿Quieres hablar con ella personalmente?

—No. Dile que su asunto ha tomado un nuevo cariz muy interesante; que es posible que Irene Keith se decida a tener con ella un contacto directo y a deslumbrarla con regios ofrecimientos, y que ocurra lo que ocurra y por muy generosa que sea su oferta, no concierte con ella arreglo alguno.

Della Street asintió y se encaminó al antedespacho.

—Haré la llamada ahí dentro, jefe, para no molestarle.

—Llamarás también a Frank Neely, en Riverside —dijo Mason—. Dile que estamos sobre la pista de algo muy importante.

Della Street pasó al otro despacho para hacer las llamadas telefónicas. Mason comenzó a pasearse arriba y abajo, los ojos entornados, abismado en sus pensamientos.

Al cabo de unos pocos minutos, volvió Della Street.

—Jefe —dijo—, conseguí hablar con Joe Padena. Evelyn no estaba allí.

—¿No? —preguntó Mason, interrumpiendo su paseo.

—No. Evelyn trabajó de las doce a las tres. No ha de volver hasta las ocho, hora en que reanuda el trabajo hasta la una de la mañana. Ya puedes imaginarte lo que ha sucedido. Le diste cien dólares y un empleo. Ha ido a comprarse ropa.

Mason sonrió, burlón.

—Eso, Della, era inevitable, elemental.

—Hay más. A mis preguntas de si alguien había llamado a Evelyn Bagby o habían dejado un recado para ella, Joe me informó que le había llamado un hombre y que al no encontrarla allí había dejado para ella el encargo de que S. M. estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con ella, y que agradecería mucho que Evelyn Bagby recibiera ese recado.

—¿S. M.? —preguntó Mason.

—Sí. Sólo esas dos iniciales.

—Steve Merrill —dijo Mason—. ¿Cómo diablos supo dónde se encontraba ella?

—Tal vez ella misma le había llamado antes.

—O —agregó Mason—, tal vez, se referiría a la indemnización por la detención arbitraria, y si podemos probar que esa mujer que entró en el pabellón de Evelyn, en Corona, era Irene Keith, entonces ni por veinte mil dólares firmo el acuerdo.

—¿Dejamos a Evelyn Bagby un mensaje? —preguntó Della Street.

—Es posible que llame antes a S. M. —dijo Mason.

—Entonces ¿qué hacemos?

Mason consultó su reloj y acto seguido tomó una determinación.

—Della, coge mi coche. Ve allá. Toma el atajo. En cuanto aparezca Evelyn Bagby, le das mi mensaje. Cuídate de que lo tenga antes de que vea a otras personas o reciba otros recados. Llámame

después de que hayas hablado con ella y nos reuniremos para cenar juntos, en Hollywood..., si es que no tienes un compromiso previo.

—Ningún compromiso. Y conste que tengo un apetito feroz. Me voy. Te llamaré probablemente dentro de una hora.

Se puso el sombrero y el abrigo, abrió la puerta de salida, le dirigió una sonrisa, y de pronto se detuvo y dijo:

—¡Santo cielo! No llamé a Neely. Después de hablar con Joe Padena, con la emoción...

Mason la tomó del brazo y la condujo hasta la puerta.

—No importa. Gertie se cuidará de llamarle. Vete volando, Della.

Mason permaneció unos segundos en el paso de la puerta mientras su secretaria se alejaba, y luego se dirigió a su mesa, cogió el teléfono y dijo a Gertie:

—Comuníqueme con Frank Neely, en Riverside. Esperaré aquí la llamada.

Mason comunicó a Neely que a causa de «cierto nuevo y fantástico sesgo» que había tomado el asunto, no era prudente, por el momento, ni discutir siquiera la posibilidad de cualquier avenencia o componenda.

—Está bien —dijo Neely, riendo—. Lo dejo todo en sus manos, letrado. Si me preguntaran, no sabría ni decirles la hora. Soy su consocio por un imperativo de admiración y respeto.

—Deje a un lado los imperativos —le dijo Mason—. Le he hecho mi consocio para que cobre algún dinerillo que le compense de sus trabajos y afanes en la defensa de Evelyn Bagby.

—¿Cree usted que la criatura se presenta bien?

—Es difícil decirlo —dijo Mason, sin soltar prenda—, pero la verdad es que hemos descubierto una pista que tal vez nos lleve a algo positivo... y entonces la indemnización será importante.

—En fin, así lo espero en bien de la muchacha. Necesita dinero —dijo Neely—. Pero usted debe conocer una ley que yo ignoro. Porque, que me cuelguen si sé cómo se puede entablar una acción por querella mal intencionada, cuando la querellante obró siguiendo instrucciones de un representante del fiscal del distrito.

—No sé de ninguna ley que usted no conozca —le respondió Mason—, pero mi larga experiencia me ha enseñado una cosa y es que, primero, hay que estar en posesión de *todos* los hechos, y *luego*

aplicar la ley.

—Lo tendré presente —respondió Neely.

Mason se echó a reír.

—Tarda uno mucho tiempo en aprender eso. No figura en los libros de jurisprudencia. Le seguiré aleccionando.

Colgó, volvió a arrellanarse en su sillón, anudó las manos detrás de su nuca y volvió a abismarse en sus pensamientos. Después de unos minutos encendió un cigarrillo y fumó, profundamente abstraído, barajando en su mente los múltiples aspectos de la situación.

Gertie tocó con los nudillos la puerta del despacho particular de Mason. Sin esperar a más, como de costumbre, entró y dijo:

—Irene Keith está en el antedespacho. Quiere verle a propósito de algo que desea explicarle personalmente.

—¿Está sola? —preguntó Mason, pulsando el interruptor que ponía en marcha el escondido aparato de registro de sonido.

Gertie hizo un ademán afirmativo.

—Que entre —dijo Mason, apagando en el cenicero el cigarrillo que estaba fumando—. Y, Gertie...

—Sí, señor Mason.

—Si dentro de unos minutos se presentara un hombre llamado Mervyn Aldrich y le manifestase que tenía que encontrarse aquí con Irene Keith, dígame sencillamente que estoy en conferencia y que le había dejado el encargo de que no me molestaran en absoluto.

Gertie asintió.

—Eso mismo se aplica a todos los demás —dijo Mason—. Voy a celebrar una conferencia con una damisela cuya conciencia sufre probablemente los zarpazos del remordimiento, y esta vez quiero estar seguro de que no me va a interrumpir alguien que en vez de conciencia tiene una callosidad mental. ¿Me comprende, Gertie?

Gertie sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—Perfectamente —exclamó.

En la manera de entrar y cruzar el despacho particular de Mason se advertía en Irene Keith una fría determinación y un aplomo que indicaban que llevaba un buen estudiado plan de campaña.

—¡Hola, señor Mason! —dijo avanzando hasta darle la mano—. Siento mucho lo ocurrido.

Mason enarcó las cejas.

—Me refiero al modo de proceder de Mervyn Aldrich.

—¿Qué le pasa a Mervyn Aldrich? —preguntó Mason con aire de inocencia.

—Esas maneras suyas, la forma de mirar el asunto desde un punto de vista indiferente, sin un adarme de sentimiento. Deshidrató la cuestión, le quitó todo lo que pudiera contener de linfa humana, y la dejó seca, como un problema específicamente económico.

—Síntese —le invitó Mason.

—Señor Mason, quiero hacer algo en favor de esa joven.

—Creo —le dijo Mason, contemplando los elegantes zapatos de piel de cocodrilo que llevaba— que lo mejor que puede hacer usted es dejar que hable con su abogado.

Irene se retrepó en el ancho y cómodo butacón reservado a los visitantes, cruzó sus largas piernas, sonrió y dijo:

—¿Por qué? ¿Me tiene miedo, señor Mason?

—No, pero la situación me parece ahora más complicada de lo que al principio supuse y..., en resumidas cuentas, creo que debiera confiarse usted a un abogado.

—Yo no lo pienso así. Todos mis negocios los llevo yo, personalmente, y sólo recorro a un abogado cuando me encuentro en un aprieto.

—Está usted, ahora, en un aprieto, señorita Keith —enarcó las cejas—. Creo que es mi deber informarle, señorita, que desde nuestra última conversación he descubierto ciertas pruebas que me autorizan a pensar que Evelyn Bagby tiene fundadas razones para emprender una acción por difamación y calumnia, detención arbitraria y encarcelamiento.

—¡Oh, qué espanto!

—Mejor que lo tome así.

—¿Y contra quién, señor Mason, se emprenderá esa acción?

—Al parecer fue usted quien firmó la querella criminal.

—No me venga con argucias de legista —exclamó ella, sin abandonar su sonrisa burlona—. Firmé la querella porque me aconsejó que lo hiciera un funcionario público. El agente del fiscal del distrito me dijo que firmara. En realidad fue él quien redactó la querella y me la pasó a mí, diciéndome: «Firme aquí». Yo me limité a firmar donde me indicaba —Mason hizo un ademán de

asentimiento—. ¿Esta acción mía no elimina toda posibilidad de intención deliberada de causar daño a un tercero, señor Mason?

—Parece que tiene usted un concepto insólitamente claro de la ley relativa a las querellas contra las detenciones indebidas —respondió Mason.

—¡Oh! —dijo la mujer echándose a reír—. Conozco la *ley*.

—¿Sí?

—Este caso lo he consultado con mi abogado.

—Comprendo.

—Yo creo que no. Vea usted, yo tengo a mi abogado, y él me dice lo que dispone la ley. En cuanto a la decisión que haya de tomar, yo estimo que mi criterio es más justo que el de mi abogado. La prueba es que yo he hecho más dinero con mis negocios que él con los suyos.

—El dinero, desde luego, no lo es todo —dijo Perry Mason.

—Pero no deja de ser una buena vara de medir.

—El éxito en los negocios depende de muchos factores. Hay mucha gente que tiene iniciativa, buen criterio y habilidad y, sin embargo, en cuestiones de dinero su éxito es mediocre. En esa clase de éxito a que se refiere usted, son factores determinantes la suerte y el atrevimiento.

—Es una gran verdad, señor Mason, lo que usted dice, y me agrada escucharla de sus labios. Tengo más iniciativa, más habilidad y mejor criterio que mi abogado, y desde luego, mucho más atrevimiento. En cuanto a la suerte, hasta ahora se ha puesto siempre de mi lado.

—Así, pues, vio usted a su abogado y le consultó sobre leyes —exclamó Mason.

—Sí. Eso hice.

—¿Y le aconsejó?

—Exactamente.

—¿Qué le dijo?

Irene se echó a reír.

—¿Quiere usted saber exactamente qué me dijo?

—Si tiene la amabilidad...

—Me dijo que le manifestase que usted y su cliente Evelyn Bagby se fueran al diablo.

—Y, en vista de eso, vino usted a verme.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para llegar a un acuerdo con usted.

—Eso es más difícil de lo que usted se imagina.

—Déjese de monsergas, señor Mason. Yo estoy dispuesta a darle a esa chica mil dólares. Esta suma le compensará ampliamente de todas las molestias y disgustos que haya podido sufrir. Mi conciencia se sentirá más tranquila y usted habrá ganado sus honorarios. Aquí tiene usted el cheque. Se lo he hecho a su nombre, como representante legal de Evelyn Bagby, y en el dorso del mismo se estipula que, aceptando, endosando y cobrando este cheque, usted, como abogado de Evelyn Bagby, sale fiador de que jamás será objeto de acción alguna por parte de esa muchacha por detención falsa, calumnia, encarcelamiento indebido, querella con intención de dolo o cualquier otro delito derivado de los acontecimientos relacionados con la pérdida de unas joyas en el condado de Riverside, y que por este acto renuncia a todas las reclamaciones que pueda tener o haber tenido contra mí desde el comienzo de los siglos hasta el presente.

Mason se echó a reír y dijo:

—Supongo que este endoso le fue dictado por su abogado.

—Por supuesto.

—Y, no obstante, prefirió usted llevar en persona las negociaciones.

Asintió.

—Yo creo —le dijo Mason— que debe usted dejar a su abogado que me exprese personalmente su deseo de que visite el Averno.

—¿Cómo, señor Mason! ¿Insinúa usted que no va a aceptar esos mil dólares?

—No creo que tenga necesidad de insinuar nada.

Le miró con una expresión de completa estupefacción.

—¡Santo Dios! ¡Señor Mason! He aquí mil dólares para su cliente. Se los entrego en bandeja de plata.

—No veo la bandeja por ningún lado —dijo Mason.

—Hablabas en sentido figurado.

—También yo.

Sus ojos se clavaron, fijos, en los de Mason.

—¿Está usted faroleando, o bien, tiene un as escondido en la

manga?

—Tengo un as escondido en la manga.

—¿Y va usted a negarse a aceptar este cheque en nombre de su cliente? ¿Va a rechazar una conciliación sin consultar siquiera con ella?

—Le someteré su oferta y le aconsejaré que la rechace.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—¿Dónde estaba usted el día del robo, digamos, a las once de la mañana?

—Helene Chaney y yo estábamos en el salón de belleza bruñendo nuestras armas. Puede comprobarlo fácilmente, interrogando al personal del establecimiento. Fuimos a almorzar y entonces..., bueno, usted me ha hablado de la mañana, ¿no?

—Sí.

—Pues ya le he dado la respuesta. ¿Qué era lo que tenía que haber hecho? ¿Alarmarme o tratar de evadir la contestación?

—No era necesario. Me limité a pedirle un informe.

—Bien, pues ya lo tiene. Ahora le pregunto yo. ¿Acepta o no esos mil dólares a título de indemnización por daños y perjuicios?

—Probablemente no. Tendré que...

—Mire usted —le interrumpió ella, tajante—, usted no va a jugar conmigo al escondite, señor Mason. Le daré exactamente cinco horas para que acepte o rechace mi oferta. Estaré en mi casa hasta las diez y media. Si hasta esa hora no me ha telefoneado para informarme de que acepta este compromiso, daré instrucciones al banco para suspender el pago del cheque. Mi número de teléfono es Halverstead 6-8701.

El teléfono particular de Mason comenzó a sonar en este momento. Como únicamente Della Street y Paul Drake conocían el número de este teléfono, el abogado, lo supeditaba todo a su llamada.

—Perdóneme, señorita —dijo dirigiéndose a Irene. Tomó el receptor y dijo—: ¡Hola! —y oyó la voz de Della Street.

—Hola, jefe. ¿Puedo hablar?

—Tú sí.

—¿Y tú no?

—Yo no.

—¿Hay moros en la costa?

—Sí.

—¿Alguien relacionado con el caso de Evelyn Bagby?

—Sí.

—Bien, jefe, escucha. Estoy aquí en la *Taberna Crowncrest*. Evelyn ha vuelto de sus compras —dijo Della Street—. En este momento acaba de llegar. He cambiado sólo unas cuantas palabras con ella. El mensaje de S. M. era efectivamente de Steve Merrill. Después de que abandonó nuestro despacho, Evelyn Bagby se puso a hojear unos números atrasados de revistas de cine y está ahora más segura que nunca de que Steve Merrill es realmente el Staunton Gladden que hace años le estafó. Entonces, ni corta ni perezosa, le llamó de nuevo por teléfono. Estaba fuera, pero una mujer que contestó a la llamada le prometió darle el recado. Así, pues, Evelyn le dejó su nombre y la dirección del lugar en que está trabajando y encargó a la mujer que dijera al señor Merrill que avisase al señor Gladden para que le llamara allí no más tarde de las cinco de hoy.

—¿No le dio nada más que este recado? —preguntó, interesado, Mason.

—Eso fue todo. Pero, por lo visto, dio resultado. Merrill llamó y dejó para Evelyn el recado de que llegaría a un acuerdo con ella.

—Bien —dijo Mason—. Creo que lo mejor será que vengas aquí inmediatamente y discutiremos esta nueva fase del asunto.

—¿Quieres que vaya ahora mismo?

—Exacto.

—Voy volando —exclamó—, y le diré a Evelyn Bagby que no haga nada mientras no sepa de ti.

—Eso es. Nada en absoluto.

Mason colgó el receptor, e hizo una pausa, esperando a que Irene Keith comenzara a hablar.

Bruscamente se levantó y le dio la mano.

—Estoy convencida de que está faroleando —dijo—. Me había gustado usted mucho esta tarde. Ahora ya no estoy tan segura.

—Lo lamento —dijo Mason—, pero eso es una de las desventajas de llevar personalmente sus negociaciones. Si le hubiese dejado a su abogado la enojosa misión de entenderse conmigo, habríamos podido conservar nuestras amables relaciones sociales.

Abrió la puerta, se volvió para mirar en dirección a Mason y con un mohín picaresco le mandó con los dedos un beso.

—Buenas noches, abogado —exclamó, burlona.

—Buenas noches —le dijo Mason.

La puerta se cerró lentamente, apagando el repiqueteo de los tacones de Irene Keith al alejarse, rápidamente, por el pasillo.

## Capítulo 7

En esta época del año oscurecía muy temprano, y Mason, esperando a que llegara Della Street, se acercó a la ventana del despacho, y se puso a contemplar, taciturno, el tráfico intenso y ruidoso de la calle.

Estranguladas por un tráfico desaforado, las calles parecían deplorar su insuficiencia, y una riada de vehículos y de transeúntes, contenida en su estrecha calzada, inundaba todo el centro de la ciudad.

Después de unos minutos, Mason se encaminó al antedespacho para ver si Gertie, la recepcionista, se hallaba todavía al cuidado de la centralita. Esta se hallaba conectada para el servicio de noche. Gertie se había ido ya a su casa. La oficina estaba a oscuras.

Mason volvió a su despacho, pasando por su pequeña biblioteca jurídica, y se detuvo a contemplar el cheque de mil dólares que se hallaba en la mesa. Seguidamente se puso a recorrer a grandes zancadas la oficina, revolviendo en su cerebro los diversos aspectos que le ofrecía el caso.

De vez en cuando consultaba su reloj, impaciente.

Esperaba el regreso de Della Street y pensaba a la vez en el corto plazo que le había dado Irene Keith para aceptar o rechazar su oferta.

Eran pasadas las seis de la tarde cuando Della Street llegó al despacho.

—No sabes, jefe, el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí. Es una hora punta, y el tráfico es tremendo, inimaginable.

—Ya supuse yo que a ésta hora no te sería fácil circular por el centro. ¿Cómo está nuestra cliente?

—Tan campante, aunque algo preocupada por lo de Steve Merrill. Se ve que la chica está muy necesitada de dinero. Llegó e

insinuarme que incluso estaría dispuesta a aceptar de Merrill un pago parcial de lo que le estafó.

—Irene Keith estuvo aquí —dijo Mason—. Me dejó un cheque de mil dólares, a título de indemnización. Pero lo más curioso es que llevaba zapatos de piel de cocodrilo.

—¡Oh, no! —exclamó Della Street.

—El cheque está ahí, sobre la mesa. Echa un vistazo a lo que hay escrito en el dorso.

Della Street leyó el endoso.

—Esto demuestra que la cosa está que arde —comentó Della Street.

—Tenemos hasta las diez y media de esta noche para aceptarlo o rechazarlo —dijo Mason—. Me dejó su número de teléfono y me dijo que esperaría en su casa a que le comunicase mi decisión.

—Muy simpática la chica, ¿verdad? —exclamó, irónica, Della Street.

—La verdad —dijo Mason— es que estamos en un aprieto, Della. Es indudable que para Evelyn Bagby esos mil dólares son una tabla de salvación. Si le hablo del cheque, es más que seguro que me diga que lo acepta y firme el acuerdo, por aquello de que vale más un pájaro en la mano que ciento volando. Si no se lo digo y no conseguimos reunir las pruebas necesarias para hacer un buen caso y pedir una indemnización más elevada, entonces tendré que abonar esos mil dólares de mi bolsillo particular.

—¿Por qué?

—Porque asumí la responsabilidad de rechazar una oferta de conciliación sin consultarlo con mi cliente.

—O sea, que no tienes más remedio que decírselo y afrontar las consecuencias.

—Supongo que así es.

—¿Quieres que la llame?

—No —dijo Mason—. Me he puesto a cavilar y..., ¿qué es ese ruido, Della?

Della Street respondió.

—Alguien está llamando a la centralita. Cuando se conecta para la noche y hay una llamada, hace esa especie de zumbido, pero eso es todo. ¿Quieres que averigüe quién es?

—Sería una buena idea —dijo Mason—. Un comunicante tan

pertinaz merece que se le escuche.

Della Street se dirigió al antedespacho, conmutó una clavija de la centralita y Mason oyó que decía:

—Buenas tardes. Aquí la oficina de Perry Mason.

No tardó mucho en volver al despacho Della Street.

—Es Evelyn Bagby. Está terriblemente sobreexcitada. Dice que tiene que hablar contigo inmediatamente; que es un caso de vital importancia.

—Ponme aquí la comunicación, Della —y descolgó el receptor de su aparato.

Della Street se precipitó al antedespacho para establecer la conexión.

—¡Hola! —dijo Mason.

—¡Señor Mason! —exclamó Evelyn Bagby con voz trémula—. Ha ocurrido algo. No sé qué hacer...

—Cálmese —dijo Mason—, y dígame lo que le ha ocurrido.

—Esta tarde fui a hacer unas compras y...

—Estoy enterado. Siga.

—Y al volver aquí me encontré con la señorita Street.

—Sí, sí. Lo sé. ¡Al grano!

—Bueno. Quiero que sepa exactamente cómo han ocurrido las cosas. Traía conmigo las compras que había hecho, y me fui a mi cuarto; tomé una ducha y al ir a ponerme uno de los vestidos que compré, abrí uno de los cajones de la cómoda... ¿y a que no sabe usted lo que encontré?

No le fue posible al abogado reprimir una nota escéptica en su voz:

—¿Otra de las joyas robadas?

—¡No, no, señor Mason! ¡Por favor, comprendame! ¡No dude de mi lealtad hacia usted!

—¿Qué encontró?

—Un revólver.

—¿Un revólver? ¿Dónde estaba?

—Escondido entre la ropa interior que había guardado en el cajón y...

—¿Alguna posibilidad de que estuviera ya en el cajón cuando usted dispuso en él sus cosas?

—Ni la más remota. Lo escondieron allí cuando yo estaba en la

ciudad haciendo mis compras.

—Examínelo bien —le recomendó Mason—. Dígame qué clase de revólver es, si está cargado o si han disparado con él recientemente.

—Ya lo he hecho, señor Mason. Es un Colt. De muy poco peso, increíblemente ligero. Está completamente cargado. Es de calibre 38. Tiene un barrilete muy corto. No creo que tenga más de dos pulgadas... Es un revólver semejante al que suelen llevar los oficiales. Hay seis cartuchos en el cilindro.

—¿Se ha disparado con él recientemente? —preguntó Mason—. Hay que olerlo y...

—Ya lo he olido. No han disparado con él últimamente. Sólo huele a grasa.

—Usted debe tener ahí su coche —le dijo Mason—. ¿Puede traerme el revólver y...?

—No creo que pueda ir a su oficina y estar aquí de vuelta a las ocho para comenzar mi servicio de noche. Tendré que dejarlo en algún sitio donde pueda usted recogerlo.

—Es muy importante que yo lo vea —replicó Mason—. Salga de ahí inmediatamente. Salte a su coche y vaya a Hollywood. Allí hay un restaurante llamado *Café Joshua Tree*, en el Paseo de Pemberton, número 6538. Joe Padena le indicará la forma de llegar a él. Pregunte por Mike, el jefe de los camareros. Me conoce. Le llevará a una mesa. Della Street y yo salimos ahora para allí. Usted llegará probablemente antes que nosotros, y nos esperará. No pierda un segundo: salga ahora mismo.

—Muy bien —le dijo—. ¿Debo hacer algo más?

—Sí —le dijo Mason—. Antes de salir, inspeccione su cuarto cuidadosamente. Asegúrese de que no han introducido nada más en él.

Mason colgó el receptor.

Della Street le interpelló desde la centralita:

—¿Quieres que llame a Mike en el *Joshua Tree*?

—Sí, por favor —le suplicó Mason.

—*Okay!* Voy a llamarle ahora mismo.

Mason plegó cuidadosamente el cheque de mil dólares, lo guardó en su cartera, cogió su sombrero y su abrigo, así como el abrigo de Della Street colgado de la percha, y esperó a que volviera

al despacho, después de hecha su llamada.

—*Okay!* —dijo Mason—, aquí tienes tu abrigo. ¿Cómo está el tiempo, Della?

—Amenaza lluvia. La noche está oscura como boca de lobo, las nubes muy bajas y sopla viento del sur. De un momento a otro caerá un chaparrón. Eso es, por lo menos, lo que me anuncian mis articulaciones.

—Bien —le dijo Mason—, nos vamos. Veremos a Evelyn en el *Joshua Tree*.

Della Street ajustó su sombrero. Cuando terminó, Mason apagó las luces del despacho y salieron al pasillo, para detenerse un momento en la oficina de Drake y cambiar con éste breves palabras.

Mason condujo hábilmente su coche a través del intenso tráfico, evitando las aglomeraciones y yendo por los bulevares exteriores menos congestionados a aquella hora de la noche.

—¿Llegará allí antes que nosotros? —preguntó Della Street.

—Por lo menos, debería.

—¿Qué me dices de ese revólver, jefe?

—Llamó una vez a Merrill y se vio envuelta en el robo de una joya. Lo llamó por segunda vez y..., en fin, según ella dice, encontró un revólver... Y estuvo fuera prácticamente toda la tarde.

—Eres un cínico.

—Un buen abogado tiene que acostumbrarse a examinar los hechos con un absoluto y saludable cinismo.

—Pero ella ha dicho que no han disparado con él.

—Es lo que *ella dice*.

Della Street le miró, incisiva, y guardó silencio.

Mason se concentró en la conducción del coche, eludiendo siempre que le era posible las señales de tráfico y cuidándose de los vehículos que doblaban a la izquierda, desenmarañándose del aluvión de coches, sin quebrantar por ello las ordenanzas municipales.

El portero del *Cafe Joshua Tree* se alegró mucho de verlos. Se acercó al coche y les dijo, obsequioso:

—Buenas noches, señor Mason. Buenas noches, señorita Street. Parece que esta noche tendremos lluvia.

—Eso parece —contestó Mason.

—¿Se quedan a cenar?

—Exacto.

—Bueno, señor. Le tendré el coche a la puerta en cuanto salgan.

Mason entró en el restaurante, y Mike, el jefe de los camareros, se dirigió presuroso hacia la pareja.

—¡Hola, Mike! ¿Ha venido una señorita preguntando por mí..., una pelirroja?

El jefe de los camareros lanzó a Della Street una rápida mirada de interrogación, y acto seguido, dirigiéndose a Mason, le hizo un ademán negativo con la cabeza.

—¡Caramba! Ya tendría que haber llegado. Yo le... ¡Oh!, ahí está —dijo Mason al tiempo que Evelyn Bagby aparecía por la puerta—. A ver si nos da una buena mesa para tres en algún rincón, Mike. Queremos un sitio tranquilo y apartado para poder charlar a nuestras anchas.

Della Street se precipitó hacia Evelyn Bagby.

—¿No halló nada más en su cuarto?

Evelyn Bagby negó con un gesto.

—Pensamos que llegaría antes que nosotros.

—Tuve..., me ha ocurrido algo extraordinario...

Della Street condujo a la pelirroja hasta donde estaba Mason, y Mike los escoltó hasta una mesa situada dentro de un pequeño compartimiento en un ángulo de la sala.

—Della y yo somos decididos partidarios del *bacardí* —dijo Mason a Evelyn Bagby—. ¿Y usted?

—Me encanta también ese cóctel —dijo—. ¿Podría tomar uno doble?

—Tres *bacardís* dobles —ordenó Mason—. Todo parece indicar que va a llover torrencialmente. Combatamos, pues, el agua con el fuego.

Della Street hizo un gesto de rendición.

—Bebamos y olvidemos los dramas de la vida.

Mason reparó en el rostro demudado de Evelyn Bagby.

—¿Qué le pasa?

Por toda respuesta, Evelyn se echó a reír nerviosamente.

—¿Dónde está el revólver?

—Aquí, en mi bolso.

—¿Está segura de que no ha sido disparado?

—Ya no lo estoy —respondió, e inclinándose apoyó su barbilla

en una de sus manos—. Estoy temblando como una hoja... Siempre me creí a prueba de emociones, pero esta vez tengo que hacer un gran esfuerzo para no desmayarme.

—Vamos, vamos. No pierda el ánimo —exclamó Mason—. ¿Qué es lo que le ocurre ahora?

—Una calamidad más. Pero, por favor, déjeme unos minutos antes de que se la cuente. Después de que haya bebido ese cóctel me sentiré con más ánimos.

—Los detalles me los referirá después —intervino Mason, tajante—, pero lo esencial, lo que le ha ocurrido, debo saberlo inmediatamente. No le llevará mucho tiempo contármelo.

—He sido atacada en la carretera.

—¿Y disparó el revólver?

Afirmó con un movimiento de cabeza.

Hubo un momento de silencio. Aparentemente, Evelyn Bagby se esforzaba en aquietar sus nervios y poder referir lo que le había ocurrido.

—Jamás en mi vida experimenté un choque semejante —dijo—. Alguien ha intentado matarme. Hablé de un asalto, pero creo que fue más bien una tentativa para matarme.

—Espere un momento —le dijo Mason—. Tranquilícese..., no pierda la calma. ¿Quién fue? ¿Pudo verle?

Asintió con un ademán.

—¿Era alguien conocido de usted?

—No pude saberlo. Llevaba cubierta la cara. Trató de matarme. Trató de precipitarme fuera de la carretera.

—¿Por eso tardó usted tanto?

—Sí. Por eso fue. Como usted me dijo, registré mi cuarto... minuciosamente.

—¿No encontró nada más?

Hizo un ademán negativo.

—Bueno, ¿y qué pasó entonces?

—Subí a mi cacharro y comencé a bajar la cuesta... Se lo diré en seguida. Déjeme que recobre el aliento.

Mason y Della Street cambiaron expresivas miradas.

El camarero les trajo tres cócteles.

—¿Le gusta a usted la carne asada? —preguntó Mason a Evelyn Bagby.

—No puedo cenar aquí —dijo—. Tengo que regresar. Allí tomaré algún tentempié ligero, y después de terminar el trabajo cenaré fuerte. ¿Sabe usted? Allí nos dan alojamiento y comida.

Mason exclamó:

—No consentiré que regrese con el estómago vacío. ¿Le irá bien un buen filete a la parrilla?

—*Jamás* he rechazado un buen filete a la parrilla.

—No muy cocido. Intermedio.

El camarero asintió con un ademán y se retiró.

Alzaron sus copas. Mason advirtió que la mano de Evelyn Bagby temblaba de tal modo que tuvo que asegurar la copa con los dedos de su mano izquierda.

—Veamos el revólver —dijo Mason.

Evelyn registró en su bolso, sacó de él el revólver y lo pasó, por debajo de la mesa, a las manos de Mason.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason al sopesar el revólver en la mano.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Della Street.

—Es uno de esos nuevos modelos de aleación de aluminio —dijo Mason—: un Colt Cobra. Un revólver que, lo creas o no, pesa solamente diecinueve onzas. Tiene tal fuerza de dilatación que puede disparar munición de alta potencia. Un sueño de revólver. ¿Tiene el número o ha sido raspado?

—No me he fijado.

Mason volvió el revólver para que la luz pudiera reflejarse en el número.

—Apúntalo, Della —dijo a su secretaria.

Anotó el número que le dijo Mason: 17474-LW.

—No hace mucho que se ha puesto este modelo a la venta —aclaró Mason—. Quien lo compró, lo ha hecho muy recientemente, Della.

—Sí, jefe.

—Ve al teléfono. Trata de comunicar con Paul Drake antes de que se vaya a cenar. Dale el número de este revólver. Dile que ponga en acción inmediata a uno de sus hombres. Creo que podemos averiguar quién lo compró. Probablemente se trate de un revólver robado, pero por lo menos sabremos a quién fue vendido y dónde.

—¿Estarán los archivos abiertos a esta hora de la noche? —

preguntó Evelyn Bagby, mientras Della Street se levantaba de la mesa e iba a la cabina telefónica, no lejos de allí.

—Algunos de ellos lo están permanentemente —dijo Mason—. Cuando venden un revólver expiden talones en triplicado, con el número, el nombre y la dirección del comprador y todos los demás detalles. Uno de estos talones es enviado a la Jefatura de Policía y el otro al *sheriff*. Como este modelo ha sido lanzado recientemente, creo que a Paul no le será difícil averiguar el nombre del vendedor, siempre que éste radique en la comarca.

Mason desengoznó el cilindro y miró los cartuchos.

—Ha sido disparado dos veces.

—Exactamente.

—¿Me contará ahora lo sucedido?

Apuró de un golpe el resto del cóctel.

—¿Le parecerá un terrible abuso si le pido otro?

—El abuso no sería terrible, pero sería una imprudencia —exclamó Mason.

—¿Por qué?

—Quiero oír su relato antes de que pueda determinar cuánto licor puede usted consumir.

—No tengo hambre, pero sí una sed terrible.

—Cuénteme primero su odisea; luego decidiremos lo de la bebida.

—Bien. Después de que le hube llamado, estuve todavía en la Taberna unos cinco minutos; registré mi cuarto cuidadosamente y comprobé que no había en él nada escondido, ni un mal pañuelo... Y ahora ¿podemos hablar de algo diferente mientras me hace efecto esto que he bebido?

Vieron a Della Street que salía de la cabina telefónica.

—¿Conseguiste hablar con Paul? —le preguntó el abogado.

—Sí. Le di el número del revólver y puso inmediatamente a uno de sus sabuesos en movimiento.

—¿Ha recibido algún otro informe de Riverside?

—Según parece, no.

Mason se dirigió a Evelyn Bagby.

—Evelyn, tengo que exponerle una oferta de conciliación que me han hecho esta tarde.

—¿Cuánto?

—Proviene de Irene Keith. Ofrece mil dólares en efectivo a cambio de una renuncia por su parte a toda reclamación.

—Ha dicho usted... mil..., ¡mil dólares!

—Sí. Eso he dicho.

—¿A cuánto se elevarán sus honorarios?

—Los míos serían cincuenta dólares —dijo Mason—, y en cuanto a los de Neely, a mí me parecería justo que se le diesen doscientos. Esto le dejaría a usted en posesión de setecientos cincuenta dólares.

—No es justo que cobre usted menos que Neely. Usted hizo todo el trabajo, todos los...

—Y Neely fue el que solucionó su caso en la audiencia, no lo olvide usted.

—Pero fue usted quien le inspiró. Yo creo que lo más justo es que Neely y usted dividan por partes iguales los honorarios.

Mason sacó la cartera del bolsillo interior de su americana y extrajo de ella el cheque. Lo entregó a Evelyn Bagby.

—No tiene usted idea de lo que ese dinero significa para mí en estos momentos.

—Aún no lo tiene en el bolso —dijo Mason—. Vuélvalo y lea lo que hay escrito en el dorso.

Lo volvió y leyó el endoso escrito a máquina.

—¿Esto afectaría de un modo u otro mi reclamación contra Steve Merrill?

Mason movió la cabeza con un gesto de negación.

—Entonces, ¡magnífico! —exclamó la joven—. No dejaré un momento de acosar a ese Gladden, o Merrill, o cómo se llame. Puesto que ha contestado a mi llamada y dejó un recado, eso quiere decir que no las tiene todas consigo. Debe encontrarse en una situación muy vulnerable. En el momento actual no puede permitir que lo detengan o que se dé publicidad a la estafa que cometió conmigo.

—Creo, Evelyn, que no debe usted aceptar este cheque —sugirió el abogado.

—¿Por qué no?

—Tengo la impresión de que podemos obtener más, pero muchísimo más.

Meneó la cabeza negativamente.

—Este dinero significa demasiado para mí, en estos momentos,

para desdeñarlo.

Mason volvió a guardar el cheque en su cartera.

—¿No quiere usted que lo firme? —preguntó Evelyn Bagby.

—No es necesario —le dijo Mason—. Mi endoso será suficiente. Me autoriza a avalar el acuerdo como abogado suyo. Normalmente preferiría que firmara usted conmigo, pero no quiero firma alguna hasta unos minutos antes de las diez y media de esta noche, hora en que vence el plazo dado por Irene Keith. Quiero esperar hasta el último minuto.

—¿Por qué?

—Podría ocurrir algo hasta entonces —dijo Mason mirándola con fijeza.

—¿Qué es lo que *podría* ocurrir?

Mason se echó a reír.

—Todavía nos quedan teclas que tocar. Y a lo mejor acertamos a tocar la buena. Y ahora háganme de su asalto.

—Bien, como ya le he dicho, cogí mi cacharro y salí pitando, cuesta abajo, haciéndolo rodar por el atajo de que me habló usted. No había recorrido muchos metros desde la curva que lleva al paseo de Mullholand cuando advertí que un coche venía detrás del mío. Iba a gran velocidad, con los faros dirigidos de tal forma que me molestaban mucho, pues se reflejaban en mi retrovisor y en el parabrisas. Me eché a un lado de la carretera, disminuí la marcha, bajé la ventanilla a mi izquierda y saqué por ella el brazo indicándole con mi mano que pasara. En lugar de hacerlo, se puso casi a mi lado, y con un movimiento brusco del volante se desvió hacia mí, como si quisiera cerrarme el paso o echarme fuera de la carretera.

—¿Usted qué hizo? —preguntó Mason.

—Pisé a fondo el acelerador; gracias a Dios tuve la necesaria presencia de ánimo de hacerlo, y salí disparada, evitando por milímetros el encontronazo. Volví la cabeza lo suficiente para echarle un vistazo al conductor del coche, y lo que vi me paralizó por completo.

—¿Qué vio usted?

—Vi a un hombre con la cabeza cubierta con un saco o funda de almohada, o algo por el estilo. Para poder ver, llevaba dos agujeros a la altura de los ojos, y sujetaba la máscara a la frente con una

cinta o un elástico. Es todo lo que pude ver en esa ojeada rápida que le eché. Cada vez que pienso en eso me pongo a temblar.

—¿Y qué pasó después?

—Pues que me puse a correr despavoridamente monte abajo con aquel hombre a corta distancia detrás de mí. Por fortuna me acordé en este preciso momento del revólver y lo saqué al tiempo que el hombre, conduciendo como un demente, iba a darme alcance y a obligarme a parar o a saltar por el precipicio. Entonces saqué la mano por la ventanilla e hice dos disparos en dirección al coche.

—Así, pues, conducía usted con una mano sola.

—Exactamente. Con la mano derecha sujeté el volante. Tomé el revólver con la izquierda y la saqué todo lo más que me fue posible para que se diera bien cuenta de que tenía un revólver. Apunté en la dirección del coche y apreté el gatillo dos veces consecutivas.

—¿Y qué pasó?

—Logré mi propósito —respondió ella—. En cuanto se dio cuenta de que estaba armada se le pasaron las ganas de perseguirme.

—¿Frenó?

—Y de una manera tan brusca que dio un tremendo patinazo. Vi como la luz de los faros se movía de un lado a otro violentamente, hasta que al final dejé de verla.

—Usted siguió su camino.

—¡Ya lo creo que lo seguí! ¡Y como alma que lleva el diablo! Tiré el revólver sobre el asiento, puse las dos manos en el volante y tomé las curvas a toda velocidad.

—¿No cree usted que le siguiera más?

—Estoy segura de que no, pues no dejé un momento de mirar por el retrovisor. Sus faros no volvieron a reflejarse en él, ni aun en las curvas.

—¡Magnífico! —dijo Mason—. Por lo visto le asustó usted. Sin embargo..., tal vez no sea todo tan magnífico...

—¿Qué quiere usted decir?

—Tiene usted un revólver que colocaron en su cuarto y que ahora ha disparado dos veces. Si más tarde tuviera usted que explicar las circunstancias en que fue disparado este revólver, no tendría más que su palabra en apoyo de esa explicación. Eso no sería nada prudente. Creo que tendremos que dar parte del hecho a

la oficina del *sheriff*; declararemos que alguien trató de asaltarla en la carretera, que usted tenía un revólver en su poder y que con él hizo dos disparos que ahuyentaron al atacante. Della, déjame salir. Yo creo que lo mejor será que haga yo la llamada.

Della Street se echó a un lado para que Mason pudiera salir del estrecho compartimiento en donde se hallaba instalada la mesa.

Fue al teléfono, llamó a la oficina del *sheriff* y manifestó:

—Aquí Perry Mason, el abogado. Estoy en este momento en el *Cafe Joshua Tree*. Tengo conmigo a una cliente que acaba de experimentar una enojosa aventura en una carretera de montaña, a espaldas de Hollywood. Alguien trató de asaltarla en la carretera. Un hombre enmascarado. Trató de cerrarle el paso y obligarla a detenerse o a precipitarse fuera de la carretera. Afortunadamente llevaba consigo un revólver y disparó dos tiros al azar que ahuyentaron al asaltante.

—¿Quieren ustedes tomar una acción cualquiera a propósito de este incidente?

—¡Ya lo creo que queremos tomar una acción! —dijo el hombre al otro extremo del alambre—. Le mandamos ahí a un par de agentes nuestros. Antes de diez minutos los tendrá en el café. Hemos tenido últimamente mucho jaleo a propósito de esas carreteras. Muchos casos de atentados contra el pudor, que hemos tenido que callar y mantener fuera de los periódicos por consideración a las víctimas. Esta puede ser la oportunidad que hemos estado buscando estos últimos días. ¿Ha dicho usted que hizo dos disparos?

—Sí. Dos disparos a guisa de advertencia —dijo Mason—, tiros a ciegas y...

—Daría dos semanas de mi paga por que hubiera apuntado bien y le hubiera acertado —dijo el hombre—. El tipo que desde hace bastante tiempo está merodeando por esos montes es un elemento repugnante. Bien, bien, ¿dónde podemos encontrarle, señor Mason?

—En el *Cafe Joshua Tree*. Pregunte al jefe de los camareros.

—Espléndido. Antes de quince minutos, veinte a lo más tardar, tendrá usted ahí a dos de nuestros hombres.

—Aquí les espero —dijo Mason.

Mason colgó y volvió a la mesa. El camarero les traía ahora la cena.

—Puntualicemos —dijo Mason—. Evelyn Bagby llevaba este revólver a requerimiento mío. Iba por una carretera muy oscura. Fui yo quien le aconsejó que lo llevara. Si alguien quiere creer que ese revólver se lo entregué yo mismo, allá él. En este momento no discutimos el caso del revólver y cómo y por qué se encontraba en sus manos. ¿De acuerdo?

—¿Quiere decir que esos hombres me interrogarán? —preguntó Evelyn.

Mason afirmó con un movimiento de cabeza.

—Estarán aquí dentro de diez o quince minutos. No será de momento una dura prueba. Parece ser que han tenido casos semejantes a éste en esas carreteras solitarias, y están sumamente ansiosos de recibir cualquier informe que les ponga sobre la pista del culpable. Querrán una descripción del coche y todo aquello que pudo usted advertir, y probablemente le pedirán que les muestre el lugar donde ocurrió el hecho.

—¡Caramba! No puedo decirles mucho acerca del coche —exclamó Evelyn Bagby.

—Bueno, usted sabe si fue un coche cerrado o abierto, si era un modelo pequeño deportivo o un coche de tipo corriente comercial.

—Sí, de eso sí pude darme cuenta. Era un coche mediano, de los de precio moderado, y era cerrado. No creo que fuera un *coupé*. Creo más bien que era un *sedan*. Pero eso es todo lo que podré decirles.

—¿Y a propósito del conductor? ¿Podría describirlo, Evelyn?

—No. Con ese saco o funda de almohada o lo que fuera, que le cubría la cabeza y le llegaba hasta los hombros, era imposible toda identificación. Sé que llevaba un abrigo. La parte alta del saco estaba sujeta a la frente por una tira negra que lo mismo podía ser un elástico que una cinta.

—Bueno, no se preocupe —dijo Mason—. Ya verá cómo todo irá bien.

—No me preocupo. Por peores situaciones he pasado, pero estoy temblorosa y..., en fin, espero que me hagan ir al sitio en el que ocurrió todo y me pidan que les indique el lugar exacto. Esto me dará una oportunidad para ir con escolta hasta la *Taberna*. Yo creo, señor Mason, que de ahora en adelante conduciré por la carretera principal y renunciaré al atajo.

—No se lo critico —dijo Mason—. Por lo visto, según me han informado por teléfono, ese atajo es peligroso. Ha habido en él muchos atentados de un género odioso. Bueno, por ahora olvidémonos de esos asaltos y concentrémonos en la manducatoria.

—Señor Mason, por si no tengo la ocasión de decírselo nuevamente, ¡por favor!, acepte esa oferta de conciliación, ¿querrá usted?

—Bueno —dijo Mason—, la aceptaré, pero esperaré hasta el último minuto.

—Me parece muy bien que espere usted hasta el último momento, pero no espere demasiado tiempo. ¡Ese dinero significa tanto para mí!

—¿Tan mal se encuentra usted de fondos?

—¡Estoy desesperadamente necesitada de dinero!

—Pero ¿y Steve Merrill o Staunton Vester Gladden?

—Creo que le he asustado. Pero dudo de que tenga mucho dinero. Es posible que también él esté a dos velas.

—Probablemente —dijo Mason—. Jamás llegó a algo en su profesión; al parecer, ha sido siempre un cómico de mala muerte, pero está tratando de sacarle un buen bocado a Helene Chaney. Ahí es posible que lo consiga.

—En cuyo caso le pediré mi parte.

—He notado que se llama a sí mismo Stephen V. Merrill —aclaró Mason—. Me pregunto si habrá conservado su apellido Vester. ¿No sabe usted si es su primer apellido o es el segundo?

—Nada sé acerca de él, señor Mason. Es decir, sé mucho de él, pero todo lo que he sabido ha resultado ser falso. Todo lo que me dijo acerca de la gente que conocía en Hollywood era mentira, y su vasta experiencia como instructor dramático un cuento de hadas. Desde luego, en aquella, época creía a pies juntillas todo lo que me decía, respecto a que podía dirigirme y señalarme lo que hacía bien y lo que hacía mal, cómo debía mover mis manos, cómo debía mirar, la expresión y timbre que había de dar a mi voz...; en fin, me parecía un hombre sobrenatural, maravilloso.

Se echó a reír amargamente.

—Bueno, sigamos con nuestra cena —dijo Mason— y olvidemos los temas desagradables.

Durante unos minutos comieron en silencio. Evelyn Bagby,

innegablemente nerviosa, Della Street sin dejar un instante de observarla, y Mason pensando sólo, aparentemente, en las delicias de la mesa.

Mike, el jefe de camareros, vino hasta la mesa acompañado de un individuo de traza intelectual que parecía más un funcionario de la Dirección de Estadística que un agente policíaco.

—Buenas noches —dijo el agente—. Me llamo Ferron, de la oficina del *sheriff*.

Exhibió una carterita de cuero que encuadraba una chapa de metal que lo identificaba como a representante del *sheriff*.

—Siéntese y acompáñenos —invitó Mason—. ¿Puedo pedir algo para usted?

—No, gracias. Estoy en servicio. Hablemos de ese asalto.

—Soy Perry Mason —dijo el abogado, poniéndose de pie y estrechando la mano del agente—. Aquí la señorita Street, mi secretaria, y la señorita Evelyn Bagby, mi cliente.

—Le he visto en el tribunal varias veces, señor Mason. Encantado de conocerla, señorita Street. ¿Cómo ha sido el asalto de referencia?

—La señorita Bagby fue atacada —dijo Mason—, o mejor dicho, alguien trató de cerrarle el paso en la carretera o de despenarla.

—¿Dónde? —preguntó Ferron sacando del bolsillo un libro de apuntes.

—La señorita Bagby —dijo Mason— acababa de encontrar un empleo en la *Taberna Crowncrest*. ¿Sabe usted dónde se encuentra este establecimiento?

El agente afirmó con un gesto.

—Bajaba por el atajo, una carretera de mucha pendiente que...

—La conozco.

—Es poco conocida, como usted sabe, y bajaba por ella...

—¿A qué hora?

—¿A qué hora era, Evelyn?

—No miré mi reloj, pero sería aproximadamente hace cuarenta y cinco minutos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ferron, mirando directamente a la joven.

—Está un tanto nerviosa —intervino Mason—. Creo poder contestarle en nombre de ella. Alguien trató de cerrarle el paso o de

desviarla y obligarle a saltar por el precipicio, y casi estuvo a punto de lograrlo.

—¿Por qué no lo logró?

Mason dijo firmemente:

—La señorita Bagby hizo dos disparos.

—¿Dos disparos de qué?

—De un revólver que llevaba.

—¿Usted lleva revólver? —le preguntó el agente a Evelyn Bagby, tajante.

—Normalmente, no —dijo Mason—, pero a partir de ahora lo llevará. En realidad, se trata de un revólver que la señorita Bagby llevaba a requerimiento mío.

—¿No tiene usted permiso para llevar armas, señorita Bagby?

—¡Por el favor del cielo! —protestó Mason, vehemente—, ¡qué es esto! Llamamos para dar parte de una tentativa de asalto, de una posible tentativa de asesinato, y comienza usted por poner a la víctima a la defensiva. No se moleste ya. Anulo la llamada. Declare que la víctima se niega a presentar su queja.

—Tengo que conocer los hechos. Estaba tratando de averiguarlos.

—Bueno. Tenía un revólver. Lo llevaba a petición mía. Tenía una razón especial para pedirle que lo llevara, y por consejo mío no le contestará a una sola pregunta más sobre el revólver. Y ahora, ¿quiere usted saber más detalles del asalto?

—Desde luego. Por eso he venido aquí, tan deprisa, sin perder un minuto. Nos interesan mucho esos asaltos en las carreteras oscuras y solitarias por esos montes de Hollywood. Hemos tenido varios crímenes crapulosos. Le voy a hablar confidencialmente, no como funcionario, señorita Bagby. Si usted disparó dos tiros a ese individuo, espero que hayan dado en el blanco...

—No, en modo alguno pudieron dar en el blanco —dijo Evelyn Bagby—. Tiré al azar, a ciegas, simplemente para asustarle y para que me dejara el paso libre.

—Ahora, señorita Bagby, lo importante es esto: ¿puede hacernos una descripción lo más completa posible del coche y del hombre que lo conducía?

Evelyn Bagby exclamó:

—El coche era cerrado. Me pareció un modelo corriente, en

buen estado; brillante; llevaba los faros encendidos y su luz reverberaba en mi retrovisor y en el parabrisas. Al principio quise darle vía libre, por lo que abrí mi ventanilla, saqué el brazo y le indiqué con la mano que pasara.

Ferron asintió.

—El coche —prosiguió Evelyn Bagby— vino hacia mí a toda velocidad. Yo frené y disminuí la marcha. El seguía con las luces encendidas. Inesperadamente se me echó encima como si quisiera cerrarme el paso o hacerme salir de la carretera.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Si hubiera continuado frenando, estoy segura de que me habría obligado a desviarme y despeñarme. En vez de eso pisé el acelerador a fondo y salí disparada, a todo gas, librándome de su embestida. Esto pareció desconcertarle. Me volví un instante, para gritarle, y me di cuenta entonces de que el hombre iba enmascarado. Me dio un vuelco el corazón. Comprendí que sus intenciones eran las de forzarme a parar o despeñarme.

—¿Qué es eso de un hombre enmascarado? —preguntó Ferron.

—Tenía cubierta la cabeza con un saco o una funda de almohada. A la altura de los ojos tenía dos agujeros y aquello estaba sujeto a la frente con un elástico o una cinta. Era la cosa más siniestra y horrible que pueda imaginarse.

—Bien, ¿qué hizo usted?

—Pisé a fondo el acelerador y sin apenas pensarlo, cogí el revólver y...

—¿Dónde tenía usted el revólver?

—En mi bolso, y éste lo tenía sobre el asiento, al lado mío.

—Bien, ¿qué más hizo usted?

—Le cogí con la mano izquierda, la saqué por la ventanilla y disparé una vez. Creo que lo hice en ángulo recto. Y nuevamente, apuntando más hacia atrás, en el eje de la carretera, hice un segundo disparo.

—¿Apuntando a la persona?

—¡Cielo santo, no! No me era posible apuntar. El primer disparo lo hice por completo a ciegas, y el segundo lo disparé, sin apuntar tampoco, pero más hacia abajo, como si instintivamente quisiera dar en los faros. Desde luego este segundo disparo dio o rebotó en algo duro, metal o piedra, porque oí un fuerte chasquido.

Ferron movió la cabeza con gravedad.

—Hemos tenido algunos casos de un individuo crapuloso que ataca a mujeres solas en estas carreteras solitarias y...

—¿Con la cabeza cubierta con un saco? —preguntó Mason.

—No —dijo Ferron—. Esa es una novedad para nosotros. La mayor parte de las veces el tipo ese se presenta sin máscara. El que estamos buscando particularmente y al que nos encantaría poder trincar es un tipo perverso, cruel y sádico. De seguro habrá leído algo en los periódicos sobre estos atentados contra el pudor, aunque una buena parte de ellos tienen que silenciarse. Las mujeres que han sido atacadas se resisten, como es lógico, a esa clase de notoriedad y no tenemos más remedio que echar tierra al asunto.

Mason sacó el revólver del bolso de Evelyn Bagby.

—¿Quiere usted examinar el revólver? —preguntó.

—No —dijo Ferron—. No vale la p... ¡Oh, caramba! Es uno de esos nuevos modelos de aluminio, de barrilete corto.

—Exacto —dijo Mason.

—Un revólver que es una verdadera joya. —Ferron lo tomó en sus manos y quedó maravillado de su poco peso.

—El revólver —dijo Mason— lo tomó Evelyn Bagby de cierto sitio, de acuerdo con mis instrucciones.

—En fin, fue una suerte que lo llevara consigo —dijo Ferron, devolviéndolo a Evelyn Bagby—. Le aconsejo que por ahora no se desprenda de él. ¿Dónde ocurrió el suceso?

Evelyn Bagby dijo:

—Cerca de... mire usted, en ese mismo sitio hay un camino particular con un arco blanco...

—Sí, sí, conozco el lugar. Allí vive una artista. Una mujer ya mayor. Vive sola. Es un lugar más bien apartado, y queda fuera del condado. Está en los límites de la ciudad. ¿Fue cerca de su casa?

—A unos cien metros aproximadamente más abajo.

—Bien, será mejor que vayamos allí —dijo Ferron—. No hay una sola probabilidad entre ciento de que nuestro hombre siga merodeando por esos contornos. Hasta es posible que después del susto recibido, se esconda y no salga en toda una semana a la carretera. ¿Qué ocurrió después de los disparos, señorita Bagby?

—Oí que daba un frenazo. Debió de ser tremendo, porque las luces de sus faros bailaron de un lado a otro como si el coche

patinara.

—Y entonces ¿qué ocurrió?

—Viré en una curva muy cerrada y... a una velocidad que fue un puro milagro que no volcara, pero al salir de ella dejé ya de ver detrás de mí el reflejo de los faros.

—¡Magnífico! No hay duda de que le dio un susto mayúsculo. Ese tipo está acostumbrado a atacar a mujeres solas indefensas a las que paraliza el pánico en cuanto se ven frente al energúmeno. Ceden bajo el terror. Si es el individuo que yo me imagino, me gustaría echarle el guante y tener la oportunidad de alinearle en mi circunscripción para que sus víctimas lo identifiquen.

—Espero —dijo Mason— que podremos evitar que esto trascienda.

—Naturalmente —le respondió Ferron—. En realidad, a los periódicos no les interesa esta clase de sucesos. Excepto, claro está, en un caso como éste. El hecho de que la señorita Bagby sea una cliente suya sería para los reporteros un buen incentivo. Pero no se preocupe; esto lo pondremos en un informe confidencial.

—Se lo agradezco infinito.

—¿Irá usted al lugar del suceso? —le preguntó Mason.

—Sí, naturalmente. Subiremos hasta allí. Nos gustaría que la señorita Bagby viniera con nosotros y nos mostrara el punto exacto dónde ocurrió el suceso y, desde luego, como se encuentra en los límites de la ciudad, tendremos que informar a las autoridades competentes y dejar que la policía de la ciudad tome cartas en el asunto. No obstante, hemos llegado a un acuerdo con las autoridades de la ciudad con respecto a este bandido solitario y trabajamos juntos, en buena armonía. Sepa usted que este siniestro individuo corre de mi cuenta. Mi compañero y yo estamos sobre el asunto día y noche; hemos patrullado por esas carreteras sin descanso, con la esperanza de sorprender a ese facineroso con las manos en la masa.

Mason llamó con una seña al camarero, firmó la cuenta que éste le presentó, y le añadió un veinte por ciento a título de propina.

—Vamos allá —dijo—. ¿Dónde está su compañero?

—Ahí fuera.

—Bien —dijo Mason—, la señorita Bagby tiene su coche, y yo tengo el mío. Usted y yo iremos con la señorita Bagby. Su

compañero irá en su coche y Della Street conducirá el mío. De este modo tendrá usted a la señorita Bagby a mano por si quiere interrogarla mientras llegamos al lugar del suceso.

Mason tomó el revólver, abrió el cilindro, mostrando las dos recámaras vacías y las cuatro cargadas.

Ferron no parecía conceder mucha importancia al revólver.

—Veo que no perdió usted la cabeza, señorita Bagby. Ojalá hubiera más mujeres como usted con bastante presencia de ánimo para apretar el gatillo en tales circunstancias, y que llevaran consigo un revólver para poder hacerlo.

Mason tomó el revólver con naturalidad y se lo metió en el bolsillo.

Ferron se puso de pie.

—Bien, si ustedes no tienen inconveniente, podemos irnos ya.

## Capítulo 8

La cabalgata formada por los tres coches avanzó por la carretera principal, y al doblar por la empinada rampa que iniciaba el atajo, tuvieron que cambiar de marcha. La mayor parte del trayecto lo recorrieron en silencio.

Mason se volvió a Evelyn Bagby y le dijo:

—Avísenos cuando lleguemos al lugar.

—No estoy muy segura, pero... creo que... un momento... Pasé por esta curva después del encuentro... Aquí es donde...

—¡Eh, un momento! —exclamó de repente Ferron—. ¿Han visto eso?

—¿Qué? —preguntó Mason.

—Esa barandilla.

—No me he dado cuenta.

—Está rota. Pare un momento. Deje aquí el coche. Pero no aparte el pie del freno. La pendiente es aquí muy pronunciada.

Evelyn Bagby frenó, y Mason hizo señales a los automóviles que venían detrás, para que se detuvieran.

Ferron se apeó de un salto del coche y desapareció en la oscuridad.

—¿Lo vio usted, señor Mason? —preguntó Evelyn Bagby.

—Puedo volverme y verlo —respondió Mason—. Diríase que un coche ha pasado por encima de esa barandilla.

La mano de Evelyn Bagby, aferrada al brazo de Mason, comenzó de repente a temblar.

—¡Oh, señor Mason! ¿Cree usted que alguien pagó por mí? Me refiero a que si después de su intentona conmigo hubiera esperado a que pasara otra mujer, y al tratar de cerrarla contra la barandilla, hubiese embestido demasiado fuerte al coche... En resumidas cuentas, si de no haber tenido en mi poder ese revólver, sería yo la

que estaría en el fondo de ese barranco.

Mason le aconsejó con voz queda:

—Quédese ahí sentada, muy tranquila y *no* pronuncie ni media palabra. Si alguien se encuentra en el fondo de ese barranco, el hecho de saberlo le producirá un gran trastorno. Déjelo todo en mis manos.

Ferron subió, corriendo, hasta donde se encontraba el coche.

—Tendrá que esperar aquí, señor Mason —dijo—. Como dos y dos son cuatro, un coche ha saltado por encima de ese parapeto y se ha despeñado. Embistió de lleno el barandal. Voy al coche en busca de mi compañero y de un reflector. Vamos a ver lo que encontramos en el fondo del barranco. Será mejor que haga retroceder su coche y apoye las ruedas traseras en esa cuneta. Aquí la pendiente es demasiado pronunciada para poder mantener el coche a puro freno.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó Mason.

—Ahora, no. Veremos después. Se diría que ese bandido tenía ganas de veras de precipitar a alguien al fondo del barranco. Debió haber confundido a la señorita Bagby con otra persona, o tal vez trató de obligar a otra mujer a detenerse. De todos modos, conoceremos muy pronto la respuesta.

Ferron volvió a desaparecer en las tinieblas. Mason recomendó nuevamente a Evelyn Bagby:

—Recuerde, no pierda en ningún momento su sangre fría, pero no obstante, si la situación lo reclama, recurra a todos los ardides femeninos en materia de lágrimas, ataques de nervios y todo lo demás.

Ferron y su compañero apartaron su coche a un lado de la carretera. Ferron tomó un potente reflector y pasando por la brecha abierta en la baranda, llegó hasta la orilla, explorando con el haz luminoso el fondo de la hondonada.

Della Street vino andando hasta donde se encontraban Mason y Evelyn Bagby.

—¿Qué sucede?

—Otra víctima, probablemente —dijo Mason.

Della Street escrutó el rostro de Evelyn Bagby.

—¿Dijo usted que no había apuntado?

—¡No, Virgen santa! No hice más que pasar el revólver por la

ventanilla y disparé a ciegas.

Mason captó la mirada de Della Street.

—Della, voy a echar un vistazo. Quédate aquí y habla con Evelyn.

Mason saltó por encima de la brecha y se puso al lado de Ferron.

—¿Ve algo? —le preguntó Mason.

—Sí. Veo un coche en la hondonada —le respondió Ferron—. Mi compañero ha ido en busca de un rollo de cuerda. La fijaremos con un nudo a uno de los barrotes de la barandilla y nos ayudará a bajar sin ningún tropiezo. *Okay*, ¡aquí está!

El compañero de Ferron apareció con un rollo de cuerda. Anudó uno de sus extremos a uno de los postes intactos de la barandilla y dejó caer el rollo por la pendiente abrupta, por donde se fue desenrollando hasta alcanzar el lugar del siniestro.

—Vamos allá —dijo Ferron.

Mason pudo ver el juego de luces de la linterna horadando las tinieblas del barranco. De vez en cuando se oían voces excitadas, pero ninguna precisaba lo que habían encontrado. Aparentemente los dos agentes se habían olvidado de los que esperaban arriba, en la carretera.

Mason miró en dirección al coche de Evelyn en el que Della Street se hallaba sentada en animada conversación con Evelyn Bagby. Podía oír la voz de Della Street, que llevaba casi en exclusiva la conversación, con el fin de tener ocupada la mente de Evelyn.

Mason, decidido, asió la cuerda y se dejó deslizar por ella. La noche era oscura como boca de lobo. La única iluminación la suministraba el balanceo intermitente del haz luminoso del reflector, y una muy leve reverberación de la luces de Hollywood que se extendían más abajo, con el parpadeo de los letreros luminosos y las fachadas deslumbrantes de los cines.

Resguardándose los ojos para, poder ver mejor en la oscuridad, pudo observar el sitio preciso en el que las ruedas de un coche habían dejado la escarpa para saltar en el vacío. Debió recorrer así unos veinte metros antes de estrellarse en un repecho de la hondonada.

Mason continuó bajando, pausada y cautelosamente, asido a la cuerda, ya con una mano, ya con las dos, hasta que llegó finalmente

al pie del repecho. El sonido de voces era ahora más preciso, y Mason pudo oír los comentarios que cambiaban los dos hombres.

—... un bonito trabajo, si quieres que te diga la verdad.

—Debió recibir el golpe por la derecha... La ventanilla estaba sin duda abierta.

—Lo mejor será avisar a la brigada de homicidios. Está en los límites de la ciudad.

Mason, asiéndose a las matas y a los arbustos, descendió aún unos metros más hasta llegar al coche. Un espeso chaparral había amortiguado el choque del automóvil contra el suelo.

—Bien, ¿qué han encontrado? —preguntó Mason.

La voz de Ferron se hizo, de repente, dura, desabrida. Preguntó:

—¿Está usted solo?

—Sí. Las muchachas se han quedado arriba, en el coche.

—Todo indica que hizo un buen blanco —dijo Ferron.

—¡Diantre! —exclamó Mason.

Se abrió paso por una brecha que habían abierto los hombres a hachazos, a través del chaparral, y vio el coche tumbado con las ruedas hacia arriba.

El haz luminoso del reflector, a través del roto parabrisas mostraba la figura encogida de un hombre con la cabeza cubierta con la funda de una almohada. La funda estaba empapada en sangre.

—La ventanilla de la derecha está abierta —explicó Ferron—. El coche está con las ruedas hacia arriba, pero algo inclinado, de modo que el lado izquierdo está más elevado que el derecho. Hemos abierto un camino para dar la vuelta al coche. Tenemos que abrir la ventanilla de la izquierda. Más muerto que un arenque, desde luego, pero tenemos que comprobarlo antes de que regresemos y avisemos al forense. Y supongo que por cuestión de principio tendremos que avisar a la brigada de homicidios. ¿Qué dirá la chica cuando se entere de lo ocurrido?

Mason exclamó:

—¿Quiere usted decir que disparando a ciegas, con la mano izquierda, hizo un blanco como este?

—Ese modo de disparar es peligroso —afirmó Ferron—. Se han hecho pruebas y parece ser que cuando una persona se pone nerviosa y dispara instintivamente, es como si apuntara con el dedo.

El compañero de Ferron observó:

—Para examinar ese cuerpo, Bill, no tendremos más remedio que abrir la portezuela o romper el cristal de la ventanilla.

—No me gusta la idea de romper el cristal. Será mejor que tratemos de abrir la portezuela.

—La delantera está atascada. Tal vez podamos abrir la de atrás, supongo yo.

Utilizando el hacha con la que se habían abierto paso por el chaparral, los hombres consiguieron forzar la puerta de atrás. Ferron inspeccionó el interior del coche y seguidamente alargó la mano para comprobar el pulso del hombre.

—No tiene pulso —informó—. Está más muerto que mi tatarabuelo.

—Ya que estás ahí, busca en el mástil del volante el certificado de registro.

—Voy a tratar de buscarlo. Ten abierta la puerta. Creo que podré alcanzarlo.

Ferron estiró el cuerpo todo lo que pudo hasta que sus dedos lograron posarse en el certificado de registro sujeto al mástil del volante; desenganchó los pasadores que sujetaban el sobre de celuloide, y a continuación, arrastrándose, encogido, hacia atrás, como un gusano, consiguió salir por la portezuela.

—¡Caramba! —dijo estirándose y alisando con la mano el arrugado traje—. He perdido el aliento. O estoy bajo de forma o no sirvo ya para hombre-serpiente.

—¿Qué tenemos ahí? —le preguntó su compañero.

—Coche registrado a nombre de Oscar B. Loomis —dijo Ferron, leyendo la licencia—. Tenemos una dirección local, aquí. ¿Crees tú que este individuo es el propio Loomis?

—No lo sé. Es posible que sea un coche robado... ¡quién sabe! Bueno, volvamos a coger la cuerda y... ¡Oh, oh! ¡Ya nos pilló!

Diciendo esas palabras, comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia, y se oyó su repiqueteo rítmico sobre la panza metálica del coche volcado y sobre las hojas resacas del chaparral.

—Son gotas como chuzos —dijo Ferron—; cuando comienza así, quiere decir que nos aguarda un chaparrón de padre y señor mío. A ver si podemos llegar arriba antes de que el agua convierta en barro el polvo que recubre la cuerda y la haga resbaladiza.

—Si diluvia, va a ser todo un problema sacar el cuerpo del coche y llevarlo a la carretera.

—¿Han pensado ustedes en cómo pudo ocurrir esto? —preguntó Mason.

—La cosa está bien clara —le dijo Ferron—. La ventanilla de la derecha de este coche estaba bajada. El tipo ése debía tener también un revólver y trataba de cerrarla el paso y acorralarla a un lado de la carretera, para obligarla a salir del coche y llevársela en el suyo. Ese era el procedimiento que seguía con sus víctimas. La bala que ella disparó le dio en una sien y es probable que muriera sin saber de dónde le había venido. Se desplomó sobre el volante y cuando ella habló de que las luces de sus faros barrían de un lado a otro la carretera, fue probablemente porque el coche embistió primero la cuneta, rebotó y fue derecho a la barandilla, la derribó y saltó al barranco.

La lluvia arreció y las gotas se fundieron y formaron una cortina de agua.

—Bueno —dijo Mason—, abriré yo el camino a menos que quieran subir ustedes primero.

—No, vaya por delante —dijo Ferron.

Mason comenzó a escalar el escarpado declive, asido fuertemente a la cuerda y ayudándose con los pies y las rodillas, apoyándose en las aristas y salientes de la escarpa.

Hubo una ligera pausa en la lluvia y a continuación, repentinamente, se hizo torrencial.

—Tal vez sea mejor —sugirió el abogado— que vayan ustedes por delante.

—No, lo está haciendo muy bien —dijo Ferron—. Tenga cuidado sólo de no resbalar y perder pie. Esto está muy empinado y una caída podría serle fatal.

Mason siguió subiendo, cauteloso. El polvo de que estaba recubierta la cuerda se había convertido en una fina capa de barro.

—¡Caramba! —exclamó Ferron—. Hubiéramos debido traer nuestros impermeables. Esta lluvia nos va a calar hasta los huesos.

—Creo que estamos llegando —exclamó Mason.

—Este reflector me está martirizando —se quejó el compañero de Ferron—. Lo llevo a la espalda y sobre el hombro, y me golpea que es un gusto.

—Ya llegamos —dijo Mason—; puedo ver el parapeto. ¡Ajajá! Terminaron nuestras penas. ¿Puede alargarme ese reflector?

—No, gracias, dos pasos más y estoy arriba.

Por fin, los hombres pusieron pie en el firme de la carretera.

La lluvia caía con violencia, golpeando con fuerza inusitada el asfalto de la carretera.

Mason alzó el cuello de su abrigo y dijo:

—Bueno, ya saben dónde pueden encontrarme. Evelyn Bagby presta sus servicios en la *Taberna Crowncrest*. Para allí vamos ahora corriendo.

—Adelante —dijeron los agentes—. Nosotros vamos a utilizar nuestra radio portátil. Comunicaremos con nuestra oficina para notificar el suceso al forense y a la policía de la ciudad.

Se separaron, corriendo bajo la lluvia.

Mason alcanzó el coche en donde Della Street y Evelyn Bagby seguían sentadas.

—Jefe —exclamó Della Street—, estás hecho una sopa.

—Y sin aliento —dijo Mason—. Ese barranco no es de fácil acceso. —Hizo una pausa, jadeante, y a continuación añadió—: Della, vete con Evelyn hasta la *Taberna Crowncrest*. Así no tendrás que salir y mojarte. Yo iré hasta mi coche y me reuniré con vosotras allá arriba.

—No, estás empapado, no debes...

—Pónganse en camino sin perder un segundo —exclamó Mason, y apartándose del coche echó a correr carretera abajo en busca de su automóvil.

Al pasar por delante del coche de los agentes, vio a éstos sentados dentro, con la luz del techo encendida, llamando por la radio portátil.

Mason llegó al lugar en el que Della Street había aparcado su coche, abrió la puerta y se deslizó tras el volante. Más arriba, el coche de Evelyn Bagby se había puesto ya en movimiento.

Mason puso en marcha el motor, encendió los faros y su potente haz luminoso barrió la estrecha cinta que serpenteaba monte arriba. La lluvia levantaba una cortina gris por encima de la superficie pulida de la carretera, reciamente batida por el agua.

El abogado pasó por delante del coche oficial. Los limpia-parabrisas, moviéndose con metronómica monotonía, no podían

enjuagar toda el agua que empañaba el cristal, y la visibilidad era sumamente precaria. La lluvia se había convertido en un verdadero chaparrón.

Con Evelyn Bagby delante, los dos coches ascendieron lentamente la empinada y tortuosa carretera que tras de numerosas curvas los llevó a la cumbre, empalmando allí con la carretera principal de Mullholand. En seguida, después de unos cuantos metros, la fachada espléndidamente iluminada de la *Taberna* coloreó de rojo y azul las gotas de agua.

Mason aparcó su coche cerca de la entrada principal. Evelyn contornó el edificio y aparcó el suyo en el espacio reservado al personal del establecimiento.

Mason, en la puerta de entrada, se encontró con Joe Padena.

—¡Hola, Joe! —le dijo Mason—; un tiempo magnífico para los patos, ¿verdad?

—¡Esta maldita lluvia! —dijo Padena, muy enfadado—. Uno se figura que si comienza a la una o dos de la mañana, a las diez o a las once ha terminado. Pues no. Empieza a las seis, a las siete, a las ocho, a las nueve, y no deja de llover a cántaros hasta que Joe Padena tiene que cerrar el establecimiento. Entonces la lluvia cesa. A la mañana siguiente, el sol brilla espléndidamente. El cielo es azul, y la comida se echó a perder. Para esta noche tenía prevista una especialidad: chuletas de ternera asadas. ¿Sabe usted qué tendremos mañana para almorzar? Voy a decírselo: ternera fría asada. Y pasado mañana, albóndigas de ternera. Con nohecitas como ésta, un montón de comida va a la basura. Y las ganancias de toda una semana se van por la ventana. Cuando llueve, la gente no asoma la nariz por aquí ni aunque la arrastren.

—Es una lástima —simpatizó Mason.

Della Street y Evelyn Bagby aparecieron por una puerta lateral.

Joe Padena consultó su reloj.

—Se ha retrasado, pero soy yo el que tiene la culpa —dijo Mason—. ¿Qué tal se porta?

—Muy bien. Esta mañana trabajó de firme. Muy simpática chica. Y más viva que el hambre. Sabe de qué modo sonreír para obtener buenas propinas. Si se sonríe mucho, los clientes se propasan; y si poco, se enfadan. Hay que darles la medida justa. Es lo que yo les digo a las chicas. Cuando el cliente se propasa, corred a hacer algo

que no admite demora. Haced como si estuvierais muy ocupadas. No se puede cortejar a una mujer muy atareada. Cuando el cliente es simpático y serio, no importa que perdáis algún tiempo con él. Hay que procurar que toda la gente esté contenta. Eso es negocio para la casa y propinas para ellas. Es una buena muchacha.

Mason se dirigió hacia ellas.

—¿Quieren cenar? —preguntó Padena, esperanzado.

Mason le respondió:

—Lo siento, Joe, pero hemos cenado ya.

Padena hizo un gesto leve de reproche, acompañado por un encogimiento de hombros.

—No obstante —le dijo Mason—, voy a tomar algo en el bar; un par de vasos de ron caliente con mantequilla.

—¡Magnífico!

—Y de paso hablaré con Evelyn Bagby...

—Si habla con la chica, no les daré de beber —dijo Padena—. Eso la rebajaría a los ojos de todos. Sí quiere hablar con ella, vaya a su cuarto y hablele lo que quiera. Y cuando haya terminado de hablar, vuelve aquí y toma su ron.

—*Okay!* —respondió Mason.

Cruzó el vestíbulo hasta donde se hallaban, esperando, Della Street y Evelyn Bagby.

—Quiero hablar unos minutos con usted, Evelyn —le dijo Mason—. Joe me ha dicho que le hable en su cuarto. No se inquiete. Le dije que si se retrasó, fue por mi culpa.

Evelyn les hizo atravesar el comedor, por completo desierto, hasta el pórtico, donde pudieron cerciorarse de que la lluvia seguía cayendo a torrentes.

Abrió una puerta que daba a una escalera interior. La bajaron, llegaron a un pasillo, y al final del mismo Evelyn Bagby abrió una puerta.

—Honren mi humilde morada —exclamó.

Mason se detuvo para que Della Street le precediera en el cuarto, y al entrar en éste, bruscamente cogió por la muñeca a su secretaria, obligándola a pegarse contra la pared.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó.

Mason indicó un ventanal que se abría en uno de los lados de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Evelyn Bagby.

—Ese ventanal —dijo Mason—. Corra las cortinas.

Evelyn Bagby cruzó la habitación y asiendo un cordón corrió las cortinas.

—¿Es la primera vez que ha corrido esas cortinas?

—¿Quiere usted decir desde que vine aquí?

Mason asintió.

—Sí. Después de todo, señor Mason, nadie puede asomarse al interior del cuarto, a menos que deliberadamente se suba a un cajón o a algo por el estilo. Y aún así, lo dudo, porque el terreno está ahí fuera en declive.

—Entonces, ¿por qué ponen cortinas si nadie puede ver a través de la ventana?

—Como ver, si se empeñan, sí pueden ver. A unos cien metros hay un terreno en donde están construyendo unas casas. Cualquiera provisto de binoculares puede ver lo que pasa en este cuarto, pero después de todos los azares de mi ajetreada vida, esa posibilidad no me saca de quicio. No me gustaría, desde luego, que un curioso impertinente aplastase su nariz contra el cristal de la ventana para fisgonear, pero si un individuo se empeña en verme a cien metros de distancia con unos binoculares mientras me estoy vistiendo, me parece que su inversión le da algún derecho al espectáculo.

Se echó a reír.

Mason no se rió.

—Enséñeme el sitio donde encontró el revólver.

Abrió el cajón de una cómoda.

—Ahora hay aquí más cosas de las que había cuando encontré el revólver. De entonces acá, he colocado parte de las prendas que compré con los cien dólares que usted me proporcionó, señor Mason.

—Pronto tendrá que volver arriba, a trabajar —dijo Mason—. Tal vez le exijan a usted que conteste a ciertas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—En primer lugar —dijo Mason—, le interrogarán una y otra vez, sin tregua ni descanso, acerca de lo que pasó desde el momento en que ese coche apareció detrás del suyo.

—Está bien —asintió Evelyn—. Ahora dígame lo que ha ocurrido.

—En ese coche estrellado en el fondo del barranco —explicó Mason— había un cuerpo. Era el de un hombre que había muerto de un balazo en la sien. Llevaba cubierta la cabeza con una funda de almohada y...

—¡Santo cielo! —exclamó Evelyn—. Entonces yo..., yo...

Mason prosiguió:

—La policía cree que este disparo, probablemente el segundo que hizo usted, pasó por la ventanilla abierta a la derecha del conductor y le mató instantáneamente. En este preciso momento tienen la impresión de que usted es una especie de heroína y persona para ellos muy grata.

Evelyn se quedó mirándole, los ojos desmesuradamente abiertos y llenos de consternación:

—Señor Mason, cuando pienso que yo..., que yo he matado a alguien, aún sin intención de hacerlo...

—¿Qué sensación le produce? —le preguntó Mason.

—No sé. Tengo que acostumbrarme a esa idea. No puedo creer que..., pero ¿por qué me mira usted de ese modo, señor Mason?

—Se lo vuelvo a repetir. En este momento es usted una persona grata, gratísima, para la policía. Piensan que ha quitado usted de en medio a un bandido particularmente aborrecible, implacable, que acechaba a sus víctimas en lugares solitarios y las hacía sufrir los más odiosos ultrajes. Ahora bien, no estoy muy seguro de que esta apreciación dure mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir, señor Mason?

—Hay algo que hasta ahora no han advertido los agentes.

—¿Y es?

—Ese coche estrellado en el fondo del barranco tenía las luces apagadas.

—Bien. Entonces podría ser que no fuera el mismo...

—Pero el hombre responde perfectamente a la descripción que nos hizo del bandido. Tenía cubierta la cabeza con una funda de almohada, con dos agujeros, y la tenía sujeta a la frente con un elástico.

—Entonces tiene que haber sido el mismo. Lo que no comprendo es cómo pude atinarle, señor Mason. Tiré sin mirar, por completo a ciegas. El primer disparo, lo sé muy bien, lo hice al aire. Apreté el gatillo en cuanto tuve la mano fuera de la ventanilla. La siguiente

vez empuñé mejor el revólver y disparé más bajo..., la bala debió de dar en algo duro, pues oí como un chasquido metálico...

—Cuando disparó por segunda vez, ¿miró usted hacia dónde apuntaba?

—No. Ya le he dicho que apuntaba el revólver con mi mano izquierda. La derecha la tenía ocupada en el volante.

—¿Y esta vez el coche del bandido corría a la altura del suyo?

—No completamente a la altura del mío, pero sí muy cerca y a punto de alcanzarme.

—Y, no obstante, pudo usted atinarle y meterle una bala en la cabeza.

—Bueno, sí..., si la policía afirma que lo hice, supongo que así fue, pero..., ¿por qué adopta usted esa actitud, señor Mason? ¿No se pudieron apagar las luces a consecuencia del choque con el fondo del barranco? ¿No pudo ser que la batería saliese despedida o se hubiesen roto los cables?

—Algo de eso pudo ocurrir —dijo Mason—, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque tuve ocasión de examinar algo que en esos momentos escapó a la atención de los agentes. Observé el tablero del coche y vi que estaba cerrado el interruptor de la luz.

—¿Y ellos... no se dieron cuenta de eso?

—En aquellos momentos, no —dijo Mason—, pero a estas horas habrán advertido el detalle.

—Pero, señor Mason, tenía que estar abierto, positivamente. Sé muy bien que los faros estaban encendidos. A no ser que el hombre los apagase después de mis disparos, porque...

—Después de sus disparos ese hombre no tuvo tiempo de hacer nada —dijo Mason.

—Entonces... aquí hay algún misterio. ¡Tiene que haberlo!

Mason fue directamente a la cabecera de la cama y con un movimiento rápido tiró de la colcha que la ocultaba y puso al descubierto las dos almohadas. Solamente una tenía puesta la funda. La otra mostraba sólo las rayas blancas y azules de la tosca tela que envolvía las plumas.

—¡Santo cielo! —exclamó Evelyn Bagby.

—¿Dónde está la otra funda? —preguntó Mason.

Se limitó a menear su cabeza, con aire consternado.

—¿Estaba puesta cuando vino usted aquí?

—No lo sé, señor Mason. Ni siquiera miré la cama. En cuanto entré en el cuarto, desempaqueté mis compras, leí el periódico y a continuación salí a telefonar... Señor Mason, ¡dígame!... ¿supone usted que van a creer que yo..., que he estado mintiéndoles?

—¿Sabe de alguna razón para que crean lo contrario?

Bruscamente, como quien toma una determinación salvadora, Evelyn exclamó:

—No veo más que una solución.

—¿Cuál es?

—Coger otra funda del ropero y ponerla en esa almohada. Sé dónde guardan la ropa de las camas y...

Ni corta ni perezosa se lanzó en dirección a la puerta. Pero Mason la cogió del brazo y la detuvo.

—¿Por qué no? —preguntó.

—¿Quiere usted tomar un billete de ida para la cámara de gas?

—Pero, señor Mason, tenemos que impedir que sepan esto. ¡Sería terrible! Pero, ¿no comprende en qué situación me pone todo esto? Es como si hubiese matado a alguien y le hubiera puesto una funda de almohada en la cabeza, y después de estrellar el coche en el barranco, le hubiera dicho que había encontrado el revólver disimulado en la cómoda y luego urdido toda esta historia de que he sido perseguida para justificar los dos disparos.

—Exactamente —dijo Mason.

—Y si, además de todo esto, resultase que la víctima... ¡santo cielo!...

Se detuvo anhelante.

—Continúe —dijo Mason.

—... fuese una persona que yo conociera muy bien —exclamó la consternada joven.

—Es exactamente lo que estaba pensando —dijo Mason.

—¡Dios mío de mi alma!

—Por lo tanto —observó Mason—, en cuanto comience a fabricar pruebas falsas, desde el instante en que trate de mejorar su posición, usted misma da los primeros pasos hacia la cámara de gas.

—Pero tal como están ahora las cosas, no tengo nada en qué fundar mi historia. No tengo...

—Eso —le dijo Mason— es lo que me preocupa.

—*Usted* no puede creer que soy culpable..., que he fabricado todas esas pruebas, que he urdido esa trama inconcebible, que he cometido un asesinato a sangre fría...

—En estos momentos —dijo Mason— sólo pienso en las soluciones inmediatas. Dígame, ¿podría usted representar el papel de una joven tremendamente nerviosa e histérica trastornada por el pensamiento de que haya podido matar a una persona? ¿Podría usted simular un ataque de nervios lo suficientemente violento para que un doctor tuviese que darle una inyección calmante y le recomendará que se estuviese quieta hasta mañana a mediodía?

—Puedo intentar hacerlo. Me precio de ser una buena actriz —dijo Evelyn Bagby.

—Está bien —dijo Mason—. Le he dicho que probablemente ha matado a un hombre. Le da un tremendo ataque de nervios. Queda por completo aturdida. Llame a la señora Padena. Dígale que venga aquí. Pregúntele además si las dos almohadas tenían sus correspondientes fundas.

—Entonces, ¿cree usted que la funda de almohada que llevaba el hombre... muerto... procede de esta cama?

—¿Por qué no? —contestó Mason—. Hasta ahora no han hecho más que tramar cosas contra usted. El revólver de que se sirvieron lo colocaron en su cuarto, y de un modo u otro usted se vio obligada a disparar con él dos veces. Si se han tomado todas estas molestias para comprometerla, no tiene nada de particular que también hayan cogido de su cama la funda de la almohada. Alguien tuvo que hacerlo.

—No creo que tenga que esforzarme mucho para simular un ataque de nervios —afirmó Evelyn—. Lo tengo a punto de estallar.

—Está bien —dijo Mason—, haga lo que le he dicho sin perder un instante. Llame a la señora Padena. Muéstrole las almohadas. Luego Della Street la llevará en su coche a ver a un doctor que es amigo mío. Sabrá lo que tiene que hacer. Le dará una inyección para calmarla. La pondrá fuera de la circulación durante sus buenas doce horas. Pero, no lo olvide, *antes* de irse, llamará a la oficina del *sheriff* y les dará cuenta del robo de la funda de almohada. Cuando les telefonee usted se encontrará ya en pleno ataque de nervios. Tendrá que decirles que acababa de enterarse por mí de que tal vez haya matado a un hombre. ¿Puede hacer todo eso?

—Lo intentaré.

—Imagínese que esta es una prueba decisiva de la que depende todo su porvenir de actriz. Si usted acierta a representar bien este papel, entonces podrá decirse que es usted una actriz de cuerpo entero.

—En fin... trataré de hacerlo.

—Hay otra cosa que tiene que tener presente —le dijo Mason—. Poco después de que se despierte, la policía irá a buscarla. En circunstancias normales aconsejo a mis clientes que no digan nada ni a la policía ni a los periodistas. Pero su caso es distinto. Cuando le interroguen unos y otros, sea locuaz. Charle hasta por los codos. Dígales todo lo que sabe —Mason se volvió hacia Della Street—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Della.

Della Street afirmó con un movimiento de cabeza.

—Dile al doctor que necesito una delantera de doce horas —prosiguió Mason—. Y luego, cuando ya hayas acostado a Evelyn en su cama, toma un taxi y vete a la oficina de Paul Drake. Allí estaré esperándote. No le digas a nadie dónde me encuentro.

Nuevamente asintió con un gesto expresivo.

—Entonces, ¿dónde estará más tarde? —le preguntó Evelyn Bagby.

—Estaré por ahí recogiendo las respuestas a algunas de las preguntas que van a dirigirle —le dijo Mason—. Pero no se preocupe por donde yo pueda estar. Durante unas horas habrá perdido al mundo de vista.

## Capítulo 9

Mason aparcó su coche en el estacionamiento reservado a los ocupantes del edificio en el cual tenía sus oficinas; apagó las luces y la ignición, se apeó de un salto y se precipitó a la puerta del edificio.

El portero que hacía la guardia de noche y se encargaba al propio tiempo del manejo del ascensor le saludó:

—Buenas noches, señor Mason.

Perry Mason le puso un billete de cinco dólares en la mano.

—¿Y esto?

—Te has equivocado.

—¿Me he equivocado en qué?

—En mi identidad. Yo no soy el señor Mason —le dijo Perry Mason—. Podré parecerme a él, pero no soy el mismo. Me llamo Harry Marlow y he subido porque tengo una cita con el señor Drake, de la Agencia de detectives Drake.

El portero le hizo un guiño de inteligencia.

—Entendido, señor Marlow. Lo siento, pero me pareció que era usted Perry Mason, el abogado; pero ahora, viéndole más de cerca me doy cuenta de que tiene con él una semejanza completamente superficial.

—Mucha gente me dice que me parezco al señor Mason. Me gustaría verle algún día. ¿Qué clase de tipo es?

—¡Oh, un tipo espléndido! —dijo el portero embolsándose el billete de cinco dólares—. Muy generoso. ¿No le importa firmar el registro, señor Marlow?

Mason firmó el registro. El ascensor se detuvo. Mason lo abandonó y se encaminó directamente a la oficina de Drake.

—¿Está ahí Paul? —preguntó a la empleada que hacía el turno de noche.

Asintió y se puso a manipular la centralita.

—Dígale que voy a verle —le dijo Mason— y si alguien le pregunta si me ha visto, dígame que no, exceptuando naturalmente a Della. Cuando venga, mándela directamente al, despacho de Drake y si me llama, conécteme. Si alguien más pregunta por mí, usted no me ha visto.

La telefonista asintió.

—Al decir alguien más, no haga excepciones —añadió Mason.

Vaciló la chica.

—¿Ni siquiera con la policía?

—Ni siquiera con la policía —remachó Mason.

—Entonces, señor Mason, ¿no le importaría salir de aquí?

—¿Por qué?

—Porque entonces podría decirles, si me interrogasen, que usted vino, estuvo aquí un minuto y acto seguido se fue, y que esa ha sido la última vez que le vi a usted. Cuando vuelva, yo me arreglaré para estar en los lavabos, ¿comprende? No me gusta mentir a la policía. El señor Drake tampoco me lo permite.

—Perfecto —dijo Mason—. Me voy. Adiós, señorita.

Abandonó la oficina, esperó en el corredor unos treinta segundos, pasados los cuales volvió a entrar en la oficina de la Agencia de detectives Drake. Esta vez no había nadie en la centralita.

Mason se dirigió a una puerta que comunicaba con un amplio corredor que contenía una sucesión de compartimientos-despachos, y lo recorrió hasta llegar a una puerta que había al final. La abrió y entró en el despacho particular de Drake.

Drake, sentado a su mesa, estaba masticando un bocadillo de carne picada y bebía café.

—Hola, Perry. ¿Hay jaleo?

—En cantidad.

—Cuenta.

—Tú, primero —dijo Mason—. ¿Qué averiguaste acerca del revólver? ¿Algo interesante?

Drake le contestó:

—Aunque sea meterme en camisa de once varas, Perry, quiero darte un consejo. No juegues con Mervyn Aldrich. Es un tipo de malas pulgas.

—¿Quién está jugando con Mervyn Aldrich? —le preguntó Mason.

—Tú.

Mason se dejó caer en uno de los sillones del reducido despacho, alzó sus largas piernas hasta una esquina de la mesa, sonrió sardónico al detective y encendió un cigarrillo.

—Te has equivocado de número, Paul.

Drake meneó la cabeza.

—Esos revólveres...

—¿Qué revólveres?

—Aquellos sobre los que me preguntaste.

Mason retiró los pies de la mesa y los posó sólidamente en el suelo. Se enderezó en su silla. Sus ojos tomaron una expresión de dureza.

—Sigue, Paul. Me interesa.

—Me diste por teléfono el número de un revólver —dijo Drake—. Me fue fácil seguirle la pista porque se trataba de una venta recién efectuada en una tienda especializada en artículos de deporte, de Newport Beach.

—Adelante.

—Mervyn Aldrich compró dos revólveres del mismo modelo el veinticinco del pasado mes.

—¿Dos revólveres?

—Exacto.

—¿Y uno de ellos era ése cuyo número te di?

—Eso es.

—¿Y qué me dices del otro?

—Me telefoneaste acerca del que llevaba el número 17474-LW. Compró éste y además el revólver número 17475-LW.

Mason quedó un momento callado, observando el humo que se desprendía del cigarrillo que sostenía en sus dedos.

—¿Y bien? —preguntó Drake.

—¿Por qué diantres compró dos revólveres iguales?

—Que me ahorquen si lo sé —dijo Drake—, pero el hecho fue que los compró, los pagó y se los llevó.

—¿No sabes si dijo algo al dependiente que le atendió al hacer su compra?

—¡Por favor, Perry! La tienda está cerrada. Habría que buscar al

dependiente que hizo la venta. No obstante, mi agente pudo averiguar todo esto, examinando los registros del *sheriff*. Revisó los números y descubrió la venta de este revólver. Y entonces, cuando iba a tomar el informe y marcharse, vio que en otra hoja estaba también la firma de Mervyn Aldrich, de modo que comprobó el número y descubrió que le habían vendido otro revólver de la misma marca y modelo.

—Esto quiere decir sencillamente —sugirió Mason—, que necesitaba uno para él y otro para otra persona. Ahora bien, ¿quién podrá ser esa persona?

—Una, de seguro, muy conocida de él y que él juzgaría que corría algún peligro.

—Es lo más probable —dijo él—. Apuesto a que ese otro revólver lo destinaba a Helene Chaney. Paul, quiero entrevistarme esta misma noche con Helene Chaney, y deseo tener la seguridad de que Mervyn Aldrich visite a Helene Chaney cuando yo me encuentre en su casa con ella.

—¡Vaya encarguito que me das! —exclamó Drake.

—No te dará mucho trabajo —le dijo Mason—. Yo iré a ver a Helene Chaney. Tú telefona a Mervyn Aldrich y haciéndote pasar por un amigo oficioso que le quiere bien, le avisas de que Perry Mason se propone ir a casa de Helene Chaney para obtener de ella alguna información. Esto le hará dar un salto y correr como un desesperado en auxilio de su futura.

—Siempre que consigamos saber dónde se encuentra —dijo Drake.

—¿Por qué no comienzas ya a averiguar dónde se hallan los dos? —exclamó Mason.

Drake cogió el teléfono y dijo a la telefonista:

—Telefonee a Helene Chaney, la actriz cinematográfica. Tiene un número que no está en la guía. Lo encontrara en nuestro fichero confidencial. Dígale que es una empleada del estudio y que hay un argumento que están muy ansiosos de que llegue a sus manos para que lo lea. Pregúntele si estará en su casa. Luego, telefonee a Mervyn Aldrich. Su teléfono está en la guía. Dígale que pertenece al departamento de Correos, que tiene una carta certificada de entrega inmediata que sólo puede serle entregada en propias manos. Pregúntele si estará en su casa, para poder llevársela

inmediatamente. Si no está en su casa, repítale el cuento a quien conteste y pregúntele dónde se le puede encontrar.

Drake volvió a colgar el receptor y mordió de nuevo su bocadillo.

—¿Lo ves qué sencillo? —exclamó Perry.

—A ver si da resultado —dijo Drake, apurando el resto de su café y vertiendo más de un termo—. ¿Cenaste, Perry?

—Suculentamente.

—Ya me lo figuré —dijo Drake—. Mientras yo engullo bocadillos gélidos de carne picada y café rancio, tú te atiborras de enormes bistecs con patatas *soufflés* y...

—Esta noche han sido cebollitas fritas —dijo Mason—. Me encantan.

—¿Buenas?

—Sensacionales.

—Tú deberías ser un detective y comer lo que yo como a las horas más intempestivas de la noche —le dijo Drake—. Entonces, tal vez sabrías apreciar lo que es una buena comida.

—¿Para qué sirve apreciar una buena comida si jamás la tienes? —preguntó Mason.

—Es lo que yo quiero saber. ¿Vas a tu despacho?

—No. Por el momento estoy escondido. Della Street vendrá a reunirse aquí conmigo dentro de poco, y entonces nos iremos.

—¿A hacer qué?

—A tocar los timbres de las puertas.

—No me gusta tenerte aquí escondido, si estás huyendo de la policía.

—Ya lo sé —le dijo Mason—. La chica que tienes en la centralita me dijo, cuando entré, que me fuera. Me fui, estuve en el pasillo durante medio minuto y cuando volví a entrar, no estaba ya en su puesto. Ignora, por lo tanto, que me encuentro aquí en tu despacho.

—Un truco muy ingenioso —dijo Drake—. Lo malo es que a la policía esos trucos se le indigestan. Por lo general no se los tragan.

—No sabrá que estoy aquí, Paul.

—Espero que no. ¿Dónde está Della?

—Acostando a una señorita.

—¿Qué lío estás armando, Perry?

—Evelyn Bagby fue atacada esta noche. Un hombre con la

cabeza cubierta con una funda de almohada trató de despeñarla cuando iba por una carretera de montaña, en las alturas de Hollywood.

—¿Qué ocurrió?

—Tenía un revólver. Lo disparó dos veces para asustarle.

—¿Le asustó?

—La policía cree que lo mató.

Drake apartó el vaso de café.

—¿Qué diablos dices?

Mason se encogió de hombros.

—¿Tan seria, es la cosa? —preguntó Drake.

—Podría serlo.

—Desde luego, si el hombre trataba de despeñarla, el homicidio estaría justificado —dijo Drake—. ¿Hay testigos?

Mason denegó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué le ocurrió al hombre enmascarado?

—Murió sin decir ni pío. El balazo le dio en la sien. Un tiro limpio.

—Un tiro que indica una buena puntería —dijo Drake.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué?

—Me dijo que sacó la mano por la ventanilla y disparó a ciegas, sin otro propósito que asustarle y darle a comprender que estaba armada.

—¿Y le atinó de lleno en la testuz?

—Eso es lo que aparentemente sucedió.

—¿Desde un coche en movimiento?

—Sí.

—¿Y él también iba en coche?

—Exacto. Y el revólver lo tenía la chica en la mano izquierda.

—Ahora cuéntame una del Oeste.

—Lo sé, lo sé. Parece un cuento infantil. En fin, vamos a necesitar otros hechos adicionales con el fin de que podamos tener un clavo en el que colgar una explicación razonable. ¿Por qué no buscas ese clavo, Paul, pero sin que nadie se entere de que lo estás buscando? ¿Puedes hacer eso?

—Probablemente —dijo Drake. Descolgó el teléfono, pidió a la centralita una línea, marcó un número y a continuación, después de

una breve pausa, dijo—: Hola Jim. Aquí Paul Drake. ¿Haces esta noche los sucesos?... Ajá... ¿Alguna novedad?... ¡Oh, ya veo! ¡Ajá! Comprendo... Me parece muy interesante. ¿Puedes informarme a fondo sobre el asunto? Que nadie sepa que me intereso por él, ¿eh? Reúneme, pues, todos los detalles que puedas obtener del caso y me los comunicas por teléfono lo más pronto posible... Muy bien, gracias... ¡Hasta luego!

Drake colgó.

El teléfono, a renglón seguido, se puso a sonar.

Drake descolgó el receptor y dijo:

—¡Hola!... Ajá... *Okay*... Gracias.

Drake garrapeó unos apuntes en un cuaderno de notas y dijo:

—Helene Chaney estará en su casa hasta las diez y media.

Tendrá mucho gusto en recibir el argumento en cualquier momento hasta esa hora; pasada la misma, podrán entregarlo a su mayordomo. El señor Mervyn Aldrich no está en su casa. No esperan que vuelva hasta una hora ya avanzada de la noche. Sugirieron que *tal vez* se podría averiguar su paradero por el intermedio de Helene Chaney.

Mason sonrió, maquiavélico.

—¿Urdiendo un tenebroso complot? —preguntó Drake.

—Sí —le dijo Mason— dijérase que las diez y media es la hora fascinante. Irene Keith me dio un plazo hasta las diez y media para aceptar o rechazar en nombre de Evelyn Bagby una indemnización de mil dólares.

—¿Vas a aceptarla?

Mason consultó su reloj:

—Probablemente no.

—¿Ella lo sabe?

—¿Quién?

—Evelyn Bagby.

—Sí.

—¿Y qué dice ella?

—Que lo acepta.

—Si rechazas esa oferta vas a tener un disgusto gordo, Perry. El hombre que mandé a Riverside tiene la impresión, por los datos que recogió, de que ese caso de Evelyn Bagby parece muy raro, pero eso es todo. No hemos podido averiguar más. —Mason asintió—. Mil

dólares, créeme, es dinero —siguió diciendo Drake.

—No lo es para Irene Keith —le dijo Mason—. ¿Qué fortuna le supones, Paul?

—Bastante importante.

—¿Tienes idea de cuánto?

—Heredó un buen capital y tiene mucho instinto para los negocios. Dicen que el capital heredado lo dobló en estos últimos cinco años. Juega a la Bolsa y es de una astucia y de una osadía notables —Mason asintió con un movimiento de cabeza—. Tiene sus consejeros, pero suele seguir siempre los dictados de su voluntad. Consulta a sus abogados sobre la ley, pero las decisiones las toma ella sin consultar a nadie. Lo mismo hace con sus agentes de Bolsa.

—Para ella mil dólares significan muy poca cosa —intervino Mason.

—Pero apuesto a que significan mucho para Evelyn Bagby —contestó Drake—. ¿Qué me dices, Perry, de ese asunto de la funda de la almohada? Me huele muy mal. Un hombre que quisiera cubrir sus facciones llevaría una máscara. Una funda de almohada que cubre toda la cabeza me parece de un grotesco elevado al cubo y... en fin, debe existir una razón cualquiera.

—Pudiera ser —admitió Mason.

—¿Se te ocurre alguna idea?

Mason dijo:

—Una máscara cubre una parte de la cara de un hombre, pero su cuello y sus hombros quedarían visibles.

—¿Y bien?

—Por otra parte, la funda de una almohada —dijo Mason— oculta el cuello, el pelo, la forma del cráneo, y todo lo demás.

—¿Con qué objeto?

—Podría haber sido una mujer.

—¡Oh, oh! —exclamó Drake—. ¿Crees que pudo ser una mujer?

—No lo sé. Estoy especulando. Y una de las razones que tuvieron para usar una funda de almohada fue la de comprometer a Evelyn Bagby. La funda de almohada procedía de su cama.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Bueno —exclamó Drake—, ahora la situación presenta un

cariz muy distinto.

—¿Y por qué?

—¿Cabe la posibilidad de que, deseando deshacerse de una persona, cogiera un revólver y le pegara un balazo y que después le cubriera la cabeza con una funda de almohada, despeñase el coche y se presentase finalmente con el cuento de un asalto frustrado?

—A estas horas la policía está actuando sobre ese supuesto —respondió Mason.

—Dentro de poco un amigo mío me informará acerca de esto. Es un periodista que está a partir un piñón con la policía y al que no le disgusta de vez en cuando un regalito.

—Esperemos, pues.

—¿Dónde está Evelyn Bagby? —preguntó Drake.

—En un lugar en el que la policía no podrá encontrarla... Así lo espero, por lo menos.

—¿Y eso?

—Tuvo un tremendo ataque de nervios.

—Eso no vale.

—Della Street la llevó a una clínica particular —exclamó Mason.

—¡Oh, oh!

Mason consultó su reloj, se levantó de la silla, apagó el cigarrillo en el cenicero y comenzó a recorrer los estrechos confines del despacho de Drake. Poco después dijo:

—Es una desdicha que no tengas un despacho lo suficientemente grande para poder pasearse por él. Aquí un hombre no puede pensar.

—Yo sí puedo hacerlo.

—Pues yo no puedo pensar sin pasearme.

—No es necesario pasear para pensar. Prueba a pensar sin moverte del sitio. No gastarás las suelas de tus zapatos ni estropearás la alfombra.

—Tengo que moverme cuando *pongo* en funcionamiento mi cerebro —dijo Mason.

Drake limpió de migajas la mesa de su despacho, tiró a la cesta de papeles las servilletas usadas, se dirigió a un ángulo de la pieza en el cual había un lavamanos, lavó el vaso de café, lo secó con una toalla y volvió a su mesa.

El teléfono comenzó a sonar.

Drake tomó el receptor y dijo:

—Ajá. Gracias... —y colgó.

—¿Alguna novedad? —preguntó Mason enarcando las cejas.

—Era la chica de la centralita —dijo Drake—. Me informa de que los periodistas están tratando frenéticamente de ponerse en contacto contigo. Me ha dicho que te vio a primera hora de esta noche, pero que no sabe dónde te encuentras en este momento.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Le dije a Della que se moviese de prisa. Como de costumbre, habrá hecho un buen trabajo.

—Suponte que no haya llegado hasta la clínica con ella.

—Habrá llegado —dijo Mason—. Disponemos de tres doctores. Todos clientes míos. Los tres están especializado en casos de histeria.

—Suponte que no le den el tratamiento que tú desees.

—Se lo darán. Della Street convencerá a uno de ellos y el doctor sabrá lo que tiene que hacer.

—¿Qué hará Della con la chica?

—La acostará en su piso.

—¿No irá allá la policía a fisgonear?

—Probablemente. Pero no derribarán la puerta sin el mandato correspondiente. El doctor habrá dejado órdenes para que no la muevan ni la molesten hasta que la abandonen los efectos del hipodérmico.

—¿Cuánto durarán esos efectos?

—Doce horas.

—No se puede hacer muchas cosas en doce horas —dijo Drake.

—Tendré que hacerlas —respondió Mason.

El teléfono sonó con un ruido peculiar, entrecortado y seco.

Drake descolgó el receptor.

—Bien, bien... *Okay!*

Volvió a poner el receptor en su sitio y dijo:

—Ahora viene para acá Della.

Mason suspiró, aliviado:

—Menos mal —dijo—. Ahora voy a poder moverme.

—Ten cuidado, Perry —le aconsejó Drake—, no te metas en un berenjenal.

—Ya estoy metido en él, hasta las orejas.

Se abrió la puerta. Della Street sonrió a su jefe.

—¿Todo en orden, Della?

—Todo en orden.

—¿Dónde está ahora?

—Afortunadamente una de mis vecinas está fuera de la ciudad hasta el fin de semana. Me pidió que le diera de comer al perico y me dejó la llave de su piso. En él deposité a Evelyn.

—¿Y el doctor?

—Comprensivo como nunca.

—¿Qué hizo?

—Le echó un vistazo y dictaminó que no había que molestarla bajo ninguna circunstancia.

—¿Qué hizo Evelyn?

—Estuvo magnífica —exclamó Della—. Es una actriz admirable. Llegó a engañarme a mí misma. No sé... Tal vez estuviera completamente trastornada y su ataque de nervios no haya sido fingido. Me asustó de veras, mientras conducía. Reía y lloraba a la vez, e incluso se desvaneció.

—Eso es bueno —dijo Mason—. Podrás dar fe de su estado si te obligan a declarar como testigo.

—¿Jefe?

—¿Qué?

—Es una actriz fenomenal. Tal vez demasiado actriz.

Mason sonrió.

—Su arte quizá le sirva de algo, después de todo. ¿Cómo está el tiempo, Della?

—Sigue lloviendo.

—*Okay!* —dijo Mason—. Acércate a mi despacho. No enciendas luces. Coge tu impermeable y el mío. Si hay periodistas al acecho no te detengas aquí. Pasa de largo y vete abajo directamente y telefonea. Si no es así, vuelve aquí volando.

—¡Como las balas, jefe! —exclamó Della.

—Bueno —dijo a Drake—, tú continúa huroneando. Más tarde me comunicaré contigo.

—No te metas en más líos —le advirtió Drake.

Mason se echó a reír.

—Los líos son mi especialidad. Cuanto mayor es el lío, mejor me desenvuelvo.

—Contigo el cliente tiene siempre razón.

—¡Es mi lema! —exclamó Mason.

## Capítulo 10

Mason condujo su coche por el paseo que desde la verja de la finca de Helene Chaney llegaba al pie mismo de la escalinata de la puerta principal de la suntuosa casa.

—Hay algo que me viene como anillo al dedo —dijo Mason consultando su reloj—, y es la puntualidad cronométrica de Mervyn Aldrich. Es un fanático de la exactitud. Así, pues, podemos cronometrar nuestro pequeño número de un modo perfecto.

—Jefe —le interpeló Della Street—, ¿tienes formado ya un plan definido?

—Sólo me propongo una cosa.

—¿Y es?

—Que Mervyn Aldrich suministre a Evelyn Bagby una coartada en el caso de que la policía trate de molestarla.

—Antes se dejará matar —dijo Della Street.

Mason sonrió sardónicamente y echó los frenos.

—¡No se da poco postín la niña! —exclamó Della Street admirando la suntuosidad de la casa.

—Tiene que hacerlo —le dijo Mason—. Tiene que guardar las apariencias, darse tono y tener una casa que no haga de menos a su fotogenia.

—Realmente ha progresado la chica en estos últimos tres años.

Mason asintió con un ademán; se apeó del coche y lo contornó para abrirle la portezuela a Della Street. Subieron la escalinata hasta el pórtico y Mason apretó el botón de madreperla que había a la derecha de la puerta de entrada.

Sonó dentro de la casa el melodioso repiqueteo de una campanilla.

La puerta fue abierta de par en par por una radiante mujer morena, cuya expresión se alteró de repente al ver ante ella a

Mason y a Della Street.

—¡Oh, perdóneme! Creí que..., es que, ¿saben ustedes?, estaba esperando... Un momento, por favor.

Se volvió y llamó:

—¡William!

Apareció un mayordomo majestuoso.

—¿Señora?

—¿Querían ver a alguien? —preguntó Chaney.

—Sí, a usted —dijo Mason.

Movió la cabeza con un gesto de desolación:

—Lo siento. Tengo un compromiso esta noche y estoy a punto de salir. William, por favor, acompañe a... pero, un momento, ¿no es usted Perry Mason, el abogado?

Mason afirmó con un gesto.

Titubeó un momento:

—Esto es distinto. ¿Desea verme?

—Sí.

—Le puedo conceder unos pocos minutos —dijo.

—Espero que sean suficientes —dijo Mason.

—William, tenga la amabilidad de acompañar a estos señores al salón. —Les dedicó una deslumbrante sonrisa—. Estaré con ustedes al instante.

El mayordomo escoltó a Mason y a Della Street hasta un salón muy espacioso, y al cabo de algunos segundos Helene Chaney se reunió con ellos.

—Esta es mi secretaria, la señorita Street —presentó Mason.

Helene Chaney extendió una mano cordial.

—Tengo un gran placer en conocerles a los dos. Por favor, siéntense.

Se sentaron. Helene Chaney se quedó en pie, muy erguida, un tanto envarada.

Mason inició el diálogo:

—Deseaba dirigirle una pregunta, señorita Chaney.

—Diga.

—Se relaciona en cierto modo con Mervyn Aldrich.

Helene sonrió y dijo:

—Seamos francos, señor Mason; comprendo perfectamente su posición. Usted representa a esa camarera, ¿no es cierto?

Mason asintió.

—Y tengo entendido que le debo a usted el hecho de que un jurado la haya absuelto de un robo de joyas. Y no dudo que a usted mismo le parecerá muy significativa la circunstancia de que esas joyas no hayan sido todavía rescatadas.

—Me parece, en efecto, muy significativo.

—En fin, Irene me habló de usted. La ha fascinado por completo. Me dijo que le hizo a usted una oferta de conciliación que expira esta noche a las diez y media. A Irene le gusta conocer el aspecto legal de cualquier asunto, pero luego lo resuelve a su modo, sin consultar a nadie. Yo soy completamente distinta, señor Mason. Si desea tratar conmigo un asunto de cualquier especie, me limitaré a ponerle en relación con mi abogado. Tengo un administrador para mis problemas económicos, un abogado para mis asuntos jurídicos y un agente para mis contratos profesionales. Dadas estas circunstancias, de muy poco podemos hablar usted y yo, como no sea del tiempo, que para mí es abominable, aunque para los agricultores esta lluvia signifique un regalo del cielo.

—Podemos hablar de otra cosa que no es el tiempo:

—¿Y es?

—Del revólver que Mervyn Aldrich compró para usted.

Por un momento lo contempló con reflexiva atención, y seguidamente, cautelosa:

—¿Qué quiere saber de él?

—Me gustaría verlo, si no tiene inconveniente.

—¿Por qué?

—Porque —le respondió Mason— podría ahorrarle a usted una publicidad que tal vez no le conviniese.

Su risa fue melodiosa y al parecer, exenta de toda inquietud.

—¡Qué curioso, señor Mason! Apenas hace una hora un hombre me telefoneó y dijo que tenía que verme para un asunto de la mayor importancia para mí. El mayordomo quiso averiguar de qué se trataba y el comunicante le explicó que era una cuestión de publicidad para mí. Y ahora viene usted a proponerme lo contrario, esto es, *impedir* una publicidad.

—Exactamente —exclamó Mason.

—Si tuviera a bien aclararme su intención...

—Tal vez no sepa usted, señorita Chaney —dijo Mason—, que la

venta de armas de fuego está estrictamente reglamentada por la ley en el estado de California. Antes de que una persona adquiriera un arma, tiene que firmar su solicitud. Cada revólver tiene un número individual. Este número es registrado bajo el nombre del comprador. Duplicados de estos registros son enviados a los funcionarios civiles de la comunidad, al *sheriff* y al jefe de policía.

—Pero no veo la relación que todo eso pueda tener conmigo —exclamó Helene Chaney.

—Su revólver podría haber sido usado en relación con alguna actividad delictiva, cuyas repercusiones podrían serle terriblemente perjudiciales.

—Le confieso, señor Mason, que no comprendo su enigmático lenguaje.

—Bueno —le dijo Mason—, seré franco con usted, señorita Chaney, Yo creo que el revólver en cuestión es el suyo.

—Mi revólver no ha podido ser usado en relación con nada que se parezca a lo que usted insinúa, señor Mason.

—¿Por qué no?

—Porque lo tengo en mi poder, muy bien guardado por cierto.

—¿No le importaría comprobarlo?

Helene titubeó un momento.

—Creo que así podrá darse cuenta —prosiguió Mason— de que no tiene ese revólver en su poder.

Helene Chaney exclamó:

—Muy bien, si no le importa esperar un instante. En seguida vuelvo.

Consciente de que la estaban observando, salió del salón, erguida y armónica, como una consumada actriz, con un andar majestuoso que tres o cuatro años atrás le había sido extraño, pero que tras una larga práctica, se había enraizado en ella como una segunda naturaleza.

Mason consultó su reloj y cambió una mirada con su secretaria.

Bruscamente Della Street alzó sus ojos y calladamente interpelló a Mason.

Mason enarcó sus cejas.

Se acercó a la silla en la que estaba sentada Della Street. Esta, sin despegar los labios, le señaló un punto.

Había al otro lado del salón un espejo en el que se reflejaba la

imagen de otro espejo que mostraba una sección del iluminado vestíbulo. En ella veíase a Helene Chaney marcando apresuradamente un número en un teléfono.

Mason asintió, sonrió, llevó a sus labios un dedo recomendando silencio, volvió a su silla y se sentó. Della Street continuó mirando en dirección al espejo.

Al cabo de unos tres minutos Helene Chaney entró, majestuosa como siempre, en el salón.

—Lo tengo, señor Mason —dijo. Sus maneras irradiaban seguridad y convencimiento—. Como ya tuve el gusto de decirle, mi revólver está en un sitio seguro, en mi propia alcoba; así es que puedo asegurarle que pese a lo que hayan podido decirle, sus temores por lo que a mí respecta son infundados.

Se quedó de pie, erguida, como invitándoles a marcharse.

Mason tomó el revólver de su bolsillo y dijo:

—En este caso, no tengo por qué preocuparme. Por lo tanto, este revólver con dos cartuchos disparados no puede ser en modo alguno, suyo.

Los ojos de la hermosa mujer se posaron, burlones, en los del abogado.

—Usted lo ha dicho, señor Mason. Es de todo punto imposible que ese revólver que tiene en la mano sea mío. Ahora, lo siento mucho, pero tengo un compromiso urgente. Estaba esperando precisamente...

Mason se puso de pie.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó—. Siento haberle causado toda esta molestia. Créame, no sé por qué tenía la impresión de que le hacía un favor...

—Le agradezco de todos modos su intención, señor Mason.

Apenas habían cruzado la mitad del salón cuando volvió a oírse el cascabeleo melodioso de la campanilla.

Helene Chaney no cambió el ritmo de su andar armonioso.

Apareció el mayordomo en el vestíbulo y después de un leve titubeo, Helene Chaney le hizo un signo para que abriera. El mayordomo se apresuró a abrir la puerta.

Mervyn Aldrich, con impermeable y sombrero flexible negro y una bufanda de seda anudada al cuello, apareció en el cuadro de la puerta.

—Hola, William —exclamó—, ¿está...?

Se detuvo bruscamente cuando vio a Helene Chaney, a Perry Mason y a Della Street que venían hacia el vestíbulo.

Aldrich avanzó y se quitó el sombrero.

—Hola, Helene —dijo, y luego con una mirada fría y dura se dirigió a Mason—. Buenas noches, señor Mason y... si no recuerdo mal, señorita Street.

—Buenas noches —respondió Mason, sin inmutarse.

—Espero que su visita a la señorita Chaney —dijo Aldrich— no guarde relación con ese asunto de avenencia, Mason. Después de todo, lo normal es que un abogado se entienda con un colega y no trabé contacto directo con la parte contraria. Me imagino que la señorita Chaney le habrá dicho ya que tiene un abogado y que...

—Sí, sí —le interrumpió, orondo, Mason—. Pero no fue ese mi pensamiento, señor Aldrich. Vine con otro propósito, que no era más que el de ahorrar a la señorita Chaney una publicidad enojosa.

—¿Sí? —exclamó Aldrich con voz glacial y ánimo beligerante.

Helene Chaney se echó a reír nerviosamente.

—El señor Mason creía que mi revólver había sido utilizado en tenebrosas y criminales actividades.

—¿*Tu* revólver? —dijo Aldrich, que se volvió rápidamente hacia Mason, y le preguntó, airado—: ¿Qué quiere usted decir con *su* revólver?

—El revólver que usted le dio —contestó Mason llanamente.

—No le di ningún...

—El pequeño revólver que me diste, Mervyn —dijo Helene Chaney, interponiéndose entre los dos hombres—. El que querías que yo guardara en mi alcoba para protección mía.

Aldrich se encaró con Mason:

—¿Quién le dijo a usted eso?

—Estaba practicando indagaciones a propósito del número de este revólver —dijo Mason sacando el arma de su bolsillo—, y descubrí que era uno de los dos que había comprado usted en una tienda de artículos de deporte de Newport Beach. Uno de ellos se lo quedó usted y el otro se lo dio a la señorita Chaney.

Mervyn Aldrich exclamó bruscamente:

—Vamos a hablar un momento de este asunto.

Se volvió, y firme, metódicamente, cerró la puerta, consultó su

reloj y tomó nota mental de la hora.

Helene Chaney exclamó, contrita:

—Lo siento, Mervyn. Estaba ya lista. Te esperaba. Entonces vinieron, tocando el timbre de la puerta y yo misma la abrí creyendo...

—Está bien, Helene —exclamó Mervyn. Se volvió hacia Mason—. Usted, dígame, ¿qué le hizo creer que compré un revólver para la señorita Chaney?

—No sea simple —le respondió Mason—. Usted firmó el registro. Usted compró ambas armas en una tienda de Newport Beach. Puedo darle la fecha, los números y cuantos detalles quiera.

—Pero esto no significa que diera uno a la señorita Chaney. Yo jamás...

—Mervyn —se interpuso desesperadamente Helene Chaney—, tengamos presente que el señor Mason es un abogado. No estaría aquí si no se tratara de un asunto de la mayor importancia. Me preguntó sobre el revólver que me diste y le dije que lo tenía en mi alcoba. Fui allí incluso a comprobarlo.

—¿Y estaba allí? —preguntó Aldrich.

Le miró a los ojos directamente.

—¡Pues claro que estaba allí, Mervyn!

—Mason está representando a una mujer a la que yo juzgo astuta y peligrosa... —dijo Aldrich—. Para no darle una oportunidad de que favorezca todavía más su juego, voy a presentar una querrela por difamación, señor Mason. Y termino esta frase con la declaración de que es una astuta y peligrosa antagonista.

—Es usted muy dueño de hacerla —dijo Mason, sonriendo.

Aldrich avanzó un paso hacia él.

—Y, créame, no me gusta la idea de que venga por aquí y trate de sonsacar a la señorita Chaney el reconocimiento de un hecho que a usted no le importa en absoluto.

Mason avanzó a su vez.

—Me trae sin cuidado lo que usted piense, Aldrich. Estoy hasta la coronilla de su estúpida arrogancia. Usted se cuida de sus asuntos y yo me cuidaré de los míos. En cuanto a su demanda, hágala. Lo que usted comience, yo lo terminaré con mucho gusto. Vine aquí porque creí de buena fe que podía ahorrarle a la señorita Chaney un severo contratiempo. Mire usted, échele un vistazo a este revólver.

—Mason abrió el cilindro—. Vea, hay aquí dos cartuchos descargados. Para que usted se entere, ambos fueron disparados hace tres horas y media. Y este es un revólver que usted compró y pagó. Ahora bien, ¿querría usted saber dónde están las balas de esos cartuchos?

Aldrich cejó ante el ataque vehemente de Mason. Sus ojos contemplaron el revólver como fascinado por las dos recámaras vacías.

—¿Investigó usted la procedencia de ese revólver? —preguntó con el propósito evidente de ganar tiempo.

—Naturalmente que lo investigué. Por eso me encuentro aquí. Fíjese en el número. Hice que una agencia de detectives lo comprobara y averiguase bajo qué nombre estaba el registro. Este es uno de los dos que compró usted en Newport Beach.

—Tiene que haber algún error —dijo Aldrich, mansamente.

—Tal vez —dijo Mason—. Puesto que este revólver *no* es el de la señorita Chaney, entonces debe de ser el *suyo*.

—¡Oh, no, es imposible! Yo..., por favor, déjeme ver ese revólver —dijo bruscamente Aldrich, cambiando de táctica.

—Por supuesto —dijo Mason, entregando el arma a Mervyn Aldrich.

—¿Tu revólver está arriba, Helene?

—Ya te he dicho que sí, Mervyn.

Aldrich contempló un momento el revólver y levantó la cabeza. Sus ojos, entornados, expresaban un hondo e intenso cavilar. Bruscamente, exclamó:

—Confieso que he sido muy brusco con usted, y le presento mis disculpas, señor Mason. Temo mucho que este revólver, efectivamente, sea el mío. En cuyo caso, debe haber sido robado del compartimiento de guantes de mi automóvil. —Aldrich examinó el número del revólver, tomó un librito de anotaciones, se puso al lado de Helene Chaney y prosiguió—: Voy a apuntar el número, Helene, para que no haya lugar a error alguno. —Hizo una anotación en su librito—. Será mejor que apuntes tú también este número, querida, para que puedas hacer la comprobación.

Helene ojeó el número que había anotado Aldrich. No se reflejó en su cara el más leve cambio de expresión.

—Sí, Mervyn, he comprobado el número.

—Este revólver —dijo Aldrich, dirigiéndose a Mason—, ha sido robado del compartimiento de guantes de mi automóvil.

—¿Cuándo fue robado?

—No lo sé. Lo único que sé es que lo dejé en ese compartimiento... En verdad, ignoraba, hasta este momento, que hubiese desaparecido. Pero sí es uno de los dos revólveres que compré. Es seguro que me lo han robado. Tu revólver..., ¿lo tienes arriba, Helene?

—Sí, Mervyn.

—Tengo que hacer una comprobación —dijo de pronto Mervyn, que, sin pedir permiso y antes de que alguien adivinara sus intenciones o interviniese, giró sobre sus talones, abrió bruscamente la puerta, la cerró tras de sí y desapareció bajo la lluvia.

—Lamento que Mervyn se haya conducido con tanta rudeza cuando llegó —dijo Helene Chaney en tono de disculpa—. Es muy impulsivo y bastante nervioso. Trabaja bajo una tensión constante.

—Sí, ya me lo imagino —dijo Mason.

—Es un fanático de la puntualidad. Le saca de quicio la costumbre que tienen la mayoría de las mujeres de hacer esperar a sus acompañantes mientras terminan de vestirse. Por eso contesté a la llamada de ustedes personalmente. Quería que supiese que estaba ya lista para irme con él. Cuando llamaron, creí que era él y...

—Comprendo, comprendo.

—Y, desde luego, es razonable el motivo que tuvo para venir a verme, señor Mason, y se lo agradezco de todo corazón. Me doy cuenta ahora de que, en efecto, trataba usted de ahorrarme una ingrata publicidad. ¿Puedo preguntarle qué ha ocurrido? ¿Por qué hizo referencia a que habían disparado dos cartuchos hace tres horas y media?

—Creo que una de esas balas ha matado a un hombre.

—¡Es posible! ¿Quién?

—No lo sé... todavía.

Helene frunció el entrecejo.

—Se hace usted el misterioso, ¿no es cierto, señor Mason?

—Tal vez. Me desenvuelvo entre misterios.

—Ya lo veo.

La puerta principal se abrió bruscamente.

Aldrich exclamó, indignado:

—Lo que pensé. Alguien me robó este revólver del compartimiento de guantes de mi coche. Por cierto, que una y otra vez me aconsejaron que no lo dejara allí. ¿Puedo preguntarle, señor Mason, cómo llegó esta arma a sus manos?

Aldrich tomó el revólver por el cañón y se lo alargó a Mason.

Mason lo cogió y se lo metió en el bolsillo.

—Alguien lo disimuló entre los efectos personales de una de mis clientes.

—¿Es posible?

—Y —dijo Mason—, puesto que el revólver ha sido descargado y ha podido ser usado en un crimen, creí que era prudente comunicarle a la señorita Chaney lo que había ocurrido exactamente para que pudiese reunir a sus abogados y a sus publicistas para...

—Ha sido usted muy considerado —dijo Aldrich, con tono de sinceridad—. Acepte, por favor, mis disculpas, señor Mason. Confieso que me he portado groseramente con usted, y en fin... comienzo a creer que no he juzgado como debiera a esa cliente suya, Evelyn Bagby. Desde luego, no se ha descubierto aún el resto de las joyas robadas, pero se dan en este caso circunstancias que me obligan a pensar de un modo muy distinto. Mañana me veré con Irene Keith. Estoy convencido de que en este asunto podemos llegar, señor Mason, a un arreglo altamente satisfactorio para ambas partes.

—Gracias —dijo Mason.

—Comienzo a creer que en todo este asunto el equivocado era yo. —Aldrich se volvió hacia Helene—. Querida, permíteme que haga una llamada. Quiero dar cuenta del robo de este revólver inmediatamente. ¿Tiene usted apuntado el número, señor Mason?

—Le daré el número del revólver directamente —respondió Mason— si quiere usted telefonar. Aunque me parece que ya lo anotó usted...

—¡Pues claro está! —exclamó Aldrich—. ¡Qué tontería! Aquí lo tengo.

Marcó el número del Departamento de Policía. Se puso al habla con un subordinado y declaró:

—Quiero dar parte del robo de un revólver. Acabo de descubrir que lo robaron del compartimiento de guantes de mi coche. Es un

*Colt Cobra*. Uno de los nuevos modelos de diecinueve onzas que acaban de poner a la venta. Y el número es... —tomó el librito, pero al intentar abrirlo se le deslizó de entre los dedos y cayó al suelo—. ¡Caramba! Hágame el favor, Mason, déjeme ver el revólver.

Mason se lo entregó y Aldrich leyó el número por el teléfono.

—Sí, naturalmente. Tengo el correspondiente permiso de uso de armas. Le habla Mervyn Aldrich, de la Corporación de Cruceros Aldrich... Sí, lo llevo para mi protección personal. Suelo viajar mucho de noche por la carretera. Lo dejé en el compartimiento de guantes de mi automóvil... Sí, ya sé que no hubiera debido hacerlo. Fue un descuido mío... Lo dejé allí y luego me olvidé de recogerlo... No, no puedo decírselo con exactitud, pero creo que ha sido en estos dos o tres últimos días... ¡Oh, sí! Sé dónde se encuentra. Lo tiene *ahora* en su poder el señor Perry Mason, el abogado. Se lo entregó un cliente... En fin, creí mi deber darles parte del hecho.

Aldrich colgó bruscamente el receptor, se puso de pie, tendió el revólver una vez más a Mason, y seguidamente le estrechó cordialmente la mano.

—Tengo que reconocer lealmente que me he equivocado respecto a usted, señor Mason; en verdad, todas mis disculpas son pocas.

—No tiene importancia —dijo Mason—. Espero que usted y la señorita Chaney pasen una agradable velada. Buenas noches.

Mason tomó del brazo a Della Street. Helene Chaney los acompañó hasta el pórtico y los siguió con la mirada mientras bajaban la escalinata.

—Sigue diluviando —exclamó Della.

—Es una delicia —comentó Mason.

Emprendieron veloz carrera hacia el coche de Mason. Este ayudó a Della a subir y contorneando el vehículo, se metió a su vez en él, tomando el volante y poniendo inmediatamente el motor en marcha.

Mientras se alejaban de la finca de la «estrella», Della observó:

—¡Qué bien representó el hombre su papel!

—Por supuesto —exclamó Mason.

—Jefe, ¿no es cierto que ha cambiado los revólveres?

—Naturalmente.

—Pero tú tenías el número, y él lo apuntó. Y ella observó también cómo lo anotaba. Se pone en juego tu palabra contra la de los dos —exclamó Della.

Mason convino con un gesto. Después de unos minutos de marcha, colocó el coche a un lado de la carretera, abrió el cilindro del revólver y lo examinó a la tenue luz del tablero. Tenía cuatro cartuchos con bala y dos casquillos vacíos. Mason alzó el cañón del revólver hasta su nariz y lo olió. Luego lo pasó a Della.

—Huele —le dijo.

—Solamente huele a grasa. Como si no hubieran disparado por él.

—Exactamente —afirmó Mason.

—Jefe, comprueba los números. Así podrás determinar si...

—No tengo los números —dijo Mason—. Tú se los diste por teléfono a Paul Drake.

—Bueno —dijo Della—, tengo el número escrito en mi librito de notas; puedes compararlo con el de este revólver, y de este modo...

—¿Para qué tomarnos todas esas molestias? —preguntó Mason.

—Es que podríamos telefonearle a Paul y ver si...

—¿Con qué objeto?

—Con el de comprobar que Aldrich los cambió —exclamó Della.

—¿Tendría eso, acaso, alguna utilidad? —preguntó Mason.

—No te comprendo.

—¿Si supiéramos que había cambiado los revólveres?

—Pues, claro. Demostraría que... —Della Street, repentinamente, se calló y miró a Mason con ojos maravillados.

—Exactamente —dijo Mason, volviéndose a meter tranquilamente el arma en el bolsillo—. Somos como niños perdidos en el bosque, Della. Nosotros, ciertamente, no sabemos que hayan substituido un revólver por otro y, desde luego, no se nos ocurriría ni por un segundo acusar a Mervyn Aldrich de habernos dado un cambiazo. A un hombre de su reputación, no. Nadie podría creerlo. Creerían que estaba mintiendo, que trataba de proteger a un cliente con malas artes.

## Capítulo 11

Perry Mason parecía hallarse en excelente disposición de ánimo mientras conducía su coche hacia Hollywood:

—¿Adónde vamos, jefe? —le preguntó Della Street.

Mason le respondió:

—Se me ha ocurrido la idea de subir a ese monte, a ver lo que ha sucedido en el lugar del crimen. No obstante, quiero telefonear primero a Paul Drake... Deseo darle el mayor tiempo posible para que investigue los hechos.

—Bueno, si quieres telefonearle antes de subir hasta allí, yo creo que esta es la última oportunidad que tienes de hacerlo.

—Tienes razón —dijo Mason, y detuvo el coche frente a la cabina telefónica de un surtidor de gasolina.

—¿Quieres telefonear tú mismo? —preguntó Della Street—, ¿o quieres que llame yo?

—Llámale tú —dijo Mason—. Que te comunique las últimas novedades, y le dices que más tarde iré a verle.

Della lanzó a su jefe una mirada inquisitiva.

—Esta despreocupación tuya es demasiado perfecta y natural para ser verdadera.

—Eres demasiado suspicaz, Della. Después de todo, cuanto sabemos se reduce a que nuestra cliente disparó un tiro a un individuo que trató de atacarla... y probablemente ya a estas horas la policía ha descubierto que se trata de un criminal con antecedentes y...

Della Street, un tanto airada, cogió la moneda que le alargaba Mason, se apeó de un salto del coche y se encaminó a la cabina telefónica.

Mason se retrepó en su asiento y ni siquiera se molestó en observar las distintas expresiones faciales de su secretaria mientras

conferenciaba. Tomó un cigarrillo de su pitillera, tamborileó su extremo contra el pulgar y lo llevó a sus labios, lanzó una bocanada de humo, y cerrando los ojos se abismó en sus pensamientos.

En la cabina telefónica, los ojos de Della Street, muy abiertos, expresaban cierto grado de temor. Tomó su cuaderno de apuntes, garabateó unas cuantas notas en taquigrafía, y a continuación, dejando descolgado el receptor, abandonó la cabina.

—¡Jefe! —exclamó, consternada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mason.

—El hombre enmascarado, el muerto, ¡era Steve Merrill! Lo han identificado como a un hombre llamado Staunton Vester Gladden, un maleante buscado por la policía por falsificación y estafa. Es el que le estafó a Evelyn Bagby su pequeña herencia. Evelyn Bagby le demandó hace tiempo, y la policía tiene constancia de esta querella.

—¡Ajá! —exclamó Mason.

—El homicidio no fue en modo alguno como lo describió Evelyn Bagby. Fue un asesinato premeditado.

—Por supuesto —exclamó Mason.

—Las luces estaban apagadas cuando el coche cayó por el declive y muchos pormenores con respecto a la posición del coche no se ajustan al relato hecho por Evelyn Bagby. Ésta le había telefoneado y dejó para él un recado un poco antes de mediodía. La policía se ha enterado de este dato gracias a una mujer, una tal Ruby Inwood, que vive en la misma casa. Merrill reunió, efectivamente, algún dinero. Nadie sabe cuánto. Tenía en su poder siete mil quinientos dólares en efectivo, que mostró a algunos de sus amigos. Dijo también que tenía que comprar el silencio de Evelyn Bagby, y que por eso le telefoneó y concertó una cita con ella.

—¿Una cita? —preguntó Mason.

—Exactamente. Ella le dijo que dejaba el trabajo a las tres de la tarde, y que no lo reanudaba hasta las ocho de la noche. Evelyn le sugirió que se encontrara con ella a las cuatro y media en un lugar determinado de la carretera, cerca de la *Taberna Crowncrest*. Ella designó el lugar preciso.

—Bien, bien —dijo Mason—. La policía, por lo que veo, no se ha dormido y ha trabajado muy de prisa.

—Tienen ya a varios testigos. Drake dice que van a encarnizarse.

—Sí, me lo imagino —comentó Mason.

—Y, aún hay más. Steve Merrill tenía un revólver. Lo mostraba por todos los sitios por donde iba. Estaba muy ufano de tenerlo. Aparentemente era el revólver del crimen. Uno de esos *Colts* recientemente lanzados a la venta.

—¡Tate, tate! —exclamó Mason.

—¿Qué quieres decir, jefe?

—Entonces debió haberlo robado —dijo Mason—. ¿No le oíste decir a Aldrich que...?

—Tú *sabes* muy bien, jefe, que era una mentira. Mervyn Aldrich estaba encubriendo a Helene Chaney. ¿Vas a permitirle que se salga con la suya?

—Todavía es pronto para tomar una determinación —dijo Mason—, pero no debes acusar a la ligera a un ciudadano respetable como Mervyn de encubrir lo que fuere. ¿Qué más te dijo Drake?

—La policía está echando espumarajos de rabia. Te andan buscando como locos. Los agentes de la ciudad han tomado cartas en el asunto. El sargento Holcomb, de la brigada de homicidios, está ahora en la *Taberna Crowncrest* tratando de averiguar dónde se encuentra ahora Evelyn Bagby. Joe Padena declaró que tú habías manifestado a la chica, de sopetón, que había matado a un hombre y que esta noticia la anonadó por completo; que había sufrido un tremendo ataque de nervios y que se había ido a ver a un doctor. Holcomb está desatado. Ha puesto agentes a la entrada del edificio donde tenemos la oficina y han sometido a Paul Drake a un interrogatorio feroz. El hombre está preocupado.

—Bien, bien, bien —dijo Mason.

—Ya ves, pues, lo que ha ocurrido, jefe. Paul Drake se muestra muy pesimista y dice que el caso contra Evelyn Bagby es de los que no tienen defensa. Debió encontrarse con él en la carretera, lo mató, le cubrió la cabeza con la funda de almohada, le cogió todo el dinero que llevaba encima, hizo que el coche se despeñara y finalmente se fue en el suyo tan campante. Una vez realizada su proeza, te telefoneó diciéndote que había encontrado el revólver, sabiendo de antemano que tú le dirías que te lo trajera inmediatamente. A continuación montó el numerito sensacional de que había sido atacada, y todo lo demás.

—Eso es lo que aparentemente indican las pruebas existentes —

convino Mason.

—Paul Drake está al teléfono, esperando. Está que no le llega la camisa al cuerpo.

—Bueno —le dijo Mason—, dile que le agradezco en el alma todo lo que ha hecho, y que le aconsejo que se vaya a la cama y sueñe con los angelitos.

Della Street miró con enojo a Mason y, sin transición, repentinamente, se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Mason.

—No hay quien te gane en el mundo en el arte de exasperar y de sacar de quicio a la gente. Pero esta noche, créeme, bates tu propia marca.

Dichas estas palabras, volvió a la cabina telefónica, dio a Drake el mensaje de Mason, colgó el receptor y volvió al coche.

—No debieras de portarte así —dijo a Mason.

—No te comprendo.

—Me refiero a Paul Drake. No se merece que le trates así. Creyó que tú comenzarías a moverte y a trastornarlo todo para obtener datos antes que la policía. Había estado telefoneando a sus agentes a derecha y a izquierda, convocándolos en su oficina para tenerlos a mano. Se había fortificado en su despacho con cantidades enormes de café, pues creía que pasaría toda la noche dirigiendo las operaciones. Y ya preparado para entrar en acción, vienes tú y le dices que se acueste y sueñe con los angelitos. Esto le ha dejado hecho pedazos. Con otro choque como éste, nuestro amigo tendrá que ingresar en una clínica de enfermos mentales.

—¡Caramba! —exclamó Mason, burlón—. Paul tiene derecho a pegar los ojos, de vez en cuando. Después de todo, trabaja mucho, Della, y esta tensión constante puede hacerle mucho daño.

—Sigue, sigue con tus misterios y mixtificaciones —contestó Della—, y no te molestes en revelarme nada.

Mason sonrió maquiavélicamente.

—Hay un estacionamiento de taxis al final de esta calle, Della. Te llevaré hasta él. Tomarás uno que te llevará a tu casa. Acuéstate y sueña tú también con los angelitos.

—¿Adónde vas tú?

Mason le respondió con perfecta naturalidad:

—A la *Taberna Crowncrest* a ver si puedo hacer algo en ayuda del

sargento Holcomb. Si la policía me anda buscando, tendré mucho gusto en cooperar con ella.

## Capítulo 12

Mason condujo su coche al interior del garaje del edificio en el cual tenía su apartamento, le dio allí la vuelta y dijo al empleado:

—Déjalo aquí unos minutos, Joe. Subo a mi piso un momento y bajo en seguida.

Mason subió a su piso, tomó de una cajita de municiones dos cartuchos del calibre 38, y no habían transcurrido cinco minutos cuando se encontró de nuevo en su coche.

Condujo cuidadosamente a través de las calles de Hollywood, lo cruzó por entero, alcanzó las afueras y llegó a la bifurcación de la que partía la estrecha y tortuosa carretera de montaña que conducía a la *Taberna Crowncrest*.

A aquellas horas, la policía no sólo había retirado ya el cadáver sino que también había subido el automóvil desde la hondonada hasta la carretera, y de allí lo había remolcado un coche-grúa hasta el laboratorio de la policía para comprobar las huellas dactilares y preparar las correspondientes pruebas fotográficas.

Se veían claras las señales del automóvil-grúa que había izado el coche despeñado. Por las cunetas veíanse desparramadas lámparas gastadas tiradas por los fotógrafos, que delataban que los reporteros gráficos habían sacado numerosas instantáneas.

Mason detuvo el coche y se apeó de él, bajo la lluvia.

Remontó la carretera unos veinte metros, sacó el revólver de su bolsillo, apuntó cuidadosamente a un poste de madera de pino que sostenía la barandilla que bordeaba la carretera, y apretó el gatillo. A continuación alzó el cañón del revólver de forma que apuntara a una encina e hizo un segundo disparo, incrustándose la bala en el tronco del árbol.

Desengoznó el cilindro giratorio de su revólver, expulsó los dos cartuchos vacíos que acababa de disparar, los sustituyó por dos

nuevos que sacó de su bolsillo, y seguidamente dejó caer el revólver en el compartimiento de los guantes de su coche.

Lo puso en marcha nuevamente y se dirigió sin más dilación a la *Taberna Crowncrest*.

La lluvia torrencial restallaba sobre el cemento del aparcamiento de coches, golpeaba el techo de la taberna y caía de los aleros formando diminutos riachuelos y cascadas. Mason observó dos coches de la policía y varios automóviles de la Prensa allí aparcados. Había pocos coches particulares. Evidentemente, la queja de Joe Padena de que con la lluvia la gente se abstenía de ir a su casa, era bien fundada.

Mason aparcó, pues, su coche, apagó las luces y paró el motor. Un reportero gráfico que desde dentro de la *Taberna Crowncrest* espiaba el exterior a través del cristal de una ventana, cogió repentinamente su cámara y se lanzó hacia la puerta.

Unos instantes después, la luz fulgurante de la lámpara de instantáneas deslumbró los ojos del abogado. A continuación, el sargento Holcomb salió del interior del establecimiento como un toro furioso.

—Mason —dijo—, ¿dónde diantres se halla esa cliente suya, Evelyn Bagby?

Mason le contestó:

—La última vez que la vi estaba en pleno ataque de nervios. Creo que la llevaron a un doctor.

—¿Qué doctor?

—Eso sí que no puedo decírselo.

—Bill Ferron me dijo que le dio a usted el revólver que se utilizó en el crimen.

—¿Y bien?

—No se haga el desentendido —le dijo el sargento Holcomb, irritado—. Usted es un abogado. Ese revólver es una prueba. Lo queremos, lo exigimos. Ya tenía usted que haberlo entregado a la policía.

—¿No le dijo el señor Ferron que le pedí que examinara el revólver y me dijo...?

—Eso fue antes de que supiera que se había cometido un crimen con él.

Mientras tanto, varios periodistas y reporteros gráficos se habían

congregado en torno a Mason y al policía, despreciando la lluvia.

—¿Un asesinato? —preguntó Mason, con un aire de perfecta inocencia.

—¡Sí! ¡Me ha oído muy bien! —dijo Holcomb—. ¡Un asesinato!

—¡Oh! —exclamó Mason, con un tono conciliador—. Me parece que ha interpretado mal lo que ha ocurrido. Un hombre trató de atacar a la señorita Bagby y entonces...

—No me venga usted con cuentos de hadas —rugió el sargento Holcomb—. Eso guárdese para cuando se enfrente con el jurado. ¿Dónde diablos está el revólver?

—¿El revólver? —dijo Mason, lanzando una mirada hacia su coche y frunciendo el entrecejo—. Lo que acaba de decirme, sargento, arroja sobre el asunto una luz muy distinta y...

—No tendré contemplaciones con usted —exclamó el sargento Holcomb—. Estoy al corriente de todo lo que se refiere a ese revólver. Es uno de esos nuevos *Colts* de peso ligero, con un tambor de dos pulgadas, carga munición calibre 38. Es, en este caso, la prueba esencial, el cuerpo del delito. Le declaro ahora, como funcionario de la policía, que se ha cometido un asesinato con todas las agravantes y que este revólver disparó el tiro que ocasionó la muerte de un hombre. No creo que se necesite más para que esa arma se convierta en una prueba vital, básica. Ahora bien, trate usted de escamotearme esa prueba y le inculparé de flagrante violación de la ley. ¿Me dará usted ese revólver, sí o no?

Mason vaciló unos instantes, seguidamente abrió la portezuela derecha del coche, dirigió su mano hacia el cajetín de los guantes, y, como si lo pensara mejor, detuvo su acción.

—Espere un momento, sargento —dijo— no me opongo en absoluto a presentar cualquier cosa que constituya una prueba en el presente caso, pero si le entrego un revólver de cualquier especie, no voy a hacerlo ciertamente en respuesta a esa orden suya de que le entregue precisamente aquél con el que se ha cometido un crimen. Si tiene usted a bien pedirme el arma que, según mi conocimiento y creencia, es aquella a la que se refirió Evelyn Bagby cuando me declaró que había disparado dos tiros al azar, entonces...

El sargento inclinó su hombro y lo impulsó con extrema violencia contra el pecho de Mason; éste perdió el equilibrio y tuvo

que apoyarse en un lado del coche para no caer al suelo.

El sargento abrió de golpe el pequeño compartimiento de los guantes, introdujo la mano en él y la sacó, triunfante, con el revólver. Abrió el cilindro, advirtió los dos casquillos vacíos, gruñó, satisfecho, y dejó caer el arma en su bolsillo.

Los reporteros gráficos se pusieron en acción. Comenzaron a fulgurar las lámparas de instantáneas.

Uno de los fotógrafos dijo:

—Oiga, sargento, repita la acción, ¿quiere? Deseamos obtener un primer plano de su mano sacando el revólver del compartimiento de los guantes.

Era bien visible la satisfacción que el sargento Holcomb experimentaba, complaciendo a los chicos de la Prensa.

Mason, fingiendo una gran indignación, se apartó a un lado hasta que los fotógrafos consiguieron sus primeros planos.

Holcomb se volvió a Mason.

—Ahora quiero que nos presente usted a Evelyn Bagby.

—La presentaré en cuanto su doctor lo autorice.

—¡Vaya! ¡Ahora me viene usted con el camelo del doctor! —vociferó el sargento Holcomb—. Es inútil discutir con usted. De todos modos, tengo ya lo que andaba buscando.

Le volvió la espalda bruscamente y volvió a entrar en la *Taberna Crowncrest*.

Mason, aprovechándose de que los reporteros gráficos se apiñaban en torno al sargento Holcomb pidiéndole que les dejara tomar fotografías del revólver, volvió a subir a su coche, se deslizó tras el volante y antes de que se dieran cuenta de su desaparición, estaba ya rodando carretera abajo en dirección a Hollywood.

## Capítulo 13

Mason se sentó a la cabecera de la cama. Della Street se afanaba llevándose una bandeja con platos y restos de un desayuno copioso.

Evelyn Bagby, envuelta en uno de los saltos de cama de Della Street, se incorporó en el lecho y sonrió a Perry Mason alegremente.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Mason.

—Maravillosamente bien —dijo—. Con las ideas un poco confusas, pero... ¡cómo y qué bien dormí!

Un loro enjaulado, animado por la presencia de los visitantes, alargó el cuello por entre los barrotes para ver lo que ocurría en la habitación. De vez en cuando exclamaba:

—¡Pobre Polly! ¡Pobre Polly! ¡Polly quiere una galleta! Linda Polly. ¡Míralo ahora, Polly! ¡Oc, oc!

—Hoy será para usted un día de gran ajeteo —dijo Mason a Evelyn—. Tendrá que prepararse para soportarlo.

—¿Green que...? ¿Puede usted decírmelo?

—Voy a decírselo —dijo Mason—, y será para usted un golpe muy rudo.

—¿Qué ocurre?

—Dentro del automóvil que había en el fondo del barranco, encontraron a un hombre que era ya cadáver. Tenía un balazo en la sien. Su cabeza estaba cubierta con una funda de almohada, con dos agujeros a la altura de los ojos, y llevaba la funda sujeta con un elástico que le ceñía la frente.

Asintió ella con un gesto.

—Es lo que yo recuerdo que vi.

El loro prorrumpió en una estridente cacofonía de risas y carcajadas.

—Además —prosiguió Perry Mason—, había otro agujero en la funda de la almohada. Según el técnico del laboratorio de la policía,

ese agujero no lo había producido una bala, y la funda había sido colocada en la cabeza de aquel hombre después de recibir el disparo mortal.

—Pero acaso... en fin... ¿ese balazo en la sien no le mató instantáneamente?

Mason afirmó con un ademán.

—¡Ojo! ¡Mucho ojo! —gritaba ahora el loro.

—Pero cuando yo le vi conducía el coche —protestó Evelyn Bagby.

—La policía tiene otras ideas —dijo el abogado—. Pero hay algo más: ha sido identificado ya el cadáver.

—¿Quién es?

—Su nombre —dijo Mason—, esto es, el hombre que había adoptado mientras vivió en Hollywood, era Steve Merrill. Evidentemente, era el mismo individuo al que conoció usted bajo el nombre de Staunton Vester Gladden.

Evelyn Bagby enderezó súbitamente su cuerpo, y sus ojos escrutaron, anhelantes, los de Mason.

—Señor Mason, ¿me está usted gastando una broma?

—Sería una broma demasiado siniestra —exclamó Mason, y añadió seguidamente con acerba intención—: Por lo que a usted respecta.

—Entonces, *todo* se explica —exclamó.

—¿Qué es lo que explica? —preguntó Mason.

—¿No lo ve claro? Yo había descubierto la doble personalidad de Merrill, y sabía, por lo tanto, que él y Staunton Vester Gladden eran una misma persona. Me había estafado y había entablado una demanda criminal contra él. Si se hubiera sabido que Gladden y Merrill eran una misma persona, lo habría pasado muy mal. Por lo tanto, tenía que hacerme callar. Por eso telefoneé y me dejó el recado de que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo conmigo. Entonces esperó a que tomara mi coche y bajara por la carretera, y allí trató de despeñarme.

—¿Usted le disparó dos veces? —exclamó Perry Mason.

Evelyn expresó su asentimiento con un ademán de cabeza.

—Y una bala le penetró en la cabeza y la otra traspasó la funda de almohada con que se cubría.

—Pero si llevaba una funda de almohada y hubiese sido yo

quien disparara el tiro, la misma bala habría atravesado...

—Ahí está el detalle —dijo Mason—. En él se basará la policía para dictaminar que fue un asesinato premeditado y realizado a sangre fría; que usted mató, primero, a Merrill y *después* le puso la funda de almohada en la cabeza para forjar esa fantástica historia de asalto.

El loro gritó, estridente:

—¡Pobre Polly, pobre Polly!

—Pero, ¡señor Mason!, eso es completamente... en fin, lo más descabellado y absurdo del mundo. Algo inconcebible, sin pies ni cabeza.

—Podría ayudarnos mucho —dijo Mason— el que pudiéramos explicar la coincidencia de que la funda de almohada de su cama fuera la misma que se encontró en la cabeza de Merrill.

El loro intervino de nuevo:

—¡Ojo! ¡Mucho ojo!

—¿Podría darme más detalles, señor Mason? —imploró Evelyn Bagby.

—Merrill —explicó Mason— alquiló un *Chevrolet* en una agencia dedicada a estas operaciones de alquiler de coches sin chófer. Vivía en los departamentos Sternwood. Los residentes de este edificio solían aparcar sus coches en un solar próximo a él. Oscar Leonis tenía un *Chevrolet* del mismo modelo que el alquilado por Merrill. Vivía en el mismo edificio. Había aparcado su coche junto al que conducía Merrill. A las cuatro cuarenta, Loomis fue a buscar su coche y se encontró con qué había desaparecido. Dio parte a la policía. Unos minutos después, Boles, que también ocupaba un departamento en ese edificio, apareció y sugirió a Loomis que tal vez Merrill se hubiera llevado su coche, confundiéndolo con el suyo. Dijo que había visto a Merrill unos minutos antes yéndose en el coche en compañía de una mujer y que...

—Boles —le interrumpió Evelyn Bagby—. ¿Qué hacía allí con todos ellos? ¿No vivía en Riverside?

—Lo sé —dijo Mason—. Hice que unos detectives indagaron el caso. Presumo que Merrill montó el robo de joyas para tratar de comprometerla, obtener un buen botín y de paso aplazar la boda. En este momento no sé cómo lo hizo, pero tengo la impresión de que Boles fue su cómplice en esta operación. Boles sostiene que no

conoció a Merrill sino hasta después de que fueron robadas las joyas, y que Merrill se puso en contacto con él cuando se enteró de que Boles había sido un testigo de lo que había ocurrido. Como abogado me encuentro muy escéptico respecto a todo esto. Lo cierto es que Boles y Merrill se hicieron muy amigos. Merrill confió en Boles, hablándole acerca de usted y del terrible aprieto en que le ponía por haberlo reconocido por las fotografías publicadas de él en las revistas de cine. Pero Boles tiene una coartada. Se hallaba con Loomis a las cuatro cuarenta de la tarde. Entonces Ruby Inwood, una chica que vive en la misma casa, se reunió con ellos. Los tres fueron a cenar y estuvieron juntos hasta después de las ocho de la noche. Esta Ruby Inwood es, al parecer, una chica de vida alegre. No trabaja, pero tiene un piso amueblado con lujo, viste bien y tiene buenos amigos. En la actualidad conduce un coche nuevo flamante que, según rumores, le regaló una de sus amistades. Según parece, se ha excluido a Boles de toda participación en el asesinato de Merrill, pero sigo afirmándome en mi creencia de que fue cómplice en el robo de las joyas. Ahora bien, en cuanto a Aldrich, puede presentar testigos de todas clases que declararán dónde se hallaba entre las cuatro treinta y las siete y media. Irene Keith me dijo que estaría en su casa, esperando mi llamada. Unos detectives han comprobado que se hallaba fuera de su casa. Por consiguiente, todos los indicios, forzosamente, la señalan a usted. La policía ha lanzado por radio una llamada general para que el doctor que hubiese podido atenderla se ponga en contacto con ellos inmediatamente. Tienen la idea de que algún doctor la atendió y la puso fuera de la circulación. La cosa está, pues, que arde. No me es posible tenerla más tiempo alejada de la policía.

Evelyn hizo un gesto de asentimiento.

—Y —prosiguió Mason— va a tener que hacer algo desagradable.

—¿Qué?

—Constituirse en prisionera.

—Eso puedo hacerlo a la perfección —dijo—. Ya... ya comienzo a acostumbrarme.

—Y —concluyó Perry Mason— quiero que haga algo más.

—¿Qué?

—Hablar.

—¿Qué quiere usted que diga, señor Mason?

—Cualquier cosa, lo primero que se le ocurra. Quiero que cuente usted a los periodistas su ajetreada vida, cómo le timaron la pequeña herencia que recibió de sus padres y con la que se proponía ir a Hollywood, sin omitir detalle de cómo ese hombre, Staunton Vester Gladden, la engañó y despojó de cuanto poseía.

—Pero ¿todo eso no favorece precisamente sus planes? ¿No equivale eso a justificar, a dar un motivo a una acción que no he realizado? ¿No verán que tenía más de una razón para matar a ese individuo?

—Naturalmente que sí. Pero es algo que descubrirán más pronto o más temprano. Y será mucho mejor que usted se adelante a ellos y exponga, antes que nadie, esas razones. Los periódicos, entonces, desplazarán a sus mejores cronistas lacrimógenos para que la entrevisten. Querrán la historia de su vida. Désela sin reparos. Recalque que desde los dieciocho años estudió arte dramático y que no soñaba más que con ser actriz de renombre.

—Ahí toca usted de nuevo un punto vulnerable —dijo Evelyn—. Daré la impresión de que he inventado toda esa historia y de que tengo bastante talento histriónico para darle un acento verídico.

—Eso es exactamente lo que yo deseo —dijo Mason—. Quiero que esos cronistas que escriben a lágrima la línea, comiencen a especular sobre si es usted una actriz consumada que finge lo que no es, o bien una muchacha sincera, leal, pero sin ventura, que dice la entera verdad. Mientras más especulen, mejor publicidad tendrá usted. Mientras más crónicas escriban sobre si usted es una ingenua y candorosa muchacha, o una genial embustera, más firme será la base que sustentará el día de mañana su carrera artística.

—¡Linda Polly! Ahora, ¡mucho ojo! ¡Aquí tienes tu galleta! —interrumpió el loro.

—¿No les ocultaré nada?

—No. Les dirá toda la verdad de su vida —dijo Mason—. Cuénteles cómo ha sido. En cuanto intente ocultar algo, su acento de sinceridad perderá fuerza. No podrá expresar por entero, intensamente, su personalidad. No podrá convencerles plenamente. Sus reservas mentales le restarán fuerzas. No quiero que las tenga. Quiero que los mire directamente a los ojos y vuelque con ellos su corazón.

—¿Y con la policía?

—Lo mismo —dijo Mason—. Cuénteles su historia. Refiérales una y otra vez, incansablemente, su vida, y hágalo cada vez que la interroguen sobre ella. Dígales todo.

—Me alegro —exclamó.

—¿De qué?

—De que me diga usted que proceda así, porque, después de todo, señor Mason, soy inocente.

Le miró a los ojos, abriendo los suyos ligeramente.

—Ese es un buen truco —dijo Mason.

—¿Qué truco?

—El de dilatar un tanto los ojos cuando mira a una persona y quiere que ésta le crea.

—No es un truco, señor Mason. Lo hice con toda sinceridad. Yo...

Mason sonrió.

—Me siento inclinado a creer en su historia porque es para mí un imperativo creer en mis clientes, pero ese gesto de abrir los ojos es un truco suyo. Lo he advertido ya otras veces.

Por un momento pareció enojada, pero repentinamente se echó a reír.

—Bueno; reconozco que tal vez tenga usted razón. Practiqué ese gesto tantas veces frente a un espejo, que se ha convertido en una segunda naturaleza para mí, y por un momento me molestó su afirmación de que era un gesto estudiado. Realmente, fue una de las cosas que practiqué para Staunton Gladden delante de un espejo. Y es de veras singular que ese mismo truco tenga que emplearlo ahora en relación con su... muerte.

—El doctor que le ha atendido —dijo Mason— está como sobre ascuas. La policía ha difundido una descripción de usted y el doctor se ha visto obligado a comunicar con ellos, particularmente en vista de que ya no necesita usted de sus cuidados. La policía estará aquí dentro de muy poco tiempo. El doctor les dirá que la señorita Street la trajo a usted a este piso, la acostó y le puso una inyección calmante.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Del justo para tomar una ducha y vestirse.

Se dispuso a saltar de la cama.

—*Okay!* —dijo Mason—. Della y yo nos iremos. Tome una ducha y vístase. La policía estará aquí dentro de unos veinte minutos.

Mason mantuvo la puerta abierta para que saliera Della Street y la cerró delicadamente tras de ella. Della le miró y enarcó sus cejas.

Mason le dijo, en voz queda:

—Estamos ya metidos en el caso hasta el cuello, Della, y no podemos retroceder. Por lo que a mí respecta es como si tirara una moneda al aire... y toda moneda tiene un anverso y un reverso.

—Esta tiene un buen anverso —concedió Della Street irónicamente—, y el reverso, si quieres que te diga la verdad, tampoco está mal.

De detrás de la puerta les llegó el clamor estridente del loro, seguido de demoníacas risotadas.

## Capítulo 14

Frank Neely se hallaba bajo los efectos de un pánico semejante al que sufren los actores la noche del estreno.

A causa de que en el caso de Evelyn Bagby figuraba una personalidad de la pantalla, y de que estaba aquél tan plagado de contradicciones, los periódicos le habían dado una enorme publicidad. Al penetrar en la sala de audiencia presidida por el juez Kippen, al lado de Perry Mason, los ojos de Frank Neely quedaron deslumbrados por una sucesión de fogonazos procedentes de las cámaras de los reporteros gráficos.

—Señor Mason —dijo en voz muy queda—, no sé qué postura tomar. Me parece incluso presuntuoso que me encuentre en la misma audiencia al lado de usted. Yo...

—Condúzcase como un veterano —le dijo Mason, sonriente—. Tómelo con calma. Lo principal es observar la prueba con ojos de halcón, y tratar de manipular las cosas de modo que proteja los intereses de su cliente.

Neely le respondió:

—Si la reconstitución del crimen, hecha por el sargento Holcomb, es exacta, entonces las cosas se presentan pésimamente para nuestra cliente.

Mason asintió.

—Si en cualquier caso el dictamen de la policía es correcto, las cosas siempre se presentan mal para el demandado. No nos queda otra cosa que hacer sino observar detenidamente los hechos. Bueno, vamos allá. Ya está ahí el juez.

El juez Kippen entró en la sala.

—Se abre la sesión —exclamó el juez Kippen después de que se hizo el silencio en la audiencia.

—Listo el ministerio público.

—Lista la defensa —exclamó Mason.

—Llame a sus testigos —requirió el juez Kippen.

Geoffry Strawn, un letrado relativamente novel, que representaba al fiscal del distrito, después de una corta y brillante carrera como abogado fiscal, había expresado el deseo vehemente de enfrentarse con Perry Mason en un juicio para «quitarle los humos». Le había llegado este momento, y muy ufano llamó a su primer testigo, Harry Boles.

Neely se inclinó hacia Mason y le susurró al oído:

—No sabe usted las ganas que tengo de ver cómo ridiculiza usted a ese mequetrefe.

Geoffry Strawn pareció darse cuenta de esta actitud por parte del abogado de la demandada. Se puso de pie, sonrió sardónicamente, y después de que el testigo hubo jurado y contestado a las preguntas preliminares, le preguntó:

—¿Conoció usted en vida a Steve Merrill?

—Sí, señor.

—¿Dónde está ahora?

—Ha muerto.

—¿Ha visto usted el cadáver de Steve Merrill?

—Sí, lo he visto, señor.

—¿Dónde?

—En el depósito judicial.

—¿Reconoció en él el cuerpo del que fue en vida Steve Merrill?

—Sí.

—Puede la defensa hacer las repreguntas que estime oportunas —exclamó Strawn dirigiéndose a Mason.

Mason dirigió a Boles una melosa sonrisa.

—¿Hace mucho tiempo que conocía usted a Stephen Merrill?

—Le conocí recientemente. Sucedió que alquilé un piso para mí en él mismo edificio en que tenía él el suyo.

—Señor Boles, ¿conoció usted al difunto cuando se hacía llamar Staunton Vester Gladden?

—Pongo objeción a la pregunta. La considero incompetente, ajena a la cuestión y sin importancia —exclamó Strawn.

Mason se dirigió al juez rápidamente.

—Señoría, estoy contrainterrogando al testigo.

—Un momento —anunció el juez Kippen, inclinándose y

mirando por encima de sus gafas a Mason—. Esta es una vista preliminar. No es un juicio en regla. El propósito de la misma no es más que el de averiguar si se ha cometido un crimen, y en caso afirmativo, si hay base jurídica razonable para creer que la demandada participó en la comisión de dicho crimen. Por consiguiente, esta Sala no está dispuesta en modo alguno a escuchar controversias o intercambio de argucias y sutilezas jurídicas, como tampoco tolerará que se convierta esta vista en un acto espectacular. No me opondré a una argumentación estricta ceñida a los hechos materiales, pero rechazaré de plano todo intento de pirotecnia dramática, o culto de la personalidad. Ahora bien, no admito el alegato del ministerio público. Conteste el testigo a la pregunta.

—¿Conoció usted —volvió a preguntar Mason— al difunto cuando se hacía llamar Staunton Vester Gladden?

—No, señor. El día en que murió, me había confiado que en un tiempo había usado ese nombre.

—Eso es todo —dijo Mason.

—¿Desea el señor fiscal someterle a un segundo interrogatorio?

—No, Señoría.

—El testigo puede retirarse. ¿Cuál es su testigo siguiente?

—William Ferron.

Ferron avanzó, prestó juramento y declaró que entrevistó a la demandada en el *Café Joshua Tree* la noche en la que, según todos los indicios, se cometió el crimen.

—¿La demandada le hizo ciertas declaraciones?

—En efecto.

—¿Dichas declaraciones le fueron hechas libre y voluntariamente?

Ferron sonrió.

—Las prestó en presencia de su abogado.

—¿Se refiere usted al señor Perry Mason?

—Sí, señor.

—¿Y qué le dijo?

Ferron refirió con todos sus pormenores el relato que le hizo la demandada de los hechos.

Seguidamente el testigo narró el viaje que hicieron al lugar del suceso, el descubrimiento de la barandilla rota, el hallazgo del

cuerpo, y todo aquello que sucedió después del descubrimiento del cadáver.

—Haga las repreguntas que estime convenientes —le dijo Strawn a Mason.

—Ninguna.

—Que el sargento Holcomb comparezca y suba al estrado de los testigos —anunció Strawn.

El sargento Holcomb avanzó, prestó juramento y con un aire resplandeciente de satisfacción se arrellanó en el sillón de los testigos como si fuera a permanecer en él un buen rato.

Bajo las preguntas directas de Strawn explicó cuáles eran sus funciones en la Delegación de Policía de la ciudad, y cómo la brigada de homicidios a la que pertenecía fue informada por la oficina del *sheriff* de que había sido hallado un cadáver dentro de los límites de la ciudad.

—Y cuando llegó al lugar del suceso, ¿qué ocurrió? —le preguntó Strawn.

—Llovía. El coche estaba en el fondo de un barranco. Un representante del departamento forense se encontraba allí, así como los fotógrafos judiciales.

—¿Qué hizo usted?

—Bajé a examinar el cuerpo; luego procedí con mis hombres al traslado del cadáver, después de que se hubieron tomado las correspondientes fotografías mostrando la posición exacta en que se hallaba el cuerpo. Señalé ciertos puntos a los agentes del *sheriff*, y llamé su atención sobre algunos hechos que hubieran debido observar.

—¿Qué quiere usted expresar exactamente con esas palabras? —preguntó Strawn.

—Bueno, les sugerí que la posición del interruptor de la luz, en el coche, era una cuestión de la mayor importancia.

—¿Y cuál era la posición del interruptor de la luz?

—Estaba cerrado.

—¿Se refiere usted al interruptor de la luz de los faros del automóvil que contenía el cuerpo y que se hallaba en el fondo del barranco?

—Exactamente.

—Los faros, pues, ¿estaban apagados?

—Sí, señor.

—¿Y, por consiguiente, cerrado el interruptor?

—Sí, señor.

—Ahora bien, ¿interrogó usted posteriormente a la demandada acerca de esa cuestión?

—Sí, señor.

—¿Se le indujo a la demandada, de una forma u otra, a que prestara declaración ante usted?

—No, señor.

—¿No la amenazó?

—En modo alguno, señor.

—¿Cuanto declaró la demandada lo hizo libre y voluntariamente?

—Sí, señor.

—¿Le preguntó usted acerca de los faros del automóvil que intentó cerrarla o despeñarla, en la carretera?

—Sí. Le hice esa pregunta.

—¿Y qué le contestó la demandada?

—Me contestó que los faros estaban encendidos, que se hallaban en la posición alta, que se reflejaban en su parabrisas y que su reverberación en el mismo le causó graves molestias.

—¿Tomó usted posesión del arma con que se cometió el crimen?

—Sí, señor.

—¿Dónde la encontró usted?

—En poder de Perry Mason, abogado defensor de la demandada.

—¿En qué lugar?

—En la guantera de su coche.

—¿Cuándo?

—Alrededor de las once de la noche.

—¿Dónde?

—Acudió en su coche a la *Taberna Crowncrest*, en la cual la demandada se hallaba empleada, y aparentemente trató de verla antes de que...

—No nos importan sus deducciones —le interrumpió, tajante, Strawn—. Usted es un funcionario de la policía. Sabe cuáles son las reglas de la prueba. Sabe que tiene que limitarse exclusivamente a la exposición de hechos materiales. Siga usted y díganos qué ocurrió...

—Bien, le pedí el revólver que la demandada había entregado al señor Mason, esto es, el mismo que entregó al señor Mason en el restaurante, cuando le hizo el relato del suceso al señor Ferron, el representante del *sheriff*.

—¿Y el señor Mason le entregó ese revólver?

—Sí, señor. O... mejor dicho, creo que me dijo que lo tenía, e hizo un ademán en dirección a la guantera de su coche. Entonces yo me adelanté, abrí la guantera y saqué de ella el revólver.

—¿Dónde está?

—Lo tengo aquí.

—¿Y en qué estado se hallaba el arma cuando le fue entregada a usted?

—En el mismo estado en que se halla ahora.

—Llamo su atención específicamente sobre el cilindro del revólver. ¿Es exacto que había cuatro cartuchos con bala y dos casquillos vacíos?

—Exacto, sí, señor.

—Así, pues, el revólver está ahora en el mismo estado en que se hallaba cuando le fue entregado, ¿es cierto?

—Cierto, sí, señor.

—Señoría, pido que este revólver sea admitido como prueba A de este caso.

—Desearía repreguntar al testigo para debatir sobre la admisibilidad de este revólver como prueba del caso —intervino Mason.

—Muy bien —concedió el juez.

Holcomb miró a Mason con expresión de reto.

—Ha declarado usted que el arma está ahora en el mismo estado en que se hallaba cuando la recibió.

—Sí, señor.

—¿No se le ha sometido a manipulación alguna?

—No se le ha sometido a cambio alguno.

—Entregó usted este revólver al departamento de balística, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y sabe usted que el departamento de balística se sirvió de él para disparar cartuchos de prueba? ¿Estaba usted presente cuando se realizaron esas pruebas?

—Sí, señor.

—Y, naturalmente, para hacer esos disparos de prueba, fue necesario sacar los cartuchos del...

—Por supuesto. Los cartuchos que había en el revólver eran pruebas. Teníamos que demostrar que la bala fatal era de la misma composición que las balas restantes que había en el revólver. Por consiguiente, no íbamos a disparar esos cartuchos.

—Exactamente —dijo Mason—. Por consiguiente, sacaron del cilindro del revólver los cartuchos que contenía, dispararon los de prueba, y entonces volvieron a colocar en las recámaras vacías los cuatro cartuchos primitivos.

—Exacto.

—¿Quién hizo eso?

—Yo mismo lo hice.

—Entonces, dígame —exclamó Mason—. ¿Cómo sabe usted cuáles fueron las recámaras vacías que alojaron, en el cilindro, los cartuchos disparados?

—¿Cómo?... ¿Qué importancia tiene eso?

—Cuando usted declaró que el arma estaba exactamente en el mismo estado que al recibirla, quiso decir, exactamente, en el mismo estado para todos los efectos prácticos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Siguió la pista a este revólver guiándose por su número de serie?

—Por supuesto.

—¿Y qué averiguó, usted?

El juez enarcó levemente las cejas y dijo:

—Desde luego, esta pregunta la formula la defensa.

—Exacto —dijo Mason—. Técnicamente, la defensa podría poner objeción a ciertas cuestiones por no constituir, a su entender, prueba suficiente, pero no veo razón alguna que me impida averiguar quién vendió el revólver, y el registro del mismo, y todo lo demás. Tengo una confianza ilimitada en la habilidad del sargento Holcomb como investigador.

—Gracias —le dijo, sarcásticamente, el sargento Holcomb.

—Así, pues, no tengo inconveniente en que declare lo que averiguó. ¿Qué averiguó usted, sargento?

—Averigüé que este revólver fue vendido a un tal Mervyn

Aldrich, en una tienda de artículos de deportes de Newport Beach, el veinticinco del pasado mes; que Mervyn Aldrich había llevado este revólver para su protección personal; que tenía permiso de uso de arma; que había guardado el revólver en la guantera de su automóvil, y que la citada arma le fue robada de dicha guantera...

—Un momento —interrumpió el juez Kippen—. No veo razón alguna para basar hechos en rumores y supuestos. ¿Está el señor Aldrich en la sala, señor fiscal?

—Sí, señoría.

—Infiero que en esta declaración de que el revólver fue robado a su legítimo dueño, se propone el señor fiscal fundamentar la hipótesis de que fue la demandada la autora de este robo.

—Así es, Señoría.

—Creo que esa declaración debe ser hecha por el mismo señor Aldrich.

—Sí, señoría.

Mason intervino para decir:

—Sugiero que el sargento Holcomb baje del estrado y que el señor Aldrich lo ocupe para testificar.

—Un momento —dijo Strawn—. Estoy dispuesto a llamar al señor Aldrich. Es más, voy a hacerlo. Será un testigo de cargo, pero no veo la razón de llamarle ahora. Por lo que se refiere a la admisibilidad de este revólver como prueba, no se necesita más que demostrar que estaba en poder de la demandada y que es el arma que mató a Stephen Merrill.

El juez Kippen miró a Mason y dijo:

—Me gustaría oír a la defensa sobre el particular.

—Desde un punto de vista jurídico es indiscutiblemente correcta la posición del ministerio público —dijo Mason—, pero me agradaría puntualizar dos extremos. El primero es que el ministerio público no ha probado que fuera esta el arma utilizada para matar a Stephen Merrill. El segundo es que no se ha probado que el arma se hallara en poder de la demandada.

Strawn exclamó, airado:

—Pero, ¿qué dice usted? Usted mismo le entregó el revólver al sargento Holcomb.

—Él cogió el revólver de *mi* automóvil —dijo Mason—. Yo no soy la demandada.

—Usted la representa.

—Sólo como letrado que defiende sus derechos —dijo Mason—, pero, a pesar de ello, nada dije a propósito del revólver. Tal vez pueda aclarar esta cuestión dirigiéndole al sargento Holcomb un par de preguntas adicionales.

Mason se volvió hacia el sargento Holcomb, sonriéndole afablemente.

—Ahora bien, sargento —dijo, bonachonamente—, cuando llegué en mi coche a la *Taberna Crowncrest*, usted vino hacia mí y me pidió el revólver que me había entregado Evelyn Bagby, ¿no fue así?

—Sí, me parece que me referí al revólver que había sido utilizado en el homicidio.

—¿Y no es cierto —preguntó Mason— que acto seguido me empujó usted a un lado, abrió la guantera del automóvil y sacó de ella el revólver que acaba usted de identificar?

—Usted no quiso entregarme el revólver. Por eso yo tenía que apoderarme de él —dijo Holcomb.

—Esto me parece más bien una cuestión técnica —dijo el juez Kippen—. ¿Existe acaso en el ánimo de la defensa una duda cualquiera de que ese revólver *no* fue el que se utilizó en el homicidio, señor Mason? ¿La pregunta, por lo que se refiere a la defensa, no está encaminada a probar si el homicidio fue o no justificado?

—Creo —dijo Mason— que por lo que se refiere a este revólver, Señoría, es mi deseo que se establezca de un modo definitivo que es el arma con la que se cometió el crimen.

—¿Puedo preguntarle por qué? —le preguntó el juez Kippen—. Juzgo que siempre es aconsejable para la defensa que debata sobre cuestiones acerca de las cuales no existe disparidad de criterio.

Mason dijo:

—Han hecho pruebas con este revólver y comparado los disparos hechos con la bala fatal. Deseo sencillamente obligarles a que presenten, en este momento, dicho testimonio, para que la defensa pueda estudiar la prueba fotográfica con el fin de preparar apropiadamente su informe.

—Me doy cuenta de su propósito —dijo el juez Kippen—. Lo juzgo justificado. Señor Strawn, usted tiene sin duda alguna en su

poder la prueba de balística. ¿Por qué no la presenta y prueba que es el revólver que se utilizó en la comisión del crimen? Entonces, probando que estaba en poder de la demandada, puede usted...

—Justamente, señoría, ahí reside la dificultad —dijo Strawn—. La bala fatal, en este caso, se deformó de un modo deplorable. Uno de sus lados está completamente liso, pero el otro se deformó ligeramente al sacarlo de la cabeza, en el momento de la autopsia.

—Entonces ¿la bala fatal no ha podido ser identificada? —preguntó el juez Kippen.

—Bueno, le diré... Me gustaría dirigir a este testigo dos preguntas más a fin de aclarar la cuestión.

—Proceda.

Strawn exclamó:

—Con la venia de la sala, yo creo que puedo exponer dos o tres hechos de extraordinario relieve que bastan por sí solos para incriminar de un modo indiscutible a la demandada. Tal vez fue un tanto prematura la introducción de esta arma como prueba decisiva. Sargento Holcomb, le llamo la atención sobre la funda de almohada que cubría la cabeza del interfecto. ¿La tiene usted consigo?

—Sí, señor.

El sargento Holcomb abrió un maletín y sacó de él una funda de almohada manchada de sangre.

—Voy a formularle una pregunta, sargento Holcomb. ¿Encontró usted una marca de lavado en esa funda?

—Sí, señor. Hallé esa marca.

—¿Y le fue posible averiguar de dónde procedía?

—Sí, señor.

—¿Encontró usted otras fundas de almohada con la misma marca?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En la *Taberna Crowncrest*, en la lencería.

—¿Y examinó usted la cama de la demandada en dicho establecimiento?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Casi al instante mismo de llegar a ese establecimiento.

—¿Y qué halló usted?

—Había en la cama dos almohadas. Una de ellas estaba recubierta con su funda. La otra no tenía funda alguna. La que le correspondía había desaparecido.

—Ahora, por lo que se refiere a la funda de almohada, ¿puede decirnos si la que cubría la cabeza de Stephen Merrill fue puesta en ella antes o después de su muerte?

—Le fue colocada después de su muerte.

—Un momento —dijo el juez Kippen—. ¿No entraña esa respuesta una deducción o inferencia del testigo?

—La defensa no pone objeción alguna —dijo Mason—. Queremos cooperar con el ministerio público en todas aquellas cuestiones sobre las que no existe disparidad de criterio.

—¡No existe disparidad! —exclamó, estupefacto, el juez Kippen.

Strawn se levantó de un salto de su silla y avanzó hacia la mesa de la defensa.

—¿Entonces admite usted que la funda de almohada fue colocada después de asesinado Stephen Merrill? —preguntó, incrédulo.

Strawn volvió a sentarse lentamente con una expresión visible de perplejidad.

Mason se encogió de hombros.

—No puse objeción a la pregunta, eso es todo. Saque usted las conclusiones que mejor le parezcan. Expresé simplemente a la sala cuál era mi norma de conducta: no poner objeción a aquellas cuestiones en las que no existe disparidad de criterio por lo que se refiere a los hechos.

El juez Kippen exclamó, irritado:

—Bien, sigan adelante. Conteste a la pregunta.

—Bien, esta funda de almohada presentaba un agujero. No era como los que produce una bala. No hay huellas de pólvora alrededor del que se ve en la funda, ni señal o indicio o mancha de especie alguna que revele el paso de una bala. Por otra parte, el cuero cabelludo del finado mostraba un tatuaje de pólvora muy visible. Hicimos experimentos para averiguar con exactitud cómo podría duplicarse ese tatuaje de pólvora, y descubrimos que podía igualarse esta marca disparando con el revólver a unas ocho pulgadas del blanco, esto es, para decirlo con propiedad, a una distancia entre siete y nueve pulgadas.

—¿Qué revólver empleó usted para llevar a cabo esos experimentos?

—Pues... este mismo.

—En otras palabras —dijo el juez Kippen—, presumía que éste era el revólver utilizado en el homicidio.

—Señoría —dijo Strawn—, está fuera de toda duda que es el mismo. El hecho es que, a causa de una singular cadena de circunstancias, la bala fatal no es tan fácil de identificar como otras. Por consiguiente, puedo seguir adelante y hacer constar, por prueba circunstancial, que éste es el revólver usado.

—Siga adelante, pues, y hágalo constar —dijo el juez Kippen.

—Así, pues, afirma usted que la funda de almohada fue colocada después de cometido el homicidio, sargento Holcomb.

—Exactamente.

—¿Y una de las razones que lo abonan es la ausencia de todo tatuaje de pólvora?

—Sí, señor, y el hecho de que el agujero no fue hecho por una bala.

—¿Tiene otras razones?

—Sí, señor.

—¿Cuáles son?

—Cuando la funda de almohada fue colocada sobre la cabeza del hombre, la persona que la puso tuvo que torcer la funda ligeramente para que los dos agujeros, correspondientes a los ojos, cortados de antemano, se ajustasen a ellos. En otras palabras, esta funda colocada sobre la cabeza del muerto, no quedó bien centrada, por lo que, ya puesta, se la movió de un lado a otro hasta que los agujeros coincidieron con los ojos del finado. Esto explica la mancha de sangre, en el interior de la funda, que se extiende en línea curva. Es la única manera de explicar esa mancha de sangre curvada. Puede verlo muy claramente.

El juez Kippen dijo:

—Déjeme ver esa funda de almohada.

Inspeccionó la mancha curvada y seguidamente asintió con un movimiento de cabeza.

—Desde luego —dijo— el testigo llega a una inferencia derivada de los hechos, pero los hechos están aquí presentes y parece evidente que sólo admiten esa conclusión.

—Ese es también mi parecer, señoría —convino Mason, alegremente.

—Pero ¿cómo *puede* usted admitir esa conclusión? —exclamó Strawn—. De esto depende toda su defensa.

—¿Y usted qué sabe cuál es mi defensa?

—Vamos, vamos, caballeros —dijo el juez Kippen—. Esta vista ha tomado un sesgo hartamente insólito. En una cuestión que parecía ser básica para la defensa, el letrado se inhibe y renuncia a debatirla. Y sin embargo, en una cuestión que es en cierto modo académica, la defensa se muestra pugnaz y obstinada y apela a todos los recursos jurídicos que están a su alcance.

—Insisto simplemente en que mi cliente tiene derechos que deben ser reconocidos —dijo Mason.

—Sí, sí, lo comprendo —dijo el juez Kippen—. No obstante, está usted dificultando la labor del ministerio público en lo que se refiere a la identificación del arma fatal, señor Mason.

—No es ése mi propósito, señoría.

El juez Kippen miró a Strawn.

—Está bien —dijo el abogado fiscal, de mal talante—. La identificaremos.

Una vez más se volvió hacia el sargento Holcomb.

—Sargento, con este revólver al que usted se refiere se hicieron dos disparos, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Afirma la policía que una de las dos balas disparadas penetró en la cabeza del finado. ¿Qué se hizo de la otra bala?

—Dio en un poste de madera de pino que sujetaba por dentro una sección de la barandilla alambrada que bordeaba una hondonada bastante profunda.

—¿Puede ilustrar a la Sala mostrándole el lugar en el que fue hallada esta bala?

—Sí, señor. Tengo aquí una fotografía que fue tomada al día siguiente, en las primeras horas, y que muestra el agujero en la barandilla. Esta bala fue extraída, y se halla en perfecto estado de conservación. Aunque no llevé a cabo personalmente la investigación balística, estaba presente cuando se hizo esa investigación, y no cabe discusión alguna sobre...

—No testifique sobre balística —le interrumpió

apresuradamente Strawn—. No es usted un perito en la materia.

—Pero soy un experto detective y, como tal, me precio de conocer...

—Sí, sí, comprendo —volvió a interrumpirle Strawn—. Pero, puesto que me propongo llamar a un perito balístico, sólo quiero servirme de su testimonio en lo que se refiere a la identificación de esta bala. Ahora voy a mostrarle a usted una bala que presenta ciertas corrosiones en su base, la parte que podría llamarse el extremo posterior. ¿Sabe usted quién hizo esas corrosiones?

—Sí, señor. Yo las hice.

—¿Qué objeto tienen?

—Son marcas de identificación, a fin de poder identificar la bala.

—¿Dónde encontró usted esta bala?

—La extraje de un poste de madera de pino que muestra esta fotografía, un poste que estaba a un lado de la carretera, en el punto indicado.

—Ahora, si tiene a bien bajar del estrado, llamaré al perito balístico —dijo Strawn—. Tengamos el revólver, prueba A, para identificación, la fotografía, prueba B para identificación, y la bala prueba C para identificación.

—Un momento —interrumpió Mason cuando el sargento Holcomb se disponía a abandonar el estrado—. Acaba usted de introducir un segundo objeto, una bala. Deseo repreguntar al testigo con relación a ella.

—Proceda —exclamó Strawn.

—¿Cuándo fue la primera vez que advirtió usted ésta bala en el poste de madera de pino? —preguntó Mason.

Holcomb respondió:

—No se puede ver una bala en un poste de madera, señor Mason, a menos de que se la extraiga de él. No tenía el equipo indispensable para extraer balas.

—¿Cuándo vio usted por primera vez el agujero en el poste?

—Casi inmediatamente después de haber llegado a la escena del crimen. El revólver había sido disparado dos veces, y por consiguiente debía haber dos balas en algún sitio. Examiné la posibilidad de que la segunda bala hubiera ido a parar a un lugar que pudiera conservarla, y descubrí que así era.

—¿Y entonces no investigó ya más?

—¿Qué quiere decir con que no investigué ya más?

—¿No siguió buscando?

—Seguí indagando, pero después de encontrar la segunda bala, ¿qué más podía buscar?

—Comprendo —dijo Mason—. Eso es todo.

—Voy a pedir al sargento Holcomb que abandone el estrado de testigos, y haré subir a él a Alexander Redfield —dijo Strawn—. El señor Redfield es el perito balístico.

—Muy bien —acordó el juez Kippen.

Alexander Redfield, un individuo alto y delgado, con pómulos salientes y ojos grises, grandes y saltones, que andaba cauteloso y hablaba pesando mucho sus palabras, como si temiera comprometerse, prestó juramento, tomó asiento en el estrado y declaró ser un perito en la ciencia de la balística y en la identificación de las armas de fuego. Geoffry Strawn avanzó hasta él y le dijo:

—Le entrego la bala que el sargento Holcomb acaba de identificar y que está marcada para identificación como prueba C. Le pregunto si ha visto usted antes esta bala y de ser así, cuándo.

—Sí, señor. La vi en el momento de ser recuperada, en el lugar donde fue hallada, o sea, qué vi el agujero de bala en el poste de madera de pino, y presencié su extracción por el sargento Holcomb.

—¿Puede señalar en este mapa el lugar aproximado en el cual se encontró esta bala?

El testigo tomó el mapa y señaló con una X el punto exacto.

—Este es un mapa oficial —dijo Strawn—, o mejor dicho, es una copia de un mapa oficial. Presumo que la defensa no pondrá objeción en designarlo como prueba C.

—En modo alguno —dijo Mason.

Mason susurró al oído de Neely:

—De vez en cuando levántese y eleve una objeción, Neely. Que sepan que está usted en el caso.

—Tengo miedo —susurró Neely— de poner una objeción a destiempo. Tiene usted al fiscal tan perplejo que no da pie con bola. Se está preguntando cuál va a ser su defensa.

—No tema —le dijo Mason—. Menudee las objeciones, aunque no vengan a cuento. Déjeles que acumulen los hechos más

importantes, que nos duela o no. Ponga sus objeciones a los hechos que ya conocemos. Ponga un poco de variedad en el caso y deles algo en qué pensar. Después de todo, su novia le está observando desde las primeras filas de la sala y los periodistas se muestran activísimos y ávidos de sensaciones.

—Está bien —le respondió Neely—. Si mis objeciones son a destiempo, tíreme de la chaqueta. Me pondré de pie cada vez que ponga una objeción.

Mason volvió a sentarse en su silla.

—Y —continuó diciendo Strawn— usted está familiarizado con este revólver, llamado Colt Cobra, que estamos tratando de introducir como prueba, y que está marcado con la letra A a efectos de identificación.

—Sí, señor.

—Usted se sirvió de este revólver para disparar varios tiros de prueba.

—Sí señor.

—¿Cómo lo hace usted, señor Redfield?

—Solemos disparar las balas sobre una caja llena de algodón, una caja bastante larga para detener la bala sin deformarla.

—Y entonces ¿qué?

—Entonces examinamos la bala microscópicamente para obtener señales.

—¿Puede decirnos algo de la índole de esas señales?

—Existen aquellas que designamos bajo el nombre de características clásicas y las que calificamos como características individuales.

—¿Cuáles son las características clásicas?

—Son las señales dejadas en una bala por las estrías del cañón. Tienen cierta anchura y cierta profundidad, y cierto número y dirección de giros. Por medio de las características clásicas se puede designar la marca y el calibre del arma con la que se disparó la bala.

—¿Y cuáles son las características individuales o microscópicas?

—Son los rayados individuales en una bala producidos por asperezas e irregularidades existentes en el interior del cañón. Ningún cañón está perfectamente pulimentado por dentro, y naturalmente estas asperezas son completamente individuales en

ellos, de forma que estas estrías microscópicas dejadas por tales asperezas dan a la bala una marca individual como si el cañón hubiera dejado sus huellas dactilares en ella.

—Ahora dígame, ¿comparó esta bala extraída del poste con las balas disparadas a título de prueba con este revólver?

—Sí. Hice esas comparaciones.

—Y, como perito en la materia, ¿puede decirme si comparó las características de forma que le permitan afirmar de qué revólver salió dicha bala?

—Sí, señor. Comparé las características, tanto las clásicas como las individuales, de forma que puedo identificar absolutamente qué bala fue disparada por ese revólver.

—¿Qué me dice usted de la bala fatal? Esta fue recobrada y le fue entregada a usted. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Y la sometió usted a las correspondientes pruebas, señor Redfield?

—Tengo que manifestar que la bala estaba más bien mutilada. Estaba en muy mal estado pero pude determinar las características clásicas, de forma que pude averiguar que había sido disparada por un Colt 38 de este tipo.

—¿Y en cuanto a las características individuales?

—Basándome sólo en las características individuales microscópicas, no creo que en el momento presente me sea posible hacer una identificación. Una mitad de la bala está por completo deteriorada.

—Una vez más, señoría —dijo Strawn—, pido a la Sala que esta bala sea admitida como prueba.

—Me opongo —dijo Neely poniéndose de pie y cuadrándose, resuelto, ante el tribunal—. La petición es incompetente y ajena a la cuestión. No hay base que la sustente. No existe correlación de hechos.

El juez Kippen miró al joven. Sus ojos expresaban bondad y simpatía, pero en su actitud se advertía una rígida determinación.

—Veamos si comprendo su objeción, señor Neely —dijo—. Simplemente, porque la bala fatal no ha podido ser identificada con absoluta precisión, se opone usted a que sea admitido como prueba un revólver que, de toda evidencia, se hallaba en posesión de la

demandada.

—No concedemos que estuviera en poder de la demandada. Estaba en poder del señor Perry Mason.

El juez Kippen movió su cabeza.

—Es posible que haya ahí un distingo de orden técnico, pero por lo que respecta a esta sala, no estoy dispuesto a tolerar un exceso de tecnicismo. Si existe alguna duda acerca de que este revólver haya estado o no en poder de la demandada, entonces el testimonio a este efecto gravitará sobre la prueba, pero el caso es que en este momento se opone usted a la admisibilidad de esta prueba.

—Porque, con la venia de la Sala, nadie sabe con certeza que sea éste el revólver que se utilizó para el crimen.

—Por supuesto, todos los indicios señalan que ésta es el arma. La demandada ha dicho a nuestros agentes que disparó el revólver en la dirección de un coche conducido por un hombre que llevaba la cabeza cubierta con una funda de almohada.

—Y es, a todas luces, evidente, que no pudo ser, en este caso, el finado —dijo Mason poniéndose de pie.

—¿Y por qué no? —preguntó el juez Kippen.

—Porque —dijo Mason— el testimonio que presenta el ministerio público acaba de demostrar que la funda de almohada fue puesta sobre la cabeza de la víctima *después* de su muerte.

—Es criterio del ministerio público que esto prueba precisamente la culpabilidad de la demandada —dijo el juez Kippen.

—Exactamente —respondió Mason—. Y es criterio de la defensa que eso prueba precisamente que el cuerpo hallado no pudo ser el del hombre contra el cual disparó la demandada.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto? —preguntó el juez Kippen enderezando repentinamente su cuerpo—. ¿Sustenta usted el criterio de que hubo en esa carretera dos hombres con la cabeza enfundada?

—¿Por qué no? —dijo Mason—. Que el ministerio público pruebe que su criterio es más justo que el mío.

El juez Kippen movió gravemente la cabeza.

—Si se trata meramente de un tecnicismo —dijo—, sostengo que todas esas objeciones agregan fuerza a la prueba y la restan a su admisibilidad, pero sí basa usted su criterio en una conjetura que

desconocemos...

—Dice bien su señoría —exclamó Mason—, y con la venia de la Sala, desearía que ésta inspeccionara el lugar en que ocurrieron los hechos.

—¿Qué ganaremos con eso? —preguntó el juez Kippen.

—Intentamos plantear una defensa —dijo Mason—, y creo que la sala comprenderá la índole de la misma después de que haya visto el lugar en el que se cometió el delito.

—Un momento —dijo Geoffry Strawn poniéndose de pie, rojo de ira—. Es un hecho bien conocido que a la defensa le encanta desplegar espectaculares juegos de pirotecnia jurídica en las vistas preliminares. No es ésta la función de una vista preliminar. Esta audiencia no tiene otro fin que el de asegurar si se cometió un crimen y si existen pruebas suficientes para presumir que la persona demandada cometió ese crimen. Yo creo que la prueba reunida en el presente caso permite a la Sala responder a la pregunta afirmativamente.

—Sí —dijo el juez Kippen—, la Sala se inclina a conceder la razón al ministerio público, señor Mason.

—Exactamente —dijo Mason, y se sentó.

—Ahora permítame —dijo el juez Kippen—. Este criterio de la Sala no le impide a usted exponer sus argumentos en contra del mismo.

—Poco puedo exponer en punto a argumentos —dijo Mason—. En la fase presente de la prueba es de toda evidencia que un hombre ha sido asesinado y que hay algún indicio que revela que la demandada es culpable de este crimen.

—Entonces ¿cuál es el punto que usted debate? —le preguntó el juez Kippen.

—Sencillamente —dijo Mason—, que no es mi propósito dejar que el caso se eleve al jurado en la presente fase de prueba.

—¡Oh, comprendo! —dijo el juez Kippen, sonriendo.

—¡Un momento! ¡Pongo objeción a eso! —dijo Geoffry Strawn—. Me parece que...

—¿Desea usted impedir a la defensa que acopie otras pruebas? —preguntó Mason.

—Por supuesto, no, pero..., en fin..., ya le veo venir con su espectacular petición de que la Sala se traslade al lugar de los

hechos. No comprendo qué se puede ganar examinando ese lugar. Tenemos aquí fotografías del mismo.

—Bien, presente las fotografías —dijo el juez Kippen—; les echaré un vistazo. Entonces, si veo la necesidad de visitar el lugar de los hechos, nos trasladaremos inmediatamente a él.

—¿Desea su señoría que cite al fotógrafo e identifique esas fotografías?

—Sería lo más propio, a menos de que...

—Estipularemos un acuerdo —dijo Mason—. Tenemos tantos deseos como el señor fiscal de no perder inútilmente el tiempo. Si el ministerio público nos da su palabra de que las fotografías fueron tomadas bajo su supervisión y dirección por un fotógrafo calificado, y representan una imagen verdadera de los lugares indicados en las mismas, estipularemos que podrán y serán admitidas como prueba.

—Muy bien, señoría —dijo Strawn, y entonces se dirigió a Mason con una sonrisa—. Tal vez me excedí en mis críticas, señor Mason. Aprecio su cooperación en este asunto.

—No me la agradezca —dijo Mason—. Tal vez se vea obligado, y con razón, a repetir sus críticas más tarde.

Strawn dijo al juez:

—Estas fotografías están numeradas del uno al diez inclusive, y en el dorso de cada una de ellas aparece una descripción de lo que representan.

—¿Puede facilitarme copias de las mismas? —preguntó Mason.

—Por supuesto —dijo Strawn, entregando a Mason diez fotografías satinadas, 15 x 25.

Mason y Neely estudiaron detenidamente las fotografías.

Mason separó una de entre las demás, y extendiéndola en la mano, se levantó pausadamente de su asiento.

—Señoría —dijo—, desearía llamar la atención de la Sala y de mi colega el señor fiscal sobre la fotografía número siete que reproduce, según puede leerse en el reverso de la misma, el poste de madera de pino en el que se alojó la bala.

—Sí, tengo esa fotografía —dijo el juez Kippen—. ¿Qué puede decir a propósito de ella?

—La sala advertirá que hay una encina en el fondo, un poco a la izquierda de ese poste —dijo Mason—. Hay una mancha peculiar en el tronco de ese árbol, a unos dos metros aproximadamente de su

base, en el lado izquierdo, una manchita blanca con un punto negro en el centro...

—Sí, sí, la veo —dijo el juez Kippen—. ¿Qué es esa mancha?

—A mí me parece el agujero hecho por una bala —dijo Mason y se sentó tranquilamente.

—Señoría —intervino Strawn—, esa mancha puede atribuirse lo mismo a un defecto del árbol como a una mácula de la fotografía misma. Ahí tiene la sala un ejemplo elocuente de la táctica usada por la defensa para entorpecer la marcha de la justicia y crear la confusión en la mente de todos. No puede ser un agujero de bala, puesto que...

Se calló, interrumpiendo bruscamente su discurso.

—¿Por qué no puede serlo?

—Porque —estalló Strawn— el revólver hizo solamente dos disparos.

—Exactamente —dijo Mason—. Una de esas balas acaba de ser identificada como disparada por el revólver y alojada en un poste de madera de pino. Mi cliente declaró al agente del *sheriff* que apretó el gatillo dos veces, disparando a ciegas. Ahora bien, si pudiéramos demostrar que la segunda bala se alojó en el tronco de esa encina, entonces mi criterio quedaría completamente sustentado de que el cuerpo encontrado en el fondo del barranco era el de...

—¡Con la venia de la sala! —exclamó Strawn—. Esto es absurdo. Ignoro si ésta es o no una de las ingeniosas tretas de la defensa, pero el propio señor Perry Mason tenía ese revólver en su poder. ¿Quién le hubiera impedido hacer dos disparos, uno contra el poste de madera de pino y otro contra la encina, con el fin de establecer una perfecta coartada para su cliente?

Mason sonrió.

—Sencillamente el hecho de que el sargento Holcomb, según sus propias declaraciones, vio este agujero en el poste de madera de pino *en cuanto llegó a la escena del crimen y que llegó a la misma antes de que el agente del sheriff la abandonara*.

—Pero el sargento Holcomb no dijo nada acerca del agujero en el poste de madera de pino al agente del *sheriff* —exclamó Strawn.

—Pero ¿cómo? ¿Está usted impugnando la veracidad de su propio testigo? —exclamó Mason.

El juez Kippen declaró entonces:

—Bien, en vista de estas circunstancias, la Sala acuerda trasladarse al lugar de los hechos para examinarlos. Será cuestión de unos pocos minutos. Nos dirigiremos allá y la defensa tendrá a bien indicarnos el punto exacto; cuando lleguemos, observaremos la naturaleza de esa mancha en la encina. Señor Redfield, la sala desearía que nos acompañase para darnos su opinión sobre el origen de esa marca en la encina.

—Muy bien, señoría —dijo Redfield.

Los reporteros gráficos y periodistas, gozosos del sesgo dramático que tomaban los acontecimientos, salieron de la sala, presurosos, en demanda de teléfonos, mientras el juez Kippen, después de echar una ojeada final, el ceño muy fruncido, a las fotografías, suspendía la sesión.

## Capítulo 15

La cabalgata de coches ascendió por la empinada carretera, y se detuvo en el lugar en el que la barandilla, ya reparada, marcaba el lugar del suceso.

El sargento Holcomb, dándose gran importancia, exclamó:

—Señoría, el coche saltó al barranco por este sitio exactamente.

—¿Dónde está el poste de madera de pino en el cual se halló la otra bala? —preguntó el juez Kippen con la fotografía en la mano—. Es... ¡Oh, sí, sí, lo veo!

—Y aquí está la encina —dijo Mason.

El juez Kippen dirigió una mirada más bien escéptica al tronco de la encina, y, de pronto, algo suscitó vivamente su curiosidad.

—Algo ha resquebrajado la corteza del árbol y eso ha sido muy recientemente —dijo—. Dijérase que una bala..., bueno, no adelantemos los acontecimientos. Veamos qué es lo que ha producido esa erosión en la corteza.

El sargento Holcomb, muy excitado, llamó a un lado a Strawn. Cuchichearon unos segundos.

—Señoría —dijo Strawn—, no pretendemos ocultar los hechos, pero ciertamente no estamos dispuestos a dejarnos intimidar por un agujero de bala, mientras podamos probar *cuándo* se disparó esa bala en el árbol y *por quién*.

—Está bien —dijo el juez Kippen—, veo que se empeña usted en extremar su tecnicismo en la materia, señor Strawn. Recuerdo que el sargento Holcomb declaró que había asumido plena responsabilidad en la busca y hallazgo de balas en el lugar del suceso, y que después de haber encontrado esta bala en el poste de madera de pino, cesó su búsqueda porque partía del principio de que se habían hecho dos disparos solamente y de que las balas que correspondían a estos disparos habían sido halladas. Según mi

criterio, ésta es una técnica de investigación más bien, mediocre. Creo que estos lugares hubieran debido ser examinados completamente para que el agente hubiera podido afirmar de una manera decisiva que no existían otros vestigios de balas ostensiblemente visibles, antes de que terminara su investigación.

—Bien —replicó Holcomb—, pero yo no puedo impedir que vengan aquí después y se pongan a regar de balas el lugar.

—¡Basta, sargento! —exclamó, tajante, el juez Kippen—. Si hubiera llevado a cabo su investigación de un modo eficaz y apropiado, y en el preciso momento, con relación a esas balas, habríamos *sabido* si fueron o no disparadas subsiguientemente. Ahora proveámonos de una escalera y examinemos la naturaleza de ese agujero.

—Supongo que habrá una escalera en la casa esa que tiene un arco sobre la verja. Creo que vive ahí una artista, una mujer que... Por ahí viene.

Una mujer alta y delgada, con el cabello blanco, una nariz larga y una barbilla firme y puntiaguda, vino hacia ellos por el caminito que conducía a su casa.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó.

El juez Kippen sonrió y dijo:

—Es una investigación que estamos practicando a propósito de los hechos que ocurrieron recientemente en este lugar. Yo soy el juez Kippen...

—¡Oh, sí, sí! —dijo la mujer, sonriendo—. Y yo soy Mary Eunice. Soy artista y vivo aquí, en voluntario retiro, señor juez, y...

El juez Kippen atajó lo que amenazaba con transformarse en una larga y complicada explicación.

—Señora Eunice, estamos tratando de alcanzar esa parte del tronco, a unos dos metros y medio del suelo, en donde puede verse un desgarrón en la corteza. Queremos averiguar si lo produjo el impacto de una bala. ¿Tendría una escalera de mano?

—Sí, por supuesto, la tengo —dijo—. Con mucho gusto se la prestaré. Y si están ustedes buscando balas, yo puedo también proporcionarle una.

—¿Cómo? —exclamó el juez Kippen.

—Sí —dijo ella—. Ocurrió la noche en que tuvo lugar todo ese jaleo. Oí un chasquido fuerte, un ruido como el producido por un

cristal roto. Pero en realidad no me preocupó gran cosa. Pensé que era un pájaro perdido que se había estrellado contra la pared o el cristal de una ventana. No hice mucho caso. Pero esta mañana pude advertir en el cristal de una de las ventanas del ático un agujero producido por una bala. Esta fue a incrustarse en una viga, dentro del ático.

—¿Esto ocurrió la noche de autos? —preguntó el juez Kippen.

—Sí, señor juez.

—¿Cuándo? ¿A qué hora?

—Pues... había ya anochecido; a últimas horas de la tarde.

—¿Oyó usted un disparo... o más de uno?

—No. No oí nada. Soplaban el viento con bastante violencia y, por otra parte, una está acostumbrada a oír las explosiones del escape libre de los automóviles que van carretera abajo. Ya sabe usted el ruido que producen; una sucesión de pequeños disparos, y al final como un cañonazo... Una se acostumbra a todo, y acaba por no hacer caso de esos ruidos. Todo lo que deseo, señor juez, es vivir en estos andurriales, sola, y que me dejen en paz. Viviendo de este modo la inspiración es más viva, como si esta soledad fuese la fuente pura en que el espíritu...

El juez Kippen volvió a atajar el torrente oral de la dama.

—Señora —exclamó—, si tuviese la amabilidad de conducirnos a su casa, no sabe usted lo que se lo agradecería. Estoy ansioso, pero *muy* ansioso, de ver esa bala, a la que usted se ha referido. Y mientras estemos allí, sargento Holcomb, le sugiero que tome la escalera y la coloque en su sitio, contra el árbol. El señor Redfield subirá por ella y examinará esa excoriación del árbol. Ahora bien, sargento, exijo que sea el señor Redfield quien recupere la bala, si es que hay alguna en ese árbol. Ahora, señora Eunice, si tiene usted la bondad de llevarnos a su casa...

La señora Eunice abrió la marcha, monte arriba, y detrás de ella subió el compacto grupo formado por el juez, los abogados y demás componentes de la sala, y un tropel de periodistas y reporteros gráficos, los cuales, de vez en cuando, hacían funcionar sus cámaras.

A la cabeza de la procesión, la señora Eunice, con majestuosa dignidad, ascendió por la abrupta pendiente, moviendo sus largas piernas como si se tratara de un camino llano. Pasó por debajo del

arco que coronaba la verja de la entrada, y por un camino asfaltado que conducía al garaje llegó, seguida del nutrido grupo, frente a la casa, que olía a pintura fresca.

Ya en el ático, la señora Eunice señaló el agujero en el cristal de la ventana y la bala parcialmente incrustada en una viga, dentro del ático.

Redfield tomó prontamente la iniciativa.

—Un momento —dijo—. Hemos de proceder con extremo cuidado. Hay un agujero redondo en el cristal, y la bala está alojada en la viga. Observando la localización de la bala a través de este agujero podemos determinar con exactitud desde qué ángulo se hizo el disparo.

Redfield colocó un cordel en el punto en el que se había incrustado la bala, y lo tendió hasta el agujero del cristal de la ventana.

El juez Kippen dijo:

—Esa es la dirección.

Redfield estudió la trayectoria.

—La bala rompió el cristal y fue a alojarse en la viga. Había recorrido unos ciento cincuenta metros.

Strawn miró a través del agujero del cristal, luego recorrió con la vista el cordel y dijo:

—Bien, al parecer..., aunque le diré, señoría, que no aceptamos responsabilidad alguna en cuanto a esta bala.

—No le pido que acepte responsabilidad por bala alguna —le replicó el juez Kippen—, pero creo ciertamente que la policía debería aceptar la responsabilidad de una investigación completa.

—Desde luego, la policía no asumió la responsabilidad total del caso. Al principio se supuso que era de la jurisdicción del condado —dijo Strawn— y..., en fin, la policía de la ciudad tomó entonces cartas en el asunto y...

El juez le interrumpió:

—La ley es la ciencia de aplicar justicia de acuerdo con los hechos que han sido determinados de antemano y que son presentados ante un tribunal competente. Cuando estos hechos no han sido recogidos propiamente, la ley anda a tientas, en la oscuridad. Por esta razón tenemos que deplorar tantos casos de malograda justicia. Cuando esto ocurre, la opinión pública censura

a la ley. En realidad, no es la ley la que falla, sino la técnica de investigación, incorrecta y descuidada a veces. Ahora bien, yo quiero que este caso sea investigado completamente. Vuelvo a mis aposentos de la sala y reanudaré la audiencia a las tres de esta tarde. Esto le dará una oportunidad para poder investigar plenamente el caso, por lo menos por lo que se refiere a esta nueva prueba que acaba de descubrirse.

—Lo siento, señoría —dijo Strawn—. Los agentes hablaron antes con la señora Eunice, preguntándole si había oído disparos, y en esta ocasión no les habló de la bala y...

—Porque nada sabía acerca de ella —replicó la señora Eunice—. La descubrí esta mañana. ¿Qué creen ustedes que soy? ¿Una adivina, una pitonisa? Y por otra parte, nadie me habló de una bala. No me preguntaron ni me pidieron que examinara la casa para ver si alguna bala había llegado hasta ella. Sólo me interrogaron acerca de los disparos. No trate de hacerme responsable de eso, jovencito.

—No, no —se apresuró a decir Strawn—. Usted me ha interpretado mal.

—Bueno, no hay ninguna razón para que *usted* me interprete mal a *mí* —replicó la dama.

—Ciertamente, no la hay —intervino, conciliador, el juez Kippen, con una sonrisa—. Abriré la sesión a las tres, esta tarde. Entonces reanudaremos el caso donde lo dejamos esta mañana.

## Capítulo 16

El rumor se propagó como el incendio en un bosque, y cuando la vista se reanudó a las tres, aquella tarde, la sala estaba llena a rebosar.

Hamilton Burger, el fiscal del distrito, corpulento, de anchas espaldas y cuello de toro, se hizo cargo personalmente del asunto, y se sentó junto a Strawn, tomando una actitud de hombre resuelto a no dejarse intimidar por nadie.

El juez Kippen salió de sus aposentos puntualmente a las tres. Se impuso silencio en la sala, y el juez anunció con voz engañosamente suave que quedaba abierta la sesión. A su pregunta de si estaban preparados para debatir el caso, la defensa y el ministerio público respondieron afirmativamente.

—Ahora la Sala querría conocer, en términos generales, lo que el ministerio público ha descubierto en la escena del crimen.

Strawn intervino a continuación:

—Además de la bala que se hallaba en la casa de la señora Eunice, y sobre la cual interrogamos al señor Redfield, había otra alojada en el tronco de una encina. Esta bala también fue extraída por el señor Redfield, y deseamos interrogarle sobre este punto.

—Muy bien. Proceda —dijo el juez Kippen—. El señor Redfield ocupara el estrado, y la cuestión que ahora se debate es si el arma, que según el ministerio público, hizo los disparos, debe ser admitida como prueba. Señor Redfield, tome asiento. Ya ha prestado juramento y se ha calificado como perito balístico.

—Ahora —dijo Strawn poniéndose de pie— quiero interrogarle sobre la encina y la bala.

—Vamos a puntualizar —le interrumpió el juez Kippen—. Llamemos a la bala fatal, la bala número uno, a la del poste de madera de pino, designémosla con el número dos. Llamemos a la

bala de la encina, la número tres, y la bala de la casa de la señora Eunice, la número cuatro. ¿Les parece satisfactorio?

—Completamente —dijo Strawn.

—Muy satisfactorio, señoría —dijo Mason.

—Muy bien. Serán designadas de ese modo. Usted se está refiriendo ahora a la bala número tres, la que fue encontrada en el tronco de la encina, ¿no es así, señor Redfield?

—Así es, en efecto.

—¿Qué encontró usted allí? —preguntó el juez Kippen, sustituyendo, en el interrogatorio, al ministerio público.

—Descubrí, señoría, que había una bala incrustada en el tronco de ese árbol. Penetró sesgada y descortezó una pequeña sección del árbol. Pude comprobar que esta bala fue disparada con el revólver en cuestión, el mismo que el ministerio público intenta introducir como prueba. Está marcado a efectos de identificación con la letra A.

—¿No hay duda alguna de que esa bala haya sido disparada por ese revólver?

—Ninguna duda, señoría.

—Entonces nos hallamos ante el hecho de que con ese revólver que presentaba sólo dos casquillos vacíos y se dispararon tres cartuchos —dijo el juez Kippen.

Hamilton Burger se puso pesadamente de pie.

—Un momento, señoría —dijo—. Desearía ser escuchado en relación con esa pregunta. Creo que ha habido una tentativa deliberada, por parte de alguien, y por ahora no puedo citar nombre alguno, aunque espero poder hacerlo antes de que termine esta vista, de vulnerar la prueba.

—Formula usted, con ello, una acusación en extremo grave —dijo el juez Kippen.

—Exactamente —dijo Hamilton Burger—; y debo manifestar a la Sala que ésta es la razón por la que me encuentro ahora aquí. Quiero aclarar el asunto para que podamos precisar las responsabilidades.

—Muy bien, tomo nota de que, según su criterio, la prueba ha sido objeto de una manipulación ilícita. Ahora bien, yo me permito preguntar al señor fiscal del distrito: ¿cómo ha podido llevarse a cabo dicha manipulación?

—Bien, en cuanto a eso... no estoy preparado en este momento para contestar a la pregunta de su señoría. Creo que la prueba en relación con la bala número cuatro es probablemente más significativa que la de esta bala número tres.

El juez Kippen se volvió hacia Redfield.

—Hábleme de la bala número cuatro —ordenó.

—La bala número cuatro —dijo Redfield— fue disparada por un revólver de este mismo tipo y calibre, pero no por el que ahora se presenta como prueba.

—¿Está usted seguro? —preguntó el juez Kippen.

—Absolutamente seguro, señoría.

—Está bien —dijo el juez Kippen dirigiéndose al fiscal del distrito—. Renueve su moción para introducir este revólver como prueba y la sala podrá...

—Un momento, señoría —exclamó Mason—. Creo que me asiste el derecho de contrainterrogar a este testigo con relación a este punto, antes de que el revólver sea admitido como prueba.

—Naturalmente, la sala no le impide que repregunte al testigo, señor Mason, pero en vista de las circunstancias, la Sala tiene el firme propósito de que ese revólver sea aceptado como prueba y se le deposite bajo custodia de este tribunal para que se elimine toda posibilidad de que se maniobre con la prueba o de que se hagan más acusaciones en este sentido.

—Exactamente, señoría —dijo Mason, con la más exquisita urbanidad—. Infiero que puedo contrainterrogar al testigo.

—Sí —declaró el juez Kippen, y a continuación añadió, ceñudo—: Hay detalles en este caso que no me gustan nada. La Sala expresa, adhiriéndose al señor fiscal del distrito, su sincero y profundo deseo de averiguar lo que ha ocurrido.

—Exactamente, señoría —exclamó Mason con tono despreocupado, como si no tuviera la más remota idea de que las advertencias del fiscal y de la Sala le concerniesen personalmente—. Señor Redfield, cuando usted recibió el arma A, objeto ahora de discusión, ¿veíanse en el cilindro dos casquillos vacíos?

—Sí, señor.

—Supongo que está usted familiarizado con lo que en la ciencia, balística se designa con el nombre de firma de la recámara.

—Sí, señor.

—¿En qué consiste?

—Es un medio de identificar cartuchos que han sido disparados ya por un revólver. Consiste en un examen microscópico de las marcas dejadas en esos cartuchos por la recámara. En otras palabras, cuando se dispara un cartucho se producen gases expansivos dentro del mismo, que fuerzan a la bala a salir por el cañón del revólver, y, al mismo tiempo, presionan el casquillo contra las paredes de la recámara del arma.

—¿Y cada recámara tiene sus marcas individuales? —preguntó Mason.

—Muy frecuentemente sucede que examinando las marcas dejadas por la recámara en los cartuchos, puede averiguarse de un modo positivo por qué determinada arma fueron disparados.

—¿Hizo usted algún esfuerzo para examinar las marcas de las recámaras en los cartuchos disparados por el arma marcada como A en este caso?

—No.

—¿Por qué no?

—No ha sido necesario —dijo Redfield, sonriente—. Las cápsulas vacías estaban aún en el revólver. Han debido...

—Pero —le interrumpió Mason— ya oyó usted declarar al señor Holcomb que había sacado los cartuchos disparados de ese revólver, en unión de los cargados.

—Esto fue hecho con objeto de que pudiera proceder a las pruebas correspondientes con ese revólver.

—¿Y tiene usted en su poder los casquillos de las balas ya disparadas?

—Están en mi laboratorio, señor Mason.

—¿Está el laboratorio cerca de aquí?

—Sí, señor.

—Yo sugeriría —dijo Mason— que, puesto que usted ha sido designado perito balístico, con el propósito de que este revólver sea admitido como prueba, compare las llamadas firmas de las recámaras o marcas dejadas en las mismas por los cartuchos...

—Eso puede hacerse muy fácilmente y también con la mayor rapidez —dijo Redfield—; es decir, creo poder hacerlo.

—Y —continuó Mason— ¿examinó usted las marcas en la bala número cuatro, esto es, las individuales o microscópicas, y las ha

comparado con las de la bala fatal?

—No, claro que no. La bala número cuatro no fue disparada por este revólver, señor Mason.

—No obstante —insistió Mason—, podría ser aconsejable poner las balas una y cuatro en comparación microscópica, sin otro propósito que el de ver si puede encontrar algunas características idénticas individuales o microscópicas, y después de hecha esta comprobación, reanudaré mi contrainterrogatorio. —Mason se dirigió al juez Kippen y añadió—: Doy por descontado, señoría, que me asiste el derecho de que estas materias sean a lo menos investigadas antes de que sea llamado a decidir si quiero estipular que esta arma pueda ser recibida como prueba o si deseo poner objeción a lo que fuera.

—Bien, a la sala le cabe ese derecho —dijo el juez— y creo que también a la defensa. Esto nos retrotrae sencillamente al punto de partida, o sea, al criterio sustentado esta mañana a propósito de la insuficiencia de investigación en casos como éste. No se trata solamente de la cuestión de si a un demandado le asiste el derecho de que la prueba sea investigada a fondo y por completo. La Sala tiene también algunos derechos en esta materia. La Sala desea que esta cuestión de las balas sea investigada y dilucidada minuciosa y totalmente. Siempre creí que lo estaría ya a estas horas.

Hamilton Burger dijo gravemente:

—También deseamos que el asunto sea investigado a fondo y por completo, señoría. Queremos averiguar cómo ha podido suceder que cuatro balas fueran disparadas por un revólver que sólo mostraba dos casquillos vacíos.

—Pero no fueron disparados por el mismo revólver —dijo Mason—. No debe usted desorientar a la Sala, señor Burger. La prueba demuestra ahora definitivamente que por lo menos dos revólveres figuran en el caso.

—¿Y si uno de esos revólveres ha sido sustituido? —dijo Burger, golpeando la mesa con su puño—. Voy a recurrir a todos los medios que estén a mi alcance para averiguar dónde, cuándo y por quién fue sustituido el revólver.

—Espero ciertamente que consiga averiguarlo —dijo Mason, sentándose seguidamente.

—¿Quiere usted que llamemos a otro testigo? —preguntó el juez

Kippen a Strawn.

—Sí, señoría. Me gustaría llamar al señor Mervyn Aldrich al estrado.

—Usted puede llevar a cabo esas pruebas en su laboratorio, señor Redfield —le dijo el juez Kippen—. Si necesita algún tiempo más, hágamelo saber, pero, puesto que el tiempo puede ser un factor vital en este caso, la sala desearía tener cuanto antes los resultados de un examen, incluso preliminar. Ahora, señor Aldrich, sírvase subir al estrado.

Mervyn Aldrich avanzó con flema imperturbable, como si no le afectara en lo más mínimo la atmósfera tensa de la sala que parecía a punto de estallar.

Prestó juramento, dio su nombre, subió al estrado y se sentó, muy erguido y con los labios apretados. Contestó a las preguntas preliminares que se referían a su edad, su residencia y ocupaciones.

Strawn continuó:

—Señor Aldrich, le muestro un revólver Colt, con un tambor de dos pulgadas, número 17475-LW y marcado a efectos de identificación como prueba A. ¿Está usted familiarizado con esta arma?

—Sí, señor.

—Según revelan los registros, usted compró este revólver.

—Sí, lo compré, efectivamente.

—¿Dónde?

—En una tienda de artículos de deporte, caza, pesca y golf, en Newport Beach.

—¿Y qué hizo usted con este revólver después de adquirirlo?

—Lo llevé conmigo durante algún tiempo. Otro tanto lo tuve en mi casa. Y también lo llevé, en ocasiones, en mi automóvil.

—Llamo ahora su atención sobre la fecha del diez del mes corriente. ¿Sabía usted dónde se encontraba ese revólver en ese día?

—Sí, señor.

—¿En qué lugar?

—En la guantera de mi convertible.

—¿Y esa guantera estaba cerrada con llave?

—Por desgracia, no lo estaba ese día. Siempre que podía la tenía cerrada con llave, pero por lo visto en esa ocasión me olvidé de hacerlo. Cuando fui a examinar la guantera para buscar el arma,

ésta había desaparecido, y la guanterera estaba abierta.

—¿Cuándo fue eso?

—La noche del diez.

—¿De este mes?

—Sí, señor.

—¿Y dónde estaba usted el nueve?

—En Riverside, California.

—¿Qué hacía usted allí?

—Había ido a Riverside para asistir a un juicio de la demandada en este acto.

Strawn se apresuró a decir:

—Conozco, desde luego, la regla de que en términos generales el ministerio público no puede aducir pruebas de otro crimen. No obstante, hay excepciones y estoy dispuesto a citar a autoridades y...

—Al parecer la defensa no pone objeción alguna —dijo el juez.

—Pero es probable que lo haga, señoría.

—Reserve, pues, para entonces su argumentación.

—Muy bien, señoría.

Strawn se volvió al testigo:

—¿A qué juicio se refiere usted, señor Aldrich?

—Al juicio que se celebró contra la demandada por robo de alhajas. Fue absuelta. Abandonó el tribunal. Yo me quedé en la Sala consultando con el fiscal y algunos testigos. Cuando dejé el edificio, vi a la demandada junto a mi convertible. En ese momento no pensé que tuviera importancia...

—No nos importa lo que usted pensó —exclamó Strawn—. Cíñase a los hechos.

—Esos son los hechos —declaró Aldrich—. En ese momento se hallaba de pie a unos dos metros del lugar en el que había dejado mi coche.

Se volvió hacia la defensa y exclamó con voz cortante:

—Su turno.

—Adelante. Contrainterróguele —le dijo Mason a Neely—. No le dé cuartel.

—¿Qué le pregunto? —preguntó anhelante Neely.

—Todo lo que se le ocurra —le dijo Mason, retrepándose en su silla y anudando las manos detrás de su cabeza.

Neely comenzó:

—¿Compró usted los dos revólveres el mismo día?

—Sí, señor.

—¿Y los pagó con un cheque?

—Sí, señor.

—¿Marcó uno de ellos con una lima para distinguirlo del otro?

—Sí, señor.

—¿Y fue el que marcó usted con una lima el que puso en la guantera de su coche?

—Sí, señor. En la guantera de mi coche, en ciertas ocasiones. En otras estaba en una funda, o en mi bolsillo, sin funda alguna.

—¿Y por qué hizo usted esa marca con la lima en este revólver?

—Con el fin de distinguirlo del otro. Pensé que se presentarían ocasiones en que la señorita Chaney saliese conmigo y guardase el revólver en su bolso, y esto diera motivo a confusiones.

—Según parece, el señor Mason le mostró este revólver a usted la noche del diez.

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—Entre las diez y las diez y media.

—¿Dónde se encontraba usted?

—En la casa de la señorita Chaney.

—¿Y el señor Mason?

—En el mismo lugar.

—¿Y qué fue exactamente lo que hizo?

—Me enseñó el revólver.

—¿Y qué hizo usted?

—Le dije que creía que era el mismo que había desaparecido de la guantera de mi coche.

—¿Y cogió el revólver?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo entonces?

—Fui a donde había dejado aparcado mi coche, abrí la guantera y descubrí que el referido revólver había desaparecido.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Devolví el revólver al señor Mason.

—¿El mismo?

—Sí, señor.

Neely se volvió a Mason y le susurró al oído:

—Tengo la impresión de que así no llegaré a ninguna parte.

Mason le susurró, a su vez:

—No, mientras siga ese método. Mientras le dirija las mismas preguntas siguiendo la secuencia que adoptó el fiscal, en sus preguntas directas, no llegará a ningún sitio.

—Entonces estoy frito —dijo Neely.

—Pregúntele por qué juzgó necesario llevar este revólver a la guantera de su coche para averiguar si era el suyo —le dijo Mason.

Neely asintió y volvió a enfrentarse con el testigo:

—¿Y por qué, señor Aldrich, juzgó usted necesario llevar consigo este revólver cuando salió para examinar la guantera de su coche y comprobar si estaba allí el suyo?

—Porque quería asegurarme.

—¿En qué forma?

—Cerciorándome de que el mío había desaparecido de la guantera de mi coche.

—Pero usted no tenía necesidad alguna de llevarse consigo este revólver —dijo Neely—. Todo lo que tenía que hacer era examinar su guantera y comprobar si su revólver seguía allí.

—Bueno, quería tener éste como..., como pieza de comparación.

—¿Quiere usted decir que no recordaba ya cómo era en realidad su revólver?

—Yo creo que sí.

—Entonces ¿por qué en esa ocasión quiso tenerlo en su mano?

—Pues para... poder compararlo..., mejor dicho..., quería..., en fin, quería cerciorarme de que era mi revólver el que había desaparecido y no el de la señorita Chaney.

—Pero no necesitaba hacer eso —dijo Neely—, puesto que hizo usted una marca con una lima en el suyo con el propósito de identificarlo: una sola mirada le habría bastado para saber instantáneamente si era o no su revólver.

Aldrich evitó la mirada penetrante de Neely y se calló.

—¿No es cierto, señor Aldrich? —insistió éste.

—Sí. Creo que sí.

—Entonces le pregunto una vez más: ¿por qué llevó consigo el revólver cuando salió para dirigirse a su automóvil?

—Tal vez estuviese bajo los efectos de una confusión.

—Entonces en esa ocasión estaba confundido.

—Sí.

—¿Y ahora está usted también bajo los efectos de una confusión semejante?

—No.

—Entonces ¿puede decirnos por qué razón se llevó usted este revólver cuando se precipitó hacia su coche, para registrar la guantera del mismo? Deseamos una razón verosímil, sana, incuestionable. ¿Puede dárnosla?

—No, creo que no. Yo... ya le he dicho que estaba bajo los efectos de una confusión.

Neely lanzó una rápida mirada a Mason. Este aprobó con un movimiento de cabeza y le dijo, en un susurro:

—Termine.

—Nada más —exclamó Neely.

Mason apretó con fuerza el brazo de Neely.

—Buen trabajo, muchacho —le dijo—. Cuando lea los diarios verá que los periodistas le aclamarán por haber sacudido y vapuleado a Mervyn Aldrich, el gran magnate industrial, en el estrado de los testigos.

Hamilton Burger intervino seguidamente:

—Señoría, ¿podríamos disponer de una suspensión de cinco minutos?

—Muy bien —dispuso el juez Kippen—. En vista del sesgo insólito que ha tomado el debate, la Sala accede al deseo del ministerio público. Suspendemos la vista durante quince minutos. Al término de éste tiempo espero que tengamos los datos necesarios para disipar parte al menos de la confusión reinante en este caso.

Se suspendió la vista y dos letrados que habían sido espectadores interesados de la misma se acercaron a Neely para felicitarle.

—Un brillante contrainterrogatorio, mi querido colega —dijo uno de ellos.

—Magnífico trabajo —anunció el otro estrechándole la mano—. Señor Mason, tiene usted un digno colaborador.

—Así lo he creído siempre —dijo Mason.

El rostro de Neely estaba encendido de placer.

Estelle Nugent se abrió paso por entre el gentío que desocupaba la sala y llegó hasta donde se encontraba Neely. Le estrechó la

mano con apasionada vehemencia.

—¡Frank! ¡No sabes lo orgullosa que me siento de ti! —dijo—. Estuviste maravilloso. —Se volvió hacia Perry Mason y Evelyn Bagby—. Señorita Bagby —exclamó—, ¡ya verá usted cómo todo se arregla! Y, señor Mason, ha sido usted tan espléndido, tan generoso, dando a Frank esta oportunidad de probar lo que vale...

—Lo está haciendo muy bien —dijo Mason.

Evelyn Bagby, incapaz de pronunciar una palabra, apretó con fuerza la mano de Estelle Nugent, y seguidamente desvió el rostro para contener sus lágrimas.

Mason le dio unos golpecitos cariñosos en la espalda.

—Calma, Evelyn, calma —dijo—. A partir de ahora, todo irá mejor y más de prisa.

—¿Lo cree usted?

—Esa es la impresión que tengo —dijo Mason.

Una funcionaria de prisiones se aproximó a Evelyn Bagby.

—Venga, señorita Bagby.

Siguió a la mujer dócilmente.

Neely se volvió a Mason y le dijo:

—A propósito, señor Mason, ¿por qué diablos se llevó Aldrich el revólver cuando se fue a su coche?

Mason se echó a reír.

—Para poder dar el cambiazo.

—¡Cómo! ¿Para sustituirlo por otro?

—Exactamente —respondió Mason—. Sustituyéndolo, creaba una confusión. Supo al instante que era el revólver que había dado a Helene Chaney. Estaba seguro de que el suyo estaba en la guantera de su coche. Creyó que haciendo el cambio evitaría a Helene Chaney un posible contratiempo con la justicia. Así, pues, con el pretexto de comprobar si su revólver estaba en la guantera, abrió los dos revólveres, sacó las cápsulas del suyo y las sustituyó por las que tenía el revólver de Helene Chaney, las cuatro cargadas y las dos descargadas; cargó con las suyas el revólver de la actriz, lo metió en su bolsillo y volvió a la casa con los dos. Me entregó el suyo que ya en este momento estaba cargado con los cartuchos del de Helene Chaney. En un momento en el que me creyó distraído, entregó el revólver cargado a Helene Chaney para que pudiera presentarlo en el caso de que fuera necesario. Entonces me anunció

que había comprobado que su propio revólver había desaparecido de la guantera de su automóvil.

Neely y Estelle Nugent miraron a Mason, mudos de estupor.

—¿Está usted seguro de todo eso? —preguntó Estelle Nugent.

—Naturalmente —dijo Mason, sonriente—. Por eso le dejé que se llevara el revólver; para que pudiera hacer con toda comodidad el cambio.

—¿Sabía usted que lo haría?

Mason se echó a reír.

—Era tan claro como el cristal de roca. Podía ver a través de él. Entre él y Helene Chaney se cruzaron miradas de inteligencia. Mientras yo le hablaba, ella a mi espalda se entendía por medio de signos con él.

—Pero ¡por Dios y todos los santos!, ¿por qué le dejó usted que hiciera todo eso? —le preguntó Neely—. ¿Por qué no...?

—Creí que en nada me perjudicaba —dijo Mason— y que en el caso de que se decidiese a mentir, provocaría un enredo de padre y señor mío. En un caso criminal, la defensa, por lo general, nada tiene que perder dejando que las cosas se enreden por sí solas.

Neely insistió:

—Pero en este caso las balas... y el... ¡Oh, ahora comprendo por qué se refirió usted a la firma de la recámara sobre los casquillos!

—Ya verán, ya verán —dijo Mason—. Les garantizo que van a divertirse.

Neely y Estelle cruzaron sus miradas, y luego las dirigieron a Mason.

—¡Bueno! ¡Que me aspen! —dijo Neely, y después de una ligera pausa añadió—: ¿Qué resultará de todo esto?

—Probablemente, en Hamilton Burger, nuestro estimado fiscal del distrito, un aumento de la tensión arterial —dijo Mason—. Está esperando, impaciente, el momento de acusarme de haber hecho disparos con otro revólver. Y muy pronto sabrá que el otro revólver estaba en poder de Mervyn Aldrich y Helene Chaney. Entonces va a verse metido realmente en un aprieto.

—¿Y qué efecto tendrá todo esto en el caso contra Evelyn Bagby?

—Esto —dijo Mason— será uno de esos giros inesperados que hacen que la práctica de la ley ante los tribunales de justicia sea tan

interessante.

## Capítulo 17

Habían transcurrido sus buenos veinte minutos cuando el juez Kippen volvió a la Sala y anunció:

—El señor Redfield me ha telefoneado que está ya en camino y se encontrará en esta Sala dentro de un minuto o dos, caballeros. Sugiero que, puesto que se está acercando la hora de suspensión de la tarde, se reúna la Sala y se disponga a escuchar el testimonio del señor Redfield... Aquí le tenemos ya. Avance usted, señor Redfield, y tome asiento.

El perito balístico, con cierto aire de aturdimiento se encaminó al estrado y subió a él sin tener la ocasión de cruzar una sola palabra con Hamilton Burger o el abogado fiscal Strawn.

—Me ha faltado tiempo para venir —dijo, jadeante—. Yo...

—Me hago perfectamente cargo —dijo el juez Kippen—. Bien, bien, ¿ha terminado sus pruebas, señor Redfield?

—No, señoría.

El juez Kippen frunció el ceño.

—Me parece haberle oído decir...

—He terminado mis pruebas *preliminares*, señoría.

—Sí, sí, ¿y qué demuestran? —preguntó el juez Kippen.

Mason se retrepó en su silla giratoria, con sus manos anudadas detrás de su nuca, y los ojos clavados en el techo de la sala. En sus labios afloraba una beatífica sonrisa.

—He comprobado —dijo Redfield— que las balas número uno y cuatro fueron disparadas probablemente por el mismo revólver, y que éste *no* es el arma que ha sido marcada con la letra A para su identificación en este caso. He comprobado que las balas dos y tres *fueron* probablemente disparadas por el arma que ha sido marcada con la letra A para su identificación. Asimismo los casquillos vacíos que estaban en el cilindro del arma marcada con la letra A para

identificación, *positivamente* no fueron descargados por este revólver, y fueron sustituidos por los de otro.

—¿Cómo? —exclamó Hamilton Burger poniéndose de pie, de un salto.

El juez Kippen hizo un guiño con sus ojos como si tratara de ajustarlos a una nueva imagen de la situación. Lanzó una mirada al estupefacto Hamilton Burger, y luego a la figura risueña, y como despreocupada, de Perry Mason.

El juez Kippen apretó fuertemente los labios.

—¿Debo entender que sus comprobaciones indican que ha habido una sustitución de cápsulas y que los casquillos vacíos de este revólver que ha sido marcado con la letra A para identificación, fueron disparados o descargados en realidad cuando estaban en otro, y que los casquillos vacíos fueron colocados después en el cilindro de éste?

—Esa es la única explicación que puedo concebir, señoría.

—¿Entonces, este revólver marcado con la letra A para identificación, no es el revólver del crimen?

—Así parece ser, señoría.

—¿El arma que disparó la bala número cuatro, que fue a parar al ático de la señora Eunice, era la misma que disparó la bala fatal que hemos designado con el número uno?

—Así es, aparentemente, señoría. No he llevado a cabo un examen lo suficientemente minucioso para afirmar con absoluta certeza. Mi examen preliminar indica ciertamente que ese es el caso. Debo declarar que en este momento un ayudante mío de toda mi confianza está trabajando en el caso, tomando fotografías de las dos balas, eso es, de la bala fatal, número uno, y de la bala número cuatro, en sobre-impresión para que puedan observarse en la fotografía las marcas microscópicas de identificación. No obstante, de acuerdo con una prueba visual, las dos balas fueron disparadas por el mismo revólver, y éste no es, positivamente, el que disparó las balas dos y tres.

El juez Kippen afirmó:

—Es de toda evidencia que alguien se ha entregado a manipulaciones ilegales con esa prueba, señor Mason.

—Sí, señoría.

—¿Este revólver que ha sido marcado para identificación estaba

en su poder?

—Estuvo, sí, señoría.

—Dadas las circunstancias y puesto que es usted parte interesada, la Sala juzga que le incumbe a usted la obligación de dar cuenta de cada minuto del tiempo en que este revólver estuvo en su poder.

—Tendré mucho gusto en hacerlo, señoría —dijo Mason suavemente—. Naturalmente, me veré obligado a llamar a algunos testigos para poder, con su testimonio, aclarar esta situación. Me había propuesto llamar a algunos de ellos cuando se celebrara la causa, pero en vista del sesgo inesperado que ha tomado el caso, responderé a la petición de la Sala llamando a dichos testigos, ahora mismo. Ruego que Helene Chaney suba al estrado a testificar.

Mervyn Aldrich protestó, airado:

—Helene Chaney no subirá al estrado.

El juez Kippen golpeó la mesa con el mazo de madera, perentorio.

—Señor Aldrich, avance, por favor.

Aldrich avanzó hasta el tribunal y miró, ceñudo, al juez.

—¿Qué dijo usted? —preguntó el juez Kippen.

—He dicho que Helene Chaney no subirá al estrado.

—Señor Aldrich, la Sala observa que la señorita Chaney está en la audiencia y le ordena que suba al estrado de los testigos. Por otra parte, juzga que su interpelación constituye un flagrante desacato al tribunal. La Sala no le impondrá sanción alguna por su intemperancia porque se hace cargo de que este caso ha tomado un sesgo inesperado, dramático, inconcebible. Comprendo su sobreexcitación y, por esta vez, la disculpo. Por lo tanto, vaya a sentarse en su silla, detrás de la mesa del ministerio público y absténgase de hacer comentario alguno o de dirigirse por signos a la testigo, o bien... ¡Señorita Chaney! ¡Señorita Chaney, no trate de abandonar la Sala! ¡Vuelva inmediatamente! ¡Alguacil, detenga a esa mujer!

El alguacil, sentado junto a la puerta, se levantó de un salto y echó a correr por el pasillo. Hubo en la sala un momento de tremenda confusión. Los reporteros se precipitaron al pasillo, cámaras en ristre, y tomaron, instantánea tras instantánea, los momentos de la persecución de la «estrella» de la pantalla por el

alguacil. Este pudo por fin alcanzarla cuando la actriz, apretaba, frenéticamente, el botón del ascensor.

El juez Kippen trató de restablecer la calma en la audiencia. Una gran parte del público había abandonado la sala y se había desparrado por el pasillo para presenciar la acción.

—Desalojaré la sala si no se restablece el orden inmediatamente —clamó el juez Kippen—. ¡Orden! Los espectadores se sentarán y permanecerán sentados hasta el final.

Hamilton Burger se puso de pie.

—Señoría —dijo—, esta situación no tendría precedente si no fuera porque cierto *distinguido* letrado la ha provocado en más de una ocasión. —Hamilton Burger miró con ojos fulgurantes en dirección a Perry Mason—. Voy a pedir a la sala que suspenda la vista...

—Esta Sala no suspenderá la sesión hasta que esta mujer no vuelva a la audiencia y obedezca la orden que se le ha dado —anunció el juez Kippen—. Esta Sala... —se detuvo bruscamente al ver que la puerta se abría y entraba Helene Chaney escoltada por el alguacil.

—Traiga a esa mujer aquí —ordenó el juez Kippen al funcionario.

Helene Chaney avanzó por el pasillo central custodiada por el alguacil.

—Cierre las puertas de la Sala —decretó el juez—. Aquellos espectadores que se mostraron tan ansiosos por interrumpir los debates de este tribunal precipitándose en escandaloso tropel al corredor, permanecerán en él y se les prohibirá el acceso a la Sala. ¡Cierren las puertas! —Seguidamente, el juez se volvió a Helene Chaney—. Señorita Chaney —comenzó— la Sala le ordenó que subiera al estrado de los testigos y usted emprendió la fuga.

Helene Chaney miró, perpleja, primero a Mervyn Aldrich y a continuación al juez.

—¿No me ha oído usted? —preguntó el juez Kippen.

Afrontó su mirada y dijo en voz queda:

—Sí.

—¡Vaya! Algo es algo —gruñó el juez Kippen—. Dígame, señorita, ¿por qué trató de evadir su obligación saliendo de la Sala?

—Porque no quiero actuar como testigo.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo. No deseo esta clase de publicidad. No la...

—No se trata de lo que usted desee o no —dijo el juez Kippen—, ni de que sienta temor de ser molestada. La Sala la protegerá y se cuidará de que no la molesten con preguntas ociosas, ajenas al caso que nos ocupa. Por favor, ocupe el asiento de los testigos, levante su mano derecha y preste juramento. Y deseo que conteste a las preguntas que se le dirijan, completa y francamente. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Llámeme señoría —le replicó el juez Kippen.

—Sí, señoría.

—Suba al estrado y levante su mano derecha.

Helene Chaney levantó su mano derecha, prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

—Ahora —exclamó el juez—, la Sala va a interrogar a la testigo. Se ruega a las dos partes litigantes que se abstengan de interrumpir a la Sala, salvo con objeciones jurídicamente pertinentes. Y la Sala declara, además, que no se mostrará benévola con las objeciones de tipo casuístico. Deseamos a todo trance dilucidar este caso. Señorita Chaney, ¿ha oído usted el testimonio del señor Aldrich?

—Sí, señoría.

—El señor Aldrich entregó a usted un revólver *Colt*, según tengo entendido, muy semejante al que se ha marcado en este caso para identificación como prueba A.

—Sí, señoría.

—¿Y dónde está ahora ese revólver?

—Yo... yo...

—¿Dónde está? —tronó el juez Kippen.

—Aquí —dijo Helene Chaney—. Lo tengo aquí.

—¿Qué quiere decir con eso?

Helene indicó su bolso.

—¿Ese revólver está cargado?

—Sí, señoría.

—¿Por qué lleva usted consigo un revólver cargado?

—Para mi protección personal.

—¿Tiene usted licencia de uso de armas que le permita llevarlo consigo cargado?

—Yo... el señor Aldrich me dijo...

—No le estoy hablando de lo que le dijo o dejó de decirle el señor Aldrich. Le pregunto si tiene usted licencia para llevar un arma cargada.

—No, señor.

El juez Kippen se volvió al alguacil y le dijo:

—Señor alguacil, acérquese a la testigo. Le quitará el revólver que lleva en el bolso. Lo descargará. Inscribirá el número de ese revólver en el registro para que no haya posibilidad alguna de que los dos se mezclen y confundan, mientras se hallen bajo la custodia de este tribunal. Seguidamente rotulará este revólver para identificación como prueba E. Mientras procede a esas operaciones, la Sala recibirá el otro que ha sido marcado como prueba A. Exijo que todo esto se lleve a efecto de una manera ordenada y eficaz.

—¿Querrá la Sala tomar nota de mi objeción en cuanto al recibo de esos revólveres como prueba? —preguntó Perry Mason.

—La Sala toma nota de su objeción y la rechaza de plano —exclamó el juez Kippen—. Tendremos esos dos revólveres como pruebas. Los depositaremos en custodia donde no puedan ser objeto de *más* manipulaciones.

El juez Kippen miró, ceñudo, a Mason.

El abogado le sonrió con encantadora cortesía.

—Ahora, señor escribano —dijo el juez Kippen—, ¿cuál es el número del arma que ha sido marcada para identificación con la letra A, y es recibida ahora como prueba?

—El número 17475-LW.

—¿Y cuál es el número del arma que se marca ahora como prueba E, y que el alguacil acaba de sacar del bolso de la testigo?

—Número 17474-LW.

—Está bien —dijo el juez Kippen—. Estos dos revólveres son aceptados como pruebas. Se hallan bajo la custodia de la Sala. Quien toque estas armas sin la autorización de la misma será sancionado por desacato al tribunal. No tendremos ya, de ahora en adelante, confusión alguna de pruebas, señor Redfield. La Sala le entregará estos revólveres. Deseo un informe completo de usted cuando la Sala abra la sesión, mañana por la mañana, a las diez en punto, y quiero que sepa, señor Redfield, que bajo ninguna circunstancia comunicará usted sus hallazgos, antes de que suba al

estrado de los testigos, a persona alguna, salvo a sus ayudantes que necesariamente cooperan con usted en sus trabajos de peritaje y a los que advertirá usted de que no den informe alguno a la Prensa. No deseo, bajo ningún concepto, que este caso sea juzgado en las columnas de los periódicos. Sé de sobra que los acontecimientos de esta tarde han sido suficientemente dramáticos y que los periódicos no se abstendrán de dar al caso una resonante y espectacular publicidad. No lo puedo remediar. Es algo que está fuera de mi alcance. Pero intentaré contener esa publicidad, por lo que respecta al próximo desarrollo del caso, dentro de sus límites más estrictos. No quiero que se ponga en contacto con persona alguna. Y esto lo hago extensivo a los señores letrados de la defensa, y también, sí, también, a quienes representan el ministerio público.

—¡Señoría! —protestó, vehemente, Hamilton Burger—. Después de todo, el ministerio público tiene a su cargo el esclarecimiento de los hechos y considera que, siendo el señor Redfield su testigo de cargo...

—Lo que usted considere me tiene sin cuidado —replicó el juez Kippen—. Este es un asunto que ha tomado proporciones desaforadas. La Sala reconoce el hecho de que es en extremo difícil para cualquier funcionario público impedir que la Prensa divulgue sus informaciones. Esta Sala insiste en la absoluta necesidad de que no se filtre información alguna por la oficina del señor Redfield hasta que la Sala reanude sus sesiones mañana por la mañana a las diez. ¿Comprende usted, señor Redfield?

—Lo comprendo —contestó Redfield.

—¿Debo entender —exclamó Mason— que la Sala se prepara a suspender la audiencia?

—Así es —replicó el juez Kippen.

—Creo que en vista de las circunstancias debería permitírseme que dirigiera a esta testigo una o dos preguntas antes de la suspensión.

—Yo no lo creo así —dijo el juez Kippen—. Creo que ya está hecho el daño, en la hora presente, y no deseo que haya más confusión mientras no sepamos exactamente a qué atenernos.

—Entonces —dijo Mason—, sugiero que el tribunal pregunte a la testigo por *qué* juzgó necesario llevar un arma, y cuál era el peligro que le amenazaba.

—¿Por qué? —preguntó el juez Kippen.

—Porque —dijo Mason— tengo la convicción absoluta de que la persona de la cual sentía miedo y cuyas amenazas le obligaron a llevar el arma, no era otra sino Stephen Merrill.

Hamilton Burger saltó materialmente de su asiento.

—Ahí tiene, su señoría, un ejemplo típico de lo que más de una vez he censurado. El abogado defensor sabe muy bien que esa declaración suya será repetida a bombo y platillo por la Prensa. No tiene base, innegablemente, pero arrojándola así, al desgaire, a la voracidad de la Prensa, será para ésta la más sabrosa de las comidillas, el escándalo que...

—¡Basta ya, señor fiscal! —amonestó el juez Kippen—. El señor Mason señaló a la Sala qué se proponía probar con esa pregunta.

—Sugiero respetuosamente que no era ese su propósito —dijo Hamilton Burger—. Declaro que, deliberadamente se aprovechaba de una oportunidad para hacer una afirmación absurda, descabellada. Pero como en vista de las circunstancias, la Sala no permitiría a la testigo soslayarla, me uno ahora al señor Mason para pedir a la Sala que esa pregunta le sea ahora dirigida a la testigo para que por lo menos podamos dominar esta fase de la publicidad.

—Muy bien —dijo el juez Kippen, sobreponiéndose a su creciente indignación—; a la Sala no le agrada esta continua referencia a la publicidad. Por otra parte, reconoce el hecho de que tenemos en la nación una Prensa libre y que ésta es una audiencia pública.

El juez Kippen se revolvió, airado, en su sillón y se encaró con Helene Chaney.

—¿Por qué llevaba usted este revólver? —preguntó.

—Para proteger mi persona.

—¿Contra quién?

—Contra cualquiera que intentase hacerme daño o me amenazase con hacérmelo.

—¿Había llevado antes revólver?

—No.

—¿Por qué comenzó a llevar revólver?..., ¿cuándo fue?..., ¿veinte días atrás?

—Sí, señoría.

—¿Por qué comenzó a llevar revólver desde ese día?

—Porque el señor Aldrich me compró uno.

La ira enrojeció las mejillas del juez Kippen.

—Señorita Chaney —exclamó—, ¿está usted soslayando mis preguntas! La Sala podría sancionarla, si fuera necesario, pero no quiero extremar las cosas; sólo deseo que no se ande por las ramas y conteste a mis preguntas. ¿Por qué llevaba usted este revólver?

—Porque había sido amenazada.

—¿Por quién?

—¿Es la pregunta pertinente? —exclamó Hamilton Burger, poniéndose, bruscamente, de pie—. La considero fuera del ámbito de este caso. Considere que fuese una persona por completo ajena a lo que aquí se debate. ¿No nos inmiscuimos acaso en los asuntos privados de la señorita Chaney, y, a la vez, nos referimos a una prueba que es incompetente, inmateral y ajena a la cuestión?

—Fue usted el que dio pie a este interrogatorio —dijo el juez Kippen—. Hago esas preguntas porque usted ha querido que las hiciera. Queda rechazada la objeción. Conteste a mi pregunta, señorita Chaney.

—Fui amenazada por Stephen Merrill.

Hubo un prolongado período de silencio. El juez Kippen, frunciendo el ceño, miró a la testigo, siendo visibles sus esfuerzos para encararse con las diversas posibilidades de una situación explosiva.

—¿Puede decirnos de qué forma fue amenazada, señorita Chaney?

—Stephen Merrill —dijo Helene Chaney— quería sacarme dinero. Al principio sus demandas fueron sin ton ni son. Sin embargo, el día de su muerte me telefoneó a primeras horas de la tarde. Me dijo que tenía que hacer frente a un compromiso imperioso. Me ofreció retirar la demanda que había entablado contra mí a propósito de nuestro divorcio, si le entregaba dinero.

—Eso no era una amenaza —dijo el juez Kippen.

—La amenaza la hizo anteriormente..., cuando me formuló sus primeras demandas de dinero.

—¿Qué clase de amenaza?

—Me dijo que no viviría lo bastante para casarme con Mervyn Aldrich, si no me arreglaba antes con él.

—Bien —dijo el juez Kippen— todo esto tiende más a embrollar

el asunto que a despejarlo. Creo que hubiera sido más conveniente no abrir este canal de investigación. No obstante, se hizo por sugerencia del ministerio público.

Hamilton Burger fue a decir algo, pero al instante, bruscamente, se calló.

Mason intervino:

—Me gustaría que la Sala preguntase a la testigo la suma exacta que le pidió Stephen Merrill el día de su muerte.

—¿Por qué? —le preguntó el juez Kippen.

—Porque sería un extremo esencial para mi defensa.

—No atino a comprender por qué.

—Suponga —dijo Mason— que la suma que pidió hubiese sido de siete mil quinientos dólares.

—De nuevo, señor Mason, da a entender usted ciertos hechos exponiéndolos hábilmente en forma de insinuación.

—Yo le haría la pregunta directamente si se me permitiera interrogar a la testigo —dijo Mason—. Si no se me permite hacerlo, me cabe el derecho de expresar sugerencias a la Sala.

El juez Kippen exclamó:

—La Sala dirigirá una nueva pregunta a la testigo y a continuación suspenderá la sesión. A partir de ese momento, la Sala no aceptará sugerencias de especie alguna de los señores letrados. Voy a dirigirle esa única pregunta, señorita Chaney. ¿Qué suma de dinero le pidió Stephen Merrill?

—No me la pidió. Me la exigió. Quería siete mil quinientos dólares.

Se hizo, durante unos segundos, tal silencio que hubiera podido oírse la caída al suelo de un alfiler.

Entonces, el juez Kippen golpeó la mesa con el mazo con tal violencia que se quedó con el mango en la mano.

—Muy bien —exclamó—. Se suspende la sesión hasta mañana por la mañana a las diez. Señor escribano, le hago a usted personalmente responsable de la salvaguardia de estas pruebas. Las entregará usted al señor Redfield, y éste le extenderá el correspondiente recibo. No permitirá que nadie tenga acceso a estas pruebas. Señor Redfield, le hago a usted personalmente responsable de la custodia de estas pruebas en tanto se hallen en su poder. Esto es todo.

El juez Kippen se levantó, y con una expresión de enojo que no se cuidó de reprimir, se trasladó a sus aposentos.

El alguacil abrió las puertas de la sala. La gente que había quedado encerrada en los pasillos, volvió a la Sala tumultuosamente, tropezando con los espectadores y periodistas que salían de ella, los últimos en busca del teléfono más próximo.

En el espacio de unos segundos todas las cabinas telefónicas del edificio se vieron ocupadas por hombres frenéticos, ansiosos de comunicar a sus periódicos las peripecias de la vista.

Neely miró a Perry Mason con ojos aprensivos.

Mason sonrió mefistofélicamente.

—Bueno, Neely, espero que en este primer caso que litiga, asociado conmigo, no se gane usted un desacato al tribunal como una casa.

—Pero ¡santo cielo! —exclamó Neely—, el juez Kippen está *de veras* enfadado. Dijérase que está decidido a hacer un escarmiento ejemplar.

—Le sobra razón para ello —reconoció Mason.

—Señor Mason, ¿me permite usted que le pida un favor especial?

—Sí, desde luego.

—Deme su palabra de que usted no tuvo nada que ver con esas balas que se encontraron en la escena del crimen.

—¿Qué balas?

—Las que fueran, pero, particularmente, la número 2 y la número 3.

—No puedo darle esa palabra, Neely.

—¿Por qué no?

—Ya puede figurárselo.

—¡Santo Dios! ¡Señor Mason! Si usted... si usted disparó esas balas... entonces... ¡Válgame Dios!

—¿Quiere retirarse del caso? —le preguntó Mason.

—Por supuesto que no. No soy un desertor. Jamás me echaría atrás. Pero...

—Bien, entonces no se preocupe más —dijo Mason.

—Pero, señor Mason, esto puede llevarnos a la cárcel. Incluso a una expulsión del foro.

—¿En qué se fundarían?

—En el amaño de una prueba.

—¿Qué prueba?

—¡Pues la del revólver!

—Si ese revólver —dijo Mason— no causó la muerte de Stephen Merrill, podemos disparar con él hasta que nos cansemos. No constituye una prueba. Es como si se tratara de cualquier otro.

—Pero Mervyn Aldrich ha jurado que es el mismo revólver que usted le entregó. Y si éste es el revólver que le dio a usted Evelyn Bagby, entonces *debe* ser el que se usó para matar a Steve Merrill.

—No pudo ser jamás el revólver con el que disparó Evelyn —dijo Mason—, porque los dos casquillos que se encuentran en el cilindro no fueron disparados por esa arma.

—Entonces alguien ha debido de amañar esa prueba.

—¿Quién?

—¡Diantre! Puesto que usted reconoce que disparó esas dos balas...

Mason sonrió sarcásticamente.

—No tengo necesidad de reconocer nada, por ahora.

—Pero el fiscal sabe que usted hizo eso, y el juez, aparentemente, también está convencido de lo mismo.

—Neely, yo creo que conozco la ley al dedillo —dijo Mason—. También creo que sé algo a propósito de la naturaleza humana. Y, créame, no estoy dispuesto a consentir que una desventurada joven sin recursos, sea convicta de un asesinato, simplemente porque alguien ha maquinado una trama para responsabilizarle de un crimen que no ha cometido. Yo estaba moralmente convencido de que si el sargento Holcomb encontraba una bala en la escena del crimen, en un momento u otro, trataría de darse importancia y juraría que había visto su huella en el mismo instante en que fue llamado al lugar del suceso. Presumiría de que había visto algo que los demás agentes no supieron ver. Entonces, por mucho que me hubiera desgañitado contrainterrogando al sargento Holcomb, éste no se habría retractado y se habría mantenido en sus trece. Mentiría como un bellaco, pero yo no habría podido probar que mentía. Sin embargo, disparando una bala en un poste de madera de pino, que indudablemente no estaba allí en el momento en que el sargento Holcomb llegó a la escena del crimen, y dejándole jurar que la había visto en cuanto llegó, he asentado los cimientos de un

contrainterrogatorio contundente y efectivo.

—Bien, se trata de un distingo sutil, técnico —dijo Neely—. Tal vez pueda alegar casuísticamente que no amañó la prueba, pero... en fin, admiro su audacia, y créame, se mueve usted con una agilidad que me desconcierta.

—Cuando se pone uno a patinar sobre una delgada capa de hielo —aseveró Mason—, lo mejor que puede hacerse para no romperla es correr a toda velocidad.

—Estoy asustado —dijo Neely—. Y que me aspen si sé lo que va a hacer.

—Estoy haciendo un revoltijo con los hechos.

—¿Por qué?

—¿No ha tenido necesidad de freír huevos en una excursión campestre? —le preguntó Mason.

—Sí, pero no acierto a comprender qué relación pueda tener eso con lo que estamos hablando.

—¿Y no le ha sucedido alguna vez que al proponerse freír unos huevos, se le rompieran las yemas y entonces, para no confesar su torpeza, hiciera con ellos un revoltijo, y adujera que ésta había sido, desde el principio, su intención?

Neely sonrió:

—Sí —concedió.

—Esta es una buena manera de proceder en un juicio cuando se enfrenta uno con una maquinación bien urdida —dijo Mason—. Cuando se presenta esa necesidad de hacer huevos revueltos, a nadie se le ocurre afirmar que si se hicieron así fue porque se rompieron accidentalmente las yemas. Del mismo modo, haga un revoltijo con los hechos y así desbaratará los planes del hombre que creía haber urdido una trama perfecta.

## Capítulo 18

El juez Kippen contempló con aire de desaprobación la Sala llena a rebosar de un público ávido y expectante.

—Deseo hacer unas observaciones a los señores letrados y a los espectadores —exclamó—. Esta Sala deplora el sensacionalismo que ha rodeado a este caso. —Lanzó una breve ojeada a Perry Mason, y acto seguido, a los espectadores—. Bajo nuestra Constitución los juicios tienen que celebrarse públicamente. Veamos en ello una conquista de la libertad humana. Pero esto no significa que la vista de ciertos casos insólitos se conviertan en espectáculos para los espectadores ávidos de sensaciones. Las personas que se hallan en esta audiencia deben comprender que asisten a un procedimiento judicial, pero nunca a un espectáculo. Los concurrentes se abstendrán de hacer cualquier comentario, o me veré en la obligación de despejar la sala. Hay que deplorar también la forma en que este caso ha sido explotado por la Prensa. Los periódicos de la mañana están repletos de informaciones sensacionales, de comentarios por cronistas especializados en el escándalo, de entrevistas con personajes del mundillo teatral o fílmico. La Sala no puede, desde luego, fiscalizar la Prensa, pero tiene la competencia de pedir a ambas partes litigantes que, en sus intervenciones, se limiten estrictamente a exponer hechos escuetos, conducentes a determinar, de un modo preliminar, si existe base jurídica para procesar a la demandada. La Sala rechazará toda tentativa, por parte de la defensa o del ministerio público, para dar al caso un cariz espectacular o dramático, y quiere conocer los hechos que han concurrido en este caso. Tengo conocimiento de que el señor Alexander Redfield ha realizado ciertas pruebas. Desearía que volviese a subir al estrado de los testigos, señor Redfield.

Redfield volvió a ocupar el sillón de los testigos.

—¿Me permite, su señoría, que interrogué al testigo? —preguntó Hamilton Burger.

—Yo le interrogaré —decretó el juez Kippen—. Señor Redfield, ¿ha terminado usted ya su examen balístico y sus pruebas microscópicas?

—Sí, señor.

—¿Qué demuestran, en relación con el arma que disparó esas balas?

—La bala fatal, que es la bala número uno, y la bala que se encontró dentro del ático, o sea la bala número cuatro, fueron disparadas por el revólver identificado como prueba E. Las balas números dos y tres fueron disparadas por el revólver marcado para identificación con la letra A.

El juez Kippen, bajo el impacto de este testimonio, frunció el ceño.

—Hábleme de los cartuchos descargados, esto es, de los casquillos que se encontraban en el arma marcada para identificación como prueba A.

—Las balas de esos cartuchos fueron disparadas por el arma marcada como prueba E, y no fueron disparadas por el arma en que fueron hallados sus casquillos, esto es, el arma presentada a la Sala como prueba A.

—¿Entonces, según su experto criterio, señor Redfield, estos casquillos vacíos fueron tomados del arma por la que fueron disparados, la marcada con la letra E, y colocados en la otra, o sea, la marcada con la letra A?

—No veo otra solución posible.

—¿Sabe usted cuándo se hizo eso, esto es, algo en relación al tiempo en que fueron disparados esos cartuchos, señor Redfield?

—Únicamente sé que esta operación se llevó a cabo después de que los cartuchos fueron disparados.

—Y en cuanto a los cartuchos cargados, ¿no puede decirnos si fueron o no sustituidos?

—En efecto, señoría, no puedo decirlo.

El juez Kippen ponderó este testimonio durante breves instantes, y a continuación, con sus labios apretados en un gesto de airada determinación, dijo:

—Voy a suplicar a los señores letrados que se abstengan de todo

interrogatorio por el momento, hasta que la Sala logre llegar al fondo de la cuestión. Ahora deseo que suba al estrado de los testigos Helene Chaney.

Un individuo, más bien corpulento, se levantó de una de las sillas dentro del recinto reservado a los letrados.

—Señoría —exclamó, dirigiéndose al juez—, me llamo Harmon B. Passing, y comparezco ante esta Sala como abogado consultor de Helene Chaney.

—Muy bien —dijo el juez Kippen—. Tiene derecho a ser representada por un abogado. Ahora bien, deseo que la señorita Chaney suba al estrado de los testigos.

—La señorita Chaney no está aquí —aclaró Passing.

—¿Qué? —exclamó el juez.

—Lo siento, señoría, no está aquí.

—¿Por qué no está aquí?

Passing hizo un ligero ademán con sus hombros y sus brazos.

—Por una razón bien sencilla. No fue citada a comparecer ante esta Sala.

—Ayer estaba aquí.

—Sí, señoría. Estaba aquí y testificó.

—Sabía ciertamente que hoy se le llamaría a testificar también —exclamó el juez Kippen.

—Con todo el respeto debido a la Sala —dijo Passing—, no creo que la Sala le dirigiese una orden formal aconsejándole que se presentase hoy en esta vista.

—Creo que se la di —dijo el juez Kippen.

—Lo siento, señoría. Hice que me transcribieran fielmente los autos y estudié con todo cuidado el informe oficial de la sesión.

El juez Kippen perdió los estribos. Con el rostro inflamado por la cólera se inclinó sobre la mesa.

—Lo hizo usted para aconsejarle que se escapara sin incurrir en el delito de desacato al tribunal.

Passing respondió suavemente.

—Como abogado consultor fui llamado a prestar un servicio a un cliente. Estudié todos los hechos en este caso y le aconsejé acerca de sus derechos jurídicos en la medida de mi conocimiento en esta materia.

El juez Kippen debatió consigo mismo la cuestión durante unos

segundos, y seguidamente se volvió, ceñudo, hacia la mesa del ministerio público.

—La señorita Chaney debió ser citada por vía judicial —dijo. Y nuevamente se encaró con Passing—: Supongo que no me equivoco si afirmo que está fuera de la jurisdicción de este tribunal.

—Tengo entendido que se encuentra en Las Vegas, Nevada —dijo Passing—. Fue llamada a ese lugar por un asunto profesional.

—Muy bien —dijo el juez Kippen—. Veamos lo que el señor Aldrich tiene que decirnos. Señor Aldrich, suba al estrado de los testigos.

—Deseo hacer constar —intervino de nuevo Passing— que soy también abogado del señor Aldrich. Este se encuentra en la misma situación que la señorita Chaney. El señor Aldrich no se halla presente. Y tengo conocimiento de que se encuentra también en Las Vegas, Nevada. Debo declarar a la Sala que estudié los autos cuidadosamente y que como abogado le aconsejé como era mi deber hacerlo. No había sido citado ni tampoco se le había dado la orden de comparecer hoy ante el tribunal. Le expliqué que estaba seguro, después de estudiar la transcripción de los autos, de que su señoría esperaba que estuviese presente hoy en la audiencia, bajo la impresión, sin duda, de que había sido citado. No obstante, la Sala no le expresó orden directa ni tampoco le hizo una citación en regla.

—¿Por qué razón esas personas no fueron citadas? —estalló el juez Kippen, dirigiendo sus miradas a la mesa del ministerio público.

Hamilton Burger exclamó:

—Señoría, esa noticia me produce a mí tanta sorpresa como a la Sala. Siempre creí que esas dos personas se encontrarían hoy presentes en la audiencia.

—No le pregunto lo que usted creyó, sino por qué no fueron citadas judicialmente.

—Le confieso que lo ignoro —dijo Hamilton Burger—. Tengo un personal numeroso y tenemos un sinnúmero de responsabilidades. Este es, quizá, uno de esos casos en que cada uno cree que se ha hecho algo que nadie hizo. Pido a la Sala indulgencia, mientras aclaro los hechos.

Burger se inclinó y susurró algo al oído de Strawn. Este se

encogió de hombros y extendió sus manos en un gesto de impotencia. Burger le respondió con gesto airado. Strawn movió la cabeza con un gesto de denegación.

Hamilton Burger se enderezó y se encaró con el juez Kippen.

—Señoría, di por supuesto que esos testigos estaban citados para comparecer hoy. Resulta que uno de mis representantes, no el letrado que está asociado conmigo en el caso presente, preguntó a la señorita Chaney y al señor Aldrich si volverían hoy y le respondieron afirmativamente. No quiso molestar a personas tan prominentes citándolos por vía judicial. Pensamos que tal vez necesitaríamos el testimonio del señor Aldrich y que sólo testificarla brevemente sobre la compra del arma y su desaparición posterior. Francamente no consideramos este testimonio de vital importancia porque teníamos la impresión de que nada podía alterar el hecho de que sólo la demandada pudo disparar con ella el tiro fatal. El sesgo insospechado que tomó ayer el caso constituyó para todos nosotros una gran sorpresa.

—Precisamente por eso, por ese sesgo inesperado que tomó el caso, esas personas debieron haber sido citadas —exclamó el juez Kippen.

Hamilton Burger enrojeció vivamente.

—Naturalmente, señoría —dijo—. *Hubiera* debido citarlas, pero daba por sentado que lo habían sido. Por otra parte, la Sala hubiera podido también advertir a todos los testigos que volviesen hoy, y esa advertencia habría equivalido a una orden de la Sala con igual fuerza que una citación. No creo que mi oficina deba asumir toda la responsabilidad de este descuido. Y puesto que no hubo orden de la Sala ni citación por vía judicial, juzgo que el señor Passing tiene razón en suponer que esos testigos se hallaban en perfecta libertad de abandonar el estado.

El juez Kippen contestó agriamente:

—La Sala no lanzó esa orden porque dio por sentado que la oficina del ministerio público había hecho lo que se acostumbra a hacer normalmente en estas circunstancias.

—Lo siento, señoría —exclamó Hamilton Burger en un tono de voz que mostraba más cólera que verdadero pesar.

—Bien, ¿en qué situación queda el caso? —preguntó el juez Kippen.

Burger respondió:

—Por lo que se refiere al ministerio público, nada de lo ocurrido altera el hecho fundamental de que la demandada hizo un relato de los hechos manifiestamente falso.

—¿Cómo sabe usted que es manifiestamente falso?

—Ella afirma que ese hombre llevaba una funda de almohada que le cubría la cabeza. El hecho real y verdadero ha sido que esa funda de almohada le fue puesta en la cabeza después de muerto. Por lo demás, llevaba un revólver que fue disparado dos veces...

—Un revólver que nada tiene que ver con la muerte del finado en este caso —exclamó el juez Kippen.

—Señoría —exclamó Burger dándose cuenta súbitamente de su posición— creo que según todas las apariencias, alguien sustituyó las armas. No estoy ahora en posición de citar nombres, pero mi oficina hará ciertamente la investigación oportuna y espero poder fijar pronto las responsabilidades.

Burger se volvió para mirar, airado, a Mason.

—No cante victoria demasiado pronto —le replicó el juez Kippen—. La única persona que pudo sustituir las armas, *fue alguien que tenía acceso a las dos*.

—Pero, señoría —dijo Hamilton Burger—, es indudable que esa sustitución debió hacerse *después* de que fueron disparados los dos cartuchos. La demandada reconoció ante los agentes que había disparado los dos. Puesto que ahora aparece que estos cartuchos disparados han sido sacados del arma homicida, el hecho de que otro revólver haya sido cambiado en el momento en que las autoridades tomaron posesión del arma, no absuelve en modo alguno a la acusada. En realidad es un indicio más de culpabilidad y una tentativa muy hábil y experta para sembrar la confusión y la duda.

—Bien, pero esta Sala no está dispuesta a declarar convicta de un crimen a persona alguna mientras no tenga más pruebas de las que ahora posee —replicó el juez Kippen—. Ese cambio de revólveres fue hecho con un fin determinado y por alguien que tenía la posibilidad de hacerlo.

—Exactamente —dijo Burger, y nuevamente miró a Perry Mason.

Perry Mason contestó a la mirada acusadora de Hamilton Burger

con una sonrisa bonachona.

El rostro de Burger se tornó violáceo.

—Voy a averiguar quién fue el autor de ese cambio —gritó— aunque tenga que emplear todo un año en ello, y cuando lo consiga haré que esa persona sea expulsada del foro.

—¿Expulsada del foro? —preguntó el juez Kippen enarcando las cejas—. ¿Está usted haciendo una acusación definida, señor fiscal del distrito?

—Quiero decir —se apresuró a rectificar Burger— que si esa persona es un abogado, haré que lo expulsen del foro, y si no lo es, incoaré un proceso contra ella.

El juez Kippen miró a Perry Mason.

—¿Desea hacer alguna declaración, señor Mason?

—Sí, señoría.

—Tome asiento, señor Burger. Señor Mason, ¿qué declaración desea usted hacer?

—Deseaba únicamente declarar que quería llamar a una testigo —respondió Mason.

—Muy bien, la Sala escuchará a la testigo que usted presente, señor Mason.

—Llámesese a testificar a Irene Keith —solicitó Mason.

Irene Keith avanzó, prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos mirando a Mason con ojos cargados de antagonismo.

—¿Es usted una amiga íntima de Helene Chaney? —le preguntó Mason.

—Lo era.

—¿Y de Mervyn Aldrich?

—Sí.

—Le muestro un revólver *Colt*, marcado como prueba A y le pregunto si ha visto usted en alguna ocasión anterior esta arma.

—No lo sé.

—Le muestro un revólver *Colt*, marcado como prueba E, y le pregunto si ha visto usted *este* revólver antes.

—No lo sé.

—¿Ha visto usted revólveres que se parecieran a éstos?

—He visto revólveres, sí.

—¿Los ha visto que se parezcan a éstos?

—Sí.

—¿Que fueran exactamente semejantes en su aspecto exterior?

—Sí.

—¿Tuvo usted alguna vez en su poder uno de estos revólveres?

—No lo sé.

—No me refiero a estas armas específicamente —le dijo Mason —, sino a un arma cualquiera idéntica en aspecto a éstas.

—Sí.

—¿Tuvo un arma similar a ésta en su poder el diez de este mes?

—Señoría —exclamó Hamilton Burger—, la defensa está tratando de contrainterrogar a su propio testigo.

—Creo que es más que aparente que es una testigo hostil —dijo Mason.

—La Sala rechaza, la objeción del ministerio público —exclamó el juez Kippen.

—No creo que pueda contestar a esa pregunta —dijo Irene Keith.

—Helene Chaney le prestó a usted un revólver ¿no es cierto?

—Sí.

—¿El diez del mes actual?

—Creo que sí.

—El revólver que le prestó, ¿hubiera podido ser éste que está marcado como prueba E?

—Yo... bueno, sí.

—¿Qué hizo usted con ese revólver?

—No... no puedo decirlo.

El juez Kippen avanzó el cuerpo, miró a la testigo y a continuación dijo a Perry Mason.

—Examinaré yo mismo a la testigo, señor Mason. Señorita Keith, es este un asunto en extremo grave. La paciencia de la Sala está a punto de agotarse. Este Tribunal no tolerará más subterfugios y evasivas. Díganos sin más circunloquios qué hizo con ese revolver.

Irene Keith bajó los ojos hacia el suelo, y súbitamente los alzó, resuelta, hasta el juez:

—Me niego a contestar —dijo— en razón de que la contestación podría incriminarme.

Se elevó en toda la sala un rumor de reprimida sorpresa.

El juez Kippen se encogió como si hubiera recibido un golpe.

—¿Se niega a contestar? —preguntó, incrédulo.

—Así es.

—¿Por la razón de que, haciéndolo, podría usted inculparse?

—Sí.

—Ahora bien, ha reconocido usted ya —dijo el juez Kippen— que tenía tal arma en su poder.

—Tenía un arma en mi poder.

—¿Era semejante en aspecto a los dos revólveres expuestos aquí?

—No soy experta en armas.

—No importa que sea o deje de ser experta. ¿Era en apariencia, semejante?

—Sí.

El juez Kippen tamborileó la mesa con las yemas de sus dedos. Tenía el rostro encendido por la ira.

—¿Tiene usted a su abogado en la sala?

—No.

—¿Ha consultado usted con su abogado a propósito de su testimonio?

—Sí.

—¿Y sigue usted el consejo de su abogado negándose a contestar en virtud de que su repuesta podría inculcarla?

—He sido aconsejada por mi abogado de que me cabía ese derecho siempre que aceptara toda la responsabilidad.

—Bien, me gustaría discutir esa materia con su abogado —dijo el juez Kippen—. Es criterio de la Sala que, puesto que ha contestado usted a la pregunta de que tenía tal arma en su poder el día del crimen, no puede negarse a declarar lo que hizo con el arma susodicha, en razón de que su respuesta podría inculcarla. No puede haber nada en la índole de una posible contestación que pueda inculcarla. Esto es, si entregó usted el arma a alguien..., a menos que aquella persona a quien se la entregara... —El juez Kippen permaneció unos breves instantes silencioso. Abruptamente exclamó—: ¿Tuvo usted alguna participación en el asesinato de Stephen Merrill?

—No, señoría.

—¿Estuvo presente cuando fue asesinado?

—No, señoría.

—¿Tuvo alguna idea de que iba a ser asesinado?

—No, señoría.

—¿Conspiró con alguien para ocasionarle la muerte a Stephen Merrill?

—No, señoría.

—En vista de esas circunstancias —dijo el juez Kippen—, no creo que la quepa a usted el derecho de invocar la enmienda constitucional que le permite no incurrir en desacato alguno. Si usted entregó esa arma a alguien, y al hacerlo no le guió propósito culpable de especie alguna, no necesita en modo alguno ampararse en esa enmienda. La intención de hacerlo, sin justificación alguna, puede acarrearle una sanción por desacato al tribunal. Ahora voy a preguntarle una vez más: ¿A quién entregó usted esa arma?

—Me niego a contestar en razón de que mi respuesta podría incriminarme.

El juez Kippen exclamó colérico:

—Nos crea usted una situación insólita. La Sala va a tomar una medida drástica. La paciencia de la Sala ha llegado ya al límite extremo.

Mason se puso de pie.

—Tal vez, señoría —dijo—, me sea posible aclarar una situación que la Sala juzga, con sobrada razón, confusa. Me gustaría dirigir, con la venia de la Sala, una pregunta a la testigo.

—Hágala —exclamó el juez Kippen.

—Cuando usted invoca sus derechos en virtud de la enmienda quinta de la Constitución para ampararse de una posible incriminación, ¿no es en realidad porque su contestación, pese a que no guardase relación alguna con el caso presente, podría acaso incriminarle relacionándola con algún otro delito?

La ira prendió en Irene Keith y sus ojos llamearon.

—¡Usted tiene la culpa de todo!...

El juez Kippen golpeó la mesa con su mazo.

—La testigo contestará a la pregunta del señor letrado —dijo.

—Yo creo que no debo contestarla —dijo Irene Keith.

—Yo juzgo todo lo contrario —replicó el juez Kippen.

—He dicho que mi contestación podría incriminarme y es todo cuanto sacarán de mí. He referido a mi abogado todos los hechos y sigo en estos momentos su consejo profesional.

El juez Kippen iba a ceder al impulso de aplicar a la testigo una

sanción por desacato al tribunal, pero vaciló unos segundos, y dirigió su mirada a Perry Mason.

—Señor Mason —dijo—, al parecer tiene usted en el pensamiento una idea bien definida con relación a esta testigo. Tal vez pueda usted dirigirle nuevas preguntas que tiendan a dilucidar la situación.

Mason se volvió hacia Irene Keith.

—¿Hacia el diez de este mes, o alrededor de esa fecha, tuvo usted alguna discusión con Stephen Merrill a propósito de ciertas joyas?

—Me niego a contestar en razón de que mi contestación podría incriminarme.

El juez Kippen miró a Mason, sorprendido:

—¿Qué significa esto? —dijo—. ¿A qué conduce todo esto?

—Tal vez, señoría —respondió Mason—, me sea posible explicarlo.

Hamilton Burger se puso de pie, indignado.

—Señoría, pongo objeción a que la defensa se entregue a maniobras de sondeo. Pongo objeción a su manera de contrainterrogar a su...

—La Sala rechaza su objeción —decretó el juez Kippen sin dirigir siquiera una mirada a Hamilton Burger—. Siga adelante, señor Mason. Haga sus preguntas a la testigo.

—¿No es un hecho cierto, señorita Keith, que usted entregó a Stephen Merrill una considerable suma de dinero, efectivo, el día diez de este mes?

—Me niego a contestar en razón de que mi respuesta puede incriminarme.

—¿No es un hecho cierto que usted tenía un revólver el día diez de este mes, y que se lo entregó a Stephen Merrill?

—¡Señoría —exclamó Hamilton Burger—, pongo objeción a esa forma de examinar a la testigo!

—La Sala rechaza su objeción.

—Por favor, señoría, ¿puede escucharme?

El juez Kippen ni siquiera le miró. Sus ojos estaban clavados en la figura retadora de Irene Keith.

—No le impido —dijo— que exprese sus argumentos, señor fiscal, pero la Sala no estima que su objeción sea pertinente. La Sala

tiene el decidido empeño de llegar al fondo de esta cuestión.

—Señoría —protestó Hamilton Burger—, es clara como la luz del día la actitud del señor Mason. Sabiendo que esta testigo se obstina en no responder a pregunta alguna que se relacione con esa arma, se entrega a efectismos fáciles a base de absurdos, que harán las delicias de la Prensa. Es como si yo le preguntara a la testigo: ¿No es un hecho cierto que el día diez de este mes sobornó usted al juez Kippen para que matara a Stephen Merrill con un arma que le suministró usted, que era similar, en apariencia, a los revólveres marcados para identificación en este caso? Puesto que la testigo considera innegablemente que no puede contestar a preguntas relativas a un revólver que estuviera en su poder el diez de este mes, sin inculparse, ella invocará una y otra vez el amparo de la enmienda y la defensa se preciará de haber obtenido una victoria mediante una acusación que no ha podido o no ha tenido el valor de negar. Es un hecho bien conocido que el letrado a cuyo cargo corre la defensa de la demandada goza de una bien ganada fama de hombre ingenioso y hábil, amigo de dramatizar los casos que litiga. Aquí tenemos, por ejemplo, un caso que hubiera sido uno más, normal y corriente, como suelen serlo las vistas preliminares. No obstante, en virtud de sus aficiones espectaculares ha convertido este tribunal en un circo de tres pistas, sin otro propósito que el de la publicidad y el reclamo.

—¿Ha terminado, señor fiscal del distrito? —preguntó el juez Kippen, sin dejar de mirar a los ojos de la testigo.

—Sí, señoría.

—Su objeción es rechazada. La testigo contestará a la pregunta que se le ha hecho.

—Me niego a contestar en razón de que mi contestación podría inculcarme.

—Siga, señor Mason —le alentó el juez Kippen.

—No tengo más preguntas que hacer a la testigo.

Hamilton Burger intervino de nuevo:

—Me gustaría, a mi vez, hacerle una pregunta a la testigo.

—¡Hágala! —dijo el juez Kippen.

—Señorita Keith, ¿no es un hecho cierto que el día diez de este mes, o alrededor de esa fecha, conspiró usted con Stephen Merrill para asesinar al presidente de los Estados Unidos y que con el

propósito de llevar a cabo ese magnicidio le entregó un revólver que tenía en su poder, que era enteramente similar, en apariencia, a una de las armas marcadas para identificación en este caso?

—Juzgo su pregunta impertinente, señor fiscal —aseveró, airado, el juez Kippen—. Considero que la misma raya peligrosamente en un desacato al tribunal.

Hamilton Burger no se dio por vencido:

—He tratado sencillamente de poner en evidencia el método empleado por la defensa para llegar a sus fines —dijo—. He querido demostrar que puesto que la testigo no se atreve a contestar a preguntas referentes a un revólver que tuvo en sus manos el día diez de este mes, es sencillamente una cuestión de habilidad forense la de explotar esta negativa de la testigo, asentando sobre ella una peregrina teoría, que aunque absurda, puede proporcionar a la demandada una publicidad favorable a sus intereses.

—Comprendo su punto de vista —dijo el juez Kippen—. Lo comprendí desde el primer momento; pero en vista de la actitud de esta testigo, la Sala estima que la situación debe de ser explorada a fondo hasta el descubrimiento de la verdad. Su pregunta es completamente frívola, insidiosa y absurda, y desagrada a la Sala.

—Trataba únicamente de poner en evidencia un método censurable empleado por la defensa.

—Hubiera podido hacerlo de una manera más digna.

—Con la venia de la Sala —intervino Mason—. A causa de este coloquio entre su señoría y el ministerio público, me figuro que se le ha escapado a la Sala el hecho de que la testigo no ha contestado a la pregunta que le ha sido hecha por el señor fiscal del distrito.

—Sí, naturalmente —dijo Hamilton Burger—. La testigo adoptará la misma actitud. No puede ser de otro modo. Ella...

—¿Pretende usted ser un vidente? —preguntó Mason—, ¿o tal vez haya aconsejado a esta testigo que se niegue a contestar a sus preguntas?

—Pongo objeción —vociferó Hamilton Burger—. Señoría, ésta es una insinuación que no...

—Las circunstancias la justifican plenamente —replicó el juez Kippen—. La Sala le presenta sus disculpas, señor Mason. A la testigo no se le dio la ocasión de contestar a esa pregunta. Por favor, señorita Keith, contesté a la pregunta que le hizo el

ministerio público.

—No —dijo ella.

Mason sonrió.

Hamilton Burger mostró un visible abatimiento.

—Mire usted, señorita Keith —dijo el juez Kippen—, por lo que se ve, está usted bajo la impresión de que hubo entre usted y el señor Merrill alguna relación que no quiere revelar en este momento, una relación a propósito de otro asunto distinto. ¿Dio usted a Stephen Merrill la suma aproximada de siete mil quinientos dólares el día diez de este mes?

—Me niego a contestar en razón de que mi contestación podría incriminarme.

El juez Kippen dijo, dirigiéndose a Perry Mason:

—Señor Mason, aparentemente tiene usted a lo menos el atisbo de una situación por lo que se refiere a la conducta de esta testigo. La Sala se declara incapaz de hallar una razón válida que justifique su conducta.

Mason dijo, afablemente:

—Con la venia de la Sala, todo lo que puedo decir es que, según mi humilde criterio, la testigo ha recurrido probablemente al consejo de un letrado muy competente y que su posición, dentro de los límites técnicos de la ley, es firme y estable.

Hamilton Burger se levantó de un salto.

—Señoría, esto es sencillamente otro alarde espectacular de la defensa. Ahora nos viene con la peregrina declaración de que a la testigo le asiste el derecho de negarse a contestar a preguntas que son, ciertamente, pertinentes.

El juez Kippen martilleó la mesa con el mazo.

—La Sala ruega al ministerio público que desista de todo comentario sobre las tácticas de la defensa. Si tiene alguna explicación en lo que se refiere a la conducta de la testigo, nos complaceremos en escucharla.

Hamilton Burger respondió:

—Muy bien, señoría. Me gustaría hacer a la testigo una pregunta. Señorita Keith, ¿en alguna ocasión consultó usted con el señor Perry Mason, abogado de la demandada, acerca de su testimonio en este caso?

—No.

—¿Ha consultado con el señor Perry Mason en relación con algún otro asunto? ¿Es o ha sido su abogado en alguna ocasión cualquiera?

—No.

Hamilton Burger disimuló su embarazo volviéndose para conferenciar con Strawn.

El juez Kippen decretó:

—La Sala va a suspender la sesión durante treinta minutos. Durante este tiempo, tendré el gusto de conferenciar con ambas partes litigantes en mis aposentos particulares. Ordeno pacíficamente que todas las personas que sean o hayan sido testigos en esta causa, presentes en este momento, acudan a esta audiencia cuando se reanude la sesión, aproximadamente dentro de treinta minutos. Los testigos, bajo ninguna circunstancia, se ausentarán y dejarán de presentarse ante este tribunal. Espero que me haya expresado con claridad. ¿Hay entre los testigos o personas citadas a comparecer, alguno que no haya interpretado bien mi orden de hallarse presente en esta audiencia dentro de treinta minutos?

Cuando se hizo el silencio por completo, el juez se volvió hacia Irene Keith:

—¿Ha comprendido usted que debe volver aquí dentro de treinta minutos?

—Sí, señoría.

—¿Y que, en caso de no hacerlo, incurrirá en el delito de desacato al tribunal?

—Sí, señoría.

—Muy bien —dijo el juez Kippen—. La Sala suspenderá la vista durante treinta minutos. La Sala verá, primero, al señor Burger y al señor Strawn en sus aposentos. Después deseará entrevistarse con el señor Mason y el señor Neely. Dense los señores letrados por avisados.

El juez Kippen se levantó de su sillón y se encaminó, muy serio, hacia sus aposentos.

Perry Mason se volvió hacia Neely y le sonrió maquiavélicamente.

## Capítulo 19

El alguacil hizo una seña a Mason:

—El juez Kippen desearía ver a usted y al señor Neely en su despacho, señor Mason.

Cuando Mason y Neely se dirigían hacia los aposentos del juez se cruzaron con Burger y Strawn que en ese momento salían de ellos.

El alguacil abrió la puerta, y Mason y Neely entraron en el recinto reservado al magistrado.

—Por favor, siéntense —les dijo el juez Kippen.

Miró a Mason con ojos inquisitivos.

—Señor Mason, deseo poner las cartas boca arriba. No debo ocultarle que cuando fui llamado a juzgar este caso, el presidente de este tribunal llamó mi atención sobre el hecho de que en varios de sus casos habían ocurrido una serie de incidentes dramáticos y espectaculares, poco en concordancia con la seriedad y la dignidad que deben presidir una vista preliminar.

Mason asintió.

—Convinimos que era conveniente poner un término a tales prácticas —dijo el juez Kippen—. Yo aseguré al presidente de este tribunal que salvaguardaría los intereses de la demandada, pero que tomaría todas las precauciones que fueran del caso para que la audiencia no se convirtiera en escenario de truculentos sensacionalismos.

De nuevo asintió Mason.

La sombra de una sonrisa se dibujó en los labios del juez Kippen.

—Basta echar un vistazo a los periódicos de la mañana, con sus cabeceras y epígrafes sensacionales —dijo—, para darse cuenta de cómo los acontecimientos, que en el momento en que ocurrieron parecieron lógicos, han conspirado para convertir este caso, que nos

proponíamos juzgar de un modo normal y rutinario, en un espectáculo dramático, emocional. —Mason permaneció callado—. Todavía no he visto al presidente de este tribunal —continuó el juez Kippen—, ni creo que lo vea en todo el día de hoy. Barajando en mi mente todos los acontecimientos que han tenido lugar en esta causa, me siento incapaz, por completo, de encontrar una explicación a estos hechos, y, además, no puedo concebir lo que haya podido motivar la conducta de Irene Keith. Es una mujer acaudalada que ocupa en la sociedad una distinguida posición. Su actitud en este asunto es tan insólita que todos los comentarios que han aparecido hasta ahora en los diarios palidecerán ante los relatos que los periodistas expongan en los diarios de esta tarde. En cuanto a Helene Chaney, una actriz renombrada de la pantalla, ha salido de este estado para eludir el interrogatorio. Lo mismo ha hecho, y con el mismo propósito, Mervyn Aldrich, un magnate de la industria. Es posible que hayan contraído matrimonio. Una vez casados, de acuerdo con la ley, no podrán ser llamados a atestiguar en pro o en contra de uno de ellos, sin el permiso del otro. Irene Keith también habría abandonado el estado de California si no hubiese tenido usted la previsión de citarla por vía judicial. Como actúa bajo el consejo de un abogado, uno tiene forzosamente que reconocer que éste sabe lo que se trae entre manos. Ahora bien, quiero jugar limpio con la demandada. Si se ha cometido un crimen y de ello no cabe la más mínima duda, y existe base razonable para creer que ella lo ha cometido, la declararé convicta del mismo. Si, por otra parte, aparece que el crimen ha podido ser cometido por otra persona, considero que se debe a la Sala y al ministerio público que las autoridades practiquen las diligencias necesarias encaminadas a descubrir al verdadero culpable. —Una vez más asintió con un gesto Perry Mason—. Pues bien —prosiguió el juez Kippen—, ya he puesto las cartas boca arriba. El ministerio publicó no tiene la menor idea de lo que motiva la actitud de Irene Keith. Aparentemente es usted el único que conoce algo acerca de ella. Me gustaría saber qué es.

El juez Kippen hizo con sus manos un amplio ademán que indicaba que era todo lo que podía decir sobre el asunto.

—Quiero explicarle mi situación —comenzó a hablar Mason—. La ley juzga un delito practicar fraude o engaño en una persona

llamada a declarar como testigo, con intención de afectar su testimonio. Por otra parte, no creo que un abogado pueda llegar a sus fines exclusivamente mediante el contrainterrogatorio y el procedimiento de la pregunta y la respuesta. Ahora bien, yo tenía ese revólver que me entregó Evelyn Bagby. Yo no hice el cambio de armas, pero cuando una tercera persona lo hizo, a costa mía, creyendo que, procediendo así, creaba una confusión favorable a sus propios intereses, yo tomé las medidas necesarias para que aquello que hizo esa persona fuese inevitablemente descubierto.

—¿Trata usted de sugerirme que tomó el revólver que le fue cambiado y disparó con él una bala en el poste de madera de pino y en la encina? —preguntó el juez Kippen gravemente.

Mason sonrió:

—*Esto es precisamente lo que estoy tratando de no decirle a usted.*

El juez Kippen, súbitamente, se echó a reír.

—Muy bien. Siga usted.

—Ahora bien, algo ocurrió el día diez de este mes que permitió a Stephen Merrill hacerse con siete mil quinientos dólares, en efectivo. Tengo el presentimiento de que en la misma ocasión se procuró el revólver, prueba E.

—Entonces, ¿qué me dice usted de la prueba A? ¿Cómo apareció ese revólver en el caso?

Mason sonrió.

—Usted ha oído el testimonio.

—No es mucha la ayuda que usted me presta, señor Mason —declaró el juez Kippen.

—Si quiere usted darme carta blanca —dijo Mason—, volveré a la Sala y me esforzaré por desembrollar este asunto. Pero si lo hago, el presidente del tribunal creará qué hemos convertido el mismo en una escena teatral, aunque antes de terminar la acción, habremos resuelto el caso.

El juez Kippen se frotó con una mano la barbilla, reflexivamente.

—¿Por qué cree usted que puede resolverlo? —preguntó—. El ministerio público no tiene la más vaga idea.

—Eso es lo malo. Que la idea del ministerio público sea tan *vaga* —dijo Mason.

—Bueno, ¿y en qué se funda usted?

—Sencillamente en esto: quien fuere el que asesinó a Stephen

Merrill era lo bastante íntimo de él para hallarse en su compañía en un coche, para conocer la existencia del revólver, de los siete mil quinientos dólares y de la reclamación de Evelyn Bagby contra él. Debió ser alguien que gozaba de la entera confianza de Merrill. Esa persona le mató y aparcó el coche que contenía el cuerpo en cierto lugar de una carretera poco frecuentada. Entonces el asesino limpió y volvió a cargar el revólver con que había cometido el crimen y lo escondió en el cuarto de Evelyn Bagby, en un lugar en el que ésta lo encontraría fácilmente. El asesino sustrajo del cuarto una funda de almohada, se fue a un solar próximo en el que están construyendo unas casas, y provisto de unos prismáticos, espío hasta que vio que Evelyn Bagby había encontrado el revólver. Cuando ella emprendió la marcha para traérmelo, como había previsto que haría, la siguió, con la funda de almohada en la cabeza, y la asustó hasta obligarla a disparar aquellos dos tiros; luego detuvo su coche y la dejó marchar, seguro de que iba a verme y de que yo lo notificaría a la policía. Lo único que le quedaba por hacer era volver al coche en donde había dejado a Merrill, colocarle sobre la cabeza la funda de almohada y precipitar el coche al barranco.

—Es una hipótesis muy ingeniosa —dijo el juez Kippen—, pero infortunadamente no está basada en hechos manifiestos.

—Deme carta blanca y pondré al descubierto esos hechos.

El juez Kippen caviló unos instantes.

—Si descubre usted lo que sucedió, manteniéndose dentro de los límites estrictos de la ley procesal, tendrá usted mi apoyo; pero si Hamilton Burger objeta y sus objeciones son válidas, no tendré más remedio que sustentarlas.

—Gracias —dijo Mason—. Creo, señor juez, que nos entendemos perfectamente.

Mason se levantó de la silla.

—No estoy yo tan seguro de eso —dijo el juez, no sin cierta petulancia—. Sigo como antes, sin saber adónde dirigir mis pasos.

—Pero —le dijo Mason— sus pies pisan tierra firme. No le ocurre lo que a Hamilton Burger que se encuentra en la cuerda floja, y al menor traspiés puede irse de cabeza al suelo.

Mason hizo un signo a Neely, y los dos abogados salieron del despacho del juez Kippen, dejando al magistrado en el centro de la habitación con un aire perplejo e irresoluto.

## Capítulo 20

El juez Kippen entró en la Sala. Era visible, por su continente, que había tomado una firme decisión.

—¿Se ha descubierto alguna prueba más en este caso? —preguntó al iniciar el debate.

—Tengo a un testigo más, señoría —dijo Mason.

—Muy bien.

—Llámesse al señor Oscar Loomis.

Loomis avanzó y se enfrentó con el tribunal.

El juez Kippen preguntó:

—¿Llama usted, señor Mason, al señor Loomis como a un testigo de descargo?

—Sí, señoría.

—Está bien. Proceda.

—Señor Loomis, ¿conoció usted en vida a Stephen Merrill?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que le conocía?

—Algún tiempo. Vivíamos en la misma casa.

—¿Conoce usted al señor Harry Boles?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que le conoce?

—De dos a tres meses.

—¿Cómo le conoció usted?

—Por mediación de Stephen Merrill. Él y Stephen eran amigos. Acostumbraba a venir a visitar a Stephen y, entonces, el día nueve, vino a ocupar un piso vacante en la misma planta en que estaban los nuestros.

—Ahora bien, cuando el cuerpo del señor Merrill fue hallado, lo fue en el coche de *usted*, y previamente había dado parte a la policía de que el mismo le había sido robado.

—Sí.

—¿Vio usted ese día al señor Boles?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—A eso de las cinco, me parece. Iba y venía, encolerizado, porque me habían robado el coche. El señor Boles llegó a mi piso y comenzó a hablar con nosotros.

—¿Ha dicho usted con nosotros?

—Sí; mi novia estaba conmigo.

—¿Cómo se llama su novia?

—Ruby Inwood.

—¿Hace tiempo que tiene usted relaciones con ella?

—Sí. Ya hace algún tiempo. Vive también en nuestra misma casa.

—¿Qué ocurrió después de que se encontró usted con Boles alrededor de las cinco?

—El señor Boles fue el primero en suponer que tal vez Merrill hubiese cogido mi coche por equivocación, pues el suyo era...

—Un momento, señorita —dijo Hamilton Burger—. Ignoro cuál sea el propósito de la defensa, pero insisto en que debe abstenerse de apoyar sus pruebas en suposiciones o inferencias. Pongo objeción a todo lo que fue dicho por el señor Boles.

—Admito la objeción.

—Entonces, ¿qué hizo usted después de hablar con el señor Boles?

—Acto seguido telefoneé a la policía y les informé de que tal vez hubiera sufrido una equivocación; que no quería acusar a nadie del robo de mi coche y que si encontrara a Stephen Merrill en él, sería a causa de un error.

—A continuación estuvo usted en compañía del señor Boles, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde unos pocos minutos antes de las cinco hasta..., me parece que fue hasta las ocho treinta o las nueve.

—¿Quién estaba además de usted?

—Ruby Inwood.

—¿Se encuentra en la audiencia?

—Sí, señor.

—Eso es todo —dijo Mason—. Llámese a declarar a la señorita Inwood.

—Ninguna pregunta —dijo Hamilton Burger, visiblemente aliviado al comprobar que Mason no le había arrojado al regazo alguna bomba legal.

Ruby Inwood avanzó y prestó juramento. Era una bonita muchacha morena, con llameantes ojos negros, y un cuerpo esbelto y bien proporcionado.

—¿Conoció usted en vida al señor Merrill? —le preguntó Perry Mason.

—Sí, señor.

—¿Le vio usted el día diez del presente mes?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo que le conoció usted?

—Algunos meses.

—¿Conoce usted al señor Boles?

—Sí.

—¿Y al señor Loomis?

—Sí.

—¿Son amigos de usted?

—Sí.

—¿Con quién tenía usted más amistad, con el señor Merrill o con el señor Loomis?

—El señor Loomis es mi novio —dijo con dignidad.

—Pero, ¿era también amiga del señor Merrill?

—Sí.

—Ahora, dígame; el día diez del presente mes, ¿no le mostró el señor Merrill una suma de dinero, un gran número de billetes de cincuenta y de cien, y le dijo...?

—¡Un momento, un momento! —saltó Hamilton Burger—. Pongo objeción a toda prueba apoyada en hechos supuestos. No tiene importancia el hecho de que el señor Merrill le mostrara o dejara de mostrar un sinnúmero de billetes...

Mason sonrió:

—Busco un motivo, señoría.

—¿Un motivo? —repitió como un eco el juez Kippen—. ¿Qué quiere usted decir?

—Un motivo para explicar el asesinato de Stephen Merrill. Si tenía en su poder una considerable suma de dinero, este hecho era en sí mismo un buen motivo para que lo asesinaran.

El juez Kippen dijo:

—Admitiré la prueba por lo que se refiere al dinero, pero no en cuanto atañe a una conversación cualquiera sobre él.

—Está bien —dijo Mason—. ¿Vio usted un gran número de billetes, señorita Inwood?

—Sí.

—¿Vio usted un revólver en su poder, uno como el que ahora le presento para su examen, y que figura como prueba E para identificación?

—Vi un revólver como éste.

—¿Le dijo a usted de dónde lo había sacado?

—La misma objeción —dijo Burger.

—Admitida.

—¿Le dijo que había recibido un terrible golpe y que se veía obligado a comprar el silencio de Evelyn Bagby, la demandada en este caso?

Hamilton Burger exclamó:

—Pongo objeción, señoría. Yo... no, no, me disculpo. Retiró la objeción.

—Sí, me dijo eso. Algunas veces tomaba recados por teléfono para los inquilinos cuando estaban fuera. Porque, ¿sabe usted?, sólo hay un teléfono en cada planta de la casa. El día diez tomé un recado para el señor Merrill, de la demandada, Evelyn Bagby. Me dio su nombre, dirección, número de teléfono, y el recado. Se lo di al señor Merrill un poco después de mediodía. Estaba terriblemente trastornado. Me dijo que algo de su vida pasada, algo que creía muerto y enterrado, había resucitado para desdicha suya, y que tenía que buscar dinero a toda prisa. Alrededor de las tres, volvió para decirme que había encontrado el dinero. Me lo enseñó... y también me enseñó el revólver. Añadió que tenía que encontrarse con la demandada, y qué iba a ofrecerle dos mil dólares, ni un centavo más.

—Ahora bien —dijo Mason—, usted y el señor Loomis, a quien llama usted su novio, salieron juntos a cenar con Harry Boles la noche del diez, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Adonde fueron?

—A un restaurante del Broadway Norte.

—¿Cómo fueron allá? ¿En un taxi?

—No. Fuimos en mi coche.

—¿Y cuánto tiempo permanecieron allí?

—Hasta las ocho o las ocho y media.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Volvimos a casa en mi coche, y se lo presté a Harry Boles que quería ver a una mujer a propósito de dinero. Poco tiempo después, la policía informó al señor Loomis que habían encontrado su coche.

—¿Qué clase de coche conducía usted?

—Un Ford.

—¿Qué clase de coche conduce usted ahora?

—Un *Ford*.

—¿El mismo automóvil que conducía usted el día diez del corriente?

—No. Tengo ahora un coche nuevo.

—¡Oh! ¡Tiene usted ahora un nuevo coche!

—Sí.

—¿Cuándo le fue entregado a usted el nuevo coche?

—La mañana del once.

—¿Lo compró usted, o bien se lo regalaron?

—Señoría, me opongo. La pregunta es incompetente, ajena al caso y sin importancia.

—Aceptada.

—¿Me permite insistir en esta particular pregunta? —preguntó Mason.

—La juzgo por completo ajena a la cuestión, señor Mason —decretó el juez Kippen.

—¿Cuando compró usted este nuevo *Ford*, entregó a cambio el viejo?

—Sí.

—¿Y este coche viejo lo entregó usted la mañana del once?

—Sí.

—¿Y tomó posesión del coche nuevo inmediatamente?

—Sí.

—¿Y ese coche usado lo entregó usted misma, o bien hizo que

otra persona lo entregara en su nombre?

—Alguien lo entregó en mi nombre.

—Ahora bien —dijo Mason—, señoría, desearía que la Sala citase a comparecencia *duces tecum* a la Agencia que tiene este coche, a fin de traerlo a esta audiencia. Me propongo demostrar que hay en ese automóvil un agujero producido por una bala.

—¿Un agujero de bala en ese automóvil? —exclamó, sorprendido, el juez Kippen.

—Exactamente, señoría. Es el agujero de la bala que nos falta.

—¿Que nos falta, dice usted? No le comprendo. A mí me parece, al contrario, que nos sobran por lo menos dos balas.

—No, señoría —dijo Mason—. La demandada hizo dos disparos en dirección al hombre que la perseguía y cuya cabeza estaba cubierta con una funda de almohada. Un disparo, aparentemente, se alojó en el ático de la residencia de la señora Eunice. La demandada ha declarado que cuando hizo el segundo disparo, oyó un ruido peculiar, como un chasquido metálico. Tengo la impresión de que ese disparo dio en el coche que la perseguía. Creo que la razón de que el coche propiedad de la señorita Inwood fuera cambiado al día siguiente, sin que tuviese la oportunidad de verlo, se debe a que presentaba el agujero producido por una bala. Ahora bien, señoría —dijo Mason volviéndose y señalando con el índice a Oscar Loomis—, al pedir a la Sala esa citación *duces tecum* me propongo demostrar, previo el examen de ese coche, que el entero testimonio de lo que ocurrió la noche del día diez, respecto a que fueran juntos a cenar Loomis, Inwood y Boles, es un tejido de falsedades. Me propongo probar que Boles y la señorita Inwood fueron a cenar mientras Oscar Loomis tomó el coche de la señorita Inwood y fue a la carretera de montaña a tenderle una emboscada a Evelyn Bagby cuando ésta bajase de la *Taberna Crowncrest*. Me propongo probar que una vez que obligó a la demandada a hacer dos disparos...

—¡Un momento! —exclamó Hamilton Burger—. La defensa vuelve a las andadas urdiendo las más osadas hipótesis y...

El juez Kippen le interrumpió, diciendo:

—Siéntese, señor fiscal. No pierda la calma. Deje que el señor Mason termine la exposición de sus propósitos. Entonces podrá poner las objeciones que estime convenientes.

Burger tragó saliva y se sentó.

Mason continuó:

—Me propongo probar lo que ocurrió mediante el testimonio de la Agencia que tomó el coche de la señorita Inwood, a cambio del nuevo, y también interrogando a las personas del restaurante en donde, según declaración de la testigo, cenaron.

Ruby Inwood, que seguía en el estrado y había escuchado las palabras de Mason con el rostro demudado, tenso de ansiedad, prorrumpió de repente, con incontenible vehemencia:

—¡No, no, no! —gritó—. No trate de culpar a Oscar. Es todo lo contrario. Fue Harry Boles el que nos pidió que le diéramos esa coartada. Me pidió prestado el coche aquella noche. Me pagó veinticinco dólares por usarlo, y además se ofreció a poner el aceite y la gasolina. Cerca de las ocho y media se presentó y dijo que había tenido un ligero accidente con el coche, pero que me proporcionaría uno nuevo, que me sería entregado a la mañana siguiente. Seguidamente me pidió que declarara que había estado con él todo el tiempo, porque no quería que le pidiesen una indemnización por el accidente de tráfico que había sufrido. Jamás pensé, que hubiese tenido participación en ese asesinato. No culpe a Oscar. Oscar *estaba* realmente conmigo, ¿no es cierto, Oscar? Sube aquí y díles la verdad.

El juez Kippen se inclinó hacia adelante.

—Suba al estrado, Oscar Loomis —dijo—. ¿Y Boles? ¿Dónde está Harry Boles? La Sala ordena que no se mueva de aquí. Tiene que testificar. ¿Dónde está Boles?

Mason sonrió y se sentó.

El juez Kippen ordenó rápidamente:

—Señor alguacil, ¡detenga usted a Boles! Tráigalo a presencia de esta Sala.

Alguien en la parte de atrás de la audiencia declaró:

—Se ha marchado hace algunos minutos.

A continuación, Oscar Loomis dijo:

—Mi novia ha expuesto la verdad. No supusimos, cuando le dimos la coartada, que se tratara de un asesinato. Creíamos que había tenido, de veras, un accidente del tráfico.

Hamilton Burger se puso de pie:

—Señoría —exclamó—, esto es...

—Síéntese —le replicó el juez Kippen—. Vamos a desenredar

este embrollo en un momento. Haré que el señor Boles comparezca ante la Sala. Ahora bien, señorita Inwood, en su testimonio ha procurado usted una coartada falsa al señor Boles.

—Estaba convencida de que se trataba, de un accidente de tráfico.

—¿Y usted, Loomis?

—Lo mismo —respondió éste.

—Está bien —decretó el juez Kippen—. Pongo a los dos a disposición de las autoridades. Señor fiscal del distrito, le sugiero que si no logra detener inmediatamente al señor Boles, lance un aviso radiado para su captura. La Sala va a suspender la audiencia hasta que la policía pueda examinar ese coche que le fue entregado a la Agencia Ford la mañana del once. Si hay un agujero de bala en el mismo, quiero saberlo. Y en cuanto a ustedes, señorita Inwood y Oscar Loomis, quedan a disposición de las autoridades. Se suspende la sesión.

## Capítulo 21

Mason, Della Street, Frank Neely, Evelyn Bagby y Paul Drake se hallaban reunidos en la oficina del abogado.

—Supongo —dijo Drake a Perry Mason— que nos dirás que todo eso lo sabías ya desde el principio.

—No —dijo Mason—, pero estaba seguro de que Evelyn Bagby me había dicho la verdad. Sabía que Aldrich había cambiado los revólveres... en realidad estaba casi seguro de que cambiaría las armas si se le daba la más mínima oportunidad para hacerlo. —Mason sonrió, reminiscente, y agregó—: Tengo por principio que un abogado debe acudir a todos los expedientes para favorecer a su cliente.

Drake meneó la cabeza.

Gertie apareció en la puerta, los ojos muy abiertos y maravillados.

—La señorita Irene Keith al aparato, señor Mason. Dice que tiene que hablar con usted, inmediatamente.

Mason cogió el teléfono.

—¡Hola! —dijo, e hizo una seña a Della Street para que escuchara por la línea supletoria.

Della Street cogió el receptor supletorio y acto seguido se puso frenéticamente a tomar notas taquigráficas de la conversación.

De vez en cuando, Mason formulaba una pregunta. Finalmente, al cabo de un prolongado espacio de tiempo, colgó el receptor.

—Está bien —dijo Drake—, estamos estallando de curiosidad. ¿Qué sucede?

—Bueno —explicó Mason—, por fin tenemos reunidos y dispuestos de un modo lógico y coherente los pedazos de este rompecabezas. Merrill había sobornado a Celeste, la doncella de Irene Keith, para que le tuviese al corriente de lo que sucedía,

porque Merrill trataba de llegar a una componenda económica con Helene Chaney, sin necesidad de acudir a los Tribunales. Esperaba, creyendo que Helene acabaría por ceder. Pero Aldrich aconsejó a Helene que no soltase ni un centavo. Proyectó entonces un rápido viaje a Las Vegas y una no menos rápida boda en aquel lugar. Así, pues, en el último minuto Merrill supo que no le quedaba más alternativa que acudir al Tribunal, por mucho que le repugnara hacerlo. Entonces, para agravar sus problemas, Evelyn Bagby le telefoneó desde Corona, dónde se encontraba, diciéndole que le había reconocido por unas fotografías, y que él era el hombre que le había estafado. Merrill supo, por Celeste, que habían concertado una cita en Corona. Su cerebro maquinó un plan magnífico mediante el cual podría robar joyas por valor de cuarenta mil dólares, achacarle el robo a Evelyn Bagby para que en el caso de que se querellase contra él pudiese probar que tenía antecedentes penales, y a la vez, aplazar la boda de Helene Chaney y Mervyn Aldrich, lo que le permitiría entablar la demanda contra ella, tanto tiempo aplazada. Sabía que bajo esta amenaza ella consentiría en llegar a un acuerdo económico con él. Boles fue, en realidad, un instrumento en manos de Merrill. El día del robo, mientras Helene Chaney e Irene Keith se hallaban en el salón de belleza, Celeste, la doncella, se puso el vestido de Irene Keith y con unas gafas negras, no con el fin de complicar en el asunto a Irene Keith, sino como un disfraz para protegerse, fue a Corona, entró con una llave falsa en la habitación de Evelyn Bagby, dejó en ella la pulsera de diamantes y seguidamente regresó a Hollywood para estar allí cuando regresara Irene Keith de su almuerzo con Helene Chaney. Celeste ayudó a Irene Keith a hacer su equipaje. Esta guardó en una de sus maletas sus joyas. Celeste aprovechó un descuido de Irene para sustraerlas, cerró la maleta y la colocó en la parte trasera del coche de Irene. También, indudablemente, entregó a Merrill una llave de este compartimiento del coche. Merrill entregó esta llave, a su vez, a Boles. Todo lo que tenía que hacer era esperar a que se hallaran todos en Corona y abrir el compartimiento posterior del coche. Como a Aldrich le gusta la puntualidad cronométrica, sabía de antemano que Helene Chaney e Irene Keith llegarían a la cita con cierto adelanto para evitar la posibilidad más mínima de hacerle esperar. Y así fue como ocurrieron las cosas. Llegaron las mujeres

con unos minutos de adelanto, abandonaron el coche y se trasladaron al *Cocktail Bar*, en el cual se habían citado. Irene Keith comenzó a concebir sospechas en los días en que se ventiló el caso contra Evelyn Bagby en la audiencia. Por eso se mostró de repente tan partidaria de indemnizar a Evelyn. Porque si el robo había sido cometido por su propia doncella, Irene temía, con justa razón, que en una demanda por detención falsa, su posición era en extremo vulnerable. Entonces, después de que Evelyn fue absuelta, Merrill acudió a ver a Irene y puso las cartas boca arriba. Tenía joyas por valor de cuarenta mil dólares. Ofrecía devolvérselas todas a cambio de la entrega de siete mil quinientos dólares, en efectivo, y la garantía de que no sería perseguido judicialmente. Consultó el caso con su abogado. Este le aconsejó que pusiera un micrófono en el cuarto, registrara la conversación y fuera seguidamente con la cinta a la policía. Hizo saber a Irene que si pagaba aquel dinero se haría culpable de un delito bastante grave. No obstante, eran cuarenta mil dólares en joyas, que Irene podía tener a cambio de siete mil quinientos, y sin atender al consejo de su abogado, decidió llevar a cabo la operación. Dijo a Helene Chaney lo que ocurría, y ésta le prestó el revólver que Aldrich le había regalado. Cuando llegó el momento de hacer el arreglo, Merrill, barruntando la celada, registró la habitación y encontró el micrófono; siguió los alambres hasta el aparato de registro de sonido, destruyó éste y confiscó la cinta. Irene sacó el revólver, pero Merrill, después de un corto forcejeo, logró hacerse con él. Entonces Irene cedió, le entregó los siete mil quinientos dólares y entró en posesión de sus joyas. Irene Keith supo que yo sospechaba algo de lo que había ocurrido, de modo que vino a verme. Quería llegar a un acuerdo conmigo y despejar de una vez la situación.

—¿Y cómo fue asesinado? —preguntó Drake.

—Aquí tenemos que basarnos en puras conjeturas. Era evidente que Boles tenía una parte en el botín. Él y Merrill discutieron a propósito de la suma que debían percibir, y Boles cogió de la guantera del coche el revólver y disparó contra Merrill. No sabemos quién era el que presionaba a Merrill y por qué. Parece ser que mencionó una deuda de juego, y además, tenía que tapar la boca a Evelyn Bagby. Fuera lo que fuere, había señalado la suma de siete mil quinientos dólares y estaba dispuesto a todo con tal de

conseguirla. Probablemente Boles no tuvo intención de matar a Merrill cuando salieron juntos. Merrill quería ir a la *Taberna Crowncrest*, celebrar una entrevista con Evelyn y hacer con ella el mejor arreglo posible. Probablemente confiaba en su talento de persuasión para darle unos cuantos centenares de dólares, deslumbrarla con unas cuantas promesas y conseguir que no resucitase ante los tribunales la vieja querella. Merrill conducía un coche alquilado. No estaba familiarizado con él. Era de la misma marca y modelo que el que poseía Loomis y, como suele suceder con algunos automóviles, las llaves de contacto debieron ser intercambiables. Deduzco que las cosas ocurrieron así: Boles y Merrill discutieron a propósito de la suma que debía recibir el primero. Boles, aparentemente, quería recibirla en el acto, mientras que Merrill quería dar a Boles un porcentaje de lo que quedara después de haber llegado a un acuerdo económico con Evelyn. La disputa generó en reyerta. Merrill había mostrado a Boles anteriormente el revólver que había arrebatado a Irene Keith, y que tenía en la guantera de su coche. Boles abrió la guantera, cogió el revólver y amenazó con él a Merrill. Este trató de desarmarle, y en el forcejeo, Boles apretó el gatillo. Fue una de esas cosas que suceden tan repentinamente; antes de que Boles se diera cuenta de lo que había pasado, tenía ya a un hombre muerto en sus manos. Naturalmente, el primer pensamiento de Boles fue atribuir el crimen a una tercera persona, y Evelyn Bagby era lógicamente la más adecuada. Conjeturó que el homicidio ocurrió cuando Merrill iba al encuentro de Evelyn Bagby. El lugar donde ocurrió el hecho no estaba muy lejos de aquel en que se encontró el cuerpo. Boles entró por un ramal de carretera poco frecuentado, condujo el coche con el cuerpo de Merrill en él, cogió los siete mil quinientos dólares, limpió y volvió a cargar el revólver, y fue a la *Taberna Crowncrest*. Allí se encontró con que Evelyn Bagby se había marchado. Entonces dedujo que había ido de compras y que al volver colocaría la ropa que había adquirido en los cajones de la cómoda. Así, pues, Boles escondió el revólver, sacó una de las fundas de las almohadas, y volvió caminando o practicando el autostop a Hollywood para pedir prestado su coche a Ruby Inwood, pagándole por su uso veinticinco dólares.

»Fue entonces cuando Loomis descubrió que su coche había

desaparecido y dio parte a la policía como si se lo hubiesen robado. Esto dio a Boles una oportunidad espléndida para planear una coartada. Dijo a Loomis que había visto a Merrill unos minutos antes conduciendo su coche y que era posible que lo hubiera cogido por equivocación. Boles añadió que acompañaba en el coche a Merrill una mujer, y que no sabía quién pudiera ser. Esto le dio una oportunidad más para complicar a Evelyn Bagby y le ayudó a la vez a consolidar su coartada, ya que de su declaración se desprendía que Merrill estaba vivo antes de las cinco de la tarde. Boles había ocultado el revólver con el que había matado a Merrill en el cajón de la cómoda de Evelyn. Estaba seguro de que lo encontraría, y también de que no se atrevería a dar parte de su hallazgo a la policía en vista de que ya anteriormente había encontrado entre sus efectos una joya robada. Por lo tanto, presumía que Evelyn me telefonaría y que yo le aconsejaría que me trajese inmediatamente el arma, para que no fuera hallada en su poder. Si no caía en esta trampa, tenía también la certeza de que la policía encontraría el cuerpo de Merrill y seguidamente el arma fatal en poder de Evelyn. Pero la muchacha hizo lo que más beneficiaba a los planes de Boles. La estuvo observando con unos prismáticos desde un lugar en el que se estaban construyendo unos edificios. Vio cómo encontraba el revólver, subía a su coche y tomaba por el atajo el camino de la ciudad. De ahí en adelante las cartas habían de serle todas favorables. Primero trató de despeñarla. Si hubiese logrado hacerle saltar por el precipicio, habría ido a buscarla al fondo del barranco, habría disparado un tiro con su revólver, habría dejado éste en su poder y a continuación, después de cubrir la cabeza de Merrill con la funda de almohada, habría despeñado su coche casi en el mismo lugar. Habría parecido entonces que Evelyn había disparado contra Merrill, había perdido el dominio de su coche, y éste había caído al fondo del barranco, ocasionando su muerte. Pero, si por otra parte, hiciera lo más lógico, que era tomar el revólver y disparar a ciegas, entonces Boles la tenía verdaderamente en su poder. Lo único que Boles no previó fue que uno de los proyectiles podía dar en la carrocería del coche de Ruby Inwood. Cuando ocurrió esto, Boles tuvo que encararse con un problema. Volvió adonde había dejado el cuerpo de Merrill, hizo un agujero en la funda de almohada, probablemente con alguna de las herramientas del coche, le cubrió

la cabeza con la funda, precipitó el coche al fondo del barranco y...

—Pero ¿por qué no encendió los faros? —preguntó Drake—. Tenía que haberlos encendido para saber por dónde iba y...

—Los apagó deliberadamente —dijo Mason—, por que quería que cuando hiciera el relato Evelyn Bagby de lo ocurrido, incurriera en una falsedad. Sabía que la funda sería identificada como procedente de la cama de Evelyn Bagby y que no habían de tardar los agentes en comprobar que el agujero de la funda no había sido producido por una bala. Apagando las luces antes de precipitar el coche al barranco, daba a los agentes pruebas suficientes para que sospecharan de Evelyn Bagby.

—¡Diantre! —exclamó Drake—. ¿Podremos probar todo esto?

—Podemos probarlo —dijo Mason—, porque por desgracia para Boles, Irene Keith fue lo suficientemente avisada para apuntar los números de los billetes que retiró del Banco y entregó a Merrill, y que Boles, a su vez, sustrajo a Merrill después de cometer el crimen. Boles debió usar esos billetes para pagar el nuevo coche que regaló a Ruby Inwood, y el coche que entregó a cambio tiene sin el menor género de duda un agujero de bala. Por eso inventó la historia del accidente del tráfico. Le proporcionó una buena excusa para pedir a Ruby Inwood y a Oscar Loomis que le procurasen una coartada, y a la vez le facilitó una buena excusa para sustituir con uno nuevo el coche de Ruby Inwood. Incidentalmente —agregó Mason—, Irene Keith acaba de hacerme una oferta de veinticinco mil dólares para un arreglo definitivo con Evelyn Bagby. Le he contestado que me parecía razonable su oferta.

—¡Veinticinco... mil... dólares! —exclamó Evelyn Bagby.

—Exacto —dijo Mason—. Eso le permitirá a usted comprar los más bellos trapitos para que pueda obtener una buena prueba cinematográfica. En vista de la publicidad que ha tenido, no creo que le sea difícil ahora conseguir que le hagan esa prueba. Ese dinero le dará también a Neely unos buenos honorarios por la defensa de sus intereses en el caso del robo de alhajas, me permitirá a mí pagar los servicios de Paul Drake, y aún quedará algo para mí.

—¡Y pensar que todo eso lo hizo usted porque tenía fe en mí, porque creía en mi inocencia! —exclamó Evelyn Bagby, mientras afluía a sus ojos un mar de lágrimas.

—Es mi mayor acicate —dijo Mason—. Siempre tengo fe en mis

clientes, Evelyn, pero después de que habló usted del ruido peculiar que había oído, comencé a preguntarme si esa bala había dado o no en el coche perseguidor. Así, pues, cuando supe que Ruby Inwood conducía, a la mañana siguiente, un automóvil nuevo, comencé a hacer números y a comprobar que dos y dos hacían cuatro.

—Para ti, dos y dos hacen diez —dijo Drake.

—Este caso —afirmó Mason— es un buen ejemplo de cómo pueden ser determinados ciertos hechos, en apariencia carentes de importancia e insignificantes. Tenía dos factores básicos: el coche nuevo y el chasquido metálico producido por el segundo disparo. Estos hechos, debidamente interpretados, me dieron la clave de todo.

Neely sacó un pañuelo de su bolsillo y se enjugó la frente.

—A usted todo eso le parece sencillo, señor Mason —dijo—, pero yo no opino de la misma manera. Por eso me vuelvo a Riverside, a establecer allí mi bufete y practicar mi profesión de abogado de un modo tranquilo y convencional. Estos últimos días, siguiéndole a usted, he sido presa del vértigo y tardaré bastante en volver a mi estado normal.

—Lo recobraré pronto. Pero si no lo quiere perder, antes de tomar un caso en que intervenga una pelirroja, reflexione, joven, reflexione —le dijo Mason con irónica sonrisa.